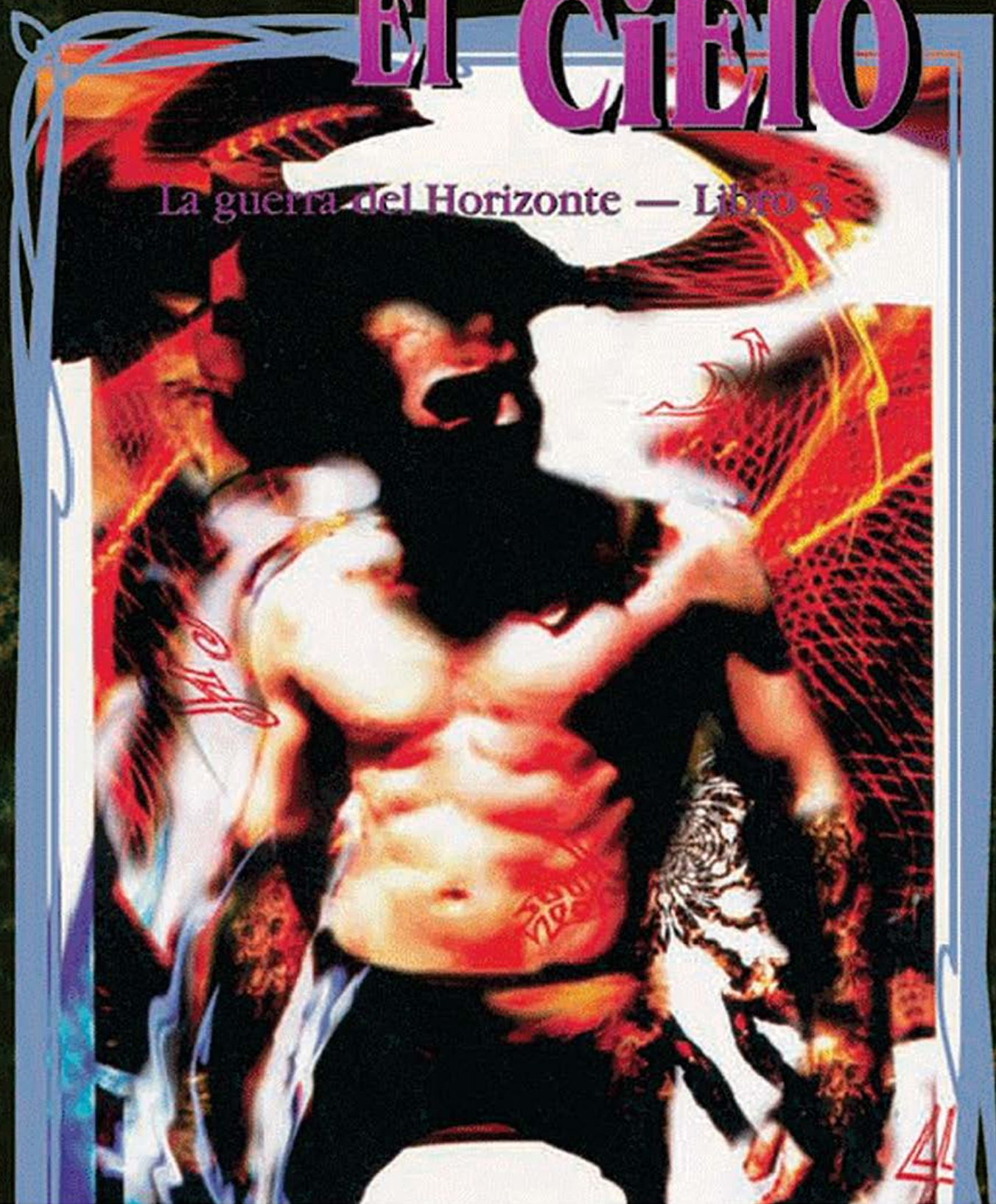


GuErRa en El CiElo

La guerra del Horizonte — Libro 3



Guerra en El Cielo

La guerra del Horizonte

Parte III

Basado en Mago: La Ascensión y Vampiro: La Mascarada

Robert Weinberg



Título original: *War in Heaven*

© White Wolf, Inc. Todos los derechos reservados. Debido a su temática, este producto se recomienda sólo para lectores adultos.

Ilustración de portada: Jason Felix

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español: © 2014, La Factoría de Ideas.C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500. Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91870 45 85.

www.lafactoriadeideas.es

informacion@lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9018-807-1

Epub realizado por La Factoría de Ideas Servicios editoriales (servicioseditoriales@lafactoriadeideas.es)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

*“¡Cuán enmarañada la telaraña que hilvanamos,
cuando al engaño por primera vez nos damos!”*
—Sir Walter Scott

Libro Tres– GUERRA EN EL CIELO

Dedicatoria:

A Staley Krause, Danny Landers y Kim Shropshire,
por demasiadas razones como para enumerarlas.

Nota del autor

Si bien los escenarios y la historia de este mundo pudieran resultar familiares, no se trata de nuestra realidad. *La Guerra del Horizonte* transcurre en una versión más descarnada y cruel de nuestro universo, en un paraje árido y desolado donde nada es lo que parecen indicar las apariencias. Se trata de un verdadero Mundo de Tinieblas.

Determinados conceptos y personajes se han inspirado en las creaciones de Bill Bridges, Steven C. Brown, Phil Brucato, Elizabeth Fische, Chris Hind, James E. Moore, Micky Rea y Stewart Wieck.

UNO

—¡NO! —gritó Diecisiete, despertando ecos por todo el vertedero de residuos tóxicos con su grito. El mismísimo aire, henchido de fetidez y vapores ácidos, se estremeció con la honda emoción de su voz—. ¡No dejaré que muera! No me pueden arrebatar a mi amada, ¡otra vez no!

Diecisiete, una mole de músculos de acero y rostro barbilampiño que parecía esculpido en granito, cayó de rodillas en el extremo más alejado del claro que se abría en medio del vertedero de residuos tóxicos del lago Ontario. Tenía la ropa y las manos cubiertas de sangre. La sangre de otros. Hacía escasos instantes que Diecisiete, armado con una enorme guadaña, se había transformado en un ángel de la muerte para segar las vidas de la horda de maníacos y caníbales enviados a aquel lugar para destruirlo, a él y a sus compañeros. Habían caído a docenas, reducidos a trizas por la cantarina hoja de acero. Ahora que los atacantes habían desaparecido, muerto o huido, Diecisiete no pensaba en la muerte, sino en la vida.

El hombretón sostenía en sus brazos el cuerpo inerte de la hermosa guerrera, Sombra del Amanecer. Sombra, una poderosa artesana de la voluntad, miembro de la Hermandad Akáshica, era también la amante de Diecisiete. Su tersa piel de azafrán aparecía matizada de gris, y la agonía mantenía cerrados sus ojos negros. Se estremecía presa de un dolor terrible con cada aliento. Los tres arañazos sanguinolentos que le surcaban una mejilla delataban lo ocurrido. La guerrera Garra de Dragón, imbatible por la fuerza, yacía moribunda, envenenada por el último de sus adversarios. La habían infectado con un veneno tan antiguo como letal llamado licosa. Ninguno de sus aliados conocía remedio alguno que pudiera salvarla.

El escenario que los rodeaba se asemejaba a una postal del infierno. Ardían inmensas hogueras por doquier. El suelo burbujeaba como el interior de un caldero enloquecido. El inmenso vertedero de residuos tóxicos se extendía por un área que ocupaba más de un kilómetro cuadrado. Una verja de alambre de espino lo rodeaba por tres de sus vertientes, mientras que la cuarta limitaba con las fétidas aguas del lago Ontario. Aquel era el basurero elegido por las principales industrias y las agencias gubernamentales de todo el estado de Nueva York. El escenario, el foco de contaminación más infame de toda la costa este, era la encarnación de las peores pesadillas de corrupción urbana.

Las colosales montañas de excrecencias y basura ardían con una llama verde azulada noche y día, durante todo el año. Se alzaban hacia el cielo nubes de hollín que velaban la luna y las estrellas por la noche y al sol durante el día. Los sempiternos fuegos químicos de color rojo, alimentados por fosos de residuos industriales, salpicaban el escenario como cráteres volcánicos, crepitando y escupiendo volutas de gas venenoso que quedaban suspendidas sobre las aguas del lago.

Los contenedores de acero, llenos a rebosar de venenos letales, se alineaban en ordenadas hileras para componer un laberinto de pasillos metálicos que cubría gran parte de la superficie del vertedero. Las inmensas pilas de paneles de asbestos podrido se erguían decenas de metros en el aire, como blanquecinos altares consagrados a algún dios ciego e idiota de la contaminación y la codicia.

El suelo sobre el que hincaba la rodilla Diecisiete era árido y desolado como el de un desierto, desprovisto de cualquier tipo de vida. Las pútridas colinas quedaban comunicadas por aserradas grietas que hendían la tierra. Ésta parecía que se hubiese convertido en cristal antes de que alguien hubiese descargado sobre ella el martillo de un gigante. El aire se viciaba con nubes de gases enfermizos filtrados al exterior desde las entrañas de la tierra.

Alrededor de Diecisiete y Sombra se arracimaban sus compañeros de aventuras. Sam Haine, el Hombre Cambiante, era el más próximo a la pareja. Se trataba de un ingenioso anciano de abundante cabellera cana y semblante apergaminado, dotado de una asombrosa habilidad para asumir otras formas y duplicar el aspecto de cualquier persona con la que hubiese entrado en contacto en alguna ocasión.

Junto a Sam se erguía Albert, su mejor amigo y compañero de incontables vivencias. Sus casi dos metros diez y lo magro de sus carnes lo convertían en un palillo ambulante, dotado de los dones curativos de

un chamán africano. Las lágrimas empañaban sus ojos plañideros. Pese a esgrimir extraordinarios poderes, Albert sabía que sus talentos resultarían inútiles contra el veneno que inundaba las venas de Sombra.

Junto a Albert descansaba una extenuada artesana de la voluntad Verbena, Claudia Johnson. En circunstancias normales, ejercía el liderazgo compartido de la Cábala de Casey, la fortaleza mística sita a una hora de viaje hacia el sudeste desde aquel muladar. Claudia, acompañada de otros tres magos de la cábala, había acudido al vertedero para salvar a Sam Haine de una trampa. De los cuatro, sólo ella había logrado sobrevivir a la locura y la muerte que se habían encontrado.

La siguiente de aquel círculo era una joven de rubia melena vestida con mallas cortas de ciclista de color blanco y un top negro. Una cicatriz en forma de equis adornaba el hueco inmediato bajo su busto. La anónima mujer había aparecido al final de la batalla y a punto había estado de rescatar a Sombra de los asesinos que la habían derribado. Diecisiete no la conocía, pero su expresión afligida evidenciaba que no suponía peligro alguno para ellos.

El último miembro de su pequeño grupo era también el más misterioso y el más siniestro.

Cimbreña, de mediana estatura, melena negra como ala de cuervo, brillantes labios carmesíes y piel blanca como la tiza. Joven, vestida con un sencillo vestido negro hasta las rodillas, medias del mismo color y zapatos de tacón bajo. Adornaba su cuello una gargantilla de plata decorada con una elaborada “G”. Pese a los muchos asesinos que habían perecido a sus centelleantes manos, no parecía molesta por la sangre que le empapaba el vestido. Se llamaba Madeleine Giovanni y pertenecía a la Estirpe. Era una de los Condenados, un vampiro.

—He oído hablar de esta poción, la licosa —dijo Madeleine. Hablaba sin acento, aunque con frases breves y concisas, omitiendo expresiones coloquiales o de argot. El inglés no era su idioma natal—. No se conoce ninguna cura. Su sangre está envenenada. Mi Abrazo no la salvaría, y su vitae me destruiría.

—Tampoco me imagino que a Sombra le hiciese ninguna gracia convertirse en un vampiro —respondió Sam Haine—. Cree en la reencarnación. El convertirse en uno de los no muertos interrumpiría el ciclo. No creo que le hiciera gracia ese tipo de rescate.

—*No pienso dejar que muera* —sentenció Diecisiete, abrazado a Sombra, con una expresión salvaje y extraña en la mirada. La ira que crecía en su interior rivalizaba en intensidad con los fuegos químicos. Miró al Hombre Cambiante, a aquel que en el transcurso de las últimas semanas se había convertido al mismo tiempo en su mentor y en su mejor amigo—. Su destino dicta que habrá de estar junto a Kallikos cuando éste se enfrente al clon base por última vez. Eso es lo que ella me dijo. El Maestro del Tiempo lo vio así hace siglos. Sombra no puede morir esta noche, *no pienso permitirlo*. Sin su ayuda, Kallikos no tiene posibilidad alguna de derrotar al Guerrero de la Ascensión.

—Predecir el futuro no es ninguna ciencia exacta, hijo —repuso Sam Haine. En un gesto cargado de afecto, apoyó una mano en el hombro de Diecisiete—. Eso ya lo sabes, se lo has oído decir al propio Kallikos. Lo que él ve son posibilidades, no certezas. En este mundo, Sombra no estará junto al Maestro del Tiempo. Tendrá que librar su batalla lo mejor que pueda... solo.

—Sus venas son puro fuego —informó Albert, con las mejillas surcadas de lágrimas—. Siento su angustia, el terrible dolor que padece. No puedo hacer nada para detener la propagación del veneno, su sangre está hirviendo.

Sangre. La palabra atravesó la cabeza de Diecisiete como un relámpago. Se estremeció y cerró los ojos con fuerza mientras intentaba asirse a un pensamiento fugaz. Sombra del Amanecer se moría, le quedaban minutos, quizá segundos de vida. De algún modo, sabía que podía salvarla. Había una forma de contrarrestar el veneno, sólo tenía que dilucidarla cuanto antes.

Había hablado antes de sangre, se acordaba de la conversación, de las palabras referentes al poder de su sangre.

El recuerdo regresó igual que la explosión de una estrella. Los crípticos comentarios que le dirigiera Jenni Smith, la sirvienta del clon base, el ser que se hacía llamar Heylel Teomim. “*Tu sangre y la suya son iguales*”, le había dicho mientras le explicaba por qué su señor quería que Diecisiete se uniera a su

cruzada. Entonces no había entendido el significado de aquellas declaraciones. Ahora, inmerso en una epifanía vertiginosa, supo lo que había querido decir Jenni, la respuesta a sus preguntas. Diecisiete asimiló la verdad sobre sí mismo y aquello en lo que se había convertido. Supo sin lugar a dudas lo que planeaba el clon base.

—Albert —musitó. Su voz, apenas un susurro, se dejó oír por todo el vertedero—. Con todos los rituales que conoces, entre todos tus hechizos, ¿no hay ningún método para transferir la sangre de un individuo a otro? Una técnica de acción inmediata, sin necesidad de agujas ni equipo médico.

El gigante asintió con la cabeza.

—Claro que sí. Lo he hecho muchas veces en diversos lugares. Muchos brujos creen que la auténtica hermandad sólo se consigue por medio de tales vínculos. Dos se convierten en uno al compartir la esencia de la vida, se trata de un ritual tan antiguo como la propia magia. Podría efectuar la ceremonia con un trozo de tela y un cuchillo.

—Entonces, únenos a Sombra y a mí por medio de ese rito —pidió Diecisiete, al tiempo que apoyaba la espalda de Sombra del Amanecer sobre el yermo terreno. Una palidez mortecina se había apoderado de la tez de la guerrera y su pecho apenas se movía. Diecisiete se estiró junto a ella y clavó los ojos en el chamán, intentando conservar la calma—. Hazlo, *ya*.

—Pero, pero... ¿y el veneno? Te infectarás. Si mezcláis vuestra sangre, la licosa os matará tanto a Sombra como a ti.

—Nada de peros —espetó Diecisiete, con voz gélida—. Me niego a verla morir y este ritual es la única oportunidad que tenemos de salvarla. Estoy dispuesto a arriesgar mi vida por ella, pero tú eres el único capaz de llevar a cabo la ceremonia.

—Haz lo que dice, Albert —terció Sam Haine. Sostenía en una mano el cuchillo de caza que había utilizado durante la batalla. Salpicado de sangre instantes atrás, la hoja refulgía ahora como recién forjada. Sam no se quedaba corto a la hora de utilizar la magia con fines prácticos—. Diecisiete sabe lo que se hace. O, por lo menos, a mí me da que así es. Dime dónde practicar esos tajos.

Albert dibujó un patrón místico con los dedos y extrajo un paño blanco de la nada.

—Ahí —señaló una vena de buen tamaño en el brazo de Sombra—, y ahí —el mismo punto en la articulación de Diecisiete.

—Corta con ganas —dijo Diecisiete, con los ojos fijos en los de Sam Haine. La rabia había cedido el paso a la serenidad que le proporcionaba el saber que hacía lo correcto—. Nada de medias tintas. Si no, mi cuerpo mejorado sanará antes de que podamos realizar la transfusión.

—Entendido. Ahora lo pillo, hijo. ¿Listo, Albert? A esta señorita se le acaba el tiempo.

—Hazlo. —El gigante se había arrodillado junto a Sombra con los inmensos brazos estirados, dispuesto a unirlos en cuanto se hubiesen practicado las incisiones.

Con un giro de muñeca, Sam Haine sajó la carne de Sombra del Amanecer. Manó sangre de la incisión practicada, de unos doce centímetros de largo, una sangre negruzca y espesa. Sangre envenenada.

Tras coger aire, el Hombre Cambiante hundió la hoja en el brazo de Diecisiete. El cuchillo de caza, afilado como una hoja de afeitar, practicó un corte profundo en la carne del coloso. Con un bufido furioso, Sam deslizó el acero templado por la articulación.

Unas gotas de sangre cayeron al suelo. Sangre nanobit, el mismo elixir que fluía por las venas del clon base.

—Su sangre arde —musitó Madeleine Giovanni, con los ojos desorbitados a causa del asombro. La sangre de Diecisiete, allí donde había tocado el profanado terreno, *siseaba*, dejando profundas marcas como si de ácido se tratase.

—Sangre a la sangre, vida a la vida —entonó Albert, ajeno a todo lo que no fuese el ritual que estaba practicando. Unió ambas heridas, anudó el paño blanco alrededor de los dos brazos y dejó que la sangre entrase en contacto con la sangre. Una vez completada aquella parte, elevó las manos para trazar extraños sellos que parecieron arder en el amarillento aire tóxico—. Corazón al corazón. Alma al alma. Júntalas,

únelas, bendícelas, santifícalas por medio de sus heridas. Une a estos dos para que se conviertan en uno. —Dio un palmetazo que restalló igual que un disparo—. Que así sea.

—Siento cómo se cierra la herida del brazo —dijo Diecisiete, levantando la cabeza del suelo—. ¿Ha terminado la ceremonia? ¿Conseguiste efectuar la transfusión? ¿Hay algo de mi sangre en sus venas?

—Sí —respondió Albert, con un zangoloteo de cabeza—. El ritual se ha completado. He hecho lo que me pedías, he mezclado tu sangre con la de Sombra. No mucha, pero bastante. Así y todo, admito que sigo sin estar convencido de que suponga diferencia alguna. Está condenada y, ahora, tú también.

—Lo dudo mucho. —La confianza de Diecisiete crecía a cada instante. Deshizo el nudo del paño que le envolvía el brazo y se rió, pese a sus esfuerzos por conservar la calma—. Te olvidas de quién soy, Albert. Lo que es más importante, te olvidas de lo que soy.

Se sentó y estiró el brazo. La articulación se veía impoluta. De no ser por una fina línea oscura, no se percibiría rastro alguno de la profunda herida practicada hacía menos de un minuto. Cuando Diecisiete flexionó los dedos para asegurarse de que retenía el pleno control de todos los dedos, la línea oscura se desvaneció. La herida había sanado por completo.

—Soy un prodigio de biotecnología Tecnomante —declaró sin dirigirse a nadie en particular, con un deje de amargura en la voz—. Tengo los huesos reforzados con primium, lo que los vuelve irrompibles. Mis nervios y mis músculos han sido mejorados por medio de microchips. Me han modificado el cerebro para que posea un control absoluto sobre todo mi cuerpo. Mi sangre es artificial en su mayor parte, producto de *drivers* nanobit que operan a nivel submolecular. Cualquier daño que sufra se recupera en cuestión de segundos. Soy casi imposible de matar y, por definición, inmortal.

—Tu sangre es veneno para mi especie —dijo Madeleine Giovanni. Asintió con la cabeza, como si respondiese a una pregunta no formulada—. Ni siquiera el vampiro más poderoso podría abrazar a un mortal por cuyas venas corriera sangre nanobit.

—Me parece que has ganado la apuesta, hijo —intervino Sam Haine—. Nuestra espadachina tiene mucho mejor aspecto.

Diecisiete se volvió hacia Sombra del Amanecer. La transformación se producía con paso lento pero seguro. El color regresaba a sus mejillas, su respiración se fortalecía a cada minuto, la expresión de dolor se desvanecía de su semblante. Con una carcajada triunfal, Diecisiete levantó el brazo de la guerrera y señaló al lugar donde había recibido el corte. La herida ya se había cerrado y la piel comenzaba a recomponerse.

—Mi sangre nanobit está programada para eliminar cualquier debilidad de mi cuerpo. Funciona de modo automático, destruyendo virus y toxinas, y renovándose por sí sola cuando es necesario. Cuando transferimos esa sangre a Sombra del Amanecer, el fluido continuó con la labor para el que lo habían programado. Eliminó todas las impurezas de sus venas, incluida la licosa. No se ha inventado el veneno capaz de resistirse a una invasión nanobit.

—¿Así que ahora Sombra del Amanecer posee sangre nanobit? —quiso saber Claudia Johnson—. ¿Casi igual que la tuya?

—*Idéntica a la mía*. Idéntica en todos los aspectos. En caso contrario sería imperfecta, algo que los *drivers* nanobit no permitirían. Aunque carezca de mi cuerpo mejorado o de mis sentidos, compartimos la misma sangre y todos los beneficios derivados de ella.

Se puso en pie sin dificultad, para luego agacharse e izar a la joven japonesa en sus brazos. Ésta se agitó, como en sueños. Sus párpados aletearon antes de abrirse por completo. Sombra esbozó una sonrisa al ver el rostro de Diecisiete.

—Sentí un dolor inmenso. La muerte me miró a la cara. Luego, de improviso, se retiró.

—En ocasiones, incluso la ciencia de la Tecocracia puede servir para algo —dijo Diecisiete, correspondiendo a la sonrisa—. ¿Te sientes con fuerzas para incorporarte?

Sombra cayó en la cuenta de que Diecisiete la tenía sujeta entre sus brazos.

—Bájame —ordenó, azorada—. Nos están mirando. Qué dirán al ver cómo me abrazas.

Sam Haine soltó una risita.

—Ya es tarde para preocuparse por los escándalos, señorita. Diecisiete ha dejado bien claro que sois algo más que amigos.

El anciano artesano de la voluntad estiró un brazo y sujetó una de las manos de Sombra entre las suyas. Al cabo de unos instantes, exhaló un suspiro.

—Este puñetero mundo gira demasiado rápido para este viejo. Se encuentra bien, sana como una manzana. Ni rastro de veneno en su organismo.

—¿Veneno? —repitió Sombra del Amanecer, al tiempo que se escurría entre los brazos de Diecisiete para echar pie a tierra. De inmediato, sus manos saltaron a las empuñaduras de sus dos espadas, como si las hojas gemelas la ayudaran a recuperar la confianza—. ¿Qué veneno?

—Ya hablaremos de eso más tarde. —Diecisiete se sentía muy cansado de repente, apático—. Es hora de que nos pongamos en marcha. A todos nos hace falta descansar. Luego podremos debatir sobre lo aquí acontecido.

—Me parece bien —accedió Sam Haine—. No me vendría nada mal un buen baño caliente. Vaya, parece que nuestra rubia pistolera ha cogido las de Villadiego.

La enigmática joven había desaparecido.

—La hermana Susie —aclaró Madeleine Giovanni, dándole por fin nombre a la aparecida—. Recorre su propio camino en busca de la salvación. También yo he de marcharme, el sol no tardará en despuntar. ¿Regresareis a la casa del bosque? Bien, volveremos a vernos. Os buscaré para que podamos hablar de enemigos comunes y de la estrategia a seguir para derrotarlos.

—Encantado de... —comenzó Sam Haine, antes de enmudecer, con la boca aún abierta por el asombro.

En completo silencio, Madeleine Giovanni se disolvía en una nube translúcida. Entre volutas, la oscura silueta se retorció para adoptar otra forma. Donde instantes antes se irguiera la mujer lo hacía ahora una pequeña loba negra de reluciente pelaje, cuyos ojos rojos resplandecían con algo más que inteligencia animal. Alrededor de su cuello, a modo de collar perruno, pendía la gargantilla de plata de la vampiro.

Tras enseñar los dientes en lo que podría tomarse por una sonrisa, la loba se apresuró a abandonar el vertedero. Corría como el viento, sin pisar apenas el suelo. En cuestión de segundos se había perdido de vista.

—Ya sabía yo que los vampiros pueden cambiar de forma —dijo Sam Haine—, pero nunca lo había visto con mis propios ojos. Esa chavala tiene talento, es una pena que esté muerta. Menuda figura, y eso que tiene pinta de seguir en edad de crecer.

—Lo más probable es que tenga muchos más años de los que aparenta —repuso Claudia Johnson, humedeciéndose los labios, nerviosa—. Además, acuérdate de que bebe sangre humana para alimentarse.

—Por mí no te preocupes, Claudia, no soy tan lerdo. Con todos sus buenos modales y ese aspecto de jovencita que nunca ha roto un plato, me da que la señorita Madeleine no es de ésas con las que se puede tontear.

—Mataba con gracia y estilo —añadió Sombra del Amanecer—. Ninguno de sus movimientos era en balde. Sabía lo que se hacía, y lo hacía bien.

—En fin, como parece que está de nuestra parte, mejor que mejor. Tal y como pintan las cosas, nos hará falta toda la ayuda que podamos conseguir.

—Ahora más que nunca. —Una vez más, Diecisiete no consiguió evitar que la amargura aflorase a sus palabras.

Pese a la insistencia de sus camaradas, se negó a explicar lo que había querido decir. La verdad podía esperar hasta que hubiesen recuperado las fuerzas. Siempre habría tiempo para dar malas noticias.

DOS

El grito fue tan fuerte, tan ensordecedor, tan *intenso* que las paredes de cemento de la sala de control se estremecieron. Pareció no terminar nunca, sacudiendo los huesos de Sharon y consiguiendo que le dolieran los dientes. En el mundo real habían transcurrido cinco segundos.

—Satanás maldito —masculló Ernest Nelson, con el rostro compuesto en una máscara de incredulidad—. El Aullador ha entrado en el edificio. Eso no procedía de afuera, viene a por nosotros. El muy hijo de la gran puta no piensa darse por vencido, es un cabrón de lo más tenaz.

—¿Cómo... cómo... cómo lo hace? —balbució Lauri Coup, asombrada. El miedo deformaba sus hermosos rasgos—. Estos muros se levantaron con cemento reforzado con acero y barrotes de primium, lo resisten todo. El doctor Reid insistía en rodearse de la máxima seguridad, por eso construyó este laboratorio como una fortaleza.

—Bienvenida al mundo real —repuso Sharon, que intentaba no sonar asustada—. Lleno de mentiras, mentiras y más mentiras. No te creas nada de lo que leas, ni todo lo que te digan.

Nelson tenía razón. El Aullador se encontraba en algún lugar del edificio y los estaba buscando. De algún modo, el monstruo les había seguido el rastro hasta ese centro de investigación abandonado en el corazón de Indianápolis. Puede que la llamada que había realizado Coup al Banco de Datos Progenitor con anterioridad hubiese sido un error. Ahora era demasiado tarde para preocuparse de eso.

Saltaba a la vista que el Aullador estaba decidido a destruirlos. Según lo que le había contado Nelson, una fuente de información inagotable, a Sharon, el Aullador jamás fracasaba en una misión de destrucción. El ciborg y ella eran las dos únicas personas que habían conseguido salir bien parados de un enfrentamiento con el monstruo. En aquella ocasión, habían conseguido escapar gracias a un golpe de suerte. Esta vez, atrapados en el centro de control subterráneo, todo parecía indicar que esa suerte se les había acabado.

Antaño rivales y ocasionales enemigos declarados, la doctora Sharon Reed y Ernest Nelson se habían convertido en aliados durante el transcurso de su desesperada búsqueda del clon base sobrehumano que se hacía llamar Heylel Teomim. Como Directora de Investigaciones Progenitora del Colectivo Gris, Sharon había contribuido a la creación del clon. Ernest Nelson, ciborg también conocido como X344, había sido el ayudante en jefe del doctor Charles Klair, el experto en informática de Iteración X implicado en el proyecto de clonación. Ninguno sabía por aquel entonces que no eran más que peones dentro de una conspiración que amenazaba a la Unión Tecnócrata al completo, por no decir a toda la creación.

Sharon y Nelson eran los únicos supervivientes del desastre que había acabado con el Colectivo Gris. Responsables del clon base, el Simposio Tecnócrata les había encomendado que localizaran y destruyeran al ser. Tras superar sus recelos iniciales, ambos asociados se habían visto obligados a cooperar a fin de conservar la vida. Una horda de Subversores de la Realidad Nefandos, hombres y mujeres consagrados a las fuerzas del mal, estaba decidida a destruirlos a cualquier precio. Un ser monstruoso conocido como el Aullador lideraba la manada. Se trataba de un traidor Tecnomante que asesinaba a sus víctimas valiéndose de sonidos amplificadas, uno de los ejecutores más temidos del mundo.

—¿Hay compuertas de acero de emergencia para reemplazar las puertas que destrozó tu perro mientras descendíamos hasta este nivel? —preguntó Sharon. Los años de experiencia bregando con diversos desastres se hacían notar en situaciones de peligro. Los nervios calmados, la presión sanguínea regular y el control del flujo de adrenalina ayudaban mantener el pánico bajo control. En situaciones de emergencia como las que los ocupaba, el miedo podía convertirse en el enemigo más mortífero.

—Por supuesto —respondió Lauri Coup—. Activé el sistema de seguridad de emergencia en cuanto superasteis el laberinto que os condujo aquí. No me gusta correr riesgos. Si quieren llegar hasta nosotros, los Nefandos tendrán que atravesar varias docenas de puertas de acero reforzado. Es más, el doctor Atkins y sus asesinos no podrán bajar hasta aquí sin neutralizar antes las ametralladoras automáticas montadas en las paredes. Toda la mansión es una gigantesca trampa mortal.

El chillido, cuando se dejó oír, duró diez segundos. Cuando se hubo disipado, los tres se encontraban tendidos en el suelo, taponándose las orejas con las manos, gimiendo de dolor. Lo peor de los gritos del Aullador era que no ofrecían escapatoria. El sonido llegaba a cualquier parte.

Todos los instrumentos de medición, las carcasas de plástico y los paneles de control de la estancia habían quedado reducidos a polvo. Sharon sospechaba que, de verse sometidos a los gritos del Aullador a corta distancia, podría ocurrirle lo mismo a sus huesos. Si no se le ocurría algún plan cuanto antes, pasaría el resto de su breve vida convertida en un charco de protoplasma licuado.

—Tenemos que salir de aquí, y rápido. El Aullador se aproxima y esas puertas de acero y las trampas no van a detenerlo. La lucha no es ninguna opción. O huimos o morimos.

—No pienso discutirlo —convino Nelson—. La mitad de mi cuerpo es primium y acero. Cada alarido me lo sacude un poco más fuerte. Dos o tres aullidos más y seré historia.

La sala de control se estremeció, no a causa de las ondas sónicas, sino debido a una tremenda explosión.

—Se están abriendo paso a bombazos a través de las cámaras más resistentes —dijo Lauri Coup. La muerte se reflejaba en sus ojos—. Entre los gritos y las explosiones, este lugar no tiene nada que hacer. Llegarán aquí en cuestión de minutos.

—Al parecer, el Aullador necesita algunos minutos para recuperar el aliento entre grito y grito —comentó Nelson—. Eso nos da un respiro para pensar con claridad. ¿Estás segura de que el edificio no tiene más salidas? Casi todos los laboratorios subterráneos disponen de un túnel secreto que da a la superficie.

Lauri Coup negó con la cabeza.

—Éste no. El doctor Reid era un paranoico en lo que a ser descubierto se refería. Decía que cualquier túnel al exterior daba también al interior. La única vía de escape pasa por la mansión. Existen varias puertas ocultas que conducen a la calle pero, con los Nefandos por los pasillos, jamás conseguiríamos llegar hasta ellas con vida.

—Los colegas del Aullador me la sudan —espetó Nelson—. Puedo cargármelos a todos con un brazo atado a la espalda, pero con el jefe no puedo. No creo que se deje seducir por mis encantos. Lo que no entiendo es cómo sobreviven sus propios hombres a esos alaridos.

—Ondas dirigibles —dijo Sharon Reed—. Una de las especialidades del doctor Atkins. Estudiaba los efectos del sonido amplificado apuntado en una dirección específica. Creía que podría modificar a los humanos a fin de utilizar sus voces como armas.

—Bueno, pues ya veo que lo consiguió. Qué pena que se le fuera la olla y se uniera a los Nefandos. ¿Se te ocurre algo, Reed? Tengo las neuronas en huelga.

—Nos encontramos en un centro de investigación abandonado, parte del complejo de EcoR. —Sharon desgranaba en voz alta lo que le pasaba por la cabeza—. Conozco la forma de pensar de Reid, trabajé con él en varios proyectos a lo largo de los años. Odia a las Nueve Tradiciones con toda su alma, está obsesionado con destruirlas. Como dice Coup, la paranoia de Reid bordeaba la frontera de lo maniático. Ve sombras por todas partes, sospecha que las Tradiciones quieren eliminarlo antes de que él tenga ocasión de destruirlas. A lo mejor no le falta razón.

—Vale, vale, vale —interrumpió Nelson, impaciente. Flexionaba los enormes dedos una y otra vez, sin poder ocultar su nerviosismo—. Vayamos al grano. El Aullador va a soltar otro berrido en cualquier momento. Reid no se fiaba ni de su padre, ¿y qué?

—¿No te das cuenta? Reid nunca habría construido un laboratorio de investigación y experimentación sin una puerta trasera, y menos bajo tierra. Tiene que haber otra salida. Un pasadizo secreto, como tú dices. Si no va a la superficie, comunicará con el Colectivo EcoR. Lo único que tenemos que...

El alarido creció de un gemido constante a un aullido incesante y demoledor. Sacudió la habitación, estremeció las paredes y combó el suelo. Sharon sintió cómo le taladraban las sienas dos agujas que se fueron a alojar a su cerebro. Estaba segura de que le iba a estallar la cabeza. La sangre le inundó los ojos,

la nariz y la boca. Con un grito, se derrumbó sobre el cemento. Lo último que vio fue el suelo acercándose a su rostro a gran velocidad.

Debió de haber permanecido inconsciente durante varios minutos. Luego comenzó a moverse de nuevo, tendida sobre un poderoso hombro cual fardo de grano. La cabeza no le había estallado, aunque veía borroso y le palpitaban las sienes como si estuviese dentro de una hormigonera. Sharon vio a una aturdida Lauri Coup que se balanceaba a treinta centímetros de distancia en una postura similar a la suya. Pese a la desconfianza innata que sentía hacia aquel hombre, la Directora de Investigaciones tuvo que admitir que, en ocasiones, el ciborg valía su peso en oro.

—Bájame, Nelson —pidió, sin que recibiera respuesta—. Bájame.

Nada. El ciborg seguía avanzando, sin prestar atención a sus exhortaciones. Con un juramento, Sharon descargó un puñetazo donde la espalda de Nelson perdía su nombre.

—Que me bajes, chatarra ambulante —gruñó—. Sé caminar yo solita.

Nelson se detuvo en seco, la bajó de su hombro y la depositó de pie en el suelo. Antes de que pudiera decir nada, se señaló los oídos con la mano libre.

—No gastes saliva —declaró—. El último estallido fue demasiado para mis circuitos. Se me han saltado los tímpanos artificiales y me he quedado sordo como una tapia. Puedo leerte los labios si hablas despacio, pero tampoco es que nos quede mucho tiempo para charlar. El Aullador debe de andar pisándonos los talones.

—¿Dónde... estamos? —vocalizó Reed, procurando distinguir cada sílaba a fin de que el ciborg pudiera ver lo que quería decir.

—En el nivel inferior del edificio —repuso Nelson, articulando con problemas. Los tímpanos de Reed protestaron con un agudo pitido palpitante—. Si hay un portal a EcoR, estará aquí, oculto entre los tanques de regeneración y los de crecimiento. Más nos vale encontrarlo cuanto antes, el Aullador no anda lejos.

—¿Y Coup?

—Fuera de combate. Posible contusión, con esa sangre que le brota de las orejas. Daño cerebral, puede, quién sabe. El último alarido fue bestial. A pesar de todo, sigue siendo una de los nuestros, no la iba a dejar tirada para que la encontrasen esos cabrones. Me parece que te las tendrás que apañar tú sola, Reed. Encuentra ese portal o el Aullador podrá seguir jactándose de su cien por cien de efectividad asesina.

—Estupendo —musitó Sharon. Sus ojos se ajustaron de forma automática a la penumbra del nivel inferior del centro de investigación—. Ahí vamos, a buscar una aguja en el pajar con el hombre del saco llamando a la puerta. Mi día de suerte.

Un rugido apagado hendió el aire y el suelo se estremeció. Sharon profirió una maldición. Nelson debía de haber estado gritando a todo lo que daban de sí sus pulmones, se había quedado medio sorda. Ya daba igual. A aquella distancia, los chillidos del Aullador podrían destrozarles la carne y los huesos. Si se acercase demasiado, el monstruo conseguiría hacerlos explotar como a bombas nucleares.

—Intentan echar abajo la puerta de la sala de control —aulló Nelson—. Les llevará algunos minutos. Cuando entren, se darán de morros con las granadas de conmoción que he dejado donde menos se lo esperan. Ya que están tan cabreados, que sea por algo. A lo mejor conseguimos algo de tiempo de descuento si se paran a buscar más trampas.

Sharon maldijo por segunda vez. Lo que pedía Nelson era imposible. Primero tenía que encontrar el portal secreto que comunicara con el Colectivo de EcoR y luego tenía que activarlo antes de que llegara el Aullador.

La cámara de crecimiento medía unos veinte metros de largo por diez de ancho, dispuestos como en cualquier otro laboratorio de aquellas características. Cuatro tanques regeneradores de metro y medio por tres flanqueaban un pasillo central. En la base de cada uno de ellos, una pantalla de ordenador informaba de la actividad de la unidad. Un panel de control maestro sito a la entrada del cuarto supervisaba a cada una de las máquinas, resolviendo y procesando información para asegurarse de que los experimentos se

llevasen a cabo según lo estipulado. Por lo general, aquel tipo de cámaras disponía de una plantilla de tres Tecnomantes aunque, en situaciones de emergencia, bastaría una sola persona para asegurar el correcto funcionamiento de los mecanismos.

Sharon se apresuró a recorrer la estancia con la vista en busca de alguna anomalía, de cualquier diferencia minúscula en su disposición que pudiera delatar la presencia de una puerta oculta. Nada, nada en absoluto. Se parecía a cualquier otro centro de regeneración que hubiese conocido con anterioridad. Sharon rugió para descargar su furia impotente. Era una Tecnócrata, no un detective. No se le ocurría dónde podría encontrarse el portal. A juzgar por lo que veía, lo único que faltaba en la cámara era el parte diario, el listado de todas las operaciones, que solía colgarse en la pared desnuda detrás del banco informático central. Ni siquiera había un mísero tablón de anuncios.

Una serie de tres rápidas y abruptas ondas de choque sacudieron el suelo.

—Me da que nuestros amigos ya han dado con alguna que otra granada de contusión —dijo Nelson, con una sonrisa—. Por desgracia, eso quiere decir que no tardarán en arramblar con las escaleras. El Aullador ya lleva callado unos cuantos minutos. Me temo que debe de estar preparando la traca final. Si vas a encontrar ese portal, que sea cuanto antes.

Tras media docena de pasos, Sharon se plantó en el interior de la cámara, al otro lado del ordenador principal, con la mano izquierda apoyada en la pared desnuda. Estaba fría al tacto, mucho más fría de lo que cabría esperar del cemento.

Se giró e hizo señas a Nelson para que, con Coup aún sobre el hombro, acudiese a su lado.

—Aquí está —declaró, a sabiendas de que el ciborg no podía oír ni una palabra de lo que decía—. Escondido a la vista de todos. Típico del doctor Reid.

—¿Te sabes el código para que el guardián del portal nos franquee el paso?

—Pues claro, imbécil de hojalata —masculló Sharon, con cuidado de que Nelson no pudiera leerle los labios—. Soy una Directora de Investigaciones. Me sé *todos* los códigos de los Colectivos Progenitores. Dame un segundo y abriré el portal.

—¡Tenemos compañía! —rugió Nelson. Tres hombres corpulentos, vestidos por entero de negro, llegaron en tropel procedentes del hueco de la escalera que comunicaba con la planta superior. Eran psicópatas asesinos, reclutados en prisiones superpobladas para servir como tropas de choque para los Nefandos. Monstruos humanos que sólo vivían para matar aunque, por muy duros de pelar que fuesen, carecían de las habilidades propias de un artesano de la voluntad. Tres contra uno, seguían sin suponer rival para la combinación de hombre y máquina que era Ernest Nelson.

Moviéndose a una velocidad cegadora, el ciborg dejó en el suelo a Lauri Coup y proyectó ambos brazos hacia delante como si de cañones se tratara. Las ametralladoras ocultas en las extremidades aullaron y enviaron una granizada de balas que cruzaron la estancia. Uno de los asesinos consiguió efectuar algunos disparos. Fallaron. Nelson, no. Tres piltrafas ensangrentadas se desplomaron, tras dejar impresas sendas manchas escarlatas sobre las paredes.

—Date prisa —gritó Nelson—. Son los primeros, pero vendrán más, y el Aullador no puede andar lejos.

Con la mano sobre la pared, Sharon tanteó con su mente y abrió un canal telepático con el guardián del portal. Al contrario que la mayoría de sus congéneres, el centinela biotecnificado carecía de forma física. La criatura, un ser que gustaba de pensar en sí mismo como MURO, existía dentro de la roca y el cemento que formaban el portal en sí. No resultaba extraño que Coup no supiese de aquel pasadizo. Reid no había compartido el secreto con ninguno de sus asociados, se había guardado el conocimiento de aquella escotilla de emergencia para él solo. Con MURO vivo dentro de la piedra, no quedaba pista alguna de la existencia del pasillo.

—Lunático paranoico —masculló Sharon, al tiempo que ordenaba mentalmente a MURO que abriese el portal que conectaba el laboratorio de investigación con el Reino del Horizonte de EcoR. Bajo su mano, la roca se calentó, se reblandeció y desapareció.

El aullido comenzó como un abrumador zumbido de baja frecuencia, hondo y sonoro, cuyo volumen fue ganando en intensidad hasta inundar toda la cámara subterránea. Con una serie de audibles chasquidos, los tanques de crecimiento y regeneración saltaron en pedazos uno a uno. Desesperada, Sharon asió a un inmóvil Ernest Nelson en un intento por conseguir que el ciborg se girase hacia el portal. Ya podía sentir la presión que amenazaba con hacerle estallar la cabeza, el dolor que aumentaba sin visos de detenerse.

Con un empujón de sus descomunales brazos, Nelson arrojó el cuerpo inerte de Lauri Coup al otro lado del portal. Otro empujón de aquellas manos enormes envió a Sharon al interior del portal a trompicones, hasta desplomarse entre las blancas paredes de la zona de recepción del Reino del Horizonte de EcoR. Cayó al suelo junto a Lauri Coup. Dos estudiantes ataviados con batas de color rojo se apresuraron a escabullirse, con expresión de perplejidad.

Transcurrieron dos, tres, cuatro segundos hasta que, igual que un misil humano teledirigido, Ernest Nelson penetró en estampida por el portal del Horizonte. Manaba sangre de su nariz y de sus oídos, pese a lo que el ciborg exhibía una amplia sonrisa. Instantes más tarde, la estancia se estremecía como si hubiese caído sobre ella un martillo gigantesco.

—No iba a arriesgarme a que el Aullador pudiera seguirnos al otro lado del portal —explicó Nelson, entre espumarajos sanguinolentos—, así que dejé el resto de mis granadas en el suelo enfrente del pórtico cuando me marchaba. Supuse que bastarían para dejar ese pasadizo cerrado a cal y canto.

Sharon esbozó una sonrisa y sacudió la cabeza. Cabeza de lata o no, Ernest Nelson era la persona más asombrosa que había tenido ocasión de conocer.

TRES

Caía la noche cuando Diecisiete se despertó. Como siempre, se sentía fresco, recuperado por completo, en perfectas condiciones. Con su cuerpo mejorado y su sangre nanobit, siempre sería así. Siempre. Salvo en circunstancias extremas, jamás moriría. Tal era su bendición y, para él en particular, su maldición.

La noche anterior, tras regresar a la Cábala de Casey, sus tres compañeros y él habían coincidido en la necesidad de celebrar un consejo de guerra para debatir acerca de lo acontecido a lo largo de la semana. Esa noche, en el macizo sagrado próximo a la cábala, se reunirían e intentarían dilucidar el cataclismo que parecía inminente. Un cataclismo que se veían incapaces de evitar.

Sombra del Amanecer, con los labios curvados en una media sonrisa, se agitó en sueños junto a él. Diecisiete se inclinó para acariciar con ternura a la mujer que amaba. Se ensanchó su sonrisa, pero la joven no se despertó. Cuando esta guerra hubiese tocado a su fin, se unirían en matrimonio por el ritual que prefiriese la guerrera. Las palabras y las ceremonias no significaban nada para Diecisiete. Sabía que, a un nivel más profundo, ya se encontraban vinculados por un sello irrompible. La Rueda del Drahma había girado y dos destinos se habían convertido en uno solo. Ahora y en el futuro.

El radiante sol se filtraba entre las gruesas cortinas de color verde y marrón que cubrían la ventana frente a su lecho. Tras levantarse con la gracia y la fluidez que caracterizaban todos sus movimientos, Diecisiete no tardó en haberse vestido. Le había costado encontrar ropas que se ajustaran a su fornida constitución. Unos pantalones vaqueros y una camiseta le servían de momento. El fragmento del recuerdo de una capa, botas, camisa y pantalones holgados, todo ello de color negro, titiló entre sus pensamientos antes de desvanecerse. Algún día se acordaría de todo, pero aún no.

El dormitorio que les habían asignado era pequeño pero acogedor. Contenía una antigua cama de armazón de madera, pasada de moda, cuidada al detalle incluso con las almohadas de plumas; un par de sillas, algunos cojines y una mesilla. Guardaban la ropa en un pequeño baúl que cabía bajo la cama. Las paredes carecían de adornos, de los que no sentían ninguna necesidad. Todo lo que ocupaba aquella habitación era de madera y había sido tallado al detalle con elaborados motivos pictóricos. Las paredes no se habían empapelado, del mismo modo que el suelo carecía de baldosas o alfombras. La estancia era del todo natural. A Diecisiete le daba la impresión de encontrarse en medio de un claro en el bosque. Estaba convencido de que aquello era lo que pretendían transmitir los miembros de la Cábala de Casey.

Sombra necesitaba reposo, no sólo para recuperarse del veneno, sino para que su cuerpo pudiera ajustarse a los prodigios de su sangre nanobit. Albert había lanzado un poderoso hechizo de sueño sobre la guerrera durante el viaje que los había llevado de regreso a la cábala. No despertaría hasta dentro de otra hora. Diecisiete quería estar junto a ella cuando abriese los ojos pero, antes de eso, había alguien más con quien le apetecía departir.

Encontró a Claudia Johnson en una pequeña habitación en la planta superior del enclave de la Cábala de Casey. El cuarto no era mucho mayor que el dormitorio que compartían Sombra y él pero, al encontrarse en lo alto del edificio, tres de sus cuatro paredes se veían adornadas por ventanas, todas ellas abiertas, permitiendo que la brisa que soplaba de este a oeste ventilara la estancia. También esta habitación era natural por entero. Aquí las paredes lucían elaborados murales tallados, retratos de los cuatro tipos de Verbena: los Jardineros del Árbol, los Giros del Destino, los Buscadores de la Luna y los Tejedores de Vida. Conocimientos que Diecisiete poseía, aunque no pudiera recordar la fuente. Lo sabía, sin más.

La atractiva mujer de mediana edad que ejercía el cargo compartido de líder de la Capilla se encontraba sentada ante un sólido escritorio de madera de roble rodeado por un bosque en miniatura de plantas y flores. La fragancia del crecimiento constante era omnipresente, casi hipnótica. Al otro lado de las ventanas abiertas, trinaban los pájaros. Diecisiete se sintió como si lo hubieran transportado a algún lugar perdido en la floresta, lejos de la mansión del siglo XIX convertida en capilla de los Verbena.

Claudia levantó la vista cuando Diecisiete entró en la estancia. Como si le hubiese estado esperando, asintió con la cabeza y señaló a la silla vacía frente a su mesa. Una hoja de papel en blanco descansaba sobre su libro mayor. En una mano sostenía una pluma arcaica que, en aquel lugar, no parecía desentonar.

—Éstas son las cartas más odiosas —le dijo a Diecisiete, al tiempo que dejaba la pluma a un lado—. Las que informan a parientes lejanos de que su hijo o su hija han fallecido en un accidente de automóvil, o que resultaron muertos en un enfrentamiento entre sindicatos y empresas. Siempre mentiras. No puedo plasmar la verdad sobre el papel. El dolor que siento se acrecienta por el hecho de que estas misivas no transmiten consuelo alguno, sólo echan sal a la herida. Los que murieron me eran muy queridos. La cábala es mi familia, mi verdadera familia. Comparto el sufrimiento de esas familias.

—De hecho, ése es el motivo que me ha impulsado a venir a verte. La gente muere. Es una de las premisas de la vida, lo acepto. Pero de un tiempo a esta parte comienzo a sentir que yo soy la causa de esas muertes, y eso me martiriza.

—La muerte siempre consigue que nos planteemos interrogantes. —Claudia Johnson se arrellanó en su asiento y estiró los brazos por encima de la cabeza. El sol refulgió sobre su tez cobriza, mezclándola con la naturaleza que la rodeaba—. Nadie te culpa de nada en la Cábala de Casey.

Diecisiete apoyó los codos sobre la mesa.

—Aunque así sea, si no hubiese acudido a vuestra comunidad, muchas de las víctimas de las últimas semanas seguirían con vida. Tendrías que escribir muchas menos cartas.

Claudia se encogió de hombros.

—A lo mejor tienes razón, a lo mejor te equivocas. ¿Quién sabe? Dudo que siquiera Kallikos, el Maestro del Tiempo, osara intentar resolver ese acertijo. Son días peligrosos, Diecisiete. La violencia se cobra muchas víctimas, así de sencillo. Nadie está a salvo. Vivimos en un mundo cruel y todos los componentes de la Cábala de Casey lo aceptan. Tú también deberías.

La artesana de la voluntad Verbena miró a Diecisiete sin parpadear.

—Sam Haine, uno de los nuestros, te trajo aquí. Nos previno acerca de los riesgos, nos advirtió de que eras un hombre perseguido. Aceptamos el peligro. La Cábala de Casey siempre ha proporcionado hogar a los desamparados, cobijo a los fugitivos. Eso no se puede cambiar. —Por un instante, su voz se suavizó—. Hace años, también yo fui una refugiada.

—Pero el ataque de los Hombres de Negro fue una consecuencia directa de mi estancia en este lugar. Los asesinatos cometidos por Terrence Shade...

—Te olvidas de lo que viste anoche. No somos ningunos críos, sino siervos de la Diosa, soldados de las Tradiciones.

Se agachó y abrió uno de los cajones del escritorio. La habitación, llena de luz hacía un momento, parecía más oscura ahora, como si reflejase el humor de Claudia. Los pájaros del exterior habían cesado en sus cantos. Incluso el aroma de las flores parecía acre, teñido por el deterioro.

—Ya te he dicho que aborrezco escribir estas cartas catastrofistas. —Claudia arrojó una carpeta de tres centímetros de grosor sobre la mesa—. ¿Te crees que son las primeras que me veo obligada a redactar? La vida está llena de penurias, Diecisiete. ¿Te crees que trajiste la muerte a este remanso de paz? Piénsatelo mejor. Mira esta miserable carpeta. Cada página habla de otra muerte. Estamos en guerra con la Tecno-cracia, hay bajas, a montones. ¿Lo entiendes?

—Yo, lo... lo siento —dijo Diecisiete, al que la ira de Claudia había cogido por sorpresa—. No me había dado cuenta.

—Claro que no. —La atmósfera de la habitación pareció achicarse, aumentando la presión desde todos los ángulos—. Vivimos en una zona de guerra. Nuestra gente acepta ese hecho. Asímelo. Sam Haine enfureció a Aliara con sus acciones, pero fue Terrence Shade el demente que asesinó a los miembros de la Cábala. Lo mismo se aplica a aquel tiroteo con los Hombres de Negro. Vinieron detrás de ti, pero eso no impidió que los muy bastardos intentaran arrojarnos a todos al olvido ya de paso. Deja de culparte por las

calamidades del mundo, Diecisiete. Sufre todo lo que te apetezca por tus propios errores, *pero no sufras por los nuestros*.

—Ése es el problema. —Diecisiete intentó recuperar la compostura. Las flores volvían a inundar el aire con su frescor y el sol brillaba de nuevo. No estaba acostumbrado a vérselas con un despacho que reaccionaba ante las emociones de su jefa—. No siento remordimiento alguno. Ni pizca. Anoche, maté a todo el que se cruzó en mi camino. No me lo pensé dos veces. Debieron de caer a docenas, fue escalofriante. Sin embargo, hoy no me siento turbado en absoluto. Volvería a hacerlo, si fuese necesario. Sin ningún problema. De sentir algo, sería *alivio*.

—¿Esa falta de culpa es lo que te carcome?

—No estoy seguro. Una parte de mí dice que debería importarme, que matar está mal. La parte civilizada. Pero anoche, con aquella guadaña en las manos, me sentí *completo*. No me pareció mal en absoluto. Combatí porque quería matar a nuestros atacantes, no fue por rabia, ni ira. Me pareció lo *correcto*.

—Maldita sea, justo lo que no quería escuchar. Espera un minuto. No digas ni una palabra.

Escrutó la oficina con toda minuciosidad, como si buscara algo oculto. Tras incorporarse, cerró las ventanas y la puerta que daba al cuarto. Con el ceño fruncido por la concentración, impuso las manos sobre cada una de las paredes de la cámara, antes de arrodillarse y frotar el suelo de madera. Luego, tras subirse a su silla, tocó ambas vertientes del techo abuhardillado.

—Posees unos sentidos extraordinarios —dijo, mientras volvía a sentarse—. ¿Hay algo vivo en este cuarto aparte de nosotros? Olvídate de las flores, no se van a ir de la lengua. ¿Algún ratón? ¿Bichos?

Diecisiete cerró los ojos y escuchó durante un minuto. No escuchó nada más que el sonido de sus sistemas vitales y los de Claudia Johnson.

—Nada.

La habitación se había quedado casi a oscuras, pese a la espléndida mañana que lucía en el exterior. Aunque la luz se estrellaba contra las ventanas, no llegaba a tocar el suelo. Claudia encendió tres velas, una roja, una amarilla y otra verde, mientras musitaba unas palabras.

—Lo que aquí se diga será sólo para nuestros oídos. No me gustan los secretos, pero en ocasiones merece la pena andarse con cautela. Sobre todo tras tu incidente con aquella cambiaformas, Jenni Smith.

—¿Piensas que hay espías dentro de la cábala?

—No lo sé. Ojalá pudiera aseverarlo, pero la certeza se ha convertido en un lujo. Es demasiado lo que hay en juego como para correr ningún riesgo.

—¿Qué riesgos?

—A tu llegada, Sam Haine me contó que te habían borrado la memoria. Que, aparte de tu nombre, también habías olvidado cuál era tu Tradición. ¿Eso sigue siendo cierto?

—No —repuso Diecisiete, subrayando sus palabras con la cabeza. El cuarto se oscureció aún más. Sólo el fulgor de las velas proporcionaba algo de luz—. Ahora lo recuerdo.

—*Eutánatos* —aventuró Claudia Johnson. Las tres llamas titilaron con cada sílaba.

—¿Cómo lo has sabido?

—Resultaba bastante evidente para quien te viera en acción anoche. —La voz de Claudia sonaba cargada de intención—. Segundo a diestro y siniestro con aquella guadaña. No hacía falta más que escuchar cómo *cantaba* aquel artilugio. Lo que me has contado hoy no ha hecho sino confirmar mis sospechas.

—¿Por qué has cerrado las ventanas y la puerta? Los magos Eutánatos pertenecen a las Nueve Tradiciones. No somos criminales.

—Tampoco son santos de devoción por parte de los Verbena —repuso Claudia, con expresión sombría—. Y menos que nunca en estos momentos. Los apodados magos de la muerte creen en la *buena muerte*. Su filosofía establece que la humanidad sólo puede alcanzar la Ascensión por medio del ciclo continuo de la muerte y el renacimiento. Tienes suerte de que sea una persona con amplitud de miras. No creo que nuestros hermanos Eutánatos sean asesinos enloquecidos. Sólo ejecutan a los malvados o a los desahuciados, proporcionándoles a sus víctimas una nueva oportunidad en un ciclo interminable.

—Toda buena muerte coloca a la víctima un paso más adelante en la senda de la auténtica redención —recitó Diecisiete, acordándose de lo que le había contado Jenni Smith—. Sólo al morir se puede saber de verdad lo que es vivir.

—Mis creencias personales difieren. —Claudia Johnson apoyó una mano sobre la carpeta encima de su mesa. Llena de copias de las cartas enviadas a las familias de los miembros de la cábala fallecidos librando la Guerra de la Ascensión—. Igual que las de los demás habitantes de la casa. Según la filosofía de los Eutánatos, en realidad le hiciste un favor a la escoria de anoche. Al enviarlos a su siguiente reencarnación, los recuerdos soterrados de sus pasadas fechorías los dirigirían hacia una vida mejor.

Diecisiete no pudo reprimir una sonrisa.

—Si bien lo que haya de noble en mí se atiene a las creencias de los Eutánatos, admito que una vocecita en mi interior clama para que ni tú ni yo estemos en lo cierto y esos cabrones se estén friendo en el infierno.

—No todo el mundo es así de tolerante en el seno de los Verbena hoy en día. Ésa es una de las razones por las que preferiría que no le mencionaras tu Tradición a ningún otro miembro de la cábala. Lo último que nos hace falta ahora mismo es empezar a pelearnos entre nosotros.

—Sé mantener la boca cerrada. No te preocupes. Has dicho que ésa era *una* de las razones. ¿Asumo que hay más?

—En estos momentos —comenzó Claudia, clavando los ojos en los de Diecisiete—, varias sospechas de las demás Tradiciones, no sólo la de los Verbena, recaen sobre los magos Eutánatos.

—¿Por qué? —El humo que se elevaba de las velas proyectaba sombras desconcertantes sobre el techo de madera. Aunque el cuarto estaba sellado y el verano brillaba en el exterior, dentro de la cámara hacía un frío glacial—. ¿Por qué?

—Hace poco se ha celebrado un juicio en el Horizonte —respondió Claudia. Cada palabra amenazaba con apagar las velas; las flores que rodeaban su escritorio desprendían un efluvio dulzón, el olor de la muerte—. Una joven, Theora Hetirck, ha sido juzgada por el brutal asesinato de un buen número de magos. Pertenecía a la Tradición de los Eutánatos y, para muchos de los asistentes, fue como si la Tradición al completo se encontrase sentada en el banquillo de los acusados.

—¿Una artesana de la voluntad de las Tradiciones matando a otros magos? No tiene sentido

—Las pruebas presentadas resultaron abrumadoras —prosiguió Claudia. Hablaba en voz baja, pero vocalizaba hasta la última sílaba—. La muchacha había participado en las emboscadas a varias capillas, incluyendo ataques a Cábalas Eutánatos. Quedaron supervivientes y su testimonio fue estremecedor. Los artesanos de la voluntad capturados eran torturados hasta la muerte.

—Todo esta historia es una locura. Magos Eutánatos que torturan a otros magos y los asesinan sin motivo. La buena muerte no consiste en eso. No lo entiendo.

—Locura —repitió Claudia, asintiendo con la cabeza. Sus ojos refulgían a la luz de las velas—. La mujer fue declarada inocente, pero no porque no hubiese cometido los crímenes, sino porque se llegó a la conclusión de que toda su capilla se había vuelto loca. Matar por matar se había convertido en su único objetivo. Se consideró que los camaradas de la joven le habían lavado el cerebro. Los jueces dictaminaron que no podía responsabilizársele por un delito al que se había visto inducida.

—¿Por quién? —Un recuerdo difuso pugnaba por abrirse camino desde el subconsciente de Diecisiete—. ¿Quién?

—Nada más finalizar el juicio, los agentes de las Tradiciones cayeron sobre la Capilla de la muchacha, con la intención de destruir al líder y a sus seguidores. Lo único que encontraron fue una vasta superficie desprovista de todo lo que no fuera polvo, marcada por unas huellas gigantescas e ingentes cantidades de sangre. Se ha llegado a sugerir que los dementes se han unido a Heylél Teomim, que sus crímenes eran un presagio del renacimiento de la Abominación.

—¿Quién gobernaba esta Capilla de locos? —preguntó Diecisiete, aunque ya comenzaba a formarse una imagen en su cabeza.

—Voormas, el Gran Cosechador de Almas. Maestro supremo de la Casa de Helekar.

Al escuchar aquel nombre, la imagen se tornó diáfana. Un anciano huesudo de piel atezada, alto y delgado, con la cabeza rapada semejante a una osamenta bruñida. Se cubría con una túnica negra, bordada en rojo con escenas de sacrificio: gargantas cortadas, niños sacrificados en altares, cabezas cercenadas por el hacha. Un rostro de pómulos sobresalientes, enjuto, de labios carmesíes y unos ojos que ardían con una llama negra, como si en ellos se reflejasen las tinieblas que habitaban en su alma. Su torva sonrisa insinuaba secretos que ningún hombre mortal debería conocer. Unas manos semejantes a zarpas finalizaban en largos dedos rematados con uñas amarillentas de varios centímetros de largo. Alrededor de su cuello, un grotesco colgante de globos oculares observaba a Diecisiete como si aún pudieran ver. Portaba un báculo fabricado con los huesos de dedos humanos, envueltos los unos sobre los otros como si pretendieran escalar a la cima, rematada por el cráneo de un infante, con la boca abierta y brillantes ojos rojos.

—El maestro de la Consanguinidad del Eterno Goce —musitó Diecisiete—. Asesinos que matan a cualquiera sospechoso de amenazar a la Tradición de los Eutánatos. Voormas fue su líder durante dos siglos. No me sorprende descubrir que ha retorcido las creencias del culto a fin de conseguir sus objetivos. Era el mortal más aterrador que haya conocido jamás.

—Al parecer hace mucho que abandonó los ideales de la buena muerte. No asesinaba con la esperanza de conducir a las almas hacia la Ascensión, sino por el puro placer que le proporcionaba la muerte. Quienes lo servían siguieron sus perversos dictados.

—Hablé con él en cierta ocasión. —Diecisiete se esforzaba por no perder el hilo de sus recuerdos—. Voormas afirmaba ser en realidad Kali renacido para traer la Edad de Hierro al mundo. No le presté atención. Por aquel entonces, seguía mi propio camino y no me importaba nada más. Se rió de mi pregunta, pero me respondió con absoluta sinceridad.

—¿Qué fue lo que le preguntaste? —quiso saber Claudia Johnson. Sólo una de las velas permanecía encendida. La estancia se había sumido en una oscuridad casi total, reflejo de la preocupación y del miedo que atenazaban la atmósfera.

—Le pregunté por una dirección. La que me conduciría al camino del infierno.

CUATRO

—¿Quién cojones eres?

Las palabras sonaban amortiguadas, como un grito en un túnel de viento, aunque lo bastante alto como para que Sharon pudiera escucharlas. La reparación de sus tímpanos iba a costar un buen trabajo. Procurando mantener la calma, se volvió tumbada como estaba en el suelo para mirar a la interrogadora.

La que había hablado era una mujer negra fornida y de baja estatura, de treinta y pocos años, a juzgar por su aspecto. Sharon sabía, según su propio ejemplo, que la edad podía resultar engañosa entre los Progenitores. La mujer iba vestida con unos pantalones anchos holgados y una chaqueta del mismo color y similar hechura, rematada con ribetes oscuros. Según el código que solía aplicarse en aquellos laboratorios, el borde de la chaqueta la identificaba como Investigadora Primaria, la misma categoría a la que pertenecía Lauri Coup.

Habían emergido en una oficina de recepción, un rectángulo de cuatro metros y medio por seis con una altura de tres. Se veían las acostumbradas paredes blancas, cuatro sillas de acero con cojines negros, un escritorio también negro y varios archivadores metálicos del mismo color oscuro. Tres fotos en blanco y negro adornaban las paredes, retratos de Newton, Gauss y Einstein. La única nota de color en aquella estancia era el rojo de la sangre que los cubría.

—Voy a repetirlo —anunció el retaco de mujer, sin que sus ojos se apartaran de Sharon ni por un segundo—, ¿quién cojones eres? ¿Y qué pasa con el Arnold éste de aquí?

El tono de la mujer era brusco, rayano en lo ofensivo. Típico de su cargo. Sharon escarbó en su memoria, intentando recordar los nombres de los ayudantes en jefe del doctor Reid. No pudo. Daba igual. Unas cuantas palabras bien dirigidas pondrían las cosas en su sitio.

—Soy la doctora Sharon Rand —comenzó, utilizando el alias que acordara para ella el agente del NOM, John Doe, hacía poco menos que una eternidad. Su voz era un témpano de hielo. El encuentro con el Aullador había consumido toda su diplomacia—. *Directora* de Investigaciones a las *órdenes directas* del Simposio. Mi prioridad, si fuese tan amable de comprobarlo en su base de datos, es Alfa-Alfa. Ese “Arnold”, como ha dado en llamarlo, es mi guardaespaldas personal, Ernest Nelson. También goza de prioridad Alfa-Alfa. El tercer miembro de nuestro grupo es la Investigadora Primaria Lauri Coup. El propósito de nuestra misión *no es de su incumbencia*. En lo que a nuestra presencia aquí respecta, *tampoco* es algo que la ataña. Lo único que tiene que saber, *Investigadora*, es que todos necesitamos atención médica. La doctora Coup y el agente Nelson han sufrido serias heridas. Cualquier empeoramiento de su condición quedará reflejado en su expediente. —La voz de Sharon restalló como un latigazo—. *¿Ha quedado claro?*

La mujer no era de las que se dejan intimidar así como así. No obstante, sus modales pasaron de lo ultrajante a lo educado, y su vocabulario cambió de “arrabalero” a “profesional”.

—Comprueba esos nombres en el banco de datos del ordenador principal —le ordenó a uno de los dos administradores que asistían petrificados a la conversación detrás de la mesa metálica—, y lleva a cabo las confirmaciones de identidad rutinarias. Si son quienes dicen ser, sacaremos la alfombra roja. Después de las comprobaciones de rigor. La actividad de los Subversores de la Realidad ha alcanzado cotas insostenibles de un tiempo a esta parte, así que no pienso correr ningún riesgo. —Imitó el tono de Sharon a la perfección—: *¿Ha quedado claro?*

—Desde luego —repuso Sharon, mientras uno de los administradores realizaba un escáner de su pupila—. ¿Y usted es...?

—La doctora Sara Burns.

—Gracias, doctora Burns. —En su situación actual, sería una tontería buscarse el antagonismo de la Investigadora. Cualquiera podía sufrir un accidente, incluso una Directora de Investigaciones. Más adelante, cuando todo aquel lío se hubiese acabado y la vida volviese a ser como antes, Sharon se

aseguraría de que la doctora Burns supiese que donde las dan, las toman. Por ahora, se imponían los buenos modales—. Aprecio la dedicación con la que desempeña su labor.

—Identidades confirmadas, doctora Burns —informó el administrador—. Así como sus prioridades y cargos. Alfa-Alfa, sin lugar a dudas.

—Como era de esperar. —Burns hizo un gesto con una mano en dirección a la pared más alejada—. Luces fuera —le ordenó a observadores invisibles.

Sharon no pudo contener una carcajada.

—Así que no exageraba sus temores con respecto a los Subversores de la Realidad. ¿Pistolas láser en el pasillo? ¿Tenía miedo de que nos convirtiésemos en monstruos?

—No bromeaba cuando le dije que no pensaba correr ningún riesgo. Nuestra plantilla es como la tripulación de un buque fantasma. Sólo quedamos once, el resto regresó a la Tierra junto al doctor Reid. Hemos permanecido en estado de alerta durante todo el día, desde lo de esa puta retransmisión. Nadie sabe qué coño va a pasar a continuación.

Aquello no era ninguna sorpresa. Al parecer, el mensaje que había transmitido el clon base a la Tecno-
cracia por medio de la propia red de comunicaciones de la Unión tenía a todo el mundo con los nervios de punta. La situación no haría sino empeorar hasta que Nelson y ella encontrasen y destruyeran al monstruo que habían ayudado a crear.

—Me alegro de que se tome sus responsabilidades tan en serio, porque voy a ordenarle que anule de inmediato todos los canales de comunicación con la Tierra. A partir de este momento, quedan cancelados todos los permisos de salida de este laboratorio. Nadie debe abandonar la Construcción. No se dará parte ni se registrará en sitio alguno la llegada de mis compañeros ni la mía. Por la autoridad que me ha sido concedida, esta Construcción permanecerá sellada a cal y canto hasta previo aviso. Le ruego que no confunda estas directivas con una especie de reprimenda, pues no es ése el caso. Hemos entrado en estado de emergencia. Ya se han perdido varias Construcciones por culpa de la actividad de los Subversores de la Realidad y no quiero que EcoR sufra el mismo destino. Le pido que mantenga secreto absoluto.

—La clasificación Alfa-Alfa la pone al mando. Ya estoy transmitiendo las instrucciones necesarias al ordenador de la Construcción. Se han cortado todas las líneas de comunicación. Mientras tanto, como ya ha dicho usted, su equipo necesita atención médica. He alertado al Especialista en Regeneración y Geningeniero de la estación. Los tres tienen pinta de acabar de salir de una batidora. El doctor Ishida y sus hombres se encargarán de atender sus heridas en persona. Deje que le indique el camino.

Horas más tarde, Sharon se sentía mucho mejor. El pijama blanco de algodón le acariciaba la piel con su frescor y suavidad. Había recuperado la capacidad auditiva y todos sus sistemas biológicos funcionaban a la perfección. Lo único que le hacía falta eran unas cuantas horas de paz y tranquilidad.

Descansaba en una gran sala de rehabilitación sita en la cuarta planta de la construcción de EcoR. Al contrario que los estériles laboratorios de investigación de los niveles inferiores, esta cámara ofrecía paredes de un relajante color azul y una mullida alfombra verde. Varias fotografías enmarcadas de paisajes montañosos adornaban los muros. Sintiendo aún algo aturdida por el tiempo que había pasado dentro del tanque de regeneración, había decidido sentarse recostada sobre varias almohadas en una cómoda cama al final de la estancia. Tras la cabecera se levantaba una cómoda de roble sobre la que descansaban una lámpara de lectura y un recipiente con flores artificiales. Su visitante se encontraba sentado en una silla también de roble. Al igual que muchos Colectivos extramuros de los Progenitores, el edificio olía a desinfectante. Sharon lo encontraba reconfortante, la hacía sentirse como en casa.

—Ha sido un placer supervisar los pormenores de su recuperación, doctora Rand —dijo el doctor Ishida en tonos precisos y entrecortados. El Investigador Primario era un hombre de baja estatura, impecablemente vestido y de impecables modales.

La silla donde se encontraba sentado no quedaba lejos de Sharon. Tal y como le habían prometido, él mismo se había encargado de seguir de cerca todos los pasos del tratamiento. Al igual que el resto de la plantilla de la Construcción, vestía de blanco de pies a cabeza. El ribete negro de su chaqueta lo

emplazaba en la misma categoría que a Burns, Investigador Primario. Contrastaba con su compatriota en lo cuidado de su oratoria y lo respetuoso de sus ademanes.

—Su cuerpo es un prodigio de ingeniería genética avanzada —celebró Ishida, con una sonrisa—. No sabe cuánto me alegro de comprobar que un organismo tan excepcional haya recuperado la funcionalidad. Supone un gran honor para mí el haber colaborado en su regeneración y renovación.

—¿Qué puede decirme de mis dos compañeros? —Desde que se separara de Nelson y Coup horas antes, Sharon no había vuelto a verlos.

—Hemos reparado al ciborg en la medida de nuestras posibilidades. —Ishida se incorporó y comenzó a pasear de un lado a otro mientras hablaba. Su cuerpo era un manojo de nervios—. Un estudio de lo más esclarecedor. Cuesta creer la cantidad de daño que puede absorber y seguir funcionando. La felicito, no podía haber encontrado usted un guardaespaldas mejor. Nos hemos visto incapaces de reemplazar algunos componentes de su armamento pero, por los demás, goza de unas condiciones operativas excelentes. A fin de optimizar su eficacia, debería visitar una de las armerías de Iteración X en cuanto le fuese posible.

Sharon esbozó una sonrisa al recordar la batalla de Nelson con el tigre de dientes de sable en el Colectivo Gris, y de cómo había manejado el asalto Nefando a la Construcción del NOM en Albany. El ciborg hacía gala de una eficacia óptima con independencia del armamento que tuviera a su disposición.

—No creo que resulte sencillo encontrar siquiera un segundo libre. —Sharon no juzgó necesario mencionar que su aparición en cualquier Construcción de la Tierra atraería de inmediato la indeseable atención de los Nefandos—. El señor Nelson tendrá que improvisar por el momento. Ya he podido comprobar que sabe adaptarse a las circunstancias y suplir la ausencia de potencia de fuego con pura determinación.

—Descansaba cómodamente cuando lo vi por última vez. —Ishida lanzó una mirada furtiva a la puerta, incapaz de ocultar sus ansias por regresar al laboratorio—. Me parece que estaba jugando al ajedrez con el sistema informático de EcoR.

Más bien integrándose en el sistema de seguridad del Reino, pensó Sharon. Además de estudiando los expedientes personales de todo el personal de la base, trazando planos de las rutas de escape más rápidos en caso de complicaciones y memorizando todos los códigos de los portales a la Tierra. A Nelson le gustaba estar preparado para cualquier contingencia, cualidad que Sharon alababa en él.

Bostezó. Su cuerpo le pedía reposo. Aun así, necesitaba saber algo más antes de despedir a Ishida.

—¿Cómo se encuentra la doctora Coup?

—Me temo que la Investigadora Primaria sufrió daños mucho más serios que su compañero o usted misma. Su cuerpo no había sido rediseñado ni reforzado a tan gran escala. El ataque con ondas sónicas del que me ha hablado provocó un desajuste de consideración en su sistema nervioso. Su oído interno ha quedado destruido por completo, tuvimos que reparar catorce fracturas óseas. Serán necesarios más análisis antes de que podamos evaluar su estado mental. Por el momento, permanece estable en un tanque de soporte vital regenerador del nivel inferior. Seguimos practicando exámenes, aunque no descartamos que su cerebro haya podido sufrir daños que revistan gravedad. A menos que su condición varíe de forma drástica, nos veremos obligados a utilizar estimulantes más potentes para conseguir que recupere el conocimiento. Este tipo de drogas, como usted ya sabe, entraña un serio peligro. En estos momentos, no puedo asegurar que vaya a sobrevivir.

—Haga todo lo que pueda por mantenerla con vida. No sé a ciencia cierta si la doctora Coup sabe algo más relacionado con mi investigación, pero me gustaría disfrutar de otra oportunidad para preguntárselo. Muerta no me sirve de nada.

—Repartiré instrucciones entre mi equipo para que actúen con suma cautela —convino Ishida, de camino hacia la puerta—. En caso de que nuestros esfuerzos obtengan algún resultado, usted será la primera en saberlo. Por el momento, teniendo en cuenta el estrés al que se ha visto sometido su organismo a lo largo de todo el día, le recomiendo que emplee el tiempo en descansar y recuperarse. Reservamos este nivel para los invitados más ilustres de la Construcción. Con casi toda nuestra plantilla en la Tierra, la planta se encuentra desierta, así que nadie la molestará.

—Un buen sueño me vendría de perlas. —Sharon se encontraba dispuesta por fin a permitir que Ishida se marchase—. No dude en despertarme si la doctora Coup recupera el conocimiento. Su interrogatorio es más importante que cualquier siesta. Me he privado de dormir durante varios días siempre que lo he juzgado necesario.

—Igual que todos nosotros. Por favor, no se preocupe. Yo mismo me encargaré de comunicarle sus deseos a mi equipo. —El hombrecillo apoyó una mano sobre el interruptor cercano a la puerta—. Ahora, descanse. —Apagó la luz. Lo único que hendía la oscuridad era un hilo refulgente donde la puerta tocaba el suelo—. Duerma y recupere fuerzas.

Sharon, sintiéndose razonablemente sana y salva, bajó la guardia mental y se sumió en un sueño profundo. No podía estar más de acuerdo con Ishida, su cuerpo necesitaba reposo. Al menos durante unas cuantas horas, se lo concedería.

La despertó un resplandor que duró meros segundos antes de desvanecerse. Sharon, reaccionando al instante, estuvo alerta de inmediato. Alguien había abierto la puerta de la habitación y se había colado dentro. Asumió que, quienquiera que fuese el intruso, no había venido tan sólo a presentarle sus respetos. Con los párpados entreabiertos apenas una rendija, escrutó la cámara con unos ojos que se ajustaron de inmediato a la oscuridad casi total.

Su visitante era una mujer alta y cimbreña de pelo largo. Lauri Coup. Vestía un pijama blanco igual que el de Sharon y zapatillas de tela que se deslizaban sin hacer ruido por la mullida alfombra. La Investigadora Primaria había llegado al centro del cuarto cuando Sharon se incorporó de improviso en el catre. Cogida por sorpresa, Coup se quedó petrificada.

—Coup, ¿qué haces de pie? —preguntó Sharon, confusa y atónita. Se estiró para alcanzar a la mesilla y encender la lámpara—. El doctor Ishida me dijo que tu estado era muy grave. No deberías andar por ahí, no es seguro.

—Ishida te engañó —respondió Coup, al tiempo que avanzaba otro paso. Su voz sonaba rara, estridente, distinta de lo habitual. Lo más probable es que se tratase de una reacción a las potentes drogas que le habían administrado—. No es de fiar, ni él ni ninguno de los Tecnócratas de esta base. Todos ellos son traidores, Subversores de la Realidad. Todo este sitio es una gigantesca trampa mortal.

—No he visto nada que apunte a una conspiración —repuso Sharon, sin perder de vista a la otra mujer. Coup parecía delirar, irracional. Ishida había mencionado la posibilidad de daños cerebrales. La extrañaba, no obstante, que hubiese sido capaz de salir del centro de tratamiento y encontrar aquella habitación. ¿Por qué no la habían detenido los hombres de Ishida? Más que extraño, aquello resultaba desconcertante en extremo—. El doctor Reid controla de cerca a sus asociados. Al menor atisbo de traición, las represalias no se harían esperar.

—Sabía que no me creerías. —Coup avanzó otro paso más. Escondía ambas manos bajo el pijama blanco de hospital—. No puedo culparte por ello, cuesta aceptar que la Unión está siendo devorada desde dentro. Por eso traigo pruebas, evidencias que te convencerán de que no miento.

—¿Pruebas? ¿Qué tipo de pruebas?

—Esta prueba. —Lauri se abalanzó sobre Sharon, a la que asió por el cuello con una mano mientras la otra ascendía por encima de su cabeza, blandiendo un escalpelo de cirujano. La hoja de acero trazó un arco letal apuntado a los ojos de la Directora de Investigaciones.

Sharon, veterana en un centenar de combates tras siglos de existencia, sabía que no debía intentar detener el golpe. Agachó la cabeza de un tirón e intentó asir la mano que esgrimía el escalpelo. Se impulsó hacia delante. El impulso de Coup se encargó del resto. El afilado metal se estrelló inofensivo contra la pared, centímetros por encima de la cabeza de Sharon.

Por un momento, el torso de la Investigadora quedó expuesto. Sin desaprovechar la oportunidad, Sharon disparó un hombro hacia arriba para encajarlo con dureza en el estómago de Coup. Con un estertor agónico, la Investigadora se tambaleó hacia atrás y soltó el instrumento de acero.

Sharon siguió embistiendo, buscando con las manos la garganta de su rival. Coup reaccionó con una velocidad sorprendente. La Investigadora, tras agarrar los brazos de Sharon, dobló las rodillas y se dejó caer de espaldas. La finta envió a Sharon disparada sobre la cabeza de Coup. Los reflejos entrenados durante años la ayudaron a aterrizar de pie y girar de inmediato para encontrar a Coup erguida frente a ella.

La puerta que conducía fuera de la habitación quedaba a escasos metros a espaldas de Sharon, pero ni siquiera se le pasó por la cabeza intentar llegar a ella. Cuando se luchaba con un oponente de habilidades desconocidas, la primera regla del combate era *no des nunca la espalda*. Sharon no tenía ni idea de los talentos asesinos que pudiera poseer su enemiga. No estaba dispuesta a correr ningún riesgo.

Con cautela, en silencio, giraron la una en torno a la otra como dos pumas furiosos. Con las manos levantadas frente a ella igual que un boxeador, las rodillas flexionadas, mirando a su oponente a los ojos, Sharon analizó sus posibilidades. Coup era más joven, más alta y más pesada. Ella era más rápida y experimentada. Sharon dedujo que estaban bastante igualadas. Aquellas no eran sus probabilidades favoritas.

—Te voy a degollar, cerda —siseó Coup, al tiempo que enseñaba los dientes. Unos colmillos amarillentos reflejaron la luz. Levantó las manos para descubrir unas uñas de diez centímetros de largo. La negra pátina que las recubría anunciaba veneno—. Mejor aún, te voy a arrancar el corazón.

—¡Socorro! —gritó Sharon, tan alto como pudo. Quienquiera que fuese su adversaria, no se trataba de Lauri Coup—. ¡Aquí, auxilio! ¡Necesito ayuda urgente!

—Grita todo lo que quieras. —Los enormes incisivos de Coup dificultaban su dicción—. Las paredes de los laboratorios de esta Construcción amortiguan el sonido. Nadie va a oír nada fuera de este cuarto. Estamos solas, sin entrometidos. Eres toda mía.

—Mira cómo tiemblo —gruñó Sharon, permitiendo que bullera la ira que sentía en su interior. Lo justo para que Coup se confiara—. No se ganan batallas con uñas y dientes. Me he enfrentado a adversarios peores y sigo con vida. Ellos, no.

—Seguro, menuda tía dura —se mofó Coup, con una sonrisa—. Vieja chocha.

—Vete a la mierda —espetó Sharon que, fingiéndose frustrada, atacó con un derechazo seguido de un gancho de izquierda. Entre bufidos, Coup retrocedió de un salto, lejos del alcance de los puñetazos. Sus pies tocaron madera. Mientras caminaban en círculos por la estancia, habían llegado al punto donde la Investigadora se encontraba frente a la silla que utilizara antes el doctor Ishida. Por un instante, miró hacia abajo.

La torpeza de Sharon se esfumó. Su pie izquierdo salió disparado hacia arriba para conectar una patada mortal con la barbilla de Coup. Falló.

Coup cruzó los brazos frente al rostro a una velocidad cegadora. El golpe se alojó entre las muñecas de la Investigadora Primaria y la envió trastabillando hasta chocar con la silla de madera. Sin embargo, seguía consciente y con más ganas de pelea que antes.

Coup rodó hacia la derecha y se puso en pie antes de que Sharon pudiese acercarse.

—Mira lo que tenemos aquí. —Coup había dejado de sonreír—. Al final resulta que la abuela tiene sus trucos.

Sharon no dijo nada. Aunque su cuerpo había sido mejorado con varios instrumentos asesinos, todos ellos estaban pensados para la lucha cuerpo a cuerpo. Coup no parecía inclinada a enzarzarse en un mano a mano. Pese a exhibir garras y colmillos, la mujer parecía contentarse con mantenerse a la defensiva. Aquello consiguió que Sharon se preocupase. Algo iba a ocurrirle a EcoR. Enseguida.

—A ver si... —Coup saltó hacia delante sin terminar la frase. Con las zarpas extendidas, buscó el rostro de Sharon.

Por instinto, Sharon se tiró al suelo. Su pierna izquierda giró en redondo en un barrido. Coup se echó a reír de nuevo mientras saltaba.

—¡Ups! ¡Demasiado lenta, vieja!

—Mira, *lucha libre* —se oyó una voz grave procedente de la puerta, al mismo tiempo que la luz del pasillo iluminaba la habitación—. A mí estas cosas me chiflan. ¿Nos montamos unos equipos?

—Qué co... —bufó Coup, cogida por sorpresa. Por un momento, su atención se concentró en Ernest Nelson, apoyado en el quicio de la entrada. Aquel era todo el tiempo que necesitaba Sharon.

—Se acabaron los juegos —musitó la Directora de Investigaciones, al tiempo que saltaba hacia delante para embestir con la cabeza contra el estómago de la otra mujer. Coup perdió el aliento y agitó los brazos en un desesperado intento por encontrar asidero. Sharon no le dio tiempo para recuperarse a la Investigadora. De un violento empujón hacia arriba, incrustó la testa en la barbilla de Coup. Los colmillos crujiéron y se astillaron. La Investigadora trastabilló de espaldas. Sharon la agarró del brazo izquierdo y se lo retorció a la espalda en una férrea llave. Con un gemido, la Investigadora se hincó de rodillas. Sharon levantó aún más la articulación de un tirón salvaje, consiguiendo que Coup hundiese el rostro en la alfombra.

“Conque vieja —gruñó Sharon mientras hundía los dedos en los puntos de presión de la nuca de la Investigadora. Igual que un títere al que le hubieran cortado los hilos, Coup se desplomó sobre el suelo, inconsciente. Sharon se puso en pie con las rodillas temblando y la respiración acelerada.

—Así que Coup ha resultado ser una agente doble, después de todo —dijo Nelson, mientras se acercaba a Sharon. El ciborg vestía unos pantalones blancos y una camisa de laboratorio del mismo color que apenas le cubría su inmenso torso—. Perdona que tardase tanto en llegar aquí desde mi habitación, pero es que nuestros colegas de EcoR habían cerrado la puerta por fuera. Ayudante tuyo o no, sigo siendo un miembro de Iteración X. Malgasté un minuto forzando la cerradura sin hacer ruido. Si lo llego a saber, me hubiese dado más prisa.

—¿Te enganchaste al sistema de vigilancia de todas las habitaciones mientras jugabas al ajedrez? —preguntó Sharon, mientras comprobaba los signos vitales de Coup. Para tratarse de alguien que acababa de salir de un coma, se encontraba en una excelente forma física—. Me imaginé que andarías a la escucha por si las moscas. Por eso grité, para llamar tu atención.

—Me lo figuraba. —Nelson miró a la Investigadora inconsciente y sacudió la cabeza en señal de desagrado—. Me fastidia haber perdido el tiempo rescatándola del Aullador.

—¿Todavía no te entra en la cabeza? A ver, ¿tienes algún tranquilizante en esos compartimentos secretos tuyos? ¿Algo para bloquear la capacidad de iniciativa? Ya sabes, lo que sea que anule el libre pensamiento.

—Apañé unas cuantas ampollas de Agujón Neural cuando nos abastecimos de armas en Indianápolis. Es bastante potente, convierte al blanco en un zombi total durante horas. ¿Quieres usarlo con Coup?

—Dame una cápsula —dijo Sharon, sin responder a la pregunta. Tras inclinarse, apretó la ampolla de plástico rematada en aguja contra el cuello de la mujer—. A ver si así se queda quieta durante un buen rato, la muy zorra.

—¿A qué viene tanta parafernalia? Nosotros somos dos, ella es una. Será dura, pero no tanto.

—No seas tan estúpido. —Sharon se apresuró a abrir los cajones de la cómoda de roble. El segundo de ellos contenía varios arreos de laboratorio. Se quitó el pijama. Nelson supo abstenerse de soltar comentario alguno mientras su compañera se vestía—. Coup está *muerta*. Ya puedes apostar esa cabeza de lata que tienes. Ésta no es ella. Nuestra amiguita es una cambiaformas, igual que Velma Wade. Primero mató a Coup y luego asumió su aspecto con la esperanza de que yo bajase la guardia lo suficiente como para darle tiempo a terminar también conmigo. Lo más probable es que a ti te hubiese visitado con mi guisa.

—Tela marinera.

Sharon extrajo un par de zuecos de enfermera del tercer cajón.

—¿Quieres mantenerla dopada para evitar que se nos escape por la vía drástica?

—Por fin parece que empiezas a despertar —repuso Sharon, ya vestida por completo—. No me extrañaría que llevase media docena de pastillas letales ocultas en la dentadura. Si la mantenemos atontada, es posible que consigamos un par de respuestas antes de que se suicide.

—¿Por qué no nos limitamos a entregársela a Ishida y a su equipo de expertos en genética? O, mejor todavía, a Burns. Me pega que ésa es de las que disfrutaban con los interrogatorios.

—Demasiado tarde. EcoR corre peligro. No podemos arriesgarnos a permanecer aquí más tiempo del necesario. Ya es hora de que agarremos a esta perdedora y salgamos de aquí.

—¿Que corre peligro? ¿De qué demonios estás hablando?

En ese momento, se apagaron todas las luces.

CINCO

Para Diecisiete, el claro circular próximo a la Capilla de la Cábala de Casey siempre sería el Calvero de la Diosa. Se trataba de un escenario muy especial. En el plazo de poco más de aquel mes del que consiguiera recordar algo, habían sido varios los momentos cruciales de su vida que habían acontecido en aquel descampado.

Fue allí, poco antes del comienzo de la batalla contra una amalgama de Hombres de Negro, donde había visto por primera vez a Sombra del Amanecer. Aquella noche, la joven llevaba una holgada chaqueta azul celeste y pantalones a juego. Su piel azafranada, aquellos ojos negros y su larga cabellera atezada la dotaban de una belleza irresistible. También su juego de espadas, Grito y Susurro, poseía cierta hermosura; aquella noche las había esgrimido con letal eficacia.

También en ese lugar era donde, otra noche, mientras intentaba ahondar en el significado de una vida carente de pasado, Diecisiete había descubierto la pasión indómita que ardía en el interior del alma de la guerrera.

La otra mujer de su vida, Jenni Smith, había estado presente a su vez en ambas ocasiones. Esbelta, de etérea melena rubia y ojos azules, aparecía siempre ataviada con un vestido largo de tonos azules, estampado con inmensas flores de color rosa. Una delgada esquirra de cristal pendía de una tira de cuero que le rodeaba el cuello. Pese a que Jenni Smith no aparentaba más de dieciocho años, Diecisiete sospechaba que aquella muchacha hacía bueno el dicho que rezaba que las apariencias engañan.

La primera noche, una vez repelido el ataque, la joven lo había acusado de ser un Nefando. Las acusaciones habían cogido a Diecisiete por sorpresa, tanto más cuanto, apenas horas antes, Jenni lo había acompañado al calvero sagrado para explicarle la verdad acerca de la Guerra de la Ascensión. No fue hasta que la muchacha hubo desaparecido cuando se enteró de que la moza había obrado así por iniciativa propia y no por recomendación de Sam Haine, como ella había justificado. Y de que aquella adolescente constituía un misterio que ninguno de los componentes de la Cábala de Casey podía explicar.

La segunda vez que se había reunido con Jenni Smith en el descampado había sido poco antes del abortado intento de destruir al clon base por parte de Diecisiete y sus aliados. Aquella noche, la joven había regresado al macizo para hablarle de la cruzada en la que se había implicado su señor a fin de unir a las Nueve Tradiciones y a la Unión Tecnocrática, con el objetivo de dar por terminada la Guerra de la Ascensión. Jenni había traído consigo una invitación, una oferta para que Diecisiete se uniese a este Maestro de la Armonía, aún sin identificar como Heylel Teomim, en su sagrada misión. Los objetivos eran nobles: paz para la humanidad, el comienzo del renacimiento del espíritu humano.

La recompensa que recibiría Diecisiete si accediese a participar sería un poder inmensurable; el Maestro de la Armonía pretendía nombrarle su virrey en la Tierra. Regiría el mundo material como árbitro supremo, inmortal y omnipotente, un dios entre los hombres. Al menos, eso es lo que le había dicho Jenni.

Durante un momento, quizás más, Diecisiete se había sentido tentado. ¿Cómo podría resistirse cualquier hombre virtuoso a tamaños ideales? La oportunidad de cambiar el mundo para siempre no era algo que pudiese tomarse a la ligera. Preocupado porque la oferta pudiera no ser más que una engañifa, había querido saber qué era lo que le hacía tan especial.

La respuesta de Jenni había sido: “tu sangre es como su sangre”. En aquel momento, Diecisiete no había comprendido el significado de aquellas palabras. Ahora creía que sí. Las implicaciones de aquella frase eran tan sorprendentes como aterradoras.

El Maestro de la Armonía, el ser que se hacía llamar Heylel Teomim, no imploraba la colaboración de las Tradiciones ni de la Tecnocracia, sino que la exigía. Suyo era el poder definitivo. Heylel controlaba un secreto que, con la ayuda de muy pocas palabras, encendería la chispa del conflicto más desproporcionado jamás visto en la Teluria. Su voluntad inquebrantable y su forma indestructible lo convertían en el auténtico Guerrero de la Ascensión.

—¿Qué, acordándote de antiguos amoríos? —preguntó Sam Haine, ondeando un puro sin humo frente al rostro de Diecisiete—. ¿De alguna rubita con vestido de flores?

—A veces creo que puedes leer la mente.

El anciano de pelo cano soltó una carcajada.

—De eso nada, ojalá. Sólo hay que aplicar un poquito de sentido común y capacidades deductivas. Aunque, la verdad, si fuese a desarrollar algún poder nuevo, este manantial sería el lugar idóneo para ello.

A Sam no le faltaba razón. En medio del claro, rodeado por una espesa y exuberante nebulosa de hierba, burbujeaba un estanque de aguas cristalinas. A la luz de su hoguera, el agua refulgía con tonos rojos y dorados, moviéndose como si estuviese dotada de vida propia. En el pasado, aquel majal había servido de punto de reunión para los chamanes iroqueses. Se habían celebrado cientos de rituales y ceremonias místicas dando gracias a la naturaleza por sus múltiples dones. Con el paso de los siglos, el manantial se había transformado en lugar de inmenso poder, imbuyéndose sus límpidas aguas de la esencia de la magia llamada *Tass*. Todo el claro refulgía con energía vital.

—A Sam le gusta minimizar la importancia de sus talentos —declaró Albert, en cuclillas junto a la hoguera, removiendo las brasas—. Da igual lo que diga, no se fía sólo de la suerte y el sentido común. Nadie sabe poner el dedo en la llaga como él. Sam posee una intuición mágica que le permite distinguir los hechos de la fantasía, lo cierto de lo falso. En cierto sentido, percibe lo que piensan los demás.

—A Albert lo que le gusta es pormenorizarlo todo —repuso Sam, con un bizqueo—. Es un aguafiestas. Si me preguntas te diré que tiene ojo para los detalles. —El Hombre Cambiante esbozó una sonrisa—. No sé por qué se me acaba de pasar por la cabeza el nombre de Jenni Smith. No hace falta magia ninguna para deducir que estabas pensando en ella. Míranos, en el claro donde estuviste con ella en dos ocasiones. Una moza preciosa, qué pena que fuese tan traicionera como una serpiente. Primero te tienta, luego te acusa, luego te vuelve a tentar. Yo diría que ése es el tipo de comportamiento que marca a un hombre. Cuando pusiste cara de pensativo, me figuré que era ella la que ocupaba tus pensamientos.

—Podría haber sido cualquiera —intervino Sombra del Amanecer, algo menos que satisfecha con el cariz que tomaba la conversación. Se encontraba sentada con las piernas cruzadas frente a la hoguera, al lado de Albert. La Garra de Dragón, ya recuperada por completo de su flirteo con la muerte, había escuchado la conversación con un talante que no reflejaba su acostumbrada estoicismo. Diecisiete se esforzó por contener la risa al verla fruncir el ceño y mantuvo la boca cerrada. Pese a toda su formación *Do*, Sombra del Amanecer aún conservaba su carácter celoso. A juicio de Diecisiete, aquello hacía algo más humana a la casi invencible japonesa, y mucho más cautivadora.

—En realidad, estaba pensando tanto en Sombra como en Jenni —dijo Diecisiete, diplomático—. No en ese sentido, Sam, así que borra esa sonrisa bobalicona de tu cara. Al hacerlo, me di cuenta de una curiosa coincidencia. Algo que sospecho que tiene poco de coincidencia. Me estaba acordando del curioso gusto en el vestir de Jenni Smith.

—¿Estabas pensando en trapos, hijo? Ahí sí que me has pillado.

—Entiendo —dijo Sombra del Amanecer, los ojos entrecerrados, pensativa—. La mujer que vimos en el Colectivo Gris con la guisa de Jenni Smith, la que ayudó al recién despertado clon base, llevaba un vestido largo de color azul con un brillante estampado de flores. Cuando la auténtica Jenni Smith te visitó aquella noche en este mismo descampado, yo me encontraba oculta entre las sombras y fui testigo de toda la conversación. También entonces se cubría con el mismo vestido.

—Idéntico al que llevaba la primera vez que la vi —añadió Diecisiete—. Meterse en el papel de alguien es una cosa, pero convertirse en su viva imagen es algo muy distinto. ¿Para qué querían adoptar el mismo aspecto Jenni y su “hermana”? Hasta el último detalle, desde la longitud de su melena rubia al rosa de las flores que adornaban el vestido. No se diferenciaban en nada. Tiene que existir una razón, y no me refiero a que les guste comprar en los mismos almacenes.

—Tu problema, hijo —comenzó Sam Haine, al tiempo que se acomodaba junto a Sombra del Amanecer, frente a la lumbre—, es que te gusta plantear preguntas para las que no tenemos respuesta. Si

supiésemos lo que está ocurriendo, quizás podríamos sacar algo en claro de todo este embrollo. Hay demasiados jugadores implicados en esta partida. Creo que ni siquiera Kallikos, ocupado ahora en discusiones con los líderes de las Nueve Tradiciones en el Horizonte, sepa quién anda detrás de cada complot.

—A lo mejor —repuso Diecisiete, el único que seguía de pie—. Aunque sospecho que Kallikos sabe más acerca de lo que está ocurriendo de lo que nos imaginamos. Ha visto el futuro e intenta por todos los medios...

No llegó a finalizar la frase. Con una acrobacia más veloz que la vista, Sombra del Amanecer se había incorporado para colocarse junto a Diecisiete, dándole la espalda al fuego. Empuñaba sus dos espadas, Grito y Susurro. La mirada de la guerrera se encontraba clavada en algún punto más allá del alcance de la luz de la hoguera.

—¿Quién va? —preguntó Sombra—. Identificate.

—Una amiga —declaró la cimbreaña muchacha que salía de las tinieblas.

La mujer de negro, pensó Diecisiete.

El apelativo encajaba. Resultaba evidente que Madeleine Giovanni no era de las que sacaba un traje nuevo del armario todos los días. Vestía un vestido negro que dejaba al descubierto desde los muslos unas piernas embutidas en medias negras y zapatos a juego de tacón bajo. También su melena era endrina, al igual que el esmalte que le había aplicado a sus uñas. Por contra, su tez era blanca como la nieve, y los labios resaltaban como dos rubíes. Le rodeaba el cuello una gargantilla decorada con una intrincada “G”, el símbolo del clan Giovanni. Aunque aparentaba poco más de veinte años, Diecisiete estaba seguro de que la muchacha debía de ser más antigua que todos ellos, con la posible excepción del perenne Sam Haine.

—Como prometí anoche —comenzó Madeleine—, he regresado para departir acerca de enemigos mutuos y un rival común. No os deseo daño alguno. Pese a nuestra funesta reputación, no todos los Vástagos somos monstruos sedientos de sangre. Mi palabra me ata, por lo que espero que no os la toméis a la ligera. No soy de las que incumplen sus promesas.

—Me parece bien —repuso Sam Haine. Miró de reojo a Sombra del Amanecer, aún espada en ristre—. Enfunda tus armas, Sombra. Esta mañana, mientras dormíais, he efectuado algunas llamadas para charlar con algunos amigos que supieran algo acerca de la Estirpe. Incluso intenté, sin éxito, dar con un antiguo compañero de correrías, un artesano de la voluntad renegado llamado Dire McCann que había estado relacionado con la señorita Madeleine no hace mucho. En todos los casos, la respuesta ha sido la misma. Es la muerte con patas, pero su palabra vale tanto como el oro. Cuando afirma eso de que el honor está por encima de la muerte, lo dice de corazón. Considerémosla una de las buenas. Al menos, hasta que hayamos resuelto este galimatías.

Sin emitir sonido alguno, Grito y Susurro desaparecieron. Sereno el semblante, Sombra del Amanecer saludó a la mujer de negro con una leve inclinación de cabeza.

—Anoche luchaste bien —musitó. Las palabras cumplían la doble función de saludo y elogio.

—También tú —contestó Madeleine, al tiempo que se acomodaba junto a Sam Haine. Con un ademán púdico, afianzó el pírrico vuelo de su minifalda entre los niveos muslos—. Tu habilidad con ambas espadas es prodigiosa.

—Venga, vosotros dos, sentaos —le dijo Sam Haine a Sombra y a Diecisiete—. Me duele el cuello de mirar hacia arriba. Mis viejos huesos protestan.

Con un suspiro, Diecisiete echó cuerpo a tierra, con Sombra del Amanecer a su lado. La inagotable energía que ardía en el interior de Diecisiete le impedía permanecer quieto, aquel era un fuego inextinguible. A menudo descubría que le resultaba casi imposible permanecer sentado, sobre todo cuando Sam la emprendía con sus diatribas.

—Bueno, yo creo que ya es hora de que empecemos a parlamentar, a darle a la lengua y a intercambiar información. Diecisiete, Sombra y tú estuvisteis presentes en la destrucción de Doissetep, lo que os convierte en los únicos supervivientes, por lo que sabemos. Albert y yo hablamos con unos cuantos peces

gordos durante nuestra estancia en el Horizonte. Madeleine, espero que no te importe que te tutee porque voy a hacerlo de todos modos, estás aquí por razones que desconocemos. Anoche hablaste de Enzo Giovanni y Químicas Everwell, de cómo se encontraba detrás del ataque que sufrimos en el vertedero de residuos tóxicos. No he podido por menos que fijarme en que compartís el mismo apellido, apuesto a que no se trata de ninguna coincidencia. Al parecer, hay un montón de retazos de información que podemos intentar relacionar. Puede que si aunamos nuestros intelectos, consigamos que todo esto tenga algún sentido.

—Tu razonamiento me parece infalible —convino Madeleine. Hablaba despacio, cuidando la pronunciación—. La misión que me ha traído aquí es muy sencilla y soy libre de revelar los detalles a quien juzgue oportuno. Si bien no puedo revelar los secretos de mi clan, por lo demás actúo como agente libre.

—Según tengo entendido, te llaman la Daga de los Giovanni —comentó Sam Haine. La llama de su puro bailaba frente a la hoguera—. Te has forjado toda una reputación por tus actividades violentas.

Madeleine esbozó una sonrisa, una delgada línea carmesí que le puso a Diecisiete los pelos de punta. Por mucha belleza que exhibiese, aquella mujer de negro no era ni remotamente humana.

—Se me conoce por ese título. En resumidas cuentas, la Estirpe, al igual que los artesanos de la voluntad, se encuentra dividida en varios grupos, clanes, todos ellos con sus propias creencias y objetivos a largo plazo. El clan Giovanni, al cual pertenezco, está implicado en la economía y el mercado en el ámbito mundial. Somos los banqueros y los inversores de nuestra raza pero, aun en cuestiones de negocios, la diplomacia no siempre es suficiente. Algunos problemas exigen soluciones por la fuerza. Cuando eso ocurre, acudo. Lo que me falta en tamaño lo compenso con fuerza de voluntad.

—Bien dicho —grajeó Sam Haine—. Claro está que te olvidas de mencionar ciertos detalles escabrosos como eso de beber sangre, la nigromancia y las conspiraciones para regir el mundo, aunque supongo que esta noche podemos saltarnos esa parte. Siempre y cuando estés de nuestro lado, Madeleine.

—Te aseguro que, en caso contrario, esta conversación no estaría teniendo lugar. Soy de las que se toman muy en serio sus responsabilidades. A fin de vengar la muerte de mi padre, decidí entrar a formar parte de la Estirpe por voluntad propia. Nadie me obligó. Como bien dijiste antes, para mí el honor queda por encima de la muerte.

—Así me gusta. —Sam parecía estar pasándoselo en grande—. Todas las cartas sobre la mesa, directos al grano. ¿Por qué estás aquí? ¿Quién es este tal Enzo Giovanni? ¿Pariente tuyo? Y, ¿por qué estaba dispuesto a pagar cinco millones de dólares por nuestras cabezas?

—Os diré lo poco que sé. Esperemos que eso, unido a vuestros conocimientos y experiencias, nos proporcione las respuestas a todas esas preguntas.

Diecisiete miró de reojo a Sombra del Amanecer. La guerrera escuchaba con atención cada palabra de Madeleine, aunque se dio cuenta de que mantenía las manos apoyadas en las empuñaduras de sus espadas envainadas. Sombra confiaba en Madeleine, hasta cierto punto. Todos ellos se sentían incómodos frente a una de los no muertos.

—Me enviaron a los Estados Unidos para investigar las actividades de mi tío abuelo lejano, Enzo Giovanni. —Madeleine no adornaba su relato con traza alguna de emoción—. Lleva varios años al frente de un inmenso complejo multinacional conocido como Químicas Everwell. Hace poco descubrimos que Everwell formaba parte de un conglomerado económico aún mayor, Endron International, y ahora sabemos que Endron no es sino la fachada de una entidad mundial llamada Pentex. Los antiguos del clan creían que Enzo dirigía la empresa como parte de nuestro propio imperio financiero. No obstante, las escasas noticias recibidas preocuparon a mi abuelo, Pietro, que comenzó a sospechar que Enzo poseía ambiciones que se salían de los intereses de la familia. Que ya no era leal al clan. Mi misión consistía en determinar los auténticos planes de Enzo y, de confirmarse nuestras sospechas, acabar tanto con el traidor como con su obra.

A medida que escuchaba a Madeleine desgranar su relato, Diecisiete se convencía de que aquella no era sino la versión condensada y saneada de lo que había ocurrido en realidad. No estaba mintiendo, sino

que se limitaba a simplificar una historia demasiado compleja. Un vistazo al risueño semblante de Sam Haine bastó para confirmarle a Diecisiete que él no era el único en haber llegado a esa conclusión. Madeleine Giovanni estaba revelando lo que era necesario y punto.

—He llevado a cabo mi investigación manteniéndome en la sombra. No tardé en comprobar que Enzo no se sentía satisfecho con su puesto dentro de la jerarquía del clan Giovanni, aspiraba a más. Mucho más. Al igual que ocurre con muchos miembros de mi familia, su ambición no conoce límites. No ha de sorprenderos. La codicia conserva sus raíces incluso en la no muerte. En colaboración con su buen amigo y asociado, un artesano de la voluntad demente llamado Ezra, mi tío tramó un plan increíble. Enzo y Ezra, unidos en la conspiración, albergan la secreta esperanza de coronarse amos del mundo. Con la ayuda de un aliado invisible dotado de poderes demoníacos, ambos están decididos a adueñarse tanto de Empresas Pentex como del clan Giovanni. El control de ambas organizaciones les proporcionaría el dominio completo de la economía mundial. La humanidad al completo, sin saberlo, se convertiría en peón suyo. Ese misterioso aliado, por su parte, aspira a convertirse en el señor de las Nueve Tradiciones y la Tecnocracia. Aunando sus fuerzas, los vampiros y los artesanos de la voluntad podrían modelar la realidad para dar forma al mundo que se les antojara.

De forma espontánea, afloraron a labios de Diecisiete las palabras que profetizara Kallikos:

—Un interminable velo de tinieblas para cubrir el mundo. El cese del pensamiento individual. La humanidad ahogada en un mar de sangre negra. La ruptura de la barrera que separa la vida de la no muerte.

—Qué poético —musitó Madeleine Giovanni, que observaba a Diecisiete con ojos inescrutables—. Al parecer, se trata de una pesadilla con la que estás familiarizado.

—Un clan de vampiros. —La voz de Sam Haine había perdido su habitual mordacidad—. Un gigantesco monolito empresarial extendido por todo el mundo, y una mayoría de los artesanos de la voluntad. Todos ellos puestos de acuerdo para sumir al planeta en una noche eterna. Suena a chifladura, pero podría hacerse. Asusta pero, vistos los implicados, no resulta tan descabellado. Según los últimos acontecimientos, me parece más que factible.

—Mencionaste a una tercera parte en esta alianza impía entre los vivos y los muertos —intervino Albert—. Un ser dotado de poderes demoníacos. ¿Conoces el nombre de esta criatura?

—Sí —respondió Madeleine—. De los tres conspiradores, él es la auténtica mente maestra detrás de sus maquinaciones. Tanto Enzo como Ezra se jactan de actuar como agentes independientes, pero obedecen sus órdenes al dictado. —Todos esperaban que pronunciase el nombre de Heylel Teomim, de ahí su sorpresa cuando Madeleine anunció—: Lo llaman el Señor del Acero. El Duque del Odio.

SEIS

—¿Qué demonios ocurre? —exclamó Ernest Nelson. El fulgor de sus ojos electrónicos era lo único que alumbraba en la oscuridad absoluta—. ¿Quién ha apagado las luces? El sistema operativo del Colectivo funcionaba hace un minuto. Será mejor que ejecute un diagnóstico del ordenador principal y veamos si alguien nos ataca.

—¡No! —gritó Sharon. Sabía lo que ocurriría si Nelson estableciese contacto con la computadora de la Construcción.

Sólo unos cuantos pasos la separaban del ciborg. Al contrario que Coup, él no esperaba problemas. Las manos de la Directora de Investigaciones salieron disparadas para asir a Nelson por los hombros. Procurando no acertarle en los ojos, Sharon escupió al rostro de su compañero.

Nelson aulló de dolor cuando una fina rociada de ácido le bañó la mejilla. Su piel sintética, más resistente que la real, se ampolló y siseó, sin llegar a disolverse. Le quedarían cicatrices, pero no sufriría daños de consideración. Con todo, la agonía debía de ser insoportable.

Hacía años que Sharon se había hecho instalar glándulas segregativas de ácido en el interior de la boca. Se le había ocurrido a raíz del título de un libro, *Bésame y muere*. A corta distancia, resultaba tan letal como una cobra.

—¿Pero es que te has vuelto loca, joder? —gritó Nelson, al tiempo que sus dedos metálicos se cerraban en torno a la garganta de Sharon. Sus ojos refulgentes parecían centellear con un brillo rojo sangre. Los dígitos de acero se contrajeron y la mujer se quedó sin aliento.

—No podía permitir que te engancharas al ordenador de EcoR —farfulló Sharon, desesperada por zafarse de la presa de Nelson. Pese a sus numerosas modificaciones biológicas, se veía impotente presa del ciborg—. Está al mando. Se habría apoderado de tus circuitos en un instante. Un segundo más tarde, seríamos historia.

—¿Quién está al mando? —quiso saber Nelson. Aflojó el cepo mecánico. Exudaba furia igual que una olla a presión expulsa su chorro de vapor.

—*El clon base, cabeza de lata* —masculló Sharon, al tiempo que apartaba las manos del ciborg de su cuello. Se frotó la piel magullada. Nelson poseía una fuerza increíble—. ¿Recuerdas, el monstruo al que se supone que debemos dar caza? Por desgracia, se han cambiado las tornas, ahora él es el cazador y nosotros la presa.

—Pero qué chorrada. ¿El clon, aquí? ¿En EcoR? Si sólo se han apagado las luces.

—Cierra la boca y no hagas nada si yo no te lo pido. No vaya a ser que consigas que nos maten a los dos.

Sharon se acuclilló junto a Coup, le cogió un dedo y escupió sobre él. La piel se ennegreció como papel al fuego. La sangre goteó hasta el suelo.

—Está tiesa. Coge a la zorra ésta y en marcha. Tenemos que regresar a la Tierra antes de que este lugar se venga abajo. Nos hace falta un refugio seguro.

Nelson se echó al hombro a la inerte cambiaformas. No pareció acusar esfuerzo alguno.

—¿Por qué no me pones al corriente, a ver si me entero de lo que está pasando?

—¿Será posible que tú te enteres alguna vez de algo? —Sharon ignoró las preguntas de Nelson. Abrió la puerta que daba al pasillo—. No consigo ver nada, ni siquiera con mi visión mejorada.

—Pues lo siento, pero nunca pensé que tuviese que hacer de bombilla humana. Estoy a visibilidad máxima. Mira debajo de la cama, hay un maletín de emergencia con una linterna de bolsillo... al menos, en mi cuarto lo había.

—Lo tengo —anunciaba Sharon instantes después. Un delgado haz de luz se derramó sobre la puerta abierta hasta alumbrar el pasillo—. Allá vamos. Te conoces el entramado de este sitio, encuentra el portal más cercano a la Tierra que no esté controlado por ordenador.

—Dos pisos más abajo. El laboratorio de Ishida. Hay un guardián mejorado biológicamente en lugar de uno mecánico. ¿Crees que los demás portales estarán cerrados?

—Cuando llegamos a EcoR —explicó Sharon, mientras arrastraban los pies por el tenebroso pasillo desierto—, le ordené a Burns que sellara toda la Construcción contra cualquier contacto externo. Nadie podía entrar ni salir. Lo mismo se aplicaba a la información. Mi intención era la de darnos tiempo para recuperarnos y planear nuestro siguiente movimiento. Supuse que, aislados del mundo exterior, estaríamos a salvo. Pero, ya ves, me tuve que enfrentar a esa escoria que llevas auestas. ¿No te plantea ninguna pregunta toda esta información en ese bloque de acero sólido que tienes por cabeza?

—Ya lo pillo. Si EcoR estaba sellado a cal y canto, ¿de dónde ha salido esta chavala? ¿Cómo demonios dio con nosotros?

—Ahora parece que piensas en vez de limitarte a reaccionar. Se me ocurrió la respuesta de inmediato. Esta cambiaformas tenía que estar aquí *antes de nuestra llegada*. Ésa es la única explicación. Al igual que hiciera Velma Wade dentro del Colectivo Gris, debía de encontrarse encubierta, a la espera del momento adecuado. Sin duda, nuestra presencia la obligó a cambiar los planes que le tuviera reservados a EcoR. En secreto, informó al clon base de nuestra llegada. Estoy convencida de que Velma ya le ha advertido de que poseo el código de autodestrucción. De ahí que el clon diera la orden de eliminarnos.

—Mierda. A lo mejor estoy volviéndome paranoico, pero parece que esta conspiración está de lo más arraigada. Hay traidores por todas partes. Consigues que me asuste de mi propia sombra, Reed.

—Únete al club. Comienzo a pensar que la resurrección del clon base era el paso final de un complot a gran escala para apoderarse del control de la Tecnocracia. Combina los increíbles poderes del clon con una Quinta Columna secreta extendida como un cáncer por toda la Unión y tendrás la receta infalible del desastre.

—Las escaleras más próximas para ir al laboratorio de Ishida están por ahí —dijo Nelson, señalando un hueco entre las blancas paredes del pasillo—. Dudo que los ascensores sigan funcionando.

—Aléjate de todo lo que controle el sistema informático de EcoR —previno Sharon, al tiempo que abría la puerta que daba a las escaleras—. Escucha con atención. ¿Oyes algo? Ni un sonido, ¿verdad? Eso es porque todo el Colectivo está apagado. No funciona ninguno de los sistemas de soporte vital, ni el aire acondicionado, ni las luces, ni las comunicaciones. El ordenador principal lo controla todo. Desenchúfalo y el edificio se vendrá abajo.

—El único ser con poder para apoderarse de cualquier sistema, superar todas las salvaguardias y circuitos de protección...

—Es el clon base —sentenció Sharon, con un pie ya en la escalera, tan oscura como desierta. No se veía ni rastro de polvo por ninguna parte, como ocurría con el resto de EcoR. Al doctor Reid le gustaba la limpieza.

—Cuando de repente se apagaron las luces, supe de inmediato que había llegado el clon base. Debía de estar conectado vía telepática con mi agresora. Cuando ésta falló en su intento de asesinato, el maldito monstruo debió de decidirse a venir para rematar la faena. Por eso evité que establecieses contacto con el ordenador principal. Si tu hubieses enganchado a la computadora, el clon se habría apoderado de inmediato de tus sistemas informáticos. Eres medio máquina, Nelson. No hubiésemos sobrevivido a la experiencia.

—Hijo de puta. Ese bastardo habría utilizado mis sistemas armamentísticos para acabar contigo, antes de obligarme a volar mi propia sesera.

—Muy perspicaz. Tiene miedo de enfrentarse a nosotros cara a cara, dado que conozco la frase que provocará el colapso de su organismo. Por eso prefiere atacar desde lejos. Estoy segura de que pretende destruir la Construcción de EcoR, con nosotros dentro. —Señaló a una puerta—. ¿Estamos en la planta adecuada?

—Según el mapa del complejo que descargué, sí. Déjame a mí primero. ¿Quién sabe lo que nos podemos encontrar? Puede que nuestro amiguete se haya traído compañía. Espero que así sea, tengo ganas de destripar a alguien.

—Esto está demasiado tranquilo. Estos condenados muros amortiguan el sonido. Aún así, la Construcción aloja a casi una docena de técnicos, tendrían que hacer algún ruido. ¿Qué les habrá ocurrido?

—Que me aspen si lo sé —rezongó Ernest Nelson, al tiempo que tiraba a la falsa Lauri Coup al suelo de cemento como si de un saco de patatas se tratara—. Puede que anden por los niveles inferiores, atrapados en sus laboratorios desde que Heyl se apodera del ordenador. Tengo el mal presentimiento de que no tardaremos en salir de dudas. *Todos los sistemas armamentísticos activados.*

El ciborg abrió de un puntapié la puerta que comunicaba con el pasillo de la tercera planta. Nelson miró a uno y a otro lado, en busca de enemigos. No se movía nada. Las luces se encontraban encendidas, pero el piso se veía desierto.

—Parece seguro —dijo el ciborg. Recogió su cargamento humano y volvió a echárselo al hombro—. Encontraremos el portal en el laboratorio que verás una vez hayamos recorrido un tercio del pasillo. Está en la pared del fondo del cuarto que sirve de almacén.

—Típica paranoia de Reid.

Sharon seguía a Nelson con todos los sentidos alerta. Algo iba mal, pero no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo. El clon base planeaba destruirlos, pero no sabía cómo. La ciudadela se encontraba demasiado tranquila. ¿Dónde estaban los técnicos? ¿El doctor Ishida, la doctora Burns? ¿Dónde estaba el clon base?

Una cosa pequeña, marrón y peluda apareció de repente tras doblar una esquina en el pasillo a nueve metros de distancia. Las armas de Nelson aparecieron con un chasquido en cuanto la diminuta bestia comenzó a cargar contra ellos. Sus estridentes gañidos resonaron antes de desaparecer en la atmósfera insonorizada del Colectivo. Alrededor del cuello, el perro llevaba lo que Sharon reconoció de inmediato como un collar rastreador. Se preguntó dónde estaría el propietario del animal. Otra persona desaparecida.

—Chucho estúpido —masculló Nelson, mientras bajaba sus ametralladoras. Fulminó con la mirada al caniche en miniatura que les ladraba a escasos metros de distancia. El ciborg se movió a una velocidad sorprendente en alguien de su tamaño y proyectó un desconsiderado puntapié—. Cómo aborrezco a los perros.

—No le pegues una pat... —quiso advertir Sharon, demasiado tarde. La bota de Nelson conectó con el caniche y lo envió volando al final del pasillo. Tal y como se había temido la Directora de Investigaciones, el animal era algo más que una simple mascota. Mientras giraba por los aires, su cuerpo atravesó una desconcertante metamorfosis.

Cuando hubo tocado el suelo de nuevo, a seis metros de distancia, el perro ya no respondía al adjetivo de pequeño. Unos enormes colmillos blancos, resplandecientes de espumarajos de saliva, le llenaban las fauces. Unas garras amarillentas rasgaron la resistente pátina aislante de plástico que cubría el suelo. Sus ojos rojos refulgían a cada furioso ladrido.

—Mierda —musitó Nelson cuando el caniche transformado cargó de nuevo. Sus ametralladoras aullaron y las balas trazadoras alcanzaron a la bestia de lleno en la cabeza. Con un alarido, el perro consiguió avanzar otro paso, antes de que la fuerza de las ráfagas de proyectiles levantara del suelo a la creación mejorada biológicamente y la enviasen volando de nuevo por los aires. Se estrelló hecho un ovillo contra la misma esquina por la que había aparecido—. Me cago en los Progenitores y en sus putas ideas.

—Nunca, nunca, nunca juegues con los animales. Lo más probable es que el pobre perro nos tomase por invasores, sólo hacía su trabajo.

—Pues igual que yo —repuso Nelson. La brusquedad de su réplica dejaba bien claro lo que opinaba acerca de los animales de compañía capaces de convertirse en monstruos—. Hago mi trabajo y punto. No hay señales de vida, ni siquiera después de este alboroto. Aparte del perro de las narices.

El ciborg echó un rápido vistazo al otro lado del pasillo, como si quisiera asegurarse de que la bestia mejorada biológicamente no estuviese regenerándose. Atónito, abrió los ojos de par en par.

—Anda —dijo, con tintes de preocupación en la voz—, mira lo que le ha pasado a Rover.

Sharon se fijó en el cadáver del can. De repente, se sintió atenazada por el miedo.

El gigantesco caniche se había desplomado frente al recodo del pasillo. Las balas que le disparase Nelson habían reducido a trizas al animal. La masa deformada se había estrellado contra la pared del fondo igual que una humeante esterilla roja de carne, músculos y vísceras. Ya no quedaba ni rastro de sangre. Toda aquella sección del pasillo relucía como metal bruñido.

Las entrañas del cánido formaban una extravagante estatua, esculpida en oro puro, fundida en un vínculo irrompible con el suelo de oro y las paredes de oro. Desde donde se encontraba Sharon, resultaba imposible discernir dónde terminaban las tripas del perro y comenzaba el pasillo. Se habían unido en un monstruoso abrazo metálico.

—¿Te acuerdas —preguntó Nelson, con voz trémula— de la primera vez que vimos al clon base en la pantalla de ordenador de Bylunt? Dijo llamarse Heylel Teomim y querer unir a la Unión y a las Nueve Tradiciones. Tú dijiste que debía de estar chalado. Yo respondí que le haría falta una demostración de fuerza espectacular para demostrar su identidad. —Señaló al oro en expansión—. Ahí la tienes.

Sharon se humedeció los labios.

—Si los demás se encontraban atrapados abajo cuando comenzó a extenderse esta plaga dorada...

No le hizo falta terminar la frase. El Reino del Horizonte había enmudecido porque el resto de los habitantes del Colectivo se habían transformado en estatuas de oro.

—Sigue avanzando —instó Nelson, mientras retrocedía hacia la escalera. Echó un vistazo por encima del hombro a la puerta que comunicaba con el piso de arriba—. Es hora de que volvamos a subir.

—Todavía no. No me convence la idea.

—Si te fijas, verás el borde de la avanzadilla. Igual que esa película que vi de pequeño acerca de una marabunta. Las hormigas lo devoraban todo a su paso. El Colectivo va a convertirse en una gigantesca pepita de oro.

—Según los datos que he estudiado, se le achacaba a Heylel Teomim el descubrimiento de la piedra filosofal. Esta técnica es el resultado lógico de ese secreto.

—Chorradas de Subversor de la Realidad. —Nelson había perdido su acostumbrada bravuconería, suplantada por el pavor—. Es imposible que funcione en un Colectivo de la Unión.

—En aquella retransmisión por ordenador, el clon base afirmaba que sus técnicas sentaron las bases de Iteración X, así como las de los Progenitores. Esta técnica es parte transmutación, parte biológica, parte mecánica. Alude a la magia tanto como a la ciencia avanzada.

—Genial. Entonces, ¿sabes cómo detenerlo?

—Pues no. Aunque estoy segura de que, con algo de tiempo, podría descubrir el antídoto apropiado. Qué pena que tiempo sea lo que no tenemos. ¿Dónde está ese portal que mencionaste?

—Ahí. —Nelson señaló a una puerta a unos cuatro metros de distancia—. Dentro del laboratorio. La pared del fondo del almacén. Se utilizaban como cuarto oscuro antes de la llegada de la fotografía digital, pero no podemos entrar ahora. El oro se mueve demasiado deprisa. Habrá cubierto el laboratorio dentro de un minuto.

—No nos queda otra opción. Si subimos las escaleras, estamos muertos. EcoR se viene abajo y el clon base nos quiere fuera de la circulación. O escapamos a la Tierra o nos deslustramos aquí. Venga, no perdamos más tiempo charlando. Sígueme o quédate aquí y muere.

Cuando era necesario, Sharon sabía moverse deprisa. Al dirigir toda la energía de su cuerpo a las piernas y muslos, era capaz de batir cualquier récord mundial de velocidad. En cuanto hubo pronunciado las últimas palabras, aquello fue exactamente lo que hizo.

Sin mirar atrás, se lanzó a la carrera por el pasillo, traspuso de un salto la puerta abierta del laboratorio y abrió de un tirón la del almacén sito en la pared del fondo de la estancia. Nelson, con la falsa Lauri Coup aún en precario equilibrio sobre su hombro, llegó un instante después.

—La pared de atrás —dijo el ciborg, al tiempo que arrancaba la puerta del trastero de sus goznes a fin de facilitarle el acceso a Sharon. La plancha de metal salió despedida al otro lado del cuarto, cayó al suelo y se transformó en oro de inmediato, devorada por la oleada de metal que se derramaba por toda la estancia—. Ése es el portal. Lo protege un guardián viviente, según lo que pude descargar.

—Se llama Fred. Un hurón gigante construido por medios biológicos. Ayudé a diseñar la raza. Ya he tocado su mente y le he ordenado que abra el pórtico.

—Vale, pues dile a Fred que no pierda el tiempo con hostias.

Sharon echó un vistazo por encima del hombro. El flujo dorado reptaba por las paredes y el suelo, inexorable. Imparable. Ya había engullido la mitad del laboratorio. Mesas, sillas, equipo, todo reluciente con una pátina metálica. En menos de un minuto, les ocurría lo mismo a ellos.

—¡Se nos acaba el tiempo!

—Esto lleva algunos segundos —dijo Sharon, que volvió a concentrarse en la pared—. Ya casi está.

—¡Lo tenemos en la puta puerta! —rugió Nelson, al tiempo que se apretaba contra ella. El pequeño almacén se estremeció ante el cambio que comenzaban a experimentar sus paredes.

El portal se abrió. Sharon agarró a Nelson de un brazo y saltó al pórtico dimensional, arrastrando al ciborg consigo. Se estrellaron contra un duro suelo de madera. Nelson seguía sosteniendo a la falsa Lauri Coup sobre su hombro. Tras ellos, el portal se cerró de golpe con la misma presteza con la que se había abierto. En la mente de Sharon, Fred profirió un alarido. Luego el sonido se desvaneció, cortado por un cuchillo de oro.

El portal y su guardián habían desaparecido, destruidos por la magia del clon base. La Guerra del Horizonte se había cobrado un nuevo Reino. El Colectivo Progenitor de EcoR y todos sus habitantes se habían convertido en oro.

SIETE

El informe que detallaba los pormenores del desastre de la noche anterior aguardaba a Enzo Giovanni cuando éste despertó de su sueño antinatural. Lo leyó mientras caminaba desde su secreto lugar de descanso hasta la inmensa cámara de tierra y roca que utilizaba como oficina en el nivel de los cimientos del edificio de Químicas Everwell. Su cólera crecía a cada paso que daba. Para cuando hubo llegado a su destino, se sentía a punto de explotar.

Con los ojos encendidos de ira, Enzo se dejó caer sobre la descomunal silla de caoba en el centro del cuarto. Una mesa de reuniones de la misma madera se erguía en un rincón, flanqueada por cuatro sillas tapizadas de cuero negro. Las utilizaba cuando era necesario. Su socio Ezra, en un arrebatado de rabia, había destruido su escritorio y aún no se había molestado en reemplazarlo. Las paredes eran de cemento, al igual que gran parte del suelo, a excepción de la tierra de las esquinas y una hilera de baldosas desvaídas cerca de la puerta. Las luces alumbraban desde sus madrigueras excavadas en el techo.

El enorme sillón, apoyado sobre una plataforma cuadrada de metro y medio de lado, estaba tapizado de terciopelo púrpura enhebrado con hilo de oro. Enzo lo consideraba su trono. Desde allí dirigía el destino de Químicas Everwell, así como el de docenas de empresas subsidiarias del imperio secreto de Pentex, la organización que Enzo soñaba con dominar.

Cuatro plantas más arriba, la antigua y decrepita fábrica de Químicas Everwell ocupaba todo un bloque del decadente polígono industrial de Rochester. El edificio databa del siglo XIX, cuando la impresionante estructura había alojado una fábrica de ataúdes. Aquella misma cámara había servido de almacén para los féretros. Ahora se relacionaba con la muerte de un modo más sutil. Los inmensos hornos de la primera y la segunda planta producían químicos de dudosa calidad que envenenaban el medio ambiente en aras del progreso. No resultaba extraño que los casos de cáncer en Rochester doblaran a la media nacional. Enzo, en su afán por superarse, aspiraba a triplicarla.

Enzo Giovanni, un hombre fornido y corpulento, medía algo más del metro ochenta y pesaba cerca de ciento cincuenta kilos. Como de costumbre, vestía un traje negro, camisa blanca y corbata oscura. Le gustaba guardar las apariencias. Una poderosa osamenta rematada en una espesa mata de cabello descendía hasta la puntiaguda perilla tocada por un tupido bigote. Tenía los ojos negros, con una chispa escarlata en el centro. Sus rubicundas mejillas contrastaban con la palidez mortecina de su cutis. A excepción de cierto aspecto bestial, *hambriento*, imposible de disimular, Enzo parecía casi humano.

Con los dientes apretados en un gesto de furia contenida, arrugó las hojas del informe que tenía entre manos. Con un rugido animal, redujo a trizas la montaña de papel y esparció los fragmentos por el suelo de cemento.

—Hargroves —rugió. Su profunda voz de bajo tronó como una ola psíquica que inundara el edificio—. La quiero aquí. De inmediato.

Un momento después, la única puerta que comunicaba con la cámara se abrió y la señorita Hargroves entraba en la estancia. Sus zapatos de suela plana repiquetearon en el triste embaldosado que rodeaba la entrada. La mujer, alta, enjuta, de mediana edad, se cubría con un traje gris y no llevaba maquillaje. Se recogía el cabello en un moño. Su semblante, anodino y severo, no delataba su edad. Sostenía en sus manos huesudas una tablilla con sujetapapeles y un bolígrafo, dispuesta a tomar nota. Como siempre, Hargroves parecía completamente ajena a la cólera maníaca de Enzo.

—¿Quién ha redactado este informe? ¿Fuiste tú?

La voz profunda temblaba de ira. La furia de Enzo le suponía un impedimento a la hora de vocalizar. La bestia que habitaba en su alma amenazaba con apoderarse de sus sentidos. Una película rojiza le cubría los ojos.

—Desde luego que fui yo —repuso Hargroves—. Ya sabes que escribo todos los informes que lees. Mattias me proporcionó la mayoría de los detalles de la batalla. Tras hablar con él, verifiqué la

información con varios de los demás supervivientes. Luego lo condensé todo y dejé constancia escrita de ello, junto con mi evaluación personal de la operación en su conjunto. Supuse que encontrarías útil el resumen.

—¡El ataque fue un fracaso total! —chilló Enzo. Se levantó de su sillón, con los puños cerrados. Las paredes de la cámara se estremecían a causa de su furia—. ¡Los hermanos Grim, destruidos! ¡Los objetivos, vivos! —Fulminó a su secretaria con la mirada—. *¿Supusiste* que encontraría *útil* este informe? Sólo habla de fracasos, cobardía y estupideces. Dame una razón por la que no deba acabar contigo después de haberme entregado este documento.

—Porque ni siquiera tú eres tan tonto —replicó Hargroves, frunciendo los labios. Su voz no acusaba temor alguno—. Adelante. Mata a la mensajera, si eso te satisface. Bébeteme mi sangre. Pero el mes que viene, acuérdate de su sabor cuando tengas que hacer el balance de cuentas, poner los archivos al día y pagar los impuestos estatales.

Enzo se movió a la velocidad del rayo. Abandonó su trono y se plantó ante Hargroves, con el rostro a escasos centímetros del suyo.

—¿Te atreves a burlarte de mí? —Replegó los labios para descubrir sus colmillos ocultos—. Hay más secretarías en este mundo, al igual que contables. Todo el mundo tiene un precio. No eres irremplazable.

La adusta mujer le sostuvo la mirada sin parpadear.

—Encuentra a otra que conozca los entresijos de Pentex. Busca a una mujer lo bastante leal como para decirte la verdad a la cara en lugar de contarte las mentiras piadosas que te gustaría escuchar. Si crees que puedes, destrúyeme, pero hazlo ya. Hazle un favor a ese chiflado amigo tuyo, Ezra. El mago me quiere muerta, desde el momento en que me vio. Mi sinceridad lo asusta.

—No me mezcles con ese demente —declaró Enzo. Su voz se apagó hasta convertirse en un susurro. Movié la cabeza de un lado a otro, escrutando las sombras de las esquinas de la cámara. Ezra tenía por costumbre espiar las conversaciones más secretas—. Me informa de lo que planea el Señor del Acero, nada más. Soy yo el miembro del Consejo de Administración de Pentex y, cuando Pietro Giovanni haya sido eliminado, seré yo el que lidere el clan Giovanni, no Ezra. Él, nunca. —Con un contoneo inhumano, Enzo regresó a su trono de terciopelo—. Fue el brujo quien sugirió que yo debía liderar el ataque esa noche. Quizá se olía lo que iba a ocurrir. Todo es posible, dada su locura. Es ambicioso. Eso es algo que ni todos sus trastornos mentales han conseguido erradicar. —Sus ojos entrecerrados y serpentinos volvieron a rastrear la estancia, en busca de algún indicio de cotillas invisibles—. ¿Lo has visto hoy?

—¿Se lo preguntas a tu secretaria, o a tu próxima víctima? —Hargroves parecía divertirse con aquello.

—No digas tonterías —replicó Enzo. Hizo un gesto con la mano para desechar las palabras de la mujer—. Olvida mis amenazas. ¿Qué esperas después de recibir tan funestas noticias? Eres indispensable, Hargroves. En cambio, hay otros que no lo son.

—No he vuelto a ver a Ezra desde anoche. Cuando los hermanos Grim se marcharon, él hizo lo propio. Me pareció nervioso, ansioso por irse.

Enzo soltó una carcajada.

—Se creía que su alianza con el Señor del Acero lo convertía en todopoderoso. Un encontronazo casi fatal con su hermana le obligó a darse cuenta de que no es así.

—Dice ser tu amigo, pero conspira contra ti. Sólo se debe lealtad a sí mismo. Un error, un paso en falso y se te lanzará al cuello igual que un perro rabioso.

—Pues claro, ¿qué te esperas de un tarado? Cuando llegue la hora, me ocuparé de mi amigo. De una vez y para siempre. Nuestra sociedad se disolverá en una orgía de sangre.

El hablar de sangre le recordó que hacía días que no se alimentaba.

—Dile a ese imbécil de Mattias que se presente ante mí. Sus últimos servicios no me satisfacen. Tenemos que discutir las condiciones de su contrato. Me parece que ya va siendo hora de que rompamos el antiguo y firmemos uno nuevo.

—No recuerdo que poseyera ningún contrato firmado por Mattias —dijo Hargroves, sin denotar emoción alguna. En ocasiones, Enzo pensaba que aquella mujer podía leerle la mente.

—Pero qué desliz más imperdonable. De eso es de lo que quería hablar con él. Tendremos que establecer un nuevo pacto y sellarlo con sangre. Sangre humana.

El líder de la banda tardó media hora en aparecer, y no lo hizo solo.

Mattias era un gigante de casi dos metros diez de altura, con el aceitoso cabello negro recogido en una trenza que pendía a medio camino del final de su espalda. Vestía unos pantalones vaqueros cubiertos por unos zahones negros de cuero. Varias cadenas de acero le cubrían el torso desnudo. Su cuerpo, desprovisto de vello, se veía oculto por completo por tatuajes de lagartos rojos y azules. Llevaba un machete encajado en el cinturón y una pistola entre la bragueta y el ombligo. El pandillero había venido preparado para cualquier contingencia.

El gigante estaba rodeado por miembros de su banda de motoristas, los Caballeros del Dolor. Cinco de ellos en total. Enzo conocía de vista a la mayoría, todos ellos matones tan repulsivos como brutales, unidos por dos cosas en común: eran más feos que Picio e iban armados hasta los dientes.

Luther, bajo y rechoncho, con espirales de color azul adornándole el rostro, cresta naranja y anillos en las orejas, los pezones y la lengua. Portaba una escopeta de cañones recortados en cada mano.

Otro pandillero, alto y delgado, de ojos azules glaseados y piel tan marfileña como la de cualquier Vástago, vestía pantalones de cuero negro y un pesado chaleco del mismo material. Se hacía llamar Entrecot. La Uzi que sostenía con ambas manos no dejaba de apuntar al pecho de Enzo.

Un tercer hombre, casi tan alto como Mattias, llamado Trent, era tan peludo como un oso. Blandía un machete de carnicero en una mano y un segundo cuchillo pendía de una cuerda colgada al cuello. Los Caballeros del Dolor estaban en pie de guerra.

Enzo no pudo contener una sonrisa. Como ocurría con la mayoría de los mortales, aquellos estúpidos no conocían el alcance de sus poderes. Paseó la mirada por todos ellos, deteniéndose por un instante en cada uno como si estuviese sopesando sus fuerzas. Se rió para sus adentros. Eran como corderos en el matadero, hombres muertos todos ellos.

—Vaya, Mattias, mi buen amigo —saludó Enzo, conciliador. Se percató para mayor regocijo de que Hargroves no tenía intención de aparecer por la cámara. No podía leerle el pensamiento, pero sí que sabía reconocer de qué humor se encontraba. Dudaba que su secretaria estuviese siquiera en el edificio—. Me prometiste las cabezas de mis enemigos en bandeja de plata y no veo ninguna. Los que quería muertos siguen con vida. Cuéntame lo que ha ocurrido.

—Aquello fue una puta carnicería. Joder, no había visto tanta sangre en mi puta vida.

—Más de un centenar de vosotros contra un puñado de prestidigitadores. El poder de Ezra y el mío añadido al vuestro. Cualquiera diría que la balanza se inclinaba a vuestro favor. Esta falta de resultados me tiene muy preocupado. Hazme el favor de explicarme qué es lo que salió mal y, Mattias, cuidado con esa lengua. Sabes que me ofenden las vulgaridades.

—Sí hombre, claro, puta madre —convino el gigante. Entrecot comenzó a reírse, antes de darse cuenta de que el desliz de Mattias había sido involuntario—. Ya sabes cómo están las cosas, Enzo. Los muy cabrones no es que fuesen muchos, pero eran unas máquinas de matar. Sobre todo la zorra aquella vestida de negro, la que se parecía a ti. Era un puto monstruo.

—Madeleine. Mi sobrina del alma. No me hace gracia saber que estuvo allí. Tengo entendido que sus habilidades no conocen rival ni siquiera entre los Assamitas. Da igual, sólo era una. ¿Qué hay de los otros, los que di órdenes tajantes de asesinar?

—Lo intentamos. —Una nota plañidera se abrió paso hasta la garganta de Mattias—. Este puñado que ves aquí es todo lo que queda de mi banda. Trent, Entrecot, Luther, Kross y Simon. Todos los demás están muertos. La guarra de las dos espadas rebanó a Ernie, Jackson y Louie. Luego estaba el grandullón calvo de la guadaña, joder, ése era el peor de todos. No tuvimos cojones de cargárnoslo. Lo intentamos con

cuchillos, balas, ácido y la hostia, pero el hijo de puta no caía. Sus heridas se cerraban en cuestión de segundos, aquello era una locura de tres pares de cojones.

—¿Sus heridas se cerraban al instante? —De inmediato, Enzo recordó lo acontecido hacía escasas semanas. Un prisionero del Colectivo Gris había conseguido fugarse, un hombre cuya sangre quemaba como si de fuego líquido se tratara. Su peor pesadilla hecha realidad—. Ése es el fugitivo que no conseguisteis matar en el bosque. Tendríais que haber terminado con él aquella noche. Ahora vuestros errores regresan para atormentaros. Ésta es la segunda ocasión en que tu banda incumple lo prometido, Mattias. Algo que me parece imperdonable.

—Bueno, pues te jodes —espetó el gigante. Mattias metió la mano en uno de sus bolsillos traseros y extrajo un crucifijo incrustado de piedras preciosas. Besó la cruz y se la echó al cuello. El resto de los pandilleros imitaron su gesto. Enzo no veía tantas cruces juntas desde su última visita al cementerio—. Las hemos robado en iglesias por toda la ciudad. Éstas son de las buenas, nada de imitaciones baratas. Además, las hemos mojado en agua bendita antes de venir aquí.

—¿Y no habréis fundido los cirios también, para hacer balas? —Enzo soltó una risita y avanzó un paso—. ¿No estaréis masticando dientes de ajo?

Mattias levantó una mano a modo de advertencia.

—Da otro paso más y eres hombre muerto, cabrón.

—Pero si ya estoy *muerto*, como tú bien dices —repuso Enzo, al tiempo que adelantaba otro pie en dirección al gigante—. Además, tus hombres no podrán hacerme ningún daño. Cometieron el desafortunado error de mirarme a los ojos. Según la tradición popular, eso es algo que no se debe hacer nunca. Controla tus emociones y tus pensamientos. Observa.

Enzo chasqueó los dedos y señaló a Luther, el chaparro rechoncho de pelo naranja y múltiples orificios en el cuerpo, que se quedó lívido de inmediato. Con el rostro pálido y sudando a chorros, Luther dobló el brazo izquierdo, lenta pero inexorablemente, hasta apuntar la escopeta a su entrepierna.

—Eso es —dijo Enzo—. Justo lo que yo quería. Ahora, Luther, feúcho, aprieta el gatillo.

—¡No! —gritó Mattias. El arma tronó y la sangre salpicó el suelo de cemento. Luther, sin pronunciar palabra, se desplomó con los ojos vidriosos por el trauma.

El gigante asió el machete que llevaba prendido en la cintura, tan sólo para quedarse helado cuando Enzo volvió a chasquear los dedos. Igual que autómatas, los cuatro Caballeros del Dolor restantes se giraron para apuntar sus armas a su atónito líder. Mattias se humedeció los labios. Sus manos sobaban la cruz que colgaba de su cuello como si de un talismán mágico se tratara. Por desgracia para él, no tenía escapatoria.

—Tú no... no me... no me puedes hacer esta putada —balbució el gigante. Los lagartos rojos y azules que llevaba tatuados comenzaron a removerse inquietos bajo su piel. Enzo no les prestó atención. La escasa magia que poseyera el gigante no bastaría para detenerle.

—No subestimes nunca a tus adversarios, Mattias. —El hambre rugía en su interior como una bestia salvaje. El gigante era fuerte y rebosaba vitalidad. Por sus venas fluía una sangre cálida y deliciosa. Si los trataba con cuidado, el motorista y sus amigos le durarían varios días. Un velo de sangre cubrió los pensamientos de Enzo cuando se dispuso a disfrutar de su cena—. Acabarás por conseguir que te maten.

OCHO

—Aunque no posea sentimientos mortales —dijo Madeleine Giovanni, tras un momento de silencio—, tampoco soy estúpida. No hace falta recurrir a la intuición humana para darse cuenta de que esperabais otra respuesta, otro nombre.

A la luz de la luna, su pálida piel resplandecía como madreperla. Sus labios teñidos de un rojo rosado, sus ojos brillaban con la chispa de su intelecto. El vestido negro que llevaba se adhería a sus curvas como una segunda piel, resaltando su sensual exuberancia. Empero, Diecisiete no sentía el menor atisbo de deseo por ella. Pese a sus innumerables atractivos, Madeleine seguía siendo fría como el hielo.

—Yo pensaba que ibas a decir Heylel Teomim, también conocido como la Abominación —declaró Sam Haine—. Se trata de un célebre mago que fue destruido por completo hace quinientos años pero que, al parecer, ha regresado. Heylel se ha propuesto unir a las Nueve Tradiciones y a las Cinco Convenciones. Tanto si les gusta como si no.

—Ha regresado, *al parecer* —repitió Madeleine, despacio. Diecisiete se percató de que la asesina, pese a sus modales modosos y respetuosos, era una experta a la hora de detectar la menor inflexión en el discurso o en la actitud—. Qué *interesante* que no estéis seguros. Nunca he estudiado la historia de los hacedores de magia. El nombre que mencionas, Heylel Teomim, no me resulta familiar. Juraría que ni Enzo ni Ezra lo han mentado. Sólo hablan del Señor del Acero.

—Esto es un embrollo morrocotudo —sentenció Sam Haine—. El principal problema estriba en que nuestro enemigo habita un cuerpo creado por medios artificiales, un clon base desarrollado por la Tecno-cracia. El clon afirma tratarse de Heylel reencarnado. Habrá quien se lo crea y quien no. Yo prefiero esperar a que haya más pruebas antes de forjarme una opinión. Siempre he sido un escéptico que no se cree todo lo que le cuentan. Es mucho más seguro.

—Kallikos, mi mentor —intervino Sombra del Amanecer, con voz apenas audible—, otrora conocido como el Maestro del Tiempo, Akrites Salonikas, traspasó hace siglos el velo del futuro y vio a Heylel Teomim renacido. En aquella visión, la resurrección desencadenó una guerra en los Reinos del Horizonte, cuyo resultado determinaría el futuro de la humanidad. Kallikos ha recorrido la tierra durante quinientos años, a la espera de que estos acontecimientos ocurran, con la esperanza de alterar la historia. Todo lo que el vidente me reveló se ha cumplido. Sin embargo, cuando por fin se enfrentó a su enemigo, ni siquiera Kallikos fue capaz de determinar si la Abominación era quien afirmaba ser o un impostor. La última vez que hablé con él, en el Horizonte, mi maestro seguía asolado por las dudas.

Diecisiete se incorporó, incapaz de permanecer sentado por más tiempo. Necesitaba caminar, quemar parte de la energía que ardía en su interior. El calvero boscoso era un bullicio de vida. El manantial sagrado recitaba cantares de guerreros que se habían reunido en consejos parecidos a lo largo de los siglos. Aquel lugar había sido testigo de grandes gestas, de proezas mágicas que habían acontecido a la luz de la luna.

—Prometimos un intercambio de información. Madeleine nos ha contado lo que sabe acerca de los planes de Enzo Giovanni y del Señor Oscuro que es su patrón. Creo que ya va siendo hora de que le devolvamos el favor y le cuente mi historia. Comenzando por mi escapada del Colectivo Gris hasta la fecha.

—Por mí, vale —convino Sam. Propinó una intensa calada a su puro carente de humo y exhaló un nebuloso aro que flotó sobre la hoguera—. A ver si ella es capaz de sacar algo en claro de todo este barullo. Límitate a saltarte las partes más insulsas, hijo, no queremos estar aquí hasta que amanezca. Por lo menos, Madeleine seguro que no.

Diecisiete intentó ser conciso, aunque era mucho lo que había ocurrido durante las últimas semanas. Para él, todos los momentos eran igual de importantes. Al no recordar nada de su pasado, aquel puñado de días era toda su vida.

Comenzó con su fuga del bloque carcelario del Colectivo Gris, continuó con la batalla que, ya en la Tierra, lo había enfrentado a los HIT Mark y su consiguiente encuentro con Albert y Sam.

—No veas si me llevé una buena sorpresa —interrumpió Sam, sacudiendo su puro en el aire. Al Hombre Cambiante le costaba guardar silencio durante mucho rato—. Después de la reyerta con aquellos ciborg, cualquiera diría que Diecisiete tendría que haber salido malherido, casi muerto. Pues no, era el hombre más saludable que haya conocido en mi vida. Enseguida supe que era especial.

—Mi cuerpo es el producto de algunos de los científicos más brillantes de la Tecnocracia. Me utilizaron como prototipo del clon base. Reforzaron mis huesos, fortalecieron mis músculos y me dotaron de una sangre asombrosa. Pagué el precio, aunque fue un trato justo.

—Destruyeron tus recuerdos con todas esas zarandajas científicas de pacotilla —apostilló Sam—. Te robaron tu identidad.

—Me parece que no —repuso Diecisiete. Hablaba más despacio ahora, midiendo sus palabras—. Creo que eso ocurrió antes.

Las bien pobladas cejas de Sam se unieron sobre su nariz. Clavó los ojos en Diecisiete, como si intentara leerle la mente.

—¿Te importa explicarnos cómo has llegado a esa conclusión?

—Yo mismo sigo intentando dilucidar los detalles. —Diecisiete se acordó de lo que le dijera Claudia Johnson durante su entrevista. Sam era su amigo, puede que el mejor que tuviese sobre la Tierra. No obstante, el Hombre Cambiante era un Verbena. A Diecisiete le pareció mejor no decir nada hasta que conociese la verdad acerca de su vida pasada. Toda la verdad—. Cuando lo sepa, os lo diré.

Prefirió hablar de la interminable guerra entre las Nueve Tradiciones y la Tecnocracia. De la lucha en aquel mismo descampado, noches atrás, con los Hombres de Negro y la inesperada llegada de la banda de motoristas que habían acudido en su busca. Con todo lujo de detalles, Diecisiete describió cómo un hombre con un lanzallamas lo había cogido por sorpresa y se había visto rescatado por una misteriosa y flaca mujer, que apareció durante los segundos necesarios para descuartizar a su atacante.

—Conspiraciones por todas partes —dijo Madeleine. Se puso en pie en completo silencio. La vampiro se movía con gracia inhumana, como si flotase de un lado para otro. También Sombra del Amanecer se había incorporado. Sus manos descansaban lasas sobre la empuñadura de su espada corta—. Presiento la presencia de jugadores en la sombra, moviendo piezas de ajedrez humanas en una partida tan vasta que apenas podemos aspirar a comprenderla. Los motoristas pertenecen a una banda conocida como los Caballeros del Dolor. Enzo los utiliza como matones en varios de sus planes. Vi a varios de ellos anoche en el vertedero. Algunos perecieron durante la reyerta, otros escaparon.

—Por tanto, podemos asumir sin riesgo de equivocarnos que Enzo los envió para matar a Diecisiete —dedujo Sam—. Que fue él el que propuso aquella recompensa por su cabeza y también por las nuestras. ¿Se te ocurre por qué?

—Desde luego. Supe el motivo en cuanto vi la transfusión de anoche. *La sangre de Diecisiete*. Se trata de una vitae hechicera que ya no puede calificarse de humana, sino que es algo más. Este tipo de sangre puede resultar letal para cualquier vampiro. Enzo tiene miedo de Diecisiete, y no le faltan motivos. —Señaló a Sombra del Amanecer—. Antes había uno por cuyas venas fluyese ese tipo de sangre. Ahora hay dos. Estoy convencida de que esta situación no le hace ninguna gracia a Enzo. Lo más probable es que descargue su frustración con los Caballeros del Dolor supervivientes. Según para qué cosas, mis parientes son de lo más predecibles.

—Sospecho que también Ezra me quiere ver destruido, por razones que desconozco. Los motoristas llegaron cargados de energía mágica. El brujo debía de andar detrás de ello. ¿Tienes alguna idea de quién pudo ser mi misteriosa salvadora, aquella mujer delgaducha que apareció de la nada para matar con insano placer?

—Lo raro es que eso me suena a Millicent Hargroves, la infalible secretaria de Enzo. Una mortal muy capacitada pero, por lo demás, corriente y moliente, sin trazas de poderes mágicos. Hargroves lleva las

riendas de Químicas Everwell para Enzo, así como las de sus muchas empresas ilegales. La calificaría de eficiente en extremo y carente de escrúpulos. Mi tío confía en ella sin condiciones. Ezra, por otro lado, duda de su lealtad. Yo diría que las sospechas del mago no estaban tan infundadas.

—Hizo gala de extraordinarios poderes en este calvero —comentó Diecisiete—. Si no es una maga, debe de tener amigos influyentes.

—Aliara —bufó Sam Haine—. Tiene que ser ella la que opera en la sombra. Si Enzo y Ezra están en la nómina del Señor del Acero, esta tal Hargroves trabajará para Aliara. Según mis fuentes, Aliara y el del Acero son rivales enconados.

—Opino lo mismo. —Diecisiete se preguntó qué tipo de contactos proveía a Sam de información. El Hombre Cambiante estaba puesto al día de todo—. No olvidemos que Terrence Shade es uno de los sirvientes de la Emperatriz del Deseo, lo que lo convierte en el eslabón perdido entre Aliara y el Colectivo Gris.

—Bien dicho —convino Sam—. Ahora tenemos que...

—Prosigue con tu relato, Diecisiete, por favor —pidió Albert, interrumpiendo a su amigo—. Ya habrá tiempo para teorías, *más tarde*.

Sam fulminó a Albert con la mirada. El anciano de pelo cano aspiró profundamente su puro sin humo y consiguió exhalar un anillo vaporoso directo al chamán. Cuando la nube llegó al rostro de Albert, se tornó de color rojo y restallaron relámpagos en miniatura en su centro. Con un zangoloteo de cabeza y fingiéndose enojado, el chamán chasqueó los dedos y la aparición se desvaneció.

—Sigue, hijo —instó Sam, con una sonrisa—. Sé captar las indirectas. Mantendré la boca cerrada.

Fue así como Diecisiete narró su azarosa incursión al Colectivo Gris y el despertar y posterior desaparición del clon base.

—Vivimos tiempos interesantes —comentó Madeleine—. Tus aventuras me parecen fascinantes, y ominosas. ¿Qué ocurrió tras el desvanecimiento del clon base?

Diecisiete describió la visión de Kallikos y la reaparición de Jenni Smith, tras la partida de los demás, quien le ofreció el dominio del mundo a cambio de su alianza con el clon base; así como su rechazo de la proposición.

—Eres un hombre de honor —alabó Madeleine, reflexiva. La expresión de su rostro dejaba bien claro que hablaba de corazón—. Una rareza en estos tiempos modernos.

—Nunca te fíes de la serpiente que te encuentres entre la hierba —dijo Sam Haine—. Ni siquiera aunque sea joven, rubia y guapa.

Sombra del Amanecer le dirigió una torva mirada y el mago de pelo cano volvió a cerrar la boca.

Continuando con su relato, Diecisiete describió su viaje a Horizonte, el Reino del Horizonte más poderoso de las Nueve Tradiciones, así como la dramática revelación de Kallikos como Akrites Salonikas, el célebre Maestro del Tiempo al que se creía muerto tiempo ha. Continuó con la aparición vía pensamiento proyectado del clon base, aseverando tratarse de Heylel Teomim renacido, venido para unificar a las Nueve Tradiciones y a la Tecnocracia y elevar a la humanidad hacia la Ascensión. Además de su amenaza de destruir a quien se interpusiera en su camino.

Diecisiete omitió el descubrimiento que había realizado durante su periplo. Seguía sin comprender cómo encajaba su presente con su pasado. ¿Qué había sucedido con cinco décadas de su vida? ¿Dónde había estado, qué había hecho, quién había sido? Su nueva vida había comenzado hacía un mes y, sin embargo, estaba seguro de que sus recuerdos olvidados guardaban secretos que no podían pasarse por alto. El Señor del Acero acechaba en sus sueños, le hablaba en sus pesadillas. Diecisiete sospechaba que la verdad, cuando saliera por fin a la luz, no sería de su agrado. Pero tenía que saber. La rabia que lo devoraba por dentro exigía respuestas.

Con voz trémula, describió la destrucción de la fortaleza de las Tradiciones, Doissetep, y la inesperada desaparición de Sam Haine.

—Pronto supimos que Sam se dirigía al vertedero de residuos tóxicos para enfrentarse a Terrence Shade —le explicó Diecisiete a Madeleine—. Ya conoces el resto.

—Entre los de mi especie, los engaños y las falsas identidades son algo normal. Nuestra existencia está plagada de secretos. La Yihad lleva miles de años causando estragos, y son muchos los Vástagos que ni siquiera se dan cuenta de que está librándose una guerra. No obstante, tras escuchar tu historia, veo que nuestros complots y campañas son un juego de niños. Cuando la mismísima realidad puede malearse, cualquier subterfugio resulta posible.

—Un sabio maestro me enseñó una vez que *la única verdad es que no existen verdades absolutas* —sentenció Sombra del Amanecer, en voz baja—. Que nada es lo que parece.

—Un mago renegado me ofreció en su día un consejo parecido —repuso Madeleine Giovanni—. Dire McCann, docto en estas lides, me advirtió de que no existe lo que nosotros llamamos coincidencia. La casualidad es el fruto de una planificación cuidadosa. Nunca he olvidado su consejo.

—En fin —intervino Albert—, volvemos a la misma pregunta del principio. ¿Es el clon base Heylel Teomim renacido, o el Señor del Acero, Duque del Odio? Pese a haber prestado atención a los hechos narrados por Madeleine y Diecisiete, me parece que no nos encontramos más cerca de poder ofrecer alguna respuesta.

—Te preocupas por el problema equivocado, mi querido amigo —repuso Sombra, con una leve sonrisa—. Otro sabio maestro me enseñó que las respuestas correctas suelen aparecer por sí solas si se plantean las preguntas adecuadas.

—No te entiendo.

—Me parece obvio que la identidad real del clon base es insignificante. El clon podría ser Heylel Teomim, la Abominación. O el Señor Oscuro. El clon podría ser la mente maestra oculta tras las maquinaciones de Enzo y Ezra. Del mismo modo, bien podría operar completamente por su cuenta. Jenni Smith y sus hermanas podrían ser las siervas del clon, o podrían ser Nefandos que controlaran en secreto hasta la última acción del ser artificial. Las posibilidades son infinitas y de serpentina complejidad. Lo que de verdad importa es que el clon, quienquiera que sea, debe ser destruido, o el mundo se sumirá en el caos.

—Las palabras de la espadachina son sabias —convino Madeleine Giovanni—. La aniquilación es un método seguro de derrotar a nuestros enemigos. El comprenderlos puede resultarnos útil, pero no siempre es necesario. Durante el transcurso de los últimos días, me he dado cuenta de que Enzo y Ezra deben sucumbir ante la Muerte Definitiva. Nada de tratos, pactos ni compromisos. Deben morir. A raíz de lo que se ha dicho esta noche, me parece igual de obvio que este clon base, ya se trate de Heylel Teomim, de un agente del Señor del Acero o del mismísimo Señor Oscuro encarnado, ha de ser eliminado. Ésa es la única solución a vuestro problema. No queda otra opción. *La muerte es la única respuesta.*

—Puede que destruirlo no resulte tan sencillo —dijo Albert—. Si sus poderes de supervivencia igualan a los de Diecisiete, será duro de matar. Además, a juzgar por la destrucción de Doissetep y la desaparición de la Casa de Helekar, el clon es un artesano de la voluntad de asombrosos poderes. Quizás el más fuerte de toda la Teluria.

—Para un poco. —Sam Haine se había puesto de pie. Ya no quedaba nadie sentado ni en cuclillas ante la hoguera. Todo el descampado parecía palpar con energía mística. La expresión severa de Sam daba a entender que no le harían callar. Ni siquiera Albert lo intentó—. Lo que hay que hacer es estudiar los acontecimientos con ojo crítico. Entonces es cuando se ve la verdad. El clon base no es tan duro. Esta Guerra del Horizonte, esta guerra en el cielo, por así decirlo, aún no nos ha proporcionado ninguna demostración de magia excepcional. El clon base ha estado haciendo magia, sí, pero de pacotilla. Ilusionismo. Le toma el pelo a todo el mundo con juegos de manos que nos creemos a pies juntillas. Chico listo, este clon. Quizá sí que sea Heylel. He leído que, en vida, la Abominación era un manipulador temible, un maestro del engaño. Que es todo lo que hemos visto hasta ahora. Nada de poderes cuasi divinos como se cree Albert, sino un timo muy elegante.

—Doissetep fue destruido —recordó Albert—. La Casa de Helekar ya no existe.

—Eso es verdad. También el sol salió esta mañana y se puso por la noche. Eso no quiere decir que el clon base tuviera nada que ver.

—Doissetep se encontraba al borde del precipicio —apostilló Diecisiete—. Porthos dejó eso bien claro. El clon base, por medio de sus agentes, aprovechó las rivalidades ya existentes que estaban desmenuzando el lugar. Encendió la cerilla en el polvorín.

—A eso me refería —continuó Sam—. No pretendo convenceros de que el clon no sea peligroso. Preguntádselo a la estatua de oro que antes se llamaba São Cristavao. Heylel constituye una amenaza, quizás la mayor a la que se hayan enfrentado nunca las Tradiciones. Ostenta poderes que la mayoría de los magos modernos desconocen. Además, posee una red de agentes, cambiaformas, repartidos por todos los Reinos del Horizonte y la Tierra. La Quinta Columna perfecta. Derrotarlo no va a resultar tarea fácil, pero no es ningún dios, ni siquiera una deidad de segunda.

—Kallikos le teme —musitó Sombra—. Mi mentor cree que Heylel cubrirá el mundo con una capa de noches eternas.

—Ya, eso sí. —Sam mordisqueó su puro con ganas—. No te creas que no me preocupa el que el vidente esté tan acojonado.

—Al igual que Albert, partes de una suposición incorrecta —intervino Diecisiete, con voz grave. Todas las miradas se centraron en él. Había llegado el momento de revelar lo que había descubierto la noche anterior—. Kallikos no tiene miedo del clon base a causa de la destrucción que pueda causar. Una demostración de fuerza no va a unir a las Nueve Tradiciones con las Cinco Convenciones. Como bien dice Sam, un individuo, por extremadamente poderoso que sea, no podría derrotar a cientos de artesanos de la voluntad decididos. Lo que asusta a Kallikos es lo que *ofrece* el clon base.

—¿Lo que ofrece? —repitió Sam Haine.

—El ser que se hace llamar a sí mismo Heylel Teomim apela a las emociones humanas con la maestría de un virtuoso —continuó Diecisiete. Poseía una confianza absoluta en lo que estaba diciendo. La verdad se le había antojado diáfana cuando salvó a Sombra del Amanecer—. Primero advierte de la terrible destrucción y respalda su amenaza con pruebas tangibles. Eso ya está hecho. Ahora, con su credibilidad establecida, pretende cambiar de estrategia y ofrecer una recompensa irresistible para quienes se sumen a su supuesta cruzada hacia la Ascensión. Será una proposición a la que pocos conseguirán resistirse.

—Excelente estrategia —dijo Madeleine Giovanni. Diecisiete sospechaba que la mujer ya conocía la respuesta a su próxima pregunta—. ¿Qué don es ése que piensa ofrecer el supuesto Heylel Teomim?

—*La vida eterna*. Unirse a él y convertirse en inmortal. Una transfusión de su sangre nanobit actuaría del mismo modo que con Sombra. El receptor se verá libre de cualquier enfermedad y de los estragos del tiempo. Al menos, hasta que los nanobits se queden sin energía, dentro de mil años o más.

—Su sangre —musitó Sombra—. ¡Jenni Smith dijo que tu sangre era como la suya!

—La sangre que salvó la vida de Sombra —apuntó Madeleine Giovanni.

—Sangre nanobit —continuó Diecisiete—. Enzo me quiere muerto porque mi sangre es capaz de destruir a cualquier vampiro lo suficiente estúpido como para beberla, lo cual me vuelve invulnerable a los no muertos. Al igual que a Sombra. Al igual que al clon base. Ezra se dio cuenta de que yo era un rival en potencia para Heylel, por eso quería verme muerto. El ataque del vertedero de residuos tóxicos dejó bien claro que no ha cambiado de opinión.

—Inmortalidad —dijo Sam Haine. La enormidad de lo que estaba diciendo Diecisiete comenzaba a calar hondo—. Algunos artesanos de la voluntad de las Tradiciones pueden controlar el tiempo y vivir durante siglos. Lo mismo ocurre con los Tecnócratas.

—Son un puñado —repuso Diecisiete—. Sólo los magos de extremado poder reciben esta bendición, lo mismo se aplica a los Tecnócratas. Pero no al artesano de la voluntad de a pie, al mago que se esfuerza al máximo durante toda su vida a cambio de muy poco, que pugna por dominar técnicas que se tardan décadas en aprender. ¿Cómo podrían rechazar la vida eterna, sobre todo si viene de la mano de la eterna salud? Pensad en la tentación. *Pensad en la recompensa*.

—Inmortales, libres de la amenaza de los Vástagos —musitó Albert—, capaces de moldear la realidad a su antojo. Se convertirían en una elite gobernante que controlaría el mundo.

—El poder corrompe —añadió Sam—, y vivir para siempre supone el mayor poder que se pueda imaginar. Heylel no tendrá que conquistar las Nueve Tradiciones, éstas irán arrastrándose ante él. Igual que la Tecnocracia.

—Sam tiene razón —convino Diecisiete—. Si no detenemos al clon base, éste será el fin de las Nueve Tradiciones y el derrumbamiento de la Tecnocracia. Eso es a lo que tiene miedo Kallikos, a una alianza de artesanos de la voluntad y vampiros que rijan el destino de la humanidad. Las profecías del vidente se harían realidad. *La maldad absoluta triunfaría.*

NUEVE

Velma parpadeó. Se encontraba sentada ante el monitor del ordenador, con las manos sobre el teclado. Raro, muy raro. Lo último que recordaba era haberse tumbado en la cama para descansar un rato. No tenía por costumbre caminar dormida.

Observó la pantalla. Varias líneas de texto refulgían en la penumbra del cuarto. No sólo se había levantado de la cama, se había acercado al ordenador y lo había encendido, sino que había llegado a teclear un mensaje. Mientras leía las palabras, lo comprendió todo de golpe.

Reed y Nelson capturaron a Doris.

Escaparon de la última trampa.

Hay que destruir a esos dos.

Emplea toda la fuerza que haga falta.

No falles.

La carta no iba firmada, ni falta que le hacía. El clon base mantenía un enlace mental con su mente pero, dado que la telepatía solía dar como resultado una comunicación confusa y carente de sentido, emplear el propio cuerpo de Velma para escribir un mensaje resultaba mucho más práctico y garantizaba que se diese cuenta de forma inmediata.

—Luces —dijo Velma. Se incorporó al mismo tiempo que la estancia se iluminaba. Aquel que se hacía llamar Heylel Teomim quería a Reed y a Nelson exterminados. Velma también. La única pregunta era cómo.

Su cuartel general se encontraba en uno de los suburbios más elegantes de Rochester. Era una casa de madera de casi un siglo de antigüedad que Jenni Smith había alquilado hacía algunos meses, bajo uno de sus múltiples nombres ficticios. Todas ellas poseían diversas identidades en la Tierra. ¿Qué gracia tendría ser una cambiaformas si no se vivía más de una vida?

El dormitorio estaba pintado de rojo sangre, con ribetes negros. No había ventanas, a Velma le gustaba preservar su intimidad. Una cama inmensa ocupaba una esquina. Contra la pared de enfrente se veía un elaborado aparato informático, junto al que se alzaba la puerta que conducía a la cocina y, desde allí, al salón.

Una docena de espejos de cuerpo entero cubría una de las paredes restantes. Reflejaban todo lo que ocupaba la habitación, así como cualquier movimiento de Velma. La iluminación del cuarto se había dispuesto de tal modo que no provocase brillos en los espejos. A Velma le gustaba mirarse sin enojosas distracciones.

La cuarta pared estaba cubierta de dibujos y fotografías. Ilustraciones recortadas de revistas, páginas arrancadas de libros e instantáneas que Velma había sacado con su Polaroid. Centenares de imágenes de personas vivas y muertas, en su mayoría mujeres, pero también hombres. Era gente joven, vieja, obesa, delgada, alta, baja, fea y guapa. No tenían nada en común aparte del interés que habían despertado sus rasgos en Velma. Todos ellos la habían atraído de un modo u otro. Su existencia giraba en torno al aspecto de los demás.

De pie ante la pared de los espejos, vestida con una camisola azul pálido, se desperezó estirando los brazos por encima de la cabeza. Hoy era rubia, de baja estatura y mediana edad, con los ojos verdes y las mejillas rubicundas y rosadas. Su semblante era idéntico al de una mujer en la que se había fijado el día anterior, empujando un coche de bebé calle abajo. Una expresión interesante, si bien no suponía reto alguno. Velma prefería las caras difíciles, las expresiones emocionales.

En ocasiones pensaba en sí misma como en un vampiro psíquico que se alimentara del aspecto y los sentimientos de los demás. No era un concepto inusual. Sus “hermanas” expresaban a menudo pensamientos similares. Como cambiaformas, poseía un don inconmensurable, si bien a un precio terrible. La mayoría de las personas poseía una identidad, entre cuyos límites vivía y moría. Velma tenía docenas de

personalidades y aspectos, todos ellos distintos, únicos, unidos entre sí por una sola característica: la ambición. Velma ansiaba el poder, el control definitivo sobre los vivos y los no muertos, y estaba dispuesta a todo con tal de conseguirlo.

El mero hecho de pensar en los no muertos provocó que su forma cambiara. Ahora tenía veinte años, larga melena oscura y brillantes ojos negros. Baja, de senos voluptuosos y anchas caderas, poseía una belleza exótica y sensual. También su atuendo había variado. Ahora se cubría con una conservadora falda de color negro, como su chaqueta, y blusa blanca. Sin joyas.

—Señorita Esperanza —se saludó, entre risas. Su voz, cargada de erotismo, traicionaba un dejo de acento español—. Cómo me alegro de verte. Montifloro Giovanni se cree que eres una puta barata, una cualquiera que su tío ha reclutado a fin de distraerlo de sus investigaciones. Hay que ver lo estúpidos y arrogantes que son estos vampiros. Casi consiguen que manipularlos resulte demasiado sencillo.

El teléfono que descansaba sobre su escritorio dejó escapar un timbrado. Por un instante, su figura se tornó difusa al perder la concentración. Luego, tras recuperar el control de su apariencia, cubrió la distancia que la separaba del aparato y comprobó la identidad de su interlocutora. “Señorita Smith”, anunciaba el sistema. No la extrañó.

Velma descolgó el auricular.

—Hola, Jenni —dijo, al tiempo que su cuerpo se remedaba y adquiría una nueva forma—. Ya me imaginaba que serías tú.

—¿Ha contactado contigo?

—Desde luego. —Seguía siendo joven, sólo que ahora lucía una silueta más esbelta y delicada, de larga y vaporosa cabellera rubia y ojos azules. Sus rasgos emitían un sano fulgor. Vestía un largo vestido azul decorado con grandes flores de color rosa. La viva imagen de la foto colgada en la pared.

—Yo también. Sólo quería andarme con cuidado.

—Claro. —Casi sentía pena por Jenni, obligada a mantener la misma forma durante meses, sujeta a las extravagancias de Ezra. El verse obligado a soportar el mismo semblante era la peor de la tortura para unos seres como ellas. El caos exigía cambios constantes. Los cambiaformas poderosos necesitaban alterar su apariencia con mucha frecuencia, formaba parte de su naturaleza. El permanecer estático equivalía a morir, pero a veces había que sacrificarse. La misión de Jenni no era ni la mitad de horrible que los años que Velma se había visto obligada a obedecer las órdenes de Sharon Reed. Era un pequeño precio a pagar por la recompensa que perseguían—. Reed y Nelson están demostrando ser más difíciles de matar de lo esperado, pero se me ocurre una idea para eliminarlos de una vez por todas.

—¿Cuál?

La forma de Velma cambió una vez más. A menos que ejerciera un férreo control sobre sus pensamientos, el mero hecho de pensar en alguien desencadenada la mutación. Su cuerpo adelgazó, perdió su exuberancia, se estrecharon sus caderas. Pareció enderezarse, creció unos doce centímetros de altura. El pelo rubio se oscureció y los ojos azules se tornaron grises como el granito. La afabilidad de sus rasgos adoptó una expresión más intensa, casi se diría que académica. Jenni había desaparecido, reemplazada por Resha Maise.

—Sospecho que la Directora Reed no tardará en venir a por nosotras. Llevará a cabo un interrogatorio exhaustivo, y lo más probable es que se ayude de un suero de la verdad. Reed conseguirá alguna respuesta antes de que Doris se suicide. Lo suficiente como para enviar a la muy zorra y a su lacayo, Nelson, de cabeza en nuestra dirección.

—¿Y? —urgió Jenni.

—Tras acceder a los bancos de datos computerizados de la Tecnocracia, sembraré unas cuantas pistas que los conduzcan a una localización de nuestra elección. Una vez conseguido lo cual, no nos quedará más que organizar un comité de bienvenida en condiciones.

—Apuesto a que ahora te pareces a Resha —dijo Jenni, entre risas.

—Seguro que a ella le da igual. Unas cuantas palabras que se le susurren a su antiguo colega, el doctor Atkins, y el Aullador estará aguardando a presentarle sus respetos a Nelson y a Reed. Me parece justo que sea él quien se encargue de ellos, tras todo el tiempo que ha dedicado a su persecución.

—Encantador. De lo más apropiado. ¿Estás segura de que se puede arreglar?

—Sin problemas. —Velma se dejó caer sobre la silla frente al ordenador y tecleó una rápida secuencia de códigos—. Dalo por hecho.

—Perfecto. Tengo que darme prisa, no quiero que Ezra empiece a preguntarse dónde estoy.

—Unos cuantos días más, eso es todo. Después no tendrás que volver a preocuparte de mantener la forma.

—Ya tengo ganas de volver a parecer yo misma —subrayó Jenni, antes de cortar la conexión.

Aquellas últimas palabras resonaron en los oídos de Velma, que se puso de pie y se irguió ante el espejo, concentrada en un esfuerzo por retroceder en el tiempo con el pensamiento. Se redujo su altura, perdió peso, su semblante se tornó serio, el pelo y los ojos se oscurecieron. Velma observó el reflejo y sacudió la cabeza. *No era así.*

Ganó corpulencia, altura y edad, el cabello enrojeció, los ojos verdearon. Tampoco era así. Baja, alta; joven, vieja; tez pálida, endrina; cabello grisáceo, negro azabache; sonrisa, ceño fruncido; no lograba acordarse.

Siempre había sido una mujer, de eso estaba segura. ¿O no? Hacía tanto, tantísimo tiempo de aquel primer cambio. Un millar de formas, un millar de personalidades. ¿Cuántos años habían pasado? Demasiados. Incontables identidades.

No quedaba nada de su yo original. Nada.

Se encogió de hombros y dejó que sus rasgos fluyesen hasta recuperar el aspecto de la madre rubia del día anterior. Todas las formas eran igual de válidas, aquello no entrañaba importancia alguna. La apariencia y la personalidad se sobrestimaban. El poder era lo único que importaba.

DIEZ

Establecieron un improvisado cuartel general en un apartamento sito en la parte trasera de un edificio abandonado en pleno corazón de Washington, D.C. El inmueble se levantaba sobre la margen sudeste de la capital, a menos de dos kilómetros de la antigua base de la Marina a orillas del río Anacostia. Hacía un año que aquella base había sufrido una serie de misteriosas explosiones que habían destruido el abandonado puesto militar y reducido a cenizas numerosas barriadas marginales de los alrededores.

Dado que los únicos afectados por la catástrofe habían sido los pobres, ningún miembro del gobierno local ni nacional parecía interesado en reconstruir el barrio. La mayoría de los votantes opinaba que invertir dinero en el centro de la ciudad era un disparate. Se erigía como monumento al colosal alcance de la indiferencia, una mácula a tiro de piedra del Salón de Congresos. La zona no tardó en convertirse en reducto de traficantes, señores del crimen y criaturas de la noche. Los periódicos llamaban a las calles desiertas la “Bosnia norteamericana”.

Sharon había sobrevivido a cosas peores.

Habían emergido del Reino del Horizonte de EcoR durante las primeras horas de la mañana, en un laboratorio de investigación biológica con fines bélicos emplazado en Virginia, no muy lejos de la capital. Tras afanar una furgoneta, Ernest Nelson había sugerido que podían dirigirse al yermo. Era un sumidero infernal que procuraban evitar tanto la Tecocracia como las Nueve Tradiciones; constituía un quebradero de cabeza exagerado para las ganancias que pudiera conllevar su posesión. La zona les ofrecería, al menos durante un par de días, cierta libertad para reagruparse y esbozar planes.

El edificio se levantaba en la Avenida Renacimiento, detalle que le había hecho mucha gracia a Nelson. De cemento y ladrillo, alcanzaba las tres plantas de altura, dotado de ventanas estrechas y puertas de acero de seguridad. Salvo por alguna que otra marca dejada por las quemaduras y por la mampostería en ruinas, el siniestro del año anterior apenas se había ensañado con la estructura.

El inmueble consistía en doce unidades, cuatro por piso; dormitorio, cocina, sala de estar y cuarto de baño. Paredes de escayola, suelos de madera, nada de lujos. Los saqueadores y los carroñeros se habían llevado todo lo de valor, tampoco demasiado, obviamente. Las pintadas de diversas bandas adornaban todas las paredes. Las ratas, exhibiendo un descaro absoluto, correteaban por el suelo. El cuarto de baño y la cocina alojaban a colonias de enormes cucarachas de lomo negro. A Sharon le daba igual. Anteponía la seguridad al confort.

El apartamento que habían elegido poseía aún un par de camas y varias sillas de cocina. Lo más importante era, además de la puerta que comunicaba con el salón, que poseía su propia puerta trasera, que se abría directamente al jardín. Había incluso un destartado y viejo garaje donde poder esconder la furgoneta. Nelson había calificado al lugar de acogedor y más seguro que la mayoría.

Depositaron a su prisionera en el sótano de la casa de al lado. De ningún modo pensaban encerrarla en su cuartel general temporal. La falsa Lauri Coup permanecía inconsciente desde el primer Aguijonazo Neuronal. Una segunda ampolla garantizó que permanecería sumida en aquel estado hasta que Sharon decidiera lo contrario. Un rollo de cinta adhesiva la sujetaba con firmeza a una pesada silla de madera, en medio del suelo de cemento.

Tras asegurar a su prisionera, Nelson se había ido, según sus propias palabras, “de tiendas”. Sharon se quedó en la casa, intentando planificar su próximo movimiento.

—¡El alma al aire! —gritaba el ciborg una hora después, un momento antes de abrir de un empujón la puerta principal del apartamento. Si había poseído alguna vez cerraduras con las que quedar trancada, hacía tiempo que habían desaparecido.

Sharon bajó el rifle de plasma que estaba empuñando. Era una de las varias armas de aquel tipo que habían encontrado en la furgoneta de EcoR. Nelson y ella habían elegido el título de una canción que

ambos detestaban a modo de contraseña. Tras sus escaramuzas con los Nefandos aquellos últimos días, a ninguno de ellos les quedaba ni una pizca de confianza.

—Ya era hora —dijo Sharon, al tiempo que apoyaba el arma en el suelo—. Ya me estaba preguntando si no te habrías ido de la ciudad.

—¿Y perderme toda la diversión? Ni lo sueñes.

—¿Cómo ha ido la partida de caza? ¿Encontraste todo lo que te puse en la lista?

—Aquí lo tienes. —Nelson vació una bolsa enorme en el suelo—. Además de varias linternas a pilas y algo de comida. Me llevó un poco más de lo esperado. Supuse que sería mejor andarse con pies de plomo. Lo más probable es que nuestro colega, el clon base, sepa que escapamos de su trampa. Seguro que anda vigilando todas las líneas de información informáticas del NOM y el Sindicato, así que procuré no dar mucho que hablar. No quería que la tele comenzase a informar del estallido de una repentina guerra de bandas, tuve que ser discreto.

—¿A ti te parece que el telediario se hace eco de lo que ocurra en este polvorín urbano? —Sharon había comenzado a escarbar entre la pila de alimentos en busca de los ingredientes químicos adecuados. Ahí estaban, entre las latas de gaseosa, las bolsas de patatas fritas y los bidones de plástico de aceite para motores de alta graduación—. A mí, no. Tampoco creo que la poli ronde por los alrededores.

—Si matas a bastantes personas y haces bastante ruido, llamarás la atención allá donde estés. Eso lo aprendí en el frente, hace años. Los mejores operativos son aquellos que saben mantener la boca cerrada. Así es como yo hago las cosas.

—¿A cuántos camellos te has cargado? —Sharon puso de pie una linterna y la encendió. Se acercaba el crepúsculo y hacía tiempo que aquel edificio carecía de electricidad. Necesitaba luz para ver lo que hacía.

—A once. Cuatro por aquí, tres por allá y otros cuatro para rematar la faena. Sólo los toxicómanos los echarán de menos. Las calles se ven tranquilas durante el día. Los camellos remoloneaban, esperando a que fuese de noche. Repantingados en sus madrigueras. No me dieron mucha guerra, los muy punkis. Entré, los volé por los aires y me llevé su pasta. Billetes pequeños, la mayoría. Me colé en tres sitios para asegurarme de conseguir dinero suficiente. Un poco de pasta nunca viene mal. Luego enterré los cuerpos con todo cuidado para que nadie dé con ellos hasta dentro de unos cuantos días. Otro misterio sin resolver para que la pasma se devane los sesos.

—¿No habrás comprado todo esto en la misma tienda?

—No soy idiota. Pillé las cosas en tres comercios del centro y luego vine derecho a casa.

—¿Tampoco te habrán seguido? —Sharon se aplicaba con sumo cuidado a la mezcla de ingredientes químicos en la proporción adecuada. El más leve error y su prisionera no podría responder a ninguna pregunta. Estaría muerta—. ¿Ni observado?

Nelson soltó una carcajada.

—Tú sabes cómo preparar esas mezclas, ¿no? Bueno, pues yo también sé lo que me hago. Nadie vio nada. Estamos a salvo.

—¿Qué pasa con los vampiros? —preguntó Sharon, mientras llenaba una jeringuilla con el suero—. ¿No habías dicho algo acerca de que los no muertos tenían negocios en el mercado del narcotráfico?

—Están ahí. Ahora duermen, pero saldrán a la calle por la noche. No hay nada de lo que preocuparse. Los no muertos no son tan estúpidos como para meterse con dos Tecnócratas de peso. Si los dejamos en paz, ellos nos dejarán en paz a nosotros. Regla número uno de supervivencia en la jungla de asfalto: no empieces una pelea con desconocidos. Esa costumbre te puede deparar más de una sorpresa desagradable.

—Hora de bajar al sótano. —Sharon deslizó la jeringuilla en una pequeña bolsa de papel—. Visitemos a nuestra buena amiga Coup y hagámosle unas cuantas preguntas.

—Por mí, vale. Me encantan los juegos reunidos.

Minutos después, pisaban el suelo de cemento, delante de su prisionera. La misma linterna a pilas era la única fuente de luz. Las ventanas se encontraban tapadas por gruesos tableros. Sharon sospechaba que

su interrogatorio no era la primera actividad ilegal que acontecía en el marco de aquella habitación. Señaló con la cabeza en dirección a la falsa Lauri Coup.

—¿Está bien sujeta a esa silla? Esto es bastante potente. La sacaré de su conmoción neuronal y la obligaré a responder a nuestras preguntas. *Mis* preguntas, dado que sé cómo interrogar a prisioneros a los que se les haya inyectado esta cosa. Tú quédate quieto. Aún podría haber efectos secundarios adversos y no conozco la constitución química de nuestra amiga. Podría desencadenar un par de reacciones inesperadas.

Nelson flexionó sus poderosos dedos, convirtiendo dígitos de acero en puños.

—Si la aprieto un poco más con la cinta, se ahoga. Pero si se suelta, estaré preparado. —Soltó una carcajada—. Así soy yo, siempre a punto.

Sharon clavó la aguja hipodérmica en el hombro derecho de su prisionera y recorrió menos de un centímetro con el émbolo.

—Por lo general, hacen falta algunos segundos para que la solución surta...

La impostora chilló, un horripilante sonido ensordecedor que inundó la cámara de cemento y enmudeció a Sharon en medio de la frase. La falsa doctora abrió los ojos de sopetón y su rostro adquirió una brillante tonalidad rojiza. Por un instante, sus rasgos oscilaron, como si fuesen a fundirse en un charco de protoplasma. Tensó los músculos de la mandíbula y volvió a ser Lauri Coup. Un hilo de sangre manaba de su nariz. Los músculos de sus brazos y piernas se marcaban en pronunciado relieve contra la piel. La cinta resistió.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Sharon, tras dejar a un lado la aguja. No tenía tiempo que perder. El suero de la verdad duraría treinta minutos como máximo.

—Doris —contestó la prisionera. Sus ojos no se apartaban del rostro de Sharon—. Me llamo Doris.

—¿Pertenece a alguna organización secreta, Doris?

—Sí. —El sudor bañaba la cara de la prisionera, le corría por la nariz, por las mejillas.

—¿Cómo se llama?

—Los Progenitores.

Sharon contuvo una imprecación. Fulminó con la mirada a un sonriente Ernest Nelson. Hacía años que no llevaba a cabo ese tipo de interrogatorios. Debía procurar ser lo más concisa posible.

—¿Pertenece a una organización secreta infiltrada en los Progenitores?

—Una organización, no. Buscadores.

La cambiaformas estaba empapada de sudor, sus ropas chorreaban debido a lo profuso de su transpiración. Resultaba obvio que el suero estaba provocando potentes reacciones químicas en su organismo. Además de obligarla a responder, la potencia de la droga estaba acelerando el metabolismo de la prisionera. Aquello era algo que Sharon no podía evitar.

—¿Buscadores? ¿Qué es lo que buscáis?

—Poder. —Aunque el tono de Doris no variaba, parecía que estuviese recitando una plegaria.

—¿Velma Wade es otra buscadora? —quiso saber Sharon, cambiando así el eje de su interrogatorio.

—Sí.

—¿Y Resha Maise?

—Sí. —El rostro de Doris había adquirido el color de la grana. Parecía que se le fuesen a salir los ojos de las órbitas.

—¿Sirves al ser que se hace llamar Maestro de la Armonía? —preguntó Sharon, acordándose del título empleado en la retransmisión informática.

—Sí.

—¿El Maestro de la Armonía es Heylel Teomim?

—No lo sé.

—¿Lo sabe alguien?

—No lo sé.

Sharon compuso una mueca.

—¿Resha y Velma engañaron a la Tecnocracia para que crearan al Maestro de la Armonía?

—Sí.

—¿Por qué? —Sharon no estaba segura de obtener respuesta. Las explicaciones requerían demasiada concentración.

—Por el poder que busca. Poder absoluto.

—Hijo de puta —masculló Ernest Nelson. Sharon le hizo señas con la mano para que guardara silencio.

—¿Dónde se encuentran Resha Maise y Velma Wade?

—En Rochester.

Ernest Nelson frunció el ceño. Sharon negó con la cabeza al intuir que estaba a punto de decir algo.

—¿Por qué se encuentran en Rochester?

—Vigilan las actividades de Enzo Giovanni. —Doris había comenzado a mecerse en la silla. Una docena de vueltas de cinta adhesiva la retenían en una presa irrompible.

—¿Quién es Enzo Giovanni?

—El presidente de Everwell... —Doris dejó de hablar de repente, sin terminar la frase.

—¿Quién es Enzo Giovanni?

—¡A ti qué cojones te importa! —rugió la mujer, con una voz tan grave que se sacudieron las paredes. En menos de lo que se tarda en parpadear, se transformó.

Lauri Coup desapareció. Doris cambió de forma, de mujer a monstruo. La silla de madera se astilló como si estuviese hecha de ramas podridas.

Los Externos. Aquel era el nombre que recibían las criaturas ajenas a nuestra realidad, procedentes de reinos que existían más allá del mundo material. Horrores grotescos, Subversores de la Realidad que acechaban en la oscuridad más absoluta. Abominaciones que la Tecnocracia se esforzaba por destruir. En un suspiro, Doris se había convertido en una Externa.

No se parecía a nada que existiese sobre la Tierra. De dos metros diez de altura, con un cuerpo del tamaño de una pelota de playa, dotado de una docena de delgados apéndices de casi un metro de largo que hacían las veces de brazos y piernas. Cada tentáculo estaba rematado por una mano semejante a una zarpa dotada de cuatro dedos con garras. Seis apéndices oculares, todos ellos con un ojo tripartito sin párpado, fulminaban con la mirada a Sharon y a Nelson. En el centro del cuerpo del monstruo chasqueaba una boca enorme, llena de dientes amarillentos y una sinuosa lengua bífida de color negro.

La cinta adhesiva se desprendió, inutilizada, de la piel de lija del monstruo. Latía en silencio, todo su cuerpo se expandía y contraía como el pulso de un corazón gigantesco. Se jaspeó de gris, se volvió rojo y después negro. Y atacó.

—¡Cuidado! —gritó Ernest Nelson, al tiempo que tres de los tentáculos de la criatura surcaban el espacio que la separaba de Sharon. La abominación se movía a una velocidad increíble. Sharon echó cuerpo a tierra para esquivar las garras que, afiladas como agujas, restallaron a escasos centímetros de su cabeza.

Se encontraban demasiado agolpados como para que Nelson pudiera emplear la artillería pesada. Aun así, el ciborg no se sentía asustado. Al rugido de “*¡Sistemas en línea!*”, el hombre de metal saltó por encima de Sharon y encajó un hombro poderoso contra el torso del alienígena. Dedos de acero, como pistones, apresaron y rasgaron la carne inhumana. El horror ganó de dolor, restalló sus brazos semejantes a cuerdas contra la espalda de Nelson, en un desesperado intento por desasirlo.

Cuatro gruesos anillos negros se enroscaron en el cuello del ciborg y empezaron a apretar. Nelson gruñó de dolor e intentó hundir la barbilla en el pecho a fin de zafarse del estrangulamiento. El monstruo siguió apretando su presa. La carne alienígena pugnaba con los huesos reforzados con acero. Mientras tanto, Nelson seguía hundiendo los dedos en el grotesco torso de la criatura.

—A ver qué te parece esto. —Sharon apuñaló el trasero de la criatura con la jeringuilla medio llena. Ignorada por ambos combatientes, había recogido la aguja hipodérmica del suelo y se había mantenido al

margen, a la espera de una oportunidad. Una pequeña cantidad de aquel suero había inflamado el metabolismo de la impostora. Ahora, Sharon le había inyectado tres veces la dosis original.

El ser profirió un chillido, un grito que aumentó hasta superar la barrera de lo audible y volverse supersónico. Los tentáculos del monstruo volaron en todas direcciones, descontrolados, lanzando a Ernest Nelson disparado como un misil hasta el otro lado de la estancia. El ciborg se estrelló contra el cemento, donde permaneció aturdido. Ya no era necesaria su ayuda.

Igual que un globo gigantesco, el grotesco horror que había sido la cambiaformas llamada Doris se hinchó hasta alcanzar tres veces su tamaño original. Los ojos, al final de sus tallos hinchados, crecieron hasta parecerse a pomelos. Los delgados tentáculos negros, ahora gruesos como maderos, se envararon y permanecieron enhiestos. La boca de la criatura se abrió, sin proferir sonido alguno.

Sharon rodó por el suelo hasta llegar junto a su compañero cibernético. Nelson tenía la cabeza levantada a centímetros del suelo, observando con los ojos entrecerrados a la horrible criatura mutada a tres metros de distancia.

—Qué asco —musitó, cuando Sharon estuvo a su lado.

—Una reacción espectacular —repuso Sharon, hipnotizada por el horror. Si el monstruo mostraba indicios de recuperarse, saldría pitando de allí, aunque tuviese que arrastrar a Nelson de las orejas. Sin embargo, aquello no fue necesario.

—*Thxx ysrrs...* —grajeó el ser que había sido Doris, antes de desplomarse. Se derrumbó en una montaña de carne grisácea jaspeada y tentáculos negros. Una, dos, hasta tres veces se tornó escarlata, luego gris de nuevo. Un tallo ocular solitario se fijó en Sharon y Nelson, tembló y cayó cuan largo era. El monstruo estaba muerto. Pero seguía moviéndose.

Con un sonido chirriante, estrepitoso, el cuerpo sin vida de la criatura se convulsionó sobre el suelo del sótano. Con cada espasmo, asumía una forma diferente. Algunas humanas. Otras, no. La carne muerta y los huesos se formaban y reformaban. Con cada transformación se ralentizaban los movimientos, hasta que al fin permaneció inerte.

—El suero de la verdad pierde toda su potencia cuando muere el sujeto —dijo Sharon. Nelson había cerrado los ojos y se había abandonado al descanso—. La transformación ha sido antinatural, incluso para una cambiaformas. El cuerpo tiende a recuperar su estado natural cuando lo abandona la vida.

—Me importa una mierda —masculló el ciborg, casi sin mover los labios. Abrió los ojos y los clavó en los de la mujer—. Una *reacción inesperada*, dijiste. Muchas gracias por avisar.

—Es la transformación más sorprendente que he visto en mi vida. —Tras incorporarse, Sharon ayudó a Nelson a ponerse de pie. El ciborg parecía algo aturdido pero, por lo demás, en perfectas condiciones—. El suero de la verdad debe de haber desencadenado un poderoso mecanismo de defensa mental. En vez de suicidarse, nuestra prisionera estaba programada para atacar. Asumió una forma propicia para la destrucción en masa.

—Me parece un monstruo demasiado bien pensado como para habérselo imaginado sin más —apuntó Nelson. Se acarició con cuidado las magulladuras del cuello—. Diría que la buena de Doris vivía en una sección de la realidad donde este tipo de criaturas existe de verdad.

—Qué idea más tranquilizadora. Ahora parece inofensiva.

Sharon empujó el cuerpo sin vida con la punta del pie. El monstruo había desaparecido. La cambiaformas había asumido su identidad original con posterioridad a su muerte. Ante ellos yacía una mujer joven, de unos treinta años, cabello castaño muy corto, piel morena y esbelta figura. Sharon no recordaba haberla visto en EcoR. Ya debía de haber actuado bajo otro disfraz en el laboratorio de investigación.

—Una vez muerto el cocodrilo, se pueden hacer bolsos con él. —Nelson hincó una rodilla para estudiar a la fallecida—. La muerte nos vuelve a todos iguales. ¿Seguro que no volverá a la vida de sopetón?

—El suero ataca las células cerebrales. Por eso tenía que formular las preguntas con rapidez. Su reacción probablemente aceleró el proceso. Dudo que le quede mucha vida dentro de la cabeza. A Doris se le acabaron las sorpresas.

—Intentaba decirnos algo cuando murió.

—No en ningún idioma humano.

—Menuda cantidad de esfuerzo desperdiciado por un puñado de respuestas. No sabía gran cosa.

—Supongo que sólo Velma conoce toda la verdad. O esa tal Resha. Sólo hay una manera de averiguarlo.

—¿Ir a Rochester? Es una ciudad muy grande. Tendremos que encontrar a este Enzo Giovanni y descubrir por qué es tan importante para estas cambiaformas. Podemos utilizarlo para dar con ellas.

—Lo mismo digo. Lo de Everwell debía de referirse a Químicas Everwell. El Colectivo Gris les compró materiales durante la duración del proyecto clon base. Estoy segura de que no se trata de una coincidencia. Ya es hora de que le hagamos una visita a Velma. Me apuñaló por la espalda. Quiero devolverle el favor.

—Me encantan las reuniones —dijo Nelson, con una sonrisa—. No hay nada como ver de nuevo a los viejos amigos.

ONCE

Se había quedado sin cerveza.

—Qué cabrón —masculló Hargroves, en la calle, frente a la entrada principal de Químicas Everwell. La mañana era brillante y soleada. No tenía que volver a trabajar hasta la noche. Enzo Giovanni descansaba en su ataúd a gran profundidad bajo las calles de la ciudad. Era hora de que volviese a su apartamento, se relajara, comiese algo y se echase a dormir. El horario de su jefe dictaba el suyo. Trabajaba durante las horas del vampiro, en el turno de noche. Pero se había quedado sin cerveza.

Llevaba una semana compartiendo alojamiento con el demoníaco Terrence Shade. Shade, otro de los agentes de Aliara, había sido enviado a la Tierra para encontrar y destruir al artesano de la voluntad de las Tradiciones, Sam Haine. La trampa que había tendido en el vertedero de residuos tóxicos la noche del ataque había fracasado y él se había evaporado.

Según podía determinar Hargroves, su asociado había abandonado este mundo. Lo más probable era que Shade hubiese sido devuelto a Malfeas. Aunque cruel y tramposo, Shade no era rival para un brujo del talento de Sam Haine. Aliara no iba a aceptar su falta de resultados. Cuando se sentía furiosa, la Señora Oscura era capaz de ejecutar actos de tortura diabólica. Hargroves esbozó una leve sonrisa al imaginarse a Shade tenso sobre el potro. Shade, que se había bebido su última cerveza y le había dejado el frigorífico vacío. No le inspiraba piedad. Desconocía el significado de aquella palabra.

Había una tienda de licores a cinco manzanas de su apartamento, pero hacía un mes que no rellenaban las cámaras. Su lema era “La cantidad antes que la calidad”. Tenían un montón de cerveza, pero ninguna fría.

En circunstancias normales, Hargroves necesitaba varias cervezas para darse cuerda tras una larga noche de amenazas y exigencias por parte de Enzo Giovanni. La noche anterior había sido peor que la mayoría. El desastre de Mattias y su banda la había sacado de quicio, aunque no estuviese dispuesta a admitirlo. Atrapada en un juego peligroso entre Aliara y Enzo, en ocasiones se olvidaba de lo precaria que era su situación. Una palabra equivocada, un paso en falso y sufriría tormentos que convertirían el castigo de Shade en una delicia. Necesitaba su cerveza. Cerveza bien fría.

Con un suspiro de fastidio, miró al otro lado de la calle en busca de un bar relativamente tranquilo. No le apetecía la compañía. Salvo en caso de extrema urgencia como el de hoy, cuando se quedaba sin cerveza en casa, prefería beber a solas.

Ninguna ley regulaba las horas de apertura de los establecimientos expendedores de bebidas en Rochester. Era una ciudad permisiva. La planta de Químicas Everwell permanecía en funcionamiento las veinticuatro horas del día y sus empleados necesitaban refrescarse y saciar sus vicios al final de cada turno, ya fuese de día o de noche. La prostitución, el juego, las drogas y el alcohol florecían a la sombra de la colosal planta química, del tamaño de un bloque de viviendas. Enzo pagaba bien a la policía y a los políticos. Dejaban en paz a aquella parte de la ciudad. Como miembro de la junta directiva de Pentex, la misión de Enzo consistía en propagar la corrupción y la decadencia. Se le daba bien su trabajo.

Se metió en Joe y Dave’s, el único bar de los seis de aquella manzana que no anunciaba bailarinas en cueros, ni exóticas, ni ningún otro tipo de entretenimiento para adultos. Hargroves quería tomarse tres o cuatro cervezas fresquitas, hablar lo menos posible y, desde luego, mantenerse alejada de cualquier problema. Quería que la dejaran tranquila para beber en paz.

No la preocupaba el que cualquiera de los trabajadores de la planta pudiese molestarla. Si bien era brillante, también era una mujer de mediana edad, huesuda y enjuta, características personales con las que hacía años que había aprendido a vivir. Los empleados de Químicas Everwell no se fijaban en las mujeres por su cerebro, sólo por el cuerpo. No perderían el tiempo con ella. Además, casi todo el mundo implicado en los asuntos de Everwell sabía que ella era la ayudanta de Enzo. Era la persona que se ocupaba de gestionar las operaciones diarias de la planta. Los accidentes químicos, letales de necesidad, solían ocurrirle

con asombrosa regularidad a aquellos que se dirigían a ella con algo menos que respeto absoluto. Hargroves no era ningún vampiro, pero sabía cómo sacarle partido al terror.

El interior del local era igual que el de cualquier otro bar en el que hubiese entrado en los últimos veinte años. Un cuarto largo y estrecho que desembocaba en ninguna parte, las paredes amarillas grises tras años de sufrir el humo de los cigarrillos. Enfrente, la tosca barra de acero y caoba, encorvada sobre el descascarillado suelo de madera igual que un ogro dormido. Una docena de taburetes metálicos encajados bajo el borde del mostrador, con los rojos asientos sucios y raídos. El sitio era un tugurio.

Un camarero solitario, grande y gordo, se encontraba sentado detrás de la barra, frente a un espejo largo, leyendo el periódico. Docenas de botellas de licor barato atestaban el mostrador. Había media docena de ajadas mesas de madera repartidas por la parte trasera del cuarto. Las luces del techo eran tenues, lo mejor para encubrir el polvo y la mugre. Hargroves no pedía ni más ni menos. De hecho, aquello era mejor de lo que se había esperado. Salvo por el camarero y por ella, estaba desierto.

—¿Qué va a ser, maja? —preguntó el hombretón, al tiempo que se incorporaba y depositaba el periódico con cuidado sobre la silla. Su expresión desinteresada daba a entender que llamaba maja a todas las mujeres. Seguro que todos los hombres eran majetes.

—¿Qué tienes en el cañero? —El agotamiento de la larga noche empezaba a apoderarse de sus huesos. Se sentía derrengada.

—Bud, Miller, Miller Lite.

—Ponme una Miller. El vaso más grande que tengas.

—Eso hace casi medio litro —dijo el camarero, manos a la obra sobre el surtidor—. Pavo y medio. ¿Hacen unos ganchitos?

—Cerveza y punto —repuso Hargroves, al tiempo que dejaba un billete de diez encima del mostrador—. Cóbrate. Y nada de conversación.

—Descuida. —El camarero volvió a repanchigarse en su asiento y abrió de nuevo el periódico.

Hargroves se llevó la cerveza a una de las mesas de la parte de atrás del local. Tras sentarse en una silla vieja y desvencijada, se estiró y se quitó los zapatos de sendos puntapiés. No era lo mismo que el sofá de su casa, pero al menos había conseguido una cerveza fría. Y el bar estaba tranquilo.

Acababa de darle el primer sorbo a su tercer vaso, con cuidado de no posar los labios sobre alguna de las mellas del borde, cuando el desconocido entró en el bar.

Sentada, con los ojos entrecerrados, pensando en las musarañas, no se percató de que había allí otra persona hasta que oyó preguntar al camarero:

—¿Qué va a ser, majete?

—Un vaso de agua mineral, con un chorrito de lima. —La voz del hombre era chillona, aunque no estridente.

—Descuida. Dos pavos.

Hargroves espió al recién llegado con ojos desinteresados. Era alto, nervudo, calvo a excepción de unos cuantos mechones de cabello castaño. Vestido con unos desvaídos pantalones azules y una camisa blanca, ofrecía un aspecto de lo más anodino.

Sin embargo, había algo en él que obligó a Hargroves a echar un segundo vistazo. La tenue luz se reflejaba en su piel, sana e inmaculada, como si de metal se tratara. Sus movimientos eran asombrosamente fluidos. Sus dedos, sus brazos, todo su cuerpo se movía con una gracia inhumana. Aquel hombre no era del todo humano. Era distinto.

Como si hubiese sentido su mirada, el desconocido se volvió y se fijó en ella. Sus extraños ojos, oscuros y misteriosos, chispeantes, se clavaron en los de ella. Hargroves se sobresaltó y miró hacia otro lado. Aquel hombre la ponía nerviosa.

—Buenos días —dijo el recién llegado, acercándose. Su bebida se había quedado encima del mostrador, olvidada. El camarero, con el rostro enterrado en el periódico, parecía ansioso por no verse implicado—. ¿Cómo está? Me llamo Charles. ¿Le importa si me siento por unos minutos?

—Bebo sola —repuso Hargroves, malgastando saliva. El desconocido se hizo con una silla y se sentó junto a ella. El asiento crujió bajo su peso. Charles pesaba mucho más de lo que aparentaba.

—Deduzco por su tarjeta que trabaja al otro lado de la calle, en Químicas Everwell. Busco a un hombre que creo que está relacionado con esa empresa. Hasta el momento, nadie en ninguno de los locales de esta calle ha podido ayudarme. A lo mejor usted lo conoce.

—Hay mucha gente empleada en la planta —dijo Hargroves, tras decidir que la forma más rápida de desembarazarse de aquel tipo pasaba por cooperar. Su actitud no parecía amenazadora—. No conozco ni a la mitad.

—Este hombre es especial.

—¿Novio tuyo? —Hargroves cogió su vaso de cerveza.

El hombre se echó a reír.

—El sexo no me interesa, ni con hombres ni con mujeres. Lo único que me hace falta es encontrar a este individuo en particular y mantener algunos minutos de charla con él. —Se movió con una rapidez increíble y su mano derecha se cerró en torno a la muñeca del brazo estirado de Hargroves. El contacto era delicado, pero sus dedos estaban fríos, no cálidos como la carne. Aunque Charles no ejercía presión alguna, Hargroves era incapaz de mover la mano—. En la etiqueta pone Millicent Hargroves. ¿Te llamas así?

—Sí —respondió Hargroves, súbitamente preocupada. Estaba segura de que los dedos de Charles estaban actuando a modo de tosco detector de mentiras—. ¿De qué vas? Suéltame o llamo al camarero.

—Eso no sería buena idea. Me vería obligado a considerarte mi enemiga. Limitate a responder a mis preguntas y no te pasará nada.

—Adelante.

—¿Qué es lo que haces en la planta?

—Soy secretaria —respondió Hargroves, fiel a la verdad.

Charles frunció el ceño.

—Todavía no he encontrado a nadie que ocupe un puesto de cierta responsabilidad. Me sorprende que la planta funcione. Los operadores de los depósitos deben de ser tontos de remate para permitir que sean personas las que se encarguen de manejar unos compuestos químicos así de peligrosos. El más leve error de cálculo podría provocar daños a la salud inimaginables.

Hargroves sabía que aquello era lo que deseaba Enzo. Las escasas leyes referentes a la seguridad en la manufactura de drogas eran débiles y descargaban toda la culpa sobre el químico en particular, no sobre la compañía. No abrió la boca. Charles no le había preguntado.

—El hombre que busco responde al nombre de Ezra. No tengo su apellido. Mi investigación me induce a creer que trabaja para Químicas Everwell. ¿Lo conoces?

Hargroves negó con la cabeza.

—No conozco a ningún empleado de la planta que se llame Ezra —declaró, sin faltar a la verdad—. Para nada.

—Es una pena. —Charles le soltó la muñeca. Se puso en pie sin ningún esfuerzo, sin utilizar las manos para apoyarse—. Percibo que no posees ninguna habilidad especial. No tengo nada en contra de la gente corriente, sólo contra los Subversores de la Realidad. Antes o después, encontraré a la persona que busco. No puedo fracasar. Gracias por dedicarme parte de tu tiempo.

—De nada —repuso Hargroves, con toda tranquilidad—. Hay más bares en la siguiente manzana. Prueba allí. Y también en la siguiente.

—Estoy al corriente de la localización de todos los establecimientos de la zona. Te agradezco el consejo, aunque no fuese necesario.

—Vale. —Bajó el vaso de cerveza hasta la mitad de un trago—. Que tengas suerte.

—La suerte no tiene sentido. El consumo de alcohol en exceso daña tu organismo. Vivirás mucho más si dejas de beber.

—Ya lo sabía —repuso Hargroves, pero el desconocido ya se había dado la vuelta y salía del bar. Con mecánica exactitud, llegó hasta la puerta, la abrió, la traspuso y se perdió en la luz del día. Directo, concluyó Hargroves, al próximo bar—. Voy a tener que darle vueltas a esto. Pero ahora no. Me hace falta otra cerveza.

Se incorporó con el vaso vacío y anduvo hacia la barra, con paso apenas vacilante. El desconocido había sido demasiado específico. De haber formulado su pregunta de otro modo, ella se habría visto en problemas. A juzgar por el extraño tacto de aquellos dedos, Hargroves supuso que la situación no hubiese sido de su agrado.

—Ponme otra —le dijo al camarero, inmóvil tras su periódico—. Ya puedes dejar de leer. El del agua se ha ido.

El camarero permaneció impertérrito. Con cuidado, Hargroves se inclinó por encima de la barra y tiró del periódico, que resbaló de los dedos del hombre. Éste siguió sin moverse. Con las manos en alto y rígidas, se asemejaba a una talla de hielo. Sus ojos ofrecían un aspecto vidrioso, el rostro presentaba una brillante tonalidad rojiza. Lo habían dejado tieso.

—Mierda —espetó Hargroves. Quería tomarse otra cerveza y no le apetecía postergarla hasta después de habérselas visto con la policía.

Una docena de pasos la separaban de la entrada del local. La señal tras la cortina de la ventana proclamaba Abierto. Se acercó y la dio la vuelta. Cerrado. Luego echó la llave y el pestillo de la puerta, antes de regresar a la barra y servirse otra cerveza.

—Bebes demasiado —dijo una voz desde el centro del espejo.

Hargroves, incapaz de sorprenderse ante nada, se fijó en el cristal, donde había aparecido el rostro de una joven de brillantes ojos azules y cabello muy corto del mismo color. Su cara refulgía con una vitalidad sobrenatural e inhumana.

Tenía muchos nombres, muchas identidades repartidas entre muchos pueblos, pero su preferido era Aliara. Era una habitante del Universo Profundo, moradora del temible Reino conocido como Malfeas. Una de los Señores Oscuros, de los Maeljin Incarna. La mentora de Hargroves.

—Estoy pensando en dejar la cerveza —contestó ésta, antes de dar un trago. Tenía que morderse la lengua delante de Aliara. La Señora Oscura exigía respeto—. Creo que no me sienta bien. —Señaló al cadáver del camarero con el vaso—. Mira cómo ha acabado ése.

Aliara profirió una carcajada, un estridente sonido inhumano que amenazó con destrozar el espejo.

—Era de corazón delicado —declaró, con los finos labios curvados en una sonrisa vulpina—. Inundé sus pensamientos de deseos antinaturales, de sueños más vívidos que nada de lo que hubiese imaginado antes. La tensión fue más de lo que pudo soportar. Fue una muerte rápida y relativamente agradable.

Aunque la Señora Oscura era incapaz de materializarse sobre la Tierra, seguía controlando ingentes poderes. Al igual que los demás de su especie, manipulaba tanto a hombres como a mujeres por medio de sus emociones. Aliara ostentaba el título de Emperatriz del Deseo. El nombre casaba con ella.

—¿Para qué molestarse? —Hargroves terminó de trasegar la cerveza.

—Quería hablar contigo. En privado.

—¿Te has fijado en el tío de acero? Estuvo hablando conmigo hace apenas unos minutos. Calvo y alto, se hacía llamar Charles.

—No mentía. —Ver hablar a Aliara era como asistir a la animación de un diabólico dibujo de Disney—. Se llama Charles Klair. Hasta hace poco, servía a la Tecnochacia en el mismo puesto que tu buen amigo, Terrence Shade. Al igual que éste, Klair lo pasó mal cuando su proyecto se fue al traste. Creía que estaba muerto.

—A mí me ha parecido de lo más saludable. —Pensó en lo conveniente de tomarse otra cerveza, pero decidió que sería mejor no hacerlo. Una copa de más y podría decirle a Aliara algo de lo que se arrepentiría durante mil años—. Aunque su piel ofrecía cierto tinte metálico.

—Examiné los recuerdos de Shade acerca de Klair. Durante el tiempo que fueron socios, el Interventor poseía un ojo de metal mejorado y una mano artificial. Al igual que tantos otros miembros de la Tecnocracia, pensaba que sus apéndices ortopédicos le ayudaban a alcanzar la unidad con la ciencia.

—A mí me pareció que estaba entero. Aunque tenía la piel fría en vez de caliente.

—Un nuevo paso adelante de la Tecnocracia. Nada que te incumba. Mientras espiaba a Klair a través del espejo, percibí que era más máquina que hombre. Fuiste muy astuta al ocultarle lo que sabías de Ezra.

—¿Viste a Klair a través del espejo?

—Desde luego. Hay espejos por todas partes.

Hargroves se hizo la promesa mental de que, al regresar a su apartamento, dejaría de haberlos en sus paredes. Su vida ya era lo bastante complicada sin necesidad de temer que Aliara pudiese estar espiando a hurtadillas por encima del hombro.

—¿Qué quiere de Ezra este Charles Klair? —La última revelación de Aliara le había dejado la garganta seca. Se sirvió otra cerveza—. ¿Hace una? Está rica, y fría. A la temperatura exacta.

—No me hacen falta estimulantes artificiales —repuso la Señora Oscura. Esbozó una sonrisa—. La vida es lo que me coloca.

—La cerveza es mejor. —Hargroves vació la mitad del vaso de un solo trago.

—El Interventor Klair es incapaz de regenerarse. Resulta evidente que actúa como agente para algún poder superior. Klair cumple órdenes. Cuando Ezra y él se encuentren, uno de los dos será destruido.

—Menuda perspectiva. —Cogió un puñado de ganchitos de debajo de la barra y se lo echó a la boca—. A Ezra ya le está dando caza su hermana. Según sus propias palabras, la tía es de armas tomar. Añade un Klair a la ecuación y no tendrás que acudir a ninguna adivina para predecir el resultado.

—Manténte lejos del mago. Concéntrate en Enzo Giovanni. Lo que importa es conservar el control sobre el vampiro. Ezra ha dejado de ser importante.

—Según el plan maestro de Enzo, Ezra tiene que ocuparse de volver a Madeleine Giovanni contra su sire. El mago afirma que su sobrina está enamorada de un humano, cierto joven que, de algún modo, está relacionado con Ezra. O bien Madeleine colabora con Enzo y destruye a Pietro, o su amante morirá.

—Qué ridiculez. Así es como sois los humanos, ridículos. Amor en vez de deseo. Menuda estupidez.

—Ezra está seguro de que a Madeleine no le quedará otra opción sino cooperar. Montifloro tiene prisa por cerrar el trato. Si el mago muere, el plan entero se vendrá abajo. Enzo perderá su única oportunidad de hacerse con el control del Mausoleo, y con el liderazgo del clan Giovanni.

—Olvídate del mago. Está loco, fuera de control. Concentra tus esfuerzos en Madeleine Giovanni. Pese a sus habilidades, se puede controlar al vampiro, siempre que se utilicen las herramientas adecuadas. Es más humana que la mayoría de los de su especie. La asesina siente afecto por unos niños humanos. Explótalo. Los rehenes constituyen una excelente moneda de cambio.

—Los hermanos Grim han muerto. Enzo se ha cenado a Mattias y al resto de la banda. Shade ha desaparecido. Me he quedado más sola que la una.

—El señor Shade es mi invitado en Malfeas. Se quedará de visita durante mucho, mucho tiempo. Busca a otro para que te ayude a capturar a los críos. Los mocosos se hacen llamar el Rat Pack y viven en una choza en el bosque, cerca de un sitio llamado Sam el Sucio. Si me fallas, irás a hacerle compañía a Shade. En su potro hay sitio para dos.

—Reclutaré a alguna estrella local. —Hargroves se sentía súbitamente sobria—. Ningún problema.

—Desde luego que no. Sin darse cuenta, el Interventor Klair está haciéndonos un favor.

—Ezra sirve al Señor del Acero. Charles Klair trabaja para...

—Otro enemigo. —La voz de Aliara dejó traslucir un dejo de ira—. Preocúpate de tus propios asuntos, de nada más. Encuentra a esos niños y hazlos prisioneros. Utilízalos para persuadir a Madeleine de que sirva a su tío. El imaginarse a sus crías de rata en las fofas zarpas de Enzo debería constituir un milagroso incentivo.

—Tú mandas. —Hargroves apuró el resto de su cerveza.

—El deseo siempre está al mando.

DOCE

—Date prisa, hijo —dijo Sam Haine, al tiempo que abría la puerta de la habitación donde Diecisiete estaba echándose una siesta—. La tele acaba de encenderse sola. La puñetera antena ha pillado el canal 999, inexistente en el universo conocido. Tengo el mal presentimiento de que vamos a escuchar un sermón de quien tú ya sabes.

Diecisiete, despierto y alerta de inmediato, se apresuró a llegar a la sala de estar. Tras casi toda una noche de debatir y trazar planes sin resultados de relevancia, se había desplomado sobre la cama poco antes del amanecer. Si bien su cuerpo reconstruido era una maravilla de la ingeniería biológica, requería tiempo para descansar y regenerarse. También exigía combustible. Diecisiete se moría de hambre. Una desagradable desazón se enroscaba en su estómago. Podría apañárselas sin comida por el momento pero, en cuanto finalizase la retransmisión, engulliría lo primero que encontrase en la cocina.

Todos los miembros de la Cábala de Casey, además de Sam, Albert y Sombra, se encontraban sentados formando una piña alrededor del aparato de televisión. Diecisiete se quedó de pie al fondo de la estancia. La pantalla del televisor se veía iluminada por un brillante haz de colores. Un mar de rojos, verdes, azules y amarillos se arremolinaba en una espiral hipnotizadora sin aparente orden ni concierto.

—Es igual que ver la Umbra Profunda a través de un Portal al Horizonte —dijo Sam—. Como mirar a lo desconocido.

—A lo mejor eso es lo que estamos haciendo —murmuró Albert.

Sonó un clarín de trompetas. El ruido era ensordecedor. La fanfarria duró casi un minuto.

—Quiere asegurarse de que todo el mundo le presta atención —apuntó Sam—. Me apostaría lo que fuese a que este espectáculo no va dirigido sólo a nuestras humildes personas. Seguro que está en todos los televisores y monitores de ordenador de hasta la última Capilla de las Tradiciones y Colectivo de la Tecnocracia del planeta.

—Sin lugar a dudas —convino Albert—. Allá donde se reúnan los artesanos de la voluntad, sonará este mensaje.

—¿Cómo consigue esta retransmisión? —quiso saber Sombra del Amanecer—. Parece imposible.

—El clon base posee un control insospechado sobre los ordenadores —aclaró Diecisiete—. Estoy seguro de que si Alvin Reynolds estuviese aquí podría darnos una explicación bien sencilla. En cualquier caso, conociendo mis propios poderes, puedo suponer algunos detalles. Con la ayuda de sus espías, Heylel habrá contactado con los bancos de datos principales de la Tecnocracia. Tras preocuparse de ocultar cualquier rastro de su presencia, se bajó los archivos donde se enumeran todos los miembros conocidos de la Unión. Lo más probable es que también existan bases de datos con listas de todos los sospechosos de pertenecer a alguna de las Nueve Tradiciones. Después de averiguar todo lo que le hacía falta de la Tecnocracia, el clon pasó a ocuparse de los ordenadores de los Adeptos Virtuales, donde obtuvo más datos todavía referentes a artesanos de la voluntad y posibles Tecnócratas. Luego combinó todos los archivos robados y consiguió una lista bastante extensa de magos en la Tierra. No será exhaustiva, pero tampoco le hace falta contactar con todo el mundo. Le basta con la mayoría. El boca a boca se encargará del resto.

—Así que el tío va, enciende la tele, y se monta su programa en un canal en exclusiva —dijo Sam—. ¿Magia combinada con triquiñuelas informáticas?

—Si asumimos que Heylel conoce la localización de la mayoría de Capillas de las Tradiciones y Colectivos de la Tecnocracia de la Tierra —repuso Diecisiete—, no le habrá supuesto mucho esfuerzo. Como dije antes, sus poderes sobre las máquinas son únicos.

—Miembros de la Tecnocracia —anunció una voz de mujer—. Prestad atención a la voz de la razón. Escuchad al Maestro de la Armonía.

Diecisiete torció el gesto. Había reconocido a la oradora. Era Jenni Smith.

El mar de brillantes colores se arremolinó y giró hasta formar un patrón caleidoscópico, antes de fundirse en una sola imagen. El rostro de un ser se adueñó de la pantalla. Su piel era del color del oro bruñido, ni masculino ni femenino, sino dotado de elementos de ambos sexos. Unos ojos flamantes e hipnóticos miraron desde el televisor, como si el clon estuviese fijándose en todas y cada una de las personas que lo observaban. Era el rostro de un ángel. El rostro del clon base. El rostro de Heylel Teomim.

—Os están contando *mentiras* —comenzó el clon, despacio, con voz profunda, cargada de matices, resonante, aunque con un dejo sardónico—. *Mentiras, mentiras y nada más que mentiras*. Os tratan igual que si fuerais niños, negándose a admitir la verdad. En el transcurso de los últimos días, desde que pronunciase mis primeras palabras, os han mentido acerca de mi historia, os han mentido acerca de mis intenciones y, sobre todo, os han mentido acerca de mi destino.

—Esto me da mala espina —musitó Sam, paseando la mirada por la habitación—. Heylel tiene intención de dividir para vencer.

El semblante de la pantalla se difuminó, tornándose fantasmagórico. Tras él, parpadearon unas imágenes, una tras otra, escena tras escena. Soldados defenestrando a niños en Bosnia. Mujeres violadas en el Congo. Hombres desarmados fusilados dentro de fosas comunes. Campos de concentración del régimen nazi, inmensas chimeneas eructando negras nubes de humo.

—En su día se os prometió que el mundo se encaminaría hacia la Ascensión. ¿Es éste el paraíso que previeron? —La voz de Heylel era amarga, llena de cólera vengadora. Destellaron más imágenes. Un campo de batalla sembrado de miles de cadáveres mutilados; cuerpos doblados sobre verjas de alambre de espino; un hombre electrocutado—. Vuestros mayores, tan sabios y poderosos, los líderes de las Tradiciones, los dirigentes de la Tecnocracia, dijeron que vosotros seríais quienes habríais de traer una nueva Edad de Oro para la humanidad, el final del sufrimiento, el final de la guerra, el final de la pobreza y la enfermedad. Pero nada de esto se ha cumplido. *Mintieron*.

—¿De dónde saca esas imágenes? —preguntó Sam—. ¿Cómo lo hace?

—Técnicas audiovisuales de última generación —contestó Diecisiete—. Consigue las fotos y las películas de un millar de bibliotecas informáticas distintas. Su ensamblaje es pan comido si se posee el programa necesario, y Heylel sabe por instinto cómo codificar mejor que nadie.

—Mirad a vuestro alrededor —instó el clon. El fulgor de su rostro aumentó—. Pensad en todo lo que os han dicho a lo largo de todos los años que lleváis obedeciendo sus órdenes. Todos esos años empleados en convertir el mundo en un lugar seguro, no para la gran población de gente indefensa, sino para ellos. ¿Podéis confiar en ellos, en vuestros mayores, en aquellos que os han mentido una y otra vez? ¿Acaso podéis evitar el preguntaros para qué sirve esta estúpida Guerra de la Ascensión cuando la humanidad se hunde en la miseria?

—Menudo discursito —comentó Sam—. Suena bien y todo. Qué pena que todo eso no sea más que una baladronada tan bonita como hueca. Está diciendo lo que la gente quiere escuchar.

—Es muy listo —apuntó Albert—. Al emplear la televisión como medio de comunicación, Heylel se asegura la atención de los soldados rasos de esta Guerra de la Ascensión. Obvia por completo a los líderes y apela al sentido del idealismo de los jóvenes. Me parece una estrategia bien pensada. Sobre todo si tu mensaje habla de revolución contra el orden establecido.

—Han suprimido mi mensaje durante quinientos años —declaró el clon. De nuevo, la ráfaga de imágenes, palpitando en la pantalla con hipnótica intensidad. Imágenes de niños famélicos, mirando a la cámara con sus grandes ojos, con las moscas y los mosquitos cubriéndoles casi toda la piel; una hilera de cabezas humanas empaladas; cadáveres ambulantes abrasados arrastrando los pies sin propósito ni dirección por las calles de Hiroshima, escarbando entre las ruinas para recuperar a los muertos—. Nos hemos sacrificado en aras de la paz. Hace siglos, nuestras acciones evitaron que la Orden de la Razón y las Nueve Tradiciones se destruyeran entre sí. Empero, nos han relegado al olvido. ¿Por qué? Hacedos esa pregunta. ¿Por qué reprimen mi mensaje vuestros líderes, los infalibles líderes de la Tecnocracia y las Tradiciones?

¿De qué tienen miedo? ¿Por qué no os dejan escuchar la verdad? ¿Por qué no os dejan decidir por vosotros mismos?

—Es una forma original de repasar la historia —intervino Sam—. Que me aspen si no suena plausible.

Demasiado plausible, pensó Diecisiete. Paseó la mirada por la estancia. Los miembros más jóvenes de la Cábala de Casey miraban la televisión con una intensidad sobrecogedora. Otros, mayores y con más experiencia, como Claudia Johnson, parecían enojados, incómodos por las palabras de Heylel. Diecisiete sabía que su furia sólo conseguiría contribuir a alimentar la sensación de paranoia entre sus seguidores.

—Hemos regresado de la tumba para traer la Unidad a un mundo que se ha vuelto loco —declaró Heylel. Las imágenes mostraban ahora cementerios, con relámpagos iluminando hilera tras hilera de criptas y lápidas deterioradas por la edad. Era un abrumador montaje de muerte y desesperación. Las imágenes parpadeaban como una luz estroboscópica, cada vez más rápido, al tiempo que la voz del clon base se elevaba impulsada por la urgencia—. Nos destruyeron en una ocasión, los poderosos y los arrogantes, aquellos cuyo régimen criticábamos. Ahora me amenazan de nuevo. ¿Por qué? Hacedos esa pregunta: ¿por qué? ¿Por qué les asustan tanto mis palabras? ¿Soy acaso un monstruo por hablar de paz, Unidad y Ascensión?

—Si repites una mentira lo suficiente, la gente acabará por creérsela —dijo Sam—. Nunca falla.

—Preguntadle a vuestros líderes, a vuestros mayores, apoltronados y confiados en sus puestos de poder, por qué se niegan a escuchar mis advertencias. Preguntadles. A ver lo que os dicen. —El clon base se rió, un sonido cargado de amargura y cinismo—. *A ver si tienen algo que decir*.

—Está afinando todas las cuerdas —comentó Sam—. Es taimado. Ha conseguido que le presten atención, que duden. Sólo le queda ofrecer la golosina.

—Las Tradiciones y la Tecnocracia están dirigidas por los viejos, y por aquellos que piensan como viejos. —Las imágenes de fondo tras el rostro del clon base habían desaparecido. Los colores volvían a arremolinarse, componiendo el atisbo de una visión que escapaba a la comprensión humana—. Ambas organizaciones están podridas hasta la médula. Doissetep ha caído. Igual que EcoR. Una prueba de nuestros poderes. Si es necesario, golpearemos una y otra vez, hasta desproveer de vida al Horizonte. Pero ése no es nuestro objetivo, ni lo que deseamos. Sólo buscamos la armonía. A aquellos que creen en nuestro mensaje les ofrecemos la vida, no la muerte. Le ofrecemos la vida eterna a aquellos que acepten la verdad y se sumen a nuestra cruzada.

—Maldita sea, es bueno —saltó Sam—. Taimado, astuto y despiadado. Esta puñetera retransmisión va a ocasionar problemas, va a sacudir los cimientos del orden establecido. Ya veréis. Esto va a ponerse muy feo enseguida.

—La vida es una batalla donde se tienen todas las de perder —continuó el clon base. Su voz era suave, tranquilizadora, hipnotizadora—. El mundo es un lugar violento y peligroso. Ya es hora de que los Iluminados, los Despertados, marquen la diferencia. Existe otra posibilidad. La elección correcta. *Mi elección*.

—Así se habla —musitó un joven sentado en la fila más próxima al televisor.

Claudia Johnson frunció el ceño.

—Es una locura —declaró—. Una completa locura.

—A mí no me lo parece —dijo una joven—. Heylel tiene razón. Las viejas ideas no conducen al cambio. Así no se consigue nada.

—Eso —convino otro—. Ha dicho unas cuantas verdades. Llama la atención que lo hayan borrado de nuestra historia. Hace que te preguntes el porqué, como ha dicho él.

—Unid vuestra fuerza, vuestra voluntad, a la mía y la Guerra de la Ascensión tocará a su fin. —El rostro del clon base refulgía, sus ojos parecieron expandirse hasta ocupar toda la pantalla—. Renunciad al pasado. Aceptad el futuro. La elección es vuestra. Unios a mí por el cambio. Mañana, el Horizonte será mío. Estad junto a mí y viviréis para siempre. O permaneced anclados en el pasado y desapareceréis igual que las sombras. Decidid con cautela. No habrá una segunda oportunidad.

La pantalla se apagó.

—Ay, ay, ay —dijo Sam Haine—. Lo que yo os decía, guerra en el paraíso. A mí me parece que nos acaba de explicar sus planes. Me pregunto cómo va a reaccionar el Consejo de las Nueve a esta noticia. Lo que está claro es que ese Heylel habla como los ángeles. Lo malo es que a mí me recuerda a Lucifer.

—Bobadas —espetó el primer joven que había mostrado su acuerdo con Heylel—. Ya estoy harto de pelear sin sentido, de ver cómo mis amigos mueren en una guerra de mierda que no conduce a nada. Heylel puede acabar con la Guerra de la Ascensión. A mí eso me suena bien.

—Y a mí —gritó otro joven desde el otro lado del cuarto.

—Ya hemos tenido suficiente guerra —añadió una joven de melena oscura, vestida de cuero—, y nada de paz. Heylel ofrece una alternativa. Como él ha dicho, ya va siendo hora de dejar de pensar como viejos. Tenemos que pensar como jóvenes.

Claudia Johnson se puso de pie.

—No seáis estúpidos. Quinientos años de guerra no se van a terminar por un rato de televisión. ¿De veras creéis que la Tecnocracia va a dejar de atacarnos sólo porque Heylel ha hablado de paz? Lo que tenemos que hacer es esperar y tener los ojos bien abiertos. No haremos nada hasta estar seguros de que ése sea el camino a seguir.

—Da gusto saber que queda algo de sentido común en el mundo —murmuró Sam Haine al oído de Diecisiete—. Claro está que Claudia me conoce desde hace mucho. Supongo que se le ha pegado mi cinismo.

—Seguro que ellos están diciendo lo mismo de nosotros —repuso la joven vestida de cuero—. ¿No os dais cuenta? ¿No vais a cambiar nunca? Nunca habrá paz si no dejamos de lado nuestras sospechas, nos unimos a nuestros enemigos y le ponemos fin a esta matanza.

—Son demasiado viejos para cambiar —dijo el joven de la primera fila—. En eso Heylel tenía razón. Los que mandan nunca estarán dispuestos a admitir que se equivocan. Olvidaos de toda esa mierda de luchar por la gran masa. A los viejos no les importan los pobres, sólo se preocupan de sí mismos. Yo me voy. Me uno a la cruzada. ¿Alguien más se apunta?

El ruido se apoderó de la habitación. El estruendo era ensordecedor. Hombres y mujeres se incorporaron, intercambiando improperios. Los jóvenes se encaraban con sus mayores. La paciencia se estrelló contra la pasión. Todos los miembros de la cábala tenían su propia opinión y querían expresarla. Diecisiete sospechó que, en cuestión de momentos, las discusiones podrían desembocar en violencia.

—Diecisiete —susurró una voz femenina, inaudible para los demás, dentro de su cabeza—. Ven conmigo. Te espero en el claro de la Diosa. Ven conmigo. Solo.

Sin mediar palabra, Diecisiete salió por la puerta de la sala de estar. Había reconocido a la oradora. Era la misma persona que había anunciado la aparición del clon base en televisión. Jenni Smith.

Cinco minutos de rápido caminar lo condujeron al escenario de su último encuentro. El enorme anillo de árboles filtraba gran parte de la luz del sol al final de la tarde, proyectando sombras extrañas sobre la espesa alfombra verde de hierba. La pradera se veía poblada de figuras oscuras. El calvero se encontraba en calma, su silencio aún más pronunciado tras el alboroto de la Cábala de Casey.

En el centro del anillo, de pie junto a la fuente sagrada de aguas cristalinas, lo esperaba la primera muchacha que había besado en su nueva vida. Los rayos de sol le acariciaban las mejillas y bañaban su rostro con un suave fulgor angelical. Quizás aquella fuese la mujer más enigmática que hubiese conocido y, sin duda, una de las más peligrosas.

—Sabía que vendrías —saludó Jenni. Esbelta y menuda, de larga melena rubia y oscuros ojos azules. Su aspecto era sano y puro, el alma de la inocencia, de no más de veinte años de edad. Como siempre, se cubría con un largo y vaporoso vestido azul estampado con grandes flores de color rosa. Debía de vestir siempre el mismo atuendo por alguna razón. Diecisiete se preguntó cuál sería. La joven esbozó una sonrisa—. Llevas mi marca, Diecisiete. Puedes pensar lo que quieras pero, al final, no podrás resistirte a mi llamada. Estamos ligados para la eternidad.

—Puede. —Diecisiete se detuvo a cuatro metros de la muchacha. Sabía que, de dar un paso más, utilizaría un hechizo de teleportación y desaparecería—. Puede que no. Lo mismo pensaba el Señor del Acero. Se equivocaba. Igual que tú.

Jenni se quedó congelada, con la boca abierta pero sin pronunciar palabra. Por fin, pudo balbucir una respuesta.

—¿S-s-sabes lo del Señor del Acero? Es imposible. No puedes.

—Me subestimas. —La rabia agazapada en su mente se replegó como una serpiente de cascabel, lista para atacar. Estaba cansado de que lo manipularan—. Tú, y Velma Wade, y todos los que están implicados en esta conspiración. Ethan Phillips no es ningún estúpido. Yo tampoco. Somos la misma persona. He recuperado la memoria. —Aprovechando que Jenni seguía con la guardia baja, desconcertada, preguntó—: ¿Y ese vestido de flores? ¿Por qué te lo pones siempre?

—A Ezra le gusta... —Jenni se detuvo se seco. Soltó una carcajada—. Eso no está nada bien, Diecisiete. Mira que intentar engatusar a la dulce e inocente Jenni. A lo mejor te acuerdas de tu pasado, y a lo mejor no. Da igual. Ethan Phillips tampoco sabía gran cosa. Era otro peón en esta partida. Sólo eso, un peón.

—Si soy tan insignificante, ¿para qué has venido?

Las sombras se alargaban en el calvero.

—Tu última oportunidad. La última oportunidad de unirme a Heylel. Te queremos a nuestro lado. En el bando ganador. —Estiró los brazos. Era muy hermosa—. Ven con nosotros, Diecisiete. Ven conmigo.

—¿Con quién? ¿Con Heylel Teomim? ¿O con el Señor del Acero haciéndose pasar por la Abominación?

—Con uno o con el otro —Jenni se encogió de hombros—, ¿qué más da? El mundo nos pertenece.

—No mientras yo siga con vida.

Ningún humano corriente habría podido salvar la distancia que lo separaba de Jenni Smith en un latido de corazón. Pero Diecisiete no era normal. Sus reflejos eran más veloces, sus músculos más fuertes, sus huesos más resistentes que los de cualquier mortal. Con los brazos extendidos, se abalanzó sobre Jenni Smith. Esperaba que la joven se desvaneciera, tal y como había ocurrido en su último encuentro. No fue así. Sus dedos se cerraron como presas sobre sus delicados hombros.

—Mal hecho, Diecisiete. Creí que tendrías más luces. De todos modos, he venido preparada. Velma envió a algunos de sus amigos conmigo. Criaturas que sólo le son leales a ella. Ya conociste a uno de ellos. Se llaman sauroides.

Igual que máquinas de vapor, media docena de voces bestiales sisearon a modo de respuesta. Diecisiete profirió una maldición y se apresuró a escrutar el claro. Seis hombres lagarto reptaban por el calvero. Las criaturas, creaciones de los tanques de los Progenitores, eran una combinación de humano y reptil. Humanoides, dotados de largos cuerpos sinuosos cubiertos de escamas, eran tan altos como Diecisiete. Sabía por su encuentro anterior que poseían una fuerza que rivalizaba con la suya. Los sauroides estaban dotados de inmensas fauces cuajadas de gigantescos colmillos. Eran antagonistas letales, increíblemente rápidos, capaces de triturar a su víctima con sus garras como cuchillas, o de reducirla a trizas con sus afilados dientes. Diecisiete había matado a uno de los monstruos con las manos desnudas durante su huida del Colectivo Gris.

Jenni Smith se escurrió entre sus dedos, como si su carne y sus músculos pudieran fundirse. Con una carcajada, la cambiaformas se liberó y se situó detrás de uno de los monstruos de piel verde.

—Los sauroides rara vez disfrutan de la oportunidad de cazar en la Tierra. El riesgo de que los vean es demasiado alto, la población podría plantearse preguntas de difícil respuesta. Aún no es el momento ni el lugar adecuados. Asesinaste a uno de los suyos en el Colectivo Gris, Diecisiete. Esta manada considera ese hecho un insulto flagrante. Ningún humano había derrotado antes a uno de su especie. Quieren vengarse. Ni siquiera tu espléndida sangre podrá ayudarte cuando te hayan descuartizado.

Seis contra uno. Imposible. Diecisiete necesitaba un arma. Hacía medio siglo, Ethan Phillips esgrimía una guadaña. En dos ocasiones anteriores, Diecisiete había blandido una, en ningún caso la suya. Al enfrentarse a una muerte inevitable, las viejas costumbres regresaban. Actuando por puro instinto, Diecisiete apeló a su voluntad y estiró el brazo izquierdo... hacia otro lugar. La realidad se alteró. Sus dedos se cerraron en torno a un mango.

El fulgor del sol poniente se reflejó en la brillante hoja de acero de la guadaña. Diecisiete asió la larga vara de hierro y madera, cubierta de runas mágicas, con ambas manos. Él mismo había inscrito aquellas runas cuando construyó el arma, hacía décadas. Bajo la presión de sus dedos, la guadaña de Ethan Phillips encajaba a la perfección.

El sauroide más próximo se encontraba a menos de un metro de distancia. Demasiado cerca como para blandir la guadaña. Diecisiete propulsó ambas manos hacia delante. La punta de la hoja golpeó al monstruo en lo alto de la cabeza, cortando a través del músculo y el hueso como si no existieran. El sauroide desorbitó los ojos, incrédulo, cuando Diecisiete volvió a empujar el filo. La cabeza reventó como un tomate maduro, partida por la mitad.

—¡Atrapadlo! —gritó Jenni Smith—. ¡Deprisa!

Otras dos criaturas saltaron sobre él, pero la guadaña ya había entrado en acción. Diecisiete se movía con la precisión de un maestro espadachín, tejiendo una barrera de fulgurante acero a su alrededor. Su confianza aumentaba a cada movimiento. La ira de su interior se convirtió en rabia calculada. Podía sentir el poder del calvero sagrado fluyendo por sus brazos, concentrándose en la guadaña. La hoja de acero hendió el crepúsculo y *cantó*.

Los sauroides vacilaron cuando el gañir de la guadaña se apoderó del claro. Miraron la sangre y los sesos de su compañero, luego a su ejecutor, cuyas manos y rostro refulgían llenas de energía mística. Incluso un hombre lagarto tenía que pensárselo dos veces antes de enfrentarse a aquello.

—¡Matadlo ya! —gritó Jenni, furiosa—. ¡Está solo!

—Eso no es cierto. —La voz atravesó la pradera igual que la brisa. Dos espadas gemelas resplandecieron. La cabeza del sauroide más próximo al bosque se desprendió de su cuerpo y aterrizó convertida en un amasijo ensangrentado sobre la hierba lozana. Por un instante, el cuerpo del hombre lagarto permaneció en pie, antes de desplomarse, decapitado.

Imbuida de la energía interior de una maestra del *Do*, Sombra del Amanecer se movía con la gracia de una bailarina. Tras sus primeras palabras, no volvió a decir nada. Sus espadas, Grito y Susurro, corta y larga, hablaron por ella. El aire se estremeció ante el envite de las hojas.

La doncella guerrera, empleando un estilo de lucha conocido entre los practicantes del *Do* como “Uno entre muchos”, tajó con la espada larga y apuñaló con la hoja corta. Los hombres lagarto eran producto de los tanques de crecimiento Tecnomantes, pero sus reflejos acelerados no suponían rival para las técnicas de esgrima de Sombra.

Los sauroides, al huir de la espadachina, se encontraron de frente con un Diecisiete no menos mortal. La guadaña que esgrimía no era el arma más indicada para el combate a corta distancia, pero Diecisiete se sabía todos los trucos. Maniobró el arma como si de una hoz se tratara, empleando tajos cortos y precisos para herir y desgarrar. Aunque eran dos contra cuatro, ambos iban armados y eran expertos en el manejo de sus respectivas armas. En menos de un minuto, los seis sauroides habían muerto. Sus cuerpos sembraban el claro. La emboscada se había vuelto contra ellos.

—¿Jenni Smith? —llamó Diecisiete. La buscó por los alrededores, pero la muchacha había desaparecido sin dejar rastro.

—La bruja rubia se desvaneció en cuanto llegué yo —dijo Sombra del Amanecer. Caminó junto a Diecisiete. El más leve atisbo de una sonrisa asomó a su rostro—. ¿Tendría que sentir celos de esta tentadora que queda contigo tan a menudo en este claro?

—No tienes nada de lo que preocuparte —repuso Diecisiete, correspondiendo a su sonrisa—. No es mi tipo. Tú sí. Sin duda.

Aunque la espadachina seguía blandiendo a Grito y a Susurro, Diecisiete se inclinó hacia delante, le rodeó el cuello con su brazo libre y la besó.

—Da igual lo que piense Jenni Smith, la única marca que llevo es la tuya.

Sombra del Amanecer, una de las mujeres más peligrosas del mundo, maestra de la espada, practicante del *Do*, Garra de Dragón de la Hermandad Akáshica, se ruborizó.

—Es un arma muy poderosa —musitó, mirando la guadaña de Diecisiete, en un intento por recuperar la compostura—. ¿Es tuya?

—Sí, es mía. O del hombre que fui una vez. Se llamaba Ethan Phillips. La dejó a buen recaudo antes de partir en pos de una misión desesperada. No regresó. De eso hace cincuenta años. Esta noche, la he reclamado para mí.

—¿Has recuperado la memoria?

Diecisiete negó con la cabeza.

—No del todo. Fingí que así era para engañar a Jenni Smith. Sigo sin saber demasiado, pero sí lo suficiente. Me embarqué en una misión al infierno. Ahora —y el amor que sentía por la mujer de pie ante él creció hasta inundarle el pecho—, medio siglo después, por fin he encontrado el paraíso.

Sombra se ruborizó de nuevo. Y se acercó aún más.

TRECE

—Gracias a las infatigables indagaciones de la señorita Hargroves —dijo Enzo Giovanni, levantando la hoja de papel que sujetaba en una mano—, he podido saber que una peligrosa entidad se pasea por las calles de nuestra ciudad. Se llama Charles Klair. Klair deja un rastro de muerte y destrucción a su paso. Aunque asegura que sólo busca a Ezra, esta misteriosa criatura ha destruido a docenas de mis agentes en esta zona durante los últimos días. No podemos pasarlo por alto. Es una amenaza mortífera que llama a nuestra puerta. Se acabó la espera. Debemos actuar de inmediato.

Hargroves, sentada a la diestra de Enzo, movió la cabeza en señal de aquiescencia. Su jefe no tenía imaginación. No hacía falta mucho para impulsarlo a actuar. Los informes de las actividades de Klair en Albany habían obrado maravillas.

Además de ella, otras tres personas se sentaban a la mesa de conferencias: Enzo, Esperanza y Montifloro. Ezra no había llegado todavía. No le necesitaban. Aquella reunión iba dirigida a convencer a Montifloro para que se uniese a Enzo en su empeño por convertirse en el señor del Mausoleo. Esperanza estaba allí para proporcionar el incentivo necesario.

La joven vestía de blanco, con un primoroso traje sin mangas que se adhería a su exuberante y rotunda figura. A Hargroves le hacía gracia el color elegido por la muchacha. El blanco simbolizaba la pureza, un concepto que no podía resultarle más ajeno a Esperanza. Su larga melena morena se derramaba como una cascada sobre sus hombros desnudos. Una exquisita hilera de perlas a juego, regalo de Montifloro, le adornaba el cuello.

Montifloro, como siempre, iba vestido con un elegante traje a rayas, corbata roja como la sangre y pañuelo a juego. Enzo, el cual doblaba en tamaño a su primo, vestía un traje barato que le quedaba como un saco. Hargroves iba de negro.

Cuando Montifloro hubiese mostrado su conformidad con el plan, aún restaría la delicada tarea de persuadir a Madeleine Giovanni para que destruyera a su sire. Hargroves esbozó una leve sonrisa, a sabiendas de que ella poseía ya la solución a aquel problema. Le gustaba tener el control.

—Montifloro —dijo Enzo, inclinándose hacia delante—, ya es hora de que te enfrentes a la realidad. Deseas a Esperanza. Ella no es una Giovanni. Bajo el gobierno de Pietro, sólo los miembros de la familia pueden recibir el Abrazo. A menos...

—¿A menos? —repitió Montifloro—. ¿A menos que qué?

—Pietro es inflexible. Se niega a contemplar circunstancias especiales. Aunque quizás otro pudiera.

—¿Otro? —Montifloro miró a Enzo, luego a Esperanza—. ¿Qué es lo que propones, primo?

—Nuestro clan necesita un nuevo líder. Pietro lleva demasiado tiempo al mando del Mausoleo. No está al tanto de los tiempos que corren. Se habla demasiado y no se actúa lo suficiente. Tenemos que forjar alianzas con los Señores Oscuros si queremos ascender al trono de los No Muertos. Yo poseo la fuerza de voluntad y los contactos necesarios para asegurarnos la victoria. Préstame tu apoyo y, a cambio, te garantizo que Esperanza será tuya.

—¿Traicionar a Pietro?

—Sé que no eres ningún ingenuo. La política del clan no es apta para débiles. El poder es para aquellos capaces de ostentarlo. Si de verdad quieres a la chica, no existe otra forma.

Montifloro permaneció sentado en silencio por un momento, con los ojos cerrados, sopesando las palabras de Enzo. Como si le quedara otra opción. Cuando volvió a abrir los ojos, miró a su primo y asintió con la cabeza.

—¿Qué... qué quieres que haga?

Hargroves suprimió una risita. *Ahí tienes la tan cacareada lealtad del clan.* Los acontecimientos se desarrollaban según lo planeado.

—Sé que Pietro ha enviado a su Daga, a Madeleine, para destruirme. Ella es la única en la que confía de veras. ¿Puedes traerla aquí para que se reúna conmigo, bajo promesa de tregua?

—No se puede manipular a Madeleine. Está hecha de acero.

—Deja que sea yo el que se ocupe de eso. Todo el mundo tiene un precio, incluso la célebre Daga.

—Haré lo que me pides. Localizar a Madeleine me llevará las horas que quedan para el amanecer. Mantiene su paradero en secreto. La Daga aceptará una tregua si yo se lo pido. Nos reuniremos mañana por la noche. Tienes mi palabra, Enzo.

—Miente —saltó la mujer de cabello oscuro llamada Esperanza. Se había puesto de pie y señalaba a Montifloro con un dedo acusador—. ¿Acaso no lo ves en sus ojos? ¿No lo escuchas en su voz? *Miente*.

—¿Qué? —Todos se habían incorporado. Con ojos como ascuas, Enzo miró primero a Esperanza, luego a su primo—. Te equivocas, Esperanza. Montifloro no tiene ningún motivo para mentir. Te desea para sí.

La joven soltó una risotada.

—Él no me quiere, nunca me ha querido. A mí no se me engaña así como así, no soy boba. Puede que no sea un genio, pero conozco a los hombres y Montifloro me ha estado engatusando con una carretada de mentiras. Al escuchar vuestra conversación me he dado cuenta del porqué. Te está lamiendo las botas, a la espera de su entrada triunfal. Es igual que en las calles. Todo son palabras bonitas hasta que te das la vuelta y te apuñalan por la espalda. ¡Es una puta trampa y acabas de morder el anzuelo!

Hargroves, con los brazos inertes a los costados, se mordisqueó el labio inferior hasta que manó sangre. Aquello no estaba yendo según lo planeado. De algún modo, no sabía cómo, la putilla, la barbie decerebrada reclutada por Enzo a fin de conducir a Montifloro hasta su trampa, estaba demostrando que tenía más luces de las que aparentaba. Hargroves, que no creía en los milagros, se olía la traición.

—Está loca —se defendió Montifloro. Por primera vez desde su llegada a Químicas Everwell, el sofisticado vampiro parecía confuso y sin saber qué decir—. Se ha vuelto loca. No es cierto, Enzo, es una sarta de mentiras. Te soy leal. Acuérdate de todos los años que pasamos juntos, siempre te he sido leal.

—No —dijo Enzo, mascando las palabras—, eso no es verdad, Montifloro. Tú siempre has sido leal... al clan. En el pasado compartíamos intereses comunes, pero ahora nuestros caminos divergen. Lo que ha dicho Esperanza es cierto, tiene razón. Puedo sentirlo en tus palabras y en tus pensamientos. Siempre has sido el gran farsante. Esta vez, sin embargo, tu plan ha salido mal. El traidor ha sido traicionado.

Por un instante, Montifloro permaneció inmóvil.

—Todo esto es un terrible malentendido —declaró, antes de saltar hacia delante a una velocidad cegadora, con las manos extendidas buscando la garganta de Esperanza—. Puta —rugió, con el rostro descompuesto por el odio, desnudos los colmillos—. Iremos juntos al infierno.

La morena apartó la cabeza a un lado. Los dedos como garfios que iban a por su cuello no alcanzaron su objetivo. Montifloro sólo consiguió asir el collar de perlas, que se rompió en pedazos. Las valiosas cuentas se derramaron sobre el suelo.

Esperanza se cayó hacia su izquierda. Montifloro, moviéndose aún con una rapidez inhumana, intentó agarrarla por segunda vez. Volvió a fallar. Con una carcajada de desdén, la joven morena se escondió detrás de la mesa, lejos de su alcance.

Con un rugido de furia, Enzo irrumpió en la escena, sin acusar la torpeza de su primo. Sus dedos como salchichas asieron a Montifloro por los hombros y se hincaron en la pulcra tela del traje. Crujieron los huesos. Montifloro profirió un aullido de dolor.

—¡Traidor! —chilló Enzo—. ¡Acabaré contigo!

—Cerdo asqueroso —escupió Montifloro. Con una sacudida de hombros, huesos rotos y todo, se zafó de la presa de su primo. Giró en redondo, tirando del cinturón que le ceñía la cintura. Como por arte de magia, una espada de acero, larga y delgada, apareció en sus manos—. Veamos cómo chillas cuando te traspase el corazón.

Montifloro saltó hacia delante, con el florete apuntando en una salvaje estocada al pecho expuesto de Enzo. La hoja silbó en el aire, apenas un borrón a la tenue luz. Se trataba de una maniobra desesperada e improbable, pero la velocidad la convertía en letal. No alcanzó su objetivo.

La propia velocidad de Montifloro desbarató su ataque. Sus elegantes zapatos de piel no consiguieron mantener la tracción sobre el suelo sembrado de perlas. Con un grito de desespero, Montifloro cayó de bruces, con el florete que empuñaba enhiesto como una veleta ante él.

A Hargroves, que observaba desde una distancia prudencial tras el sillón de Enzo, la caída le pareció algo más que mera coincidencia. La realidad se había estirado, deformado, y modelado en manos de una artesana experta. El aleteo de una sonrisa en el rostro de Esperanza confirmó sus temores.

Enzo descargó un brutal pisotón con ambos pies sobre el brazo indefenso de Montifloro. El florete se alejó rodando de los dedos rotos. En aquella ocasión, no hubo segundas oportunidades. Como si de una plataforma petrolífera se tratase, Enzo se asentó sobre los hombros de su primo, aprisionando a Montifloro en el suelo, bajo su mole. Sus enormes manos rodearon la delicada frente del vampiro, apretaron y tiraron hacia atrás. Algo se rompió. La cabeza de Montifloro pendía sin vida, en un ángulo imposible, sostenida entre los obesos dedos de Enzo. Mas, aunque su espalda estaba rota, él aún no había muerto.

—Tu sangre me pertenece —siseó Enzo, revelando sus colmillos amarillentos.

—Ojalá te atragantes —masculló Montifloro.

—Mátalo —urgió Esperanza.

—Putá. —Montifloro se esforzó por mirar a Esperanza. Enzo se inclinó para hundir los dientes en el cuello expuesto—. Te veré en el infierno.

Gruñendo como un animal salvaje, Enzo desgarró las venas expuestas de Montifloro. Hargroves observaba con aire desinteresado. Enzo era más bestial que nunca. La oscuridad de su interior estaba fortaleciéndose, abrumando su cordura.

—Qué pena que no te dieras cuenta de que Montifloro era un espía —dijo Esperanza, como de pasada, dirigiéndose a Hargroves. Enzo continuaba vaciando a su primo—. Se podría haber evitado toda esta mierda.

—Yo sólo soy una secretaria —repuso Hargroves, pugnando por mantener el control de su genio. Sabía que, en aquel momento, se encontraba en una situación tan delicada como su encuentro con Charles Klair—. No me pagan para que piense, me limito a hacer lo que me ordenen.

—Chica lista —contestó Esperanza. Cerca de ellas, Enzo se puso en pie, con el rostro convertido en una máscara de sangre. Sus ojos ardían como brasas al rojo—. El exceso de ambición podría acabar contigo. En la calle ocurre de continuo.

—Vivo para servir —replicó Hargroves, fiel a la verdad. Lo que no añadió fue el nombre de aquella a la que servía.

—Sigue así. —Esperanza sonrió en dirección a Enzo, arrobada, podría decirse que embelesada.

—Me has servido bien, mi pequeña Esperanza —dijo Enzo, trastabillando hasta su sillón con paso ebrio—. Jamás hubiese sospechado que Montifloro sería capaz de tamaño subterfugio. ¿Cuándo te diste cuenta de que mentía?

—Desde el principio —repuso la joven vestida de blanco—. Por muchas palabras bonitas que me dedicara, seguía mirándome como si yo fuese un montón de mierda. No soy gilipollas. Las palabras no significan nada. Muchos tíos tienen un pico de oro, pero no sueltan más que mentiras. Montifloro era igual que todos, me trataba como si yo fuese una zorra cabeza de chorlito. Supongo que me dejé engatusar por sus modales y los trajes de punta en blanco, aunque siempre supe que me estaba utilizando. Lo que no sabía, hasta esta noche, era el porqué.

—El sofisticado hombre de mundo pisoteado por el tacón de una puta barata —celebró Enzo, entre risotadas—. Traicionado por su propio esnobismo. Genial.

Ridículo, pensó Hargroves, sin abrir la boca. Montifloro había desempeñado su papel a la perfección. Había engañado sin ningún problema tanto a Enzo como a Ezra. Le costaba creer que una buscona de tres

al cuarto pudiera ser más perceptiva que cualquier vampiro o artesano de la voluntad. Esta Esperanza no era la misma muchacha que trajera Enzo de la playa. Era demasiado astuta. Demasiado ambiciosa.

—Por desgracia —continuó Enzo—, con Montifloro eliminado desaparece nuestro único contacto con Madeleine, la Daga. Además, dudo que quiera cooperar cuando sepa que planeamos la Muerte Final de su primo.

—Puede que sí, puede que no —intervino Esperanza, antes de que Hargroves pudiese decir algo—. He estado haciendo mis propias averiguaciones, así como algún que otro contacto. He hablado con la gente adecuada, ya sabes, y me parece que he encontrado la solución a todos tus problemas.

—¿Un plan? Esta noche, Esperanza mía, eres una fuente inagotable de sorpresas. Expíciate.

—Sí, dulce Esperanza —dijo Hargroves, con voz templada, lejos del fuego que comenzaba a abrasarla por dentro—, por favor, cuéntanos tu solución para esta crisis.

—Tengo amigas, amigas en el barrio. Chicas jóvenes, como yo, a las que les gusta pasárselo bien. A las que les gusta que las traten bien, y que están dispuestas a tratar bien a su vez al hombre adecuado.

—Putas —resumió Hargroves.

—Chicas alegres —aclaró Esperanza, con una sonrisa—. Jóvenes, no viejas zorras resecaas cuyos dedos artríticos sólo sirven para pasar a máquina el borrador de un dictado.

Enzo soltó una risita, un sonido gutural, maléfico. Tenía el cuello de la camisa salpicado de motas de sangre.

—Deja que hable Esperanza, Hargroves. Sus amigas deben de ser una compañía fascinante.

—Algunas de ellas son guapas que te cagas. Consuela, Marie, y otras, seguro que te gustarían. Si quieres, podría organizar una fiesta. Todo es posible si se paga su precio justo.

—Ya veremos, ya veremos. Háblame de Madeleine.

—Muchas de estas fiestas a las que van mis amigas se celebran en un bar a las afueras de la ciudad. Un tugurio de carretera, Sam el Sucio. He estado allí en un par de ocasiones. En una sola noche, una cara bonita dispuesta a hacer casi cualquier cosa se puede embolsar una buena suma. Tampoco cuesta tanto cuando se tienen la actitud y los talentos adecuados.

—Eso es lo que a ti te sobra —interrumpió Hargroves.

—Pues sí. Desde que entré al servicio del señor Enzo y del clan Giovanni, no me pasado por el bar. Sin embargo, algunas de mis amigas siguen frecuentándolo. De un tiempo a esta parte, no hacen más que hablar de una zorra nueva de mala catadura que lleva toda la semana dejándose ver con bastante frecuencia. Una joven muy guapa, de piel pálida, labios rojos, que va siempre vestida de negro.

—La Daga —musitó Enzo. Hargroves se dio cuenta de que su jefe había pasado completamente por alto el hecho de que Esperanza hubiese mencionado al clan Giovanni, cuando dicho término no se había empleado jamás en ninguna conversación delante de la muchacha. La dulce Esperanza sabía mucho más de lo que daba a entender.

—Sólo se pasa por la noche. Varios macarras que intentaron meterse con ella aparecieron muertos días después. Se supone que por culpa de un accidente, pero las víctimas presentabas mutilaciones espantosas y no les quedaba ni una sola gota de sangre en el cuerpo.

—Interesante, aunque no necesariamente útil.

—Aún no he terminado. Espera a que te cuente lo de los críos.

La palabra se hundió en el cerebro de Hargroves igual que un puñal entre ceja y ceja. Primero, el encuentro con el hombre máquina, Charles Klair. Ahora, la serpiente en su propio jardín, pillándola completamente por sorpresa. Lo único que podía hacer era escuchar y desesperarse. Un desastre detrás de otro. A Aliara no iba a gustarle el giro que habían tomado los acontecimientos. Y, cuando se enfadaba, la Señora Oscura podía llegar a ser de lo más desagradable.

—Recuerdo haber oído algo acerca de la debilidad que siente Madeleine por los niños mortales —dijo Enzo. Se humedeció los gruesos labios—. A mí también me gustan. Su sangre es tan fresca y pura...

—Un grupillo de pillastres vive en el bosque, cerca del bar. Se hacen llamar el Rat Pack. Parece que esta zorra de Madeleine les ha cogido cariño, se ha convertido en su benefactora así como en su protectora. Apuesto lo que sea a que, si se le pide por favor, se la podría persuadir de que hiciera cualquier cosa para salvar sus insignificantes vidas. Sobre todo cuando ella ya tiene sus propias cuentas que saldar con su sire.

Enzo profirió un rugido que pretendía ser una carcajada.

—¡Un golpe maestro! Me encanta, en serio. Pietro destruido a manos de su chiquilla, y todo por culpa de una pandilla de mocosos del ganado. Perfecto, mi querida Esperanza. No tengo palabras. —Hizo una pausa y miró a la muchacha—. ¿Y este Rat Pack? Hay que apresarlos, tenemos que traerlos aquí.

—Ya está hecho. Supuse que eso sería lo que querías, así que me he ocupado de todos los detalles. Mis amigas atacaron a primera hora de la tarde, mientras el sol seguía en lo alto. Agarraron a los mocosos mientras tu sobrina seguía enterrada, haciéndole compañía a los gusanos. Los niños están drogados, sedados hasta las patas y encerrados en una celda al otro lado del pasillo. He apostado guardias para asegurarme de que nadie viene preguntando por ellos. Por lo menos, no hasta que estemos preparados para decirle a esa zorra qué es lo que queremos. Me pareció que lo mejor sería dejar que se preocupase un ratito. Además, todavía tienes que alertar a tu colega, Ezra, para contarle lo que está ocurriendo. Ella todavía va tras su pellejo, con críos o sin ellos.

Enzo fulminó a Hargroves con la mirada.

—Dobla el personal de seguridad alrededor del edificio. La Daga no tardará en recelar, con sus ratones desaparecidos y sin noticias de Montifloro. Como bien ha dicho Esperanza, no podemos permitir que Madeleine entre aquí esta noche. Que espere hasta que estemos preparados. Vete, avisa a los guardias. Yo alertaré a Ezra de nuestros planes, déjame solo. Ya no necesito tus servicios, tengo a mi Esperanza.

—Usted es el jefe —repuso Hargroves, de camino hacia la puerta. *Y el imbécil*, añadió para sus adentros.

Su situación era precaria. En una noche, Esperanza había usurpado su puesto, su poder dentro de Químicas Everwell. Hargroves sabía que sus posibilidades de persuadir a Enzo de que su preciosidad había sido reemplazada por una astuta impostora eran nulas. El disoluto vampiro se había embrollado él solo en los anillos constrictores de la morena.

A pesar de todo, Hargroves no era de las que se rendían sin plantar cara. Sobre todo cuando eso supondría vérselas con Aliara. La enjuta mujer asintió para sí mientras abandonaba la cámara de paredes de cemento. Ya pensaría en algo para recuperar el control de la situación. Como siempre.

CATORCE

—Esto no me gusta, Nelson —dijo Sharon, con un pie sobre el acelerador del Chevy descapotable último modelo que habían robado, el otro sobre el pedal del freno. La palanca de cambios se encontraba en punto muerto, aunque estaba revolucionando el motor al máximo. Un movimiento de su mano y el coche atravesaría la calle igual que un misil teledirigido. Asumiendo que Sharon pudiera maniobrar el volante de un vehículo que corriese a más de ciento sesenta kilómetros por hora—. Me parece que estás cometiendo un error, y de los gordos.

—Necesitamos información, ¿no? —El ciborg miraba fijamente el edificio que se erguía al otro lado de la calle. Una luz solitaria resplandecía en el segundo piso. Las palabras *Sistemas de Seguridad Eterna Vigilancia Inc.* se leían inscritas en el exterior de la ventana—. El único método fiable de obtener las pruebas necesarias pasa por pinchar el núcleo informático central de la Tecnocracia. Hay una conexión en esa oficina. Dos de los nuestros trabajan ahí. Los dos sirvieron conmigo, no me pondrán pegas. Estaré fuera antes de que te des cuenta.

La ciudad se llamaba Freeport y se encontraba en las afueras de los pantanos de Nueva Jersey. *Población: 20.000*, rezaba el indicador a la entrada de la localización. Habían salido de Washington bien entrada la tarde y habían llegado allí al anochecer. Nelson había estado allí hacía años, en una misión que él calificaba de insignificante. Fue así como había llegado a saber de aquel apeadero de la Tecnocracia. Se erigía en la Carretera de la Independencia, en pleno corazón del distrito financiero de la ciudad. A medianoche, las calles se encontraban desiertas. Desde su emplazamiento, la calle señalaba como una flecha fuera de la ciudad, hasta la Ruta 1, a través de los cenagosos pantanos.

Como la mayoría de las estaciones secundarias de la Tecnocracia, la oficina estaba unida por medio de un sistema informático secreto a la omnipresente red de comunicaciones de la Tecnocracia. El Gran Hermano se mantenía ojo avizor en todas las grandes poblaciones de los Estados Unidos. Nelson planeaba infiltrarse en el sistema y descargar cualquier información referente a Rochester, Químicas Everwell y Enzo Giovanni. Aquellos datos resultarían vitales para el asalto que planeaban atentar contra la ciudad. Por desgracia, el procedimiento no estaba exento de riesgos.

—Tu presencia en la red alertará de inmediato al clon base. Ya lo hicimos una vez en Indianápolis y conseguimos que el Aullador se nos echara encima. Ahora vas a repetir la jugada. Por lo menos yo aprendo de mis errores.

—Que sí, hombre —sonrió Nelson—, que no soy idiota. Estoy convencido de que el clon está esperando que nos dejemos caer por la red, y de que intentará freírme en cuanto me conecte, pero incluso él tiene sus límites. Después de todo, estamos en medio de una ciudad. El clon no puede lanzarnos bolas de fuego, ni enviar un ejército de robots para pulverizarnos. El riesgo de provocar todo tipo de represalias por parte de la Paradoja es demasiado grande. Me apuesto el cuello a que nuestro colega no querrá arriesgarse a sufrir cualquier tipo de efecto secundario de características desconocidas. Podría enfrentarse a todo tipo de ataques imaginables. Así que estaremos a salvo siempre y cuando nos demos el piro antes de que pueda echarnos encima algo realista.

—Vale, espero que tengas razón. Date prisa. El incendio que provocamos en aquella arboleda hacia el sur no tendrá ocupadas a las autoridades durante toda la noche. Existe un límite al tiempo que puedo mantener a la policía local lejos del distrito financiero.

—Ya me voy. Ten el coche listo para arrancar.

—Puedo sentir un coche patrulla a seis manzanas de distancia. Pasea despacio, pero se dirige hacia aquí. Los chavales de azul nos echarán el ojo encima en cualquier momento. A lo mejor se preguntan qué estamos haciendo aquí plantados en medio de la calle a estas horas.

—Deslúmbrales con tu sonrisa. —Nelson salió del coche—. Si cometiese algún error y me frieran, no intentes hacerte la heroína. Pisa el pedal a fondo y quema rueda. Mejor será que uno de los dos consiga

salir de ésta a que no escapemos ninguno. Intenta advertir al Consejo Interno de que el clon está aliado con los Nefandos. Hay que pararle los pies como sea.

—Déjate de chorradas nobles. —Aunque había odiado a Nelson durante muchos meses en el Colectivo Gris, durante el transcurso de los últimos días se había acostumbrado a depender del ciborg. Incluso había llegado a sentir cierto respeto por él. Empero, como Directora de Investigaciones de los Progenitores, no le gustaba perder el tiempo con sentimentalismos—. Si la palmas, te encenderé una vela en Halloween. Me compraré uno de esos robots Transformer de juguete, ¿vale? Ahora ve y consigue la información de los cojones.

—Vuelvo enseguida. —Dicho lo cual, Nelson cruzó la calle.

Sharon vio cómo el ciborg entraba en el edificio. En silencio, siguió contando. Un minuto, estimó, hasta llegar a la oficina de Eterna Vigilancia. Treinta segundos para pedirle al personal que fuesen a tomarse un café. Otros diez segundos para conectarse.

Por toda la ciudad, las luces parpadearon y se apagaron. La sirena de la policía dejó oír su aullido.

—Uno, dos, tre... —Sharon continuó contando, resuelta a marcharse al llegar al diez. La ventana de Eterna Vigilancia explotó. El cuerpo de Nelson se estrelló contra el pavimento como si de un cohete se tratara. Sorprendentemente, aterrizó de pie. El ciborg corrió hasta alcanzar la puerta del coche y la abrió de un tirón.

—Sácanos de aquí, a toda hostia. —Boqueó para recuperar el aliento—. El clon base ha sembrado todo el sistema con un montón de trampas. Olvida eso que te dije acerca de la Paradoja. Si nos quedamos en la ciudad, nos tirará el fregadero a la cabeza. Se la pelan las consecuencias.

En respuesta a la advertencia del ciborg, la oficina del interior del edificio al otro lado de la calle comenzó a refulgir. El aire siseó igual que el vapor que escapa de una olla a presión. Sharon no necesitaba que la metieran más prisa. Metió la marcha y el descapotable salió disparado por la Calle de la Independencia, derecho a los pantanos. La aguja del cuentakilómetros saltó hasta los ciento sesenta por hora. A sus espaldas, una erupción de llamas blancas surgió de la ventana del segundo piso.

—Un escape de gas —dijo Nelson, revolviéndose hasta quedar sentado, con los ojos clavados en el lugar que acababan de abandonar—. Ésa es la explicación que dará la policía. O eso, o que un volcán latente decidió entrar en erupción en medio del puto edificio.

—Me da que lo mejor va a ser conducir todo recto —sugirió Sharon, en el momento en el que salían de los límites de la ciudad y entraban en la autopista—. Tampoco ha sido tan difícil. ¿Sacaste algo más de la red, aparte de un buen susto?

—Ya te digo. Un montón de cosas interesantes. Sólo hay un pequeño problema.

—¿Y eso? —El coche surcaba la Ruta 1 en dirección a la niebla arremolinada de las marismas. En cuestión de minutos, se vieron rodeados por la bruma omnipresente. En la lejanía, podía escuchar el sonido de las sirenas de la policía, aunque ninguna se aproximaba en su dirección.

—Todavía no se han terminado nuestros dilemas. He estado antes en esta zona. Llevamos a cabo alguna que otra investigación, pero no llegamos a resolver el problema. No creo que haya desaparecido. El clon nos habría hecho papilla si llegamos a quedarnos en la ciudad, pero meternos en el pantano es como saltar de la sartén para caer en las brasas. Aquí hay algo que huele a chamusquina. Tendremos que permanecer alerta. Ten mucho cuidado.

Sharon pisó el freno a fondo. El Chevy se encabritó sobre el pavimento hasta detenerse con un chirrido. Por la carretera reptaban gruesos tentáculos de niebla, húmeda y gris. Se encontraban en medio de ninguna parte, en una autopista de cemento con arcenes de tierra, rodeados de hierba alta. Salvo por el brillo de las luces del coche, el pantano circundante se encontraba sumido en una obscuridad absoluta. Los faros se veían impotentes para penetrar en la bruma.

—¿Por qué cojones no lo dijiste antes? Al menos, podías haberme mencionado que estábamos metiéndonos en una trampa.

El ciborg se encogió de hombros.

—No tuve tiempo. Las milicias, la pasma local e incluso la policía del estado iban a echarse encima de aquella oficina. Por no mencionar a un puñado de Nefandos procedentes de Filadelfia. Quedarse en la ciudad no era una opción. Esta carretera es la única vía de escape. El clon sabía que, antes o después, saldríamos a la luz. En cuanto asomásemos la cabeza, nos tendría deparada una fea sorpresita. Tenemos la información que necesitábamos y hemos escapado de sus garras. Si sobrevivimos al pantano, el resto del camino hasta Rochester será coser y cantar. Creo que podemos conseguirlo.

—*Crees* que podemos conseguirlo —repitió Sharon. El aire nocturno era cálido y pegajoso. Su blusa se le adhería a la piel igual que una sanguijuela. Miró alrededor en un intento por divisar algo, lo que fuese, que se moviera por el pantano. Nada—. ¿Por qué será que cada vez que estamos juntos nos la pasamos corriendo de una batallita a otra? ¿A qué demonios estamos esperando? ¿Mosquitos gigantes de Jersey?

—Casi. ¿Has oído hablar alguna vez del Diablo de Jersey?

—Claro, es una de las leyendas populares más antiguas de la costa este. —Sharon dejó el coche quieto donde se había detenido—. Una misteriosa criatura humanoide, igual que el Pies Grandes. Se lleva a la gente al pantano y nunca más se vuelve a saber de ella. Nadie lo ha visto nunca. O, por lo menos, nadie lo ha visto y ha vivido para contarlo. Las leyendas acerca de criaturas similares abundan por todo el país, no sólo en los pantanos de Jersey.

—Aquí siempre se levanta la niebla por la noche. El pantano tiene kilómetros y kilómetros de extensión, desolado en su mayor parte, inexplorado. Se yerguen pequeños islotes de tierra en medio de charcas de limo y cañaverales. Ideal para que un monstruo permanezca oculto, sobre todo si posee un método perfecto de camuflaje.

—Basta ya de evasivas, Nelson. ¿Qué se nos avecina? Según las leyendas, el Diablo de Jersey lleva en activo desde la Revolución. ¿Se trata de alguna bestia mitológica que ha conseguido permanecer escondida en el pantano? ¿O de algún tipo de manifestación de los Externos? Me parece que tengo derecho a saberlo.

—¿Ves que algo se mueva por allí? —preguntó Nelson, por toda respuesta. Su voz sonaba tranquila, aunque fría. Levantó un brazo y señaló—. *Todos los sistemas activados.*

Sharon negó con la cabeza.

—Nada. ¿Cómo de grande es este monstruo?

—Monstruos, me parece. —Nelson se sentó sobre la cabecera del asiento trasero del descapotable, con una ametralladora sujeta entre el pecho y cada brazo. Movié la cabeza a uno y otro lado, muy despacio, escrutando el terreno brumoso. Sus ojos de máquina brillaban con un tono rojizo—. Nunca se ha podido determinar su número real, pero sospecho que el Diablo de Jersey no es sólo una criatura. Lo más probable es que se trate de una horda de ellas.

Sharon atisbó un movimiento a lo lejos, hacia su izquierda.

—Allí —dijo, sin saber muy bien qué es lo que había visto.

Nelson ya había entrado en acción. El arma que sujetaba en la siniestra rugió y escupió su simiente de acero, reduciendo a jirones la mortaja de niebla. Se oyó un chapoteo en las aguas cenagosas, como si algo grande y pesado acabara de hundirse. Después, el silencio. La bruma se recompuso.

—Puedo oírlos —dijo Nelson—. No hacen nada de ruido. Se mantienen lejos de mi escáner de infrarrojos. Nos están rodeando.

—¿Quién? ¿Qué? No pude ver a qué le has disparado.

—Ya te lo he dicho, no estoy seguro. Hace años, me enviaron aquí para investigar cierto proyecto científico que se había ido al garete. El laboratorio se encontraba en medio del pantano a fin de mantener el secreto. Algo acerca de una nueva tropa de asalto que iba a emplear guerreros parecidos a camaleones.

—Mierda. Ahora me acuerdo. La idea consistía en evitar los efectos de la Paradoja haciendo que las tropas fuesen difíciles de descubrir. De atacar por la noche, los Durmientes ni siquiera se darían cuenta de qué les había golpeado. Era una buena idea. ¿Qué salió mal?

—Según los pocos datos que pude recuperar, los seres artificiales no salieron según lo planeado. En lugar de cambiar de color, lo que hacían era confundirse con su entorno, se volvían transparentes. Podías ver a través de ellos, como si fuesen de cristal. Lo más próximo a la invisibilidad que se haya inventado jamás.

—¿Y qué? ¿O será mejor que no lo sepa?

—Un efecto secundario inesperado —dijo Nelson, con una sonrisa. Poseía el sentido del humor más retorcido que Sharon hubiese conocido en su vida—. Los muy puñeteros desarrollaron cierto gusto por el sabor de la carne y la sangre humanas. Se volvieron caníbales. Se merendaron a sus creadores y luego desaparecieron en el pantano. No estoy seguro de cuántos se crearon, ni de cuántos sobrevivieron. Nadie sabe si pueden reproducirse o no. Este pantano ocupa una buena porción del estado. Podría haber cientos de ellos ahí fuera.

—Estupendo. Estamos rodeados de caníbales transparentes y ni siquiera sabemos a cuántos de ellos nos enfrentamos. ¿Será demasiado tarde para volver a la ciudad?

—Pues, hombre. Tenemos a media docena de ellos apiñados en la carretera que conduce a Freeport. Según el informe, los seres son de lo más resistentes. Si intentásemos atropellarlos nos cargaríamos el coche, y no queremos pasar la noche en el pantano... a pie. —Nelson giró en redondo y disparó una ráfaga de ambas ametralladoras. Varios cuerpos invisibles se hundieron en la fétida ciénaga—. Están empezando a acercarse. Pon el coche en marcha y deja que ruede hacia delante. No pises el acelerador todavía. Cuando te diga que lo hundas, no te lo pienses dos veces. Tenemos que pillar a estos monstruos por sorpresa. No parece que haya más con ganas de unirse a la fiesta. La proporción no es la que yo hubiese elegido, pero podría ser peor.

—¿Cuántas cosas de éstas hay ahí ahora mismo? —quiso saber Sharon. La oscuridad que rodeaba al vehículo era completa. Los faros apenas iluminaban un trozo de terreno a tres metros de distancia. Era como encontrarse en el vientre de un cúmulo nuboso. Sus oídos no eran tan aguzados como los de Nelson. No conseguía detectar ningún sonido—. Además, si son invisibles, ¿cómo lo sabes?

—Tengo un rastreador de infrarrojos injertado en los ojos. Los muy jodidos son invisibles a simple vista, pero irradian calor. Puedo verlos sin problemas. Estáte preparada. Se acercan. Supongo que, cuando se hayan aproximado lo suficiente, se nos echarán encima. Será entonces cuando nos pongamos en marcha, no antes.

Sharon se humedeció los labios. Ajustó su presión sanguínea y el flujo de adrenalina. La noción de unos biomecanismos caníbales transparentes reptando por el pantano le parecía algo melodramático a más no poder. Por desgracia, se veía atrapada en aquella sesión de cine de barrio y los monstruos no eran el producto de un laboratorio de efectos especiales, sino reales.

—Deja que ruede el coche. —Nelson tenía los pies apoyados contra el fondo del asiento del conductor, anclados al suelo. Moviéndose con absoluta precisión, su cabeza giró ciento ochenta grados para supervisar ambos lados de la carretera. Sharon se preguntó si podría sentir a los monstruos que se acercasen por detrás, antes de darse cuenta de que eso era lo de menos. A Nelson no le preocupaba lo que tuviesen a la espalda. Se concentraba en la carretera que tenían frente a ellos—. No corras. Despacio y en línea recta. Mantén la cabeza gacha, justo por encima del volante, detrás del parabrisas. Hay casi una docena de esas cosas a menos de seis metros de distancia.

—¿Cómo lo...? —comenzó Sharon. Dejó la frase a medias cuando el ciborg apretó los gatillos de ambas ametralladoras.

Las armas gemelas vomitaron humo y plomo cuando Nelson apretó los gatillos para no soltarlos. Igual que un machete de fuego, las balas hendieron el sudario de niebla de la carretera, reduciendo la bruma a trizas. Era un método tosco pero efectivo de abrirse camino. El estruendo de las armas era ensordecedor, aunque no tanto como para que Sharon no pudiese escuchar el grito de Nelson:

—¡Pisa a fondo!

Hundió el pedal del acelerador hasta el suelo. El coche saltó hacia delante, a punto de perder tracción sobre la carretera cuando se lanzó a devorar la autopista. Sharon mantuvo el volante rígido con ambas manos, con los ojos fijos en la estrecha banda de pavimento que revelaban los faros. Por encima de su cabeza, las ametralladoras continuaban disparando.

Algo pesado se desplomó sobre el capó del coche. Por un instante, el vehículo se encabritó hacia la izquierda, antes de que Sharon recuperase el control y lo devolviese a su anterior trayectoria. Las ametralladoras dejaron de escupir fuego. Nelson le gritó algo, pero Sharon apenas consiguió distinguir una palabra. Sonaba como “escupe”.

Un instante después, el parabrisas se rompió en mil pedazos. Ahí no había nada, pero Sharon sintió que algo intentaba asir el volante. La autopista onduló ante sus ojos, como si estuviese mirando a través de una película transparente de gelatina. Un hedor similar al de basura podrida le inundó la nariz. Se percató de inmediato de que un jinete invisible, a horcajadas sobre el capó, intentaba arrebatarse el control del vehículo. Y supo exactamente lo que tenía que hacer para detenerlo.

Frunció los labios, se inclinó hacia delante, cerca del salpicadero, y escupió. Su saliva contenía una mezcla de ácido y veneno. El líquido no llegó al volante, sino que pareció quedar suspendido a varios centímetros en el aire. Algo aulló de agonía. Sharon giró el volante a derecha e izquierda, llevando el coche a bandazos de uno a otro lado de la carretera. Con un golpe audible, lo que fuese que había cabalgado a lomos del vehículo se cayó al suelo.

—Se ha ido —dijo Nelson, en cuclillas sobre el asiento trasero—. Lo has quemado pero bien. El resto de nuestros hambrientos amiguitos se han quedado atrás, a la espera de otro gilipollas que no tenga ni ametralladoras ni visión de infrarrojos.

—¿Estás seguro de que no habrá otra emboscada cinco kilómetros más adelante? ¿Un segundo comité de bienvenida organizado por nuestro amigo, el clon base?

—Carece de suficientes efectivos en esta zona. Además, dudo que ni siquiera el clon base pudiera convencer a sus secuaces para que rastreasen el pantano de noche. Esos caníbales se han forjado toda una reputación. Son auténticos diablos. Tenemos vía libre hasta el estado de Nueva York. Si nos atenemos a las carreteras secundarias y no llamamos la atención, deberíamos llegar a Rochester sin más problemas. Según mis estimaciones, si nos lo montamos con mucho cuidado, paramos para descansar y comer algo, estaremos allí mañana por la noche. La primera parada será el almacén de Químicas Everwell. Allí es por donde suele andar este tal Enzo Giovanni. A una manzana del cuartel general de la empresa. No parece que la seguridad sea extrema. Localizamos a este Enzo y le apretamos los machos hasta que nos ponga sobre la pista del clon base.

—¿Por qué será que me cuesta creer que sea tan fácil? —Circulaban por la autopista a una velocidad constante de noventa kilómetros por hora. La niebla seguía siendo omnipresente, pero ya no parecía tan amenazadora—. ¿Por qué vamos al almacén en vez de al edificio principal?

—Está todo en los archivos. En la sede central hay demasiadas ventanas como para que sea del gusto de Enzo. Le gusta la oscuridad, ¿lo pillas?

Sharon torció el gesto. No le gustaba lo que estaba escuchando.

—Cuéntame todo lo que sepas del Enzo éste.

—Tampoco había demasiados datos sólidos acerca de él, pero sí montones de rumores, teorías y especulaciones. Por lo visto es miembro de la célebre familia de vampiros Giovanni, con sede en Venecia. Controlan un vasto imperio financiero, aunque nadie conoce con exactitud su tamaño ni su influencia. Varios informes afirman que forman la mayor empresa financiera del mundo hoy en día, aunque eso no sea más que pura especulación. Los únicos que conocen la verdad son los miembros de la familia, y no hablan con desconocidos.

La gente creía que los vampiros eran criaturas míticas, creadas por escritores del género de terror, o basados en antiguas leyendas. Muchos de los iluminados compartían la misma opinión. No así Sharon.

Los vampiros eran reales. Se mantenían en la sombra y se hacían pasar por humanos. Aunque sus poderes palidecían ante los de un experto artesano de la voluntad, podían resultar muy peligrosos.

—Enzo es el presidente de Químicas Everwell, empresa sita en Rochester —continuó Nelson—. Debido a ese hecho, la mayoría de los informes de inteligencia colocan a la compañía en la lista de posesiones del imperio de los Giovanni. Sin embargo, existen datos contradictorios que apuntan a que la operación pertenece a otra megacorporación, al gigante energético, Pentex. Tampoco encontré gran cosa acerca de ese conglomerado en el banco de datos informático, pero lo que extraje tiene mala pinta. Pentex es otro reino en la sombra, no conoce fronteras, controla a cientos de empresas por poderes y sigue unas directrices que sólo conocen con exactitud los miembros de su Consejo de Administración. Tanto el Sindicato como el Nuevo Orden Mundial están llevando a cabo investigaciones encubiertas, pero no parece que hayan descubierto demasiado.

—Así que Enzo es un vampiro, controla Everwell y trabaja, bien para los Giovanni, bien para Pentex. ¿Eso es todo lo que has descubierto? ¿Cuál es su conexión con el clon base?

—Enzo tiene un amigo, un amigo muy íntimo. Se trata de un artesano de la voluntad extremadamente poderoso, otrora miembro de las Nueve Tradiciones. Se llama Ezra ben Maimon.

—Ezra... Me acuerdo de haber oído historias acerca de él. Una mente fanática, un individuo a evitar a toda costa. Por suerte, no le interesaba la Guerra de la Ascensión... ¿Dijiste *otrora* miembro de las Nueve Tradiciones?

—Cambió. Despacio, durante estos últimos años. Al parecer, se volvió loco tras el asesinato de su esposa y se unió a los Externos. Es un Nefando.

—Un artesano de la voluntad, Nefando y desquiciado, aliado con Enzo Giovanni. Esto se vuelve cada vez más interesante. Aún así, me sentiría mejor si tuviésemos alguna evidencia, alguna prueba que relacionase a los dos con el clon base.

Nelson esbozó una sonrisa vulpina. Sharon ya sabía a esas alturas que aquella expresión indicaba que el ciborg ya poseía la información.

—Vamos, cuenta. Ya me has impresionado lo suficiente.

—En el archivo de Ezra, había una foto de él con su esposa, de hace años, sacada meses antes del asesinato de la mujer. Se llamaba Rebekkah. Era bastante guapa.

—¿Y?

—La cuenta atrás para el despertar del clon base en el Colectivo Gris... Tu traicionera ayudante, Velma, la cambiaformas... ¿tenía ese día el pelo largo y llevaba puesto el vestido estampado de flores?

—Creo que sí. —Sharon intuía lo que iba a decir el ciborg a continuación, pero prefirió esperar para confirmarlo.

—Velma y la difunta esposa de Ezra, Rebekkah, son clavadas. Como dos gotas de agua.

QUINCE

Klair soñaba que se caía. Su cuerpo descendía hacia la absoluta obscuridad en medio de bandazos y volteretas. No había luz, ni luna, ni estrellas, sino sólo la obscuridad, completa, total, un pozo sin fondo en el que se adentraba a una velocidad increíble. Hacía frío, un frío glacial. Sus manos, brazos y rostro se habían convertido en trozos de hielo y, sin embargo, ni sus piernas ni sus pies registraban sensación alguna. Klair se sintió incompleto. Intentó ver sus extremidades inferiores en medio de las tinieblas, pero no pudo. Quizás fuese mejor así.

Recordó un telón que descendía, un portal de alguna clase. ¡El Portal del Horizonte! Una senda que unía el Colectivo Gris y Autoctonía. Se le había hecho entrega de la baliza para permitir la entrada al Colectivo de los sirvientes robóticos de *El Ordenador* y poder robar así el clon base. Mas la situación había resultado imposible de controlar. El cuerpo de Klair había quedado atrapado en medio del portal. Su mitad superior, esta parte, había caído por el portal que conducía a Autoctonía. De cintura para abajo, se había quedado en el Colectivo. La baliza lo había partido por la mitad.

Klair, comprendiendo de repente que lo habían cortado en dos, abrió la boca para gritar. Se despertó.

Meneó la cabeza para erradicar aquellos recuerdos de su cabeza, deslizó las piernas fuera de la cama y se incorporó. El reloj anunciaba que eran poco más de las tres de la mañana. Había alquilado una habitación en un hotel barato, no muy lejos del lago. Aunque su nuevo cuerpo no necesitaba dormir ni comer, todas las noches se acostaba durante unas pocas horas e intentaba echarse algo al cuerpo todos los días. Por el bien de su propia cordura, necesitaba seguir comportándose como una persona normal.

El Ordenador había cogido su cuerpo mutilado y lo había convertido en una amalgama entre el hombre y la máquina. Ahora era una mezcla del raciocinio y la inteligencia del ser humano y la fuerza y el poder armamentístico de la forma robótica más avanzada de toda la realidad. Era casi invencible. Lo único que le preocupaba era que hubiese dejado de ser humano.

Klair se dirigió al cuarto de baño para lavarse la cara con agua fría. El líquido relucía sobre su piel metálica. Podía sentir la temperatura por medio de nervios artificiales, pero aquel tacto no le producía sensación alguna. El placer físico ya no significaba nada para él. Sólo le quedaban sus emociones, sus pasiones. No existía nada más para un cerebro humano atrapado en un cuerpo de robot.

Por lo general, *odiaba*. A algunos, como los Nefandos, que luchaban por el mal, que buscaban evitar que la humanidad alcanzase la Unidad, llevaba combatiéndolos toda su vida. Para él, constituían la mayor amenaza de todo el universo.

Ahora había otros a los que odiaba casi con la misma intensidad. Sharon Reed, la Directora de Investigaciones de los Progenitores del Colectivo Gris, se había burlado de su trabajo en el proyecto GA y luego había conspirado para asesinarlo cuando se aproximaba su consecución. Reed seguía con vida y gozaba de buena salud, mientras que él se encontraba confinado en aquella carcasa de metal líquido. No era justo.

Su ayudante dentro del Colectivo, X344, el ciborg que ahora respondía al nombre de Ernest Nelson, era otro de sus enemigos. Era él el que había arrojado la baliza del Horizonte en dirección a Klair. Nelson era el responsable de que Klair hubiese perdido las piernas. El ciborg también había sobrevivido a la destrucción del Colectivo Gris, pero no conseguiría escapar a la venganza de Klair.

Tenía que encontrar y destruir a Velma Wade, la cambiaformas que había traicionado a Sharon Reed. Igual que al mago loco conocido como Ezra, líder de los Nefandos en la zona de Rochester. Eran muchos los que tenían que morir. En el pasado, la lógica y la ciencia habían guiado la vida de Klair. Ahora era el odio lo que impulsaba sus actos.

—Interventor Klair. —La voz procedía del dormitorio. Klair la reconoció de inmediato. Anodina, suave, neutral, compuesta de un millar de voces. El sonido de la razón. Mas no podía engañar a Klair.

El televisor del dormitorio se encendió solo. El rostro de un perfecto don nadie, la mezcla de los rasgos de mil caras diferentes, clavó los ojos en Klair. Charles ya lo había visto en numerosas ocasiones. Su interlocutor era *El Ordenador*, la vasta Inteligencia Artificial líder de Iteración X. Klair había dejado de confiar en la IA. Ésta, racional y consciente de sí, parecía más interesada por llevar a cabo sus planes secretos que por ayudar a la humanidad a alcanzar la Unidad.

—Se han producido nuevos acontecimientos en el proyecto clon base, Interventor Klair —dijo la imagen holográfica—. Debes apresurarte en tu búsqueda del demente artesano de la voluntad llamado Ezra. El Subversor de la Realidad y todos sus aliados deben ser destruidos. El clon amenaza la estructura básica de la Tecnocracia. Si no es eliminado, se producirá un caos en masa. La propia realidad sufriría cambios.

—He llevado a cabo un peinado exhaustivo del área que rodea a Químicas Everwell. No me anduve con sutilezas. Al menos uno o dos de los interrogados deben de ser acólitos o aliados de mi objetivo. Antes o después, el loco vendrá a por mí. He dejado un rastro fácil de seguir. Cuando llegue, estaré preparado. Antes de que muera, me contará todo lo que necesito saber para encontrar al clon base.

—Ese plan ha dejado de ser viable. A última hora de esta tarde, el clon base se adueñó del sistema informático de la Tecnocracia por segunda vez y retransmitió una exhortación a la acción dirigida a todos los Iluminados. El ser ofreció inmortalidad y perfección física para todos aquellos que se unieran a su causa. Calculo que el 72,357% de los miembros de la Unión se sentirá tentado seriamente por la oferta. El clon debe ser eliminado *de inmediato*. Cada día que consigue permanecer con vida, contra todo pronóstico, adquiere mayor crédito a los ojos de los técnicos. Cuando se rompan filas, se producirá una estampida imposible de detener. La Tecnocracia será destruida, al igual que las Nueve Tradiciones. Sólo prevalecerán el clon y sus seguidores.

—La Tecnocracia y las Nueve Tradiciones se enfrentan a un enemigo común. El clon ha conseguido lo que ni siquiera los Externos pudieron alcanzar.

—Debemos encontrar y destruir al clon, así como a todos los que lo apoyan en su conspiración. Estáte atento a la pantalla del televisor. Te mostraré el mensaje en su totalidad, tal y como lo recibió la Tecnocracia hace algunas horas. Un discurso parecido, dirigido a las Nueve Tradiciones, pudo verse y escucharse en muchas de sus Capillas aproximadamente a la misma hora. Fíjate bien. Luego, formula un plan para localizar al clon, al mago loco Ezra y a todos los demás implicados en esta trama. Y destrúyelos.

—Haré lo que se me ordena. Hay un bar que abre las veinticuatro horas a cuatro plantas de la planta química. Se llama La Manzana Podrida, mis archivos lo describen como célebre punto de reunión para los elementos criminales de la ciudad. Comenzaré mi búsqueda allí.

—Hace escasas horas, se produjo una incursión en la red informática de la Tecnocracia. Se trataba de tu ayudante, X344, ahora bajo el nombre de Ernest Nelson. El ciborg descargó toda la información disponible acerca de Rochester y de las actividades de Enzo Giovanni. Suponiendo que siga viajando junto a la Directora de Investigaciones Reed, su hora estimada de llegada es menos de veinticuatro horas a partir de estos momentos.

—Gracias por la información. Espero su llegada con ansia. Será una reunión memorable.

—Supuse que la noticia te animaría.

Klair esbozó una sonrisa. Primero destruiría a Ezra y a cualquiera de los asociados del mago lo bastante estúpido como para intentar detenerlo. Descubriría el paradero del clon base. Después, acabaría con la vida de los dos humanos que más odiaba en el mundo. Sería una velada vigorizadora.

El discurso del clon base le pareció inquietante. Las palabras iban dirigidas sobre todo a los jóvenes y a los desencantados. El clon planteaba preguntas de difícil respuesta, formulaba hipótesis que habían supuesto verdaderos quebraderos de cabeza para los librepensadores durante siglos. El mensaje pretendía fomentar la revuelta, encender la mecha de la revolución. Klair lo calificó de obra maestra del subterfugio y el doble sentido.

El clon prometía mucho pero no ofrecía pruebas sólidas que respaldaran sus palabras. La vida eterna era una oferta tentadora pero, ¿qué había del precio? ¿Garantizaba la Unidad para todos, o sólo para aquellos que cumplieran sus deseos? ¿Planeaba salvar a la humanidad, o esclavizarla? Preguntas sin respuestas.

A pesar de todo, Klair suponía que muchos técnicos encontrarían tentadoras las palabras del clon. Nadie quería morir, salvo quizás los estúpidos Eutánatos de las Tradiciones. La inmortalidad era uno de los sueños más antiguos del hombre. Con su sangre biomejorada, el clon poseía el secreto de la juventud eterna. O, al menos, de una longevidad que abarcara siglos.

Klair, uno de los diseñadores del clon base, sabía que la criatura no era inmortal. Nada duraba para siempre. La sangre nanotech del ser exigía combustible constante a fin de mantener el máximo rendimiento, pero incluso la nanotecnología tenía sus límites. Con el paso de los siglos, los *drivers* nanotech comenzarían a ralentizarse, a perder efectividad. El clon comenzaría a envejecer. Quizá tardase mil años, quizá más, pero ni siquiera los esfuerzos combinados de Iteración X y los Progenitores podían crear una forma de vida artificial que durase para siempre. Aunque, cuando se los comparaba con la esperanza de vida normal, esos diez siglos o más parecían más que suficiente.

Veinte minutos después, Klair se encontraba en la calle. Si bien su cuerpo de amalgama carecía de la habilidad para cambiar de forma, su piel de metal líquido resultaba extremadamente maleable. No podía cambiar de tamaño, pero sí alterar sus rasgos. Vestido con unos vaqueros desteñidos y una camiseta negra ajustada, el hombre que entró en la Manzana Podrida guardaba escaso parecido con el sobrio Charles Klair. Tenía el pelo negro y largo, y espesas cejas oscuras que convergían sobre una nariz chata y rojiza. Sus dientes torcidos se veían amarillentos y su boca ancha permanecía estirada en una sempiterna sonrisa socarrona.

A pesar de lo tarde que era, el local estaba atestado. No había toque de queda ni horarios de cierre establecidos en aquel barrio. Klair se abrió paso entre la muchedumbre hasta llegar a la barra.

—Güisqui —pidió, con un susurro ronco—. Doble.

Engulló la bebida de un trago y encargó otro vaso. El tercero corría por cuenta de la casa. A aquellas alturas, los demás clientes lo habían aceptado como un don nadie. Su metabolismo era ajeno a los efectos del licor. Allí plantado, con los ojos aparentemente fijos en ninguna parte, Klair utilizó su oído amplificado para escuchar a hurtadillas una docena de conversaciones.

—Así que va la tía y se desabrocha los tres primeros botones del vestido —contaba un hombre con voz nasal y estridente—, se me acerca y me dice que a partir de ahí cada botón cuesta diez pavos.

—Les dije que quinientos no era nada comparado con lo que me saco todas las noches en la calle —decía otro.

—Esos malditos productos químicos me está abrasando los pulmones —declaró una mujer, entre expectoraciones—. Pero, ¿dónde si no iba a encontrar otro curro que me diera tanta pasta?

—Se te van las ganancias por la nariz, Gary —decía alguien—. No seas capullo y deja que el veneno se lo metan otros. Aléjate de esa mierda.

—El puto Marcus estaba como una cabra —contaba un hombre al fondo del bar—. Mira que meterse con los colegas del Aullador. ¡Al tío le estalló la cabeza igual que un puto globo!

Klair hizo señas al camarero para que le sirviese otro güisqui y lanzó una mirada de soslayo a su espalda. Tres hombretones, embutidos en cuero negro, se encontraban de pie a unos tres metros de distancia, bebiendo cerveza. De constitución robusta, los miembros del trío se cubrían con pantalones y chalecos de cuero, sin camiseta. Llevaban las mejillas y el torso cubiertas de tatuajes. Señas de identidad comunes entre los Nefandos.

El que hablaba era un coloso con *piercings* en la lengua y en la barbilla. Una cruz de acero se extendía desde el interior de su boca entre los dientes. Cada vez que decía algo, el metal tintineaba al compás de sus palabras. A Klair le distraía aquel ruido.

—El Aullador está cabreado porque no nos cargamos a aquella pareja de cabrones en Indiana —dijo otro miembro del grupo. Casi dos metros diez de altura, con la cabeza rasurada y cubierta por lenguas de fuego tatuadas—. Es una suerte que vayamos a disfrutar de otra oportunidad mañana por la noche.

—Ya te digo —convino el primero. Su lengua volvió a tintinear—. Las moscas vienen a la casa de la araña. Hay que joderse, qué gilipollas.

Klair esbozó una sonrisa. El trío sólo podía estar refiriéndose a Sharon Reed y a X344. Aquello simplificaba las cosas. Ya tenía un hilo del que tirar. Primero los miembros de la banda. De allí, al Aullador. Del Aullador al demente artesano de la voluntad, Ezra. Por último, de Ezra al clon base. Los que planeaban la emboscada se verían emboscados. Y, como extra, tendría su reunión con X344 y Sharon Reed. Iba a ser un día ajetreado.

—¿Hace otra birra? —preguntó el tercer miembro del grupo. Más bajo y compacto que sus compañeros, era el musculitos del trío. Parecía un culturista, con el pecho cubierto por una fina película de aceite—. ¿O nos piramos?

—Para mí no —dijo el hombre de la cabeza de fuego—. Tengo que echarme un rato. Recuerda que mañana nos toca montar guardia por los putos críos ésos.

Klair se preguntó qué clase de niños podrían necesitar unos carceleros como aquellos. Lo cierto era que daba igual. La única información que necesitaba era la referente al paradero del Aullador. Además de la hora a la que se esperaba que llegasen a la ciudad Sharon Reed y X344.

Los tres hombres pagaron la cuenta y se marcharon. Klair les dio un par de minutos antes de partir tras ellos.

Tenían el coche aparcado a la vuelta de la esquina. Para sorpresa de Klair, el trío no había venido en moto, sino que los descubrió subiendo al interior con tapicería de cuero de un flamante BMW. Los adhesivos pandilleros pegados a las ventanillas servían como seguro antirrobo.

Klair se debatió por un instante entre dejar que se alejaran y seguirlos. Podía correr a la misma velocidad que cualquier automóvil. Empero, incluso a aquellas horas podría verlo alguno de los durmientes. Lo mejor sería no arriesgarse a llamar a la Paradoja. Esos tres morirían allí.

—Perdona —dijo, acercándose al musculoso, que acababa de abrir la puerta del copiloto—. ¿No tendrás algo suelto?

El hombretón volvió la cabeza y fulminó a Klair con la mirada.

—No jodas y aparta.

—Vale, vale. No pasa nada.

Las manos de Klair se movieron tan rápido que se volvieron casi invisibles. Asió la cabeza del hombre de los músculos por las orejas y dio un tirón. Con su fuerza sobrehumana, le llevó sólo un microsegundo partir la columna del hombre y girarle la cabeza de tal modo que su rostro quedase apuntando hacia la espalda. Con los ojos desorbitados por la sorpresa, el asesino se desplomó sobre el pavimento.

—¿Oye, qué pasa con Vince? —gritó el hombre de los tatuajes ígneos desde el otro lado del coche. Moviéndose con una agilidad felina, rodeó el vehículo apuntando al pecho de Klair con una .45 automática.

—Está muerto —dijo el Nefando de la lengua perforada, arrodillado junto a su difunto camarada—. Casi le arranca la cabeza.

“¡Tú! —El cañón de la pistola se encajó en la nariz de Klair—. ¿Qué ha pasado?

—Yo sólo hice esto —dijo Klair, antes de efectuar la misma maniobra con la cabeza del pistolero. El repentino tirón de su cuello al romperse provocó que el hombre apretase el gatillo. La automática explotó en el rostro de Klair. El metal líquido estaba diseñado para resistir castigos mucho mayores.

Tras desprenderse del segundo cadáver, Klair se acercó al último miembro del trío. Sus dedos se cerraron en torno a la garganta del asesino igual que una soga. La cruz de acero de la boca del hombre repiqueaba enloquecida contra sus dientes.

—¿Quién coño eres tú, tío? ¿Qué hostias quieres de mí?

—Necesito información. —Levantó al hombre por los aires. El asesino emitió un gañido gutural cuando sus pies se despegaron del suelo. Klair, sosteniéndolo a medio metro del pavimento, lo zangoloteó como si de una bolsa de basura se tratase—. ¿Me dirás lo que quiero saber, o te pondrás testarudo?

—N-n-no soy un traidor. N-no pienso decir nada.

Klair apretó los dedos. El metal líquido se hundió en la piel del cuello como una navaja, dejando un delgado reguero de sangre.

—Si sigo apretando, te separaré la cabeza de los hombros.

—Si hablo, el Aullador me achicharrará los sesos —repuso el hombre, que pugnaba con todas sus fuerzas por zafarse de la presa de Klair. No había escapatoria posible del círculo de metal que se cerraba en torno a su garganta.

—Si no hablas, morirás igual. Habla y podrás montarte en tu lujoso cochecito y conducir hasta dejar atrás esta ciudad. Podrías haber desaparecido antes de que saliera el sol.

—El Aullador no olvida —rezongó el del *piercing*. Klair procuraba no ahondar en el corte del cuello del matón, necesitaba que aquel hombre hablara—. El muy cabrón me perseguirá hasta dar conmigo.

—Después de mañana, el Aullador no podrá seguir a nadie. Ahora, habla o muere. Tú eliges.

—N-n-n...

—Un Nefando con honor. Qué concepto más novedoso. Como prefieras. Honra la memoria de tus amigos muertos con tu silencio. Podrás contarles lo valiente que has sido cuando los veas en el infierno.

—El viejo almacén de Everwell a una manzana de la fábrica —boqueó el hombre del crucifijo en la lengua—. Mañana por la noche. La novia del Aullador ha sembrado pistas falsas para conducir allí a los capullos ésos. Es un callejón sin salida. Entrarán para no volver a salir.

—Te agradezco que hayas cambiado de actitud. Esta información, ¿es verdadera? Nada de mentiras. Recuerda que tu vida depende de ello.

—Es la verdad, es la verdad. —El Nefando bregaba igual que un pez fuera del agua, presa de las inamovibles manos de Klair—. Lo juro.

Klair supo con certeza que el hombre no le había mentado. Estaba demasiado asustado como para no cooperar.

—Gracias. —Apretó. Los Nefandos no se merecían otra cosa.

DIECISÉIS

—Estos chiquillos —dijo Enzo, mirando a Esperanza—, este Rat Pack, ¿los tienes a buen recaudo? Madeleine no tiene rival como espía, además de como asesina.

—Están arriba, en el laboratorio especial. Es el lugar más seguro del edificio. Supuse que ni siquiera la Daga de los Giovanni sería capaz de llegar hasta el laboratorio sin disparar las alarmas. Además, he apostado a tres de los mejores hombres del Aullador para que vigilen a los mocosos, equipados con armas automáticas. Si tu prima aparece de improviso, tienen órdenes de abrir fuego sobre los niños. No es estúpida. Es imposible que pueda rescatar a sus pequeñas mascotas a menos que negocie con nosotros. Tenemos toda la ventaja en esta negociación. Esos críos son su punto débil.

—Excelente —felicité Enzo. Le sorprendía la inteligencia y habilidad demostradas por Esperanza a la hora de preparar todo aquel entramado. Había superado incluso a la eficiente Hargroves. Puede que la enjuta mujer se estuviese haciendo mayor, eso solía ocurrirle al ganado. Perdían facultades con la edad. Siempre había creído que Hargroves era la excepción a la regla. Ya no estaba tan seguro. Resultaba mucho más sencillo tratar con la hermosa Esperanza. La joven le mostraba el debido respeto, cualidad ausente en Hargroves. Además, Esperanza resultaba mucho más agradable a la vista. Se entretuvo pensando si aquella belleza morena sabría ocuparse de las nóminas y hacer balance de cuentas. Sospechaba que, de un modo u otro, sí que podría—. Quiero echarles un vistazo a estos preciados rehenes —continuó, levantándose de su asiento—. Siento curiosidad por saber qué es lo que ha visto Madeleine en ellos. ¿Están despiertos?

Esperanza asintió.

—Supongo que sí. Si no, los despertaremos. Mantenerlos con vida no implica que debamos tratarlos como a invitados de honor. Cuanto más sufran, más se preocupará Madeleine por su bienestar y menos concentrada estará. Les he inoculado a los mocosos un inhibidor nervioso de baja potencia, una droga que evitará que piensen con claridad. Mañana recibirán el antídoto. No queremos que la pandilla llame a su patrona antes de tiempo. Me imagino que una noche de preocupación servirá para que crezca su ansiedad. Mañana por la noche será la hora de las negociaciones.

—Para entonces, habrá sentido que Montifloro ha sufrido la Muerte Definitiva. Eso le hará andarse con cuidado. Madeleine siempre planea sus pasos, no la subestimes, mi querida Esperanza. Debemos tener mucho, mucho cuidado. El más leve error supondrá nuestra ruina. Madeleine, por su parte, nunca se precipita. No actuará a tontas y a locas.

—Quienes planean sus pasos confían en la lógica. Ezra esperaba persuadir a Madeleine con vagas amenazas contra su amante. Mi enfoque, con rehenes en nuestro poder, es mucho más directo.

Enzo se veía obligado a admitirlo. El plan de Ezra siempre había confiado en la cooperación de Montifloro para volver a la Daga contra Pietro. Con Montifloro destruido, el plan de Esperanza era su mejor baza. Quizá la única.

—Si aprecia a estos chiquillos tanto como afirmas, tendrá que aceptar nuestras condiciones.

—Los aprecia. —La mujer de oscura melena posó los ojos sobre Enzo—. Venid, mi señor. Seguidme. Os presentaré a las claves de nuestro mayor triunfo.

El laboratorio especial se encontraba situado en el piso superior de la planta química. A él sólo se accedía por medio de un ascensor solitario cuyo interior estaba controlado por un sistema de cámaras de circuito cerrado emplazado a la entrada del laboratorio. Si se observaba a alguien sospechoso dentro del ascensor, las puertas de acero que comunicaban con la planta del laboratorio permanecerían cerradas y unas bombonas de gas mostaza eructarían su veneno letal dentro del compartimento. Dos ametralladoras automáticas sitas a ambos lados del pasillo de entrada proveían de protección adicional. Cualquier visitante indeseable que saliera del ascensor se vería atrapado en medio de un mortífero fuego cruzado.

La inmensa puerta que conducía al laboratorio estaba forjada en una plancha de acero de titanio de quince centímetros de grosor. Las paredes eran del mismo material y el doble de anchas. Ni siquiera un

hombre lobo enfurecido podría traspasar tamaña barrera. La superficie de la puerta era completamente lisa. Sólo podía abrirse desde el interior.

La cámara en sí era un cuadrado de nueve metros de lado. Antaño, en aquel lugar se habían llevado a cabo experimentos peligrosos para la División de Guerra Química del Departamento de Defensa. Aunque la utilización de gases venenosos era ilegal en cualquier parte del mundo, el gobierno de los Estados Unidos se negaba a verse constreñido por leyes o tratados. Firmar documentos siempre estaba bien. Obedecerlos era harina de otro costal. “Si quieres paz, prepárate para la guerra” era el lema de la moderna política de Asuntos Exteriores.

Los experimentos habían cesado hacía cuatro años, cuando una emisión accidental de niebla química procedente del laboratorio había sido transportada a lomos de la brisa nocturna hasta aterrizar en una playa cercana. Trescientas cuarenta y siete personas habían sufrido una muerte espantosa. No se había señalado ninguna causa oficial para el desastre, pero los huesos descoloridos de las víctimas, encontrados diseminados por la arena, habían hecho necesaria una labor de encubrimiento titánica por parte del gobierno. La prudencia y una orden de investigación del Congreso habían dictado que la base de operaciones se trasladara a Montana. El laboratorio secreto había permanecido en desuso desde aquel entonces.

El cuarto constituía una prisión perfecta. Había dos grandes jaulas contra la pared del fondo, donde en su día permanecieron encerrados los animales con los que se experimentaba. Ahora las ocupaban los niños. Las estructuras eran poco más que enormes cajas hechas de barrotes de acero. No había catres, ni retretes, ni comida ni bebida. Tan sólo el suelo y los barrotes desnudos. Jaulas para fieras. Para Enzo, los niños tras los barrotes eran poco más que animales.

Una serie de seis mesas de trabajo se repartían por la estancia, dificultando el paso. Detrás de cada una de ellas había un guardia: tres de los esbirros del Aullador y tres miembros de las fuerzas de seguridad de Químicas Everwell, todos ellos con armas pesadas automáticas. Cuando Enzo y Esperanza accedieron al laboratorio, todas las armas los apuntaron de inmediato.

—Excelente —dijo Enzo, recorriendo la enorme sala con la mirada—. Excelente. Ahora, bajad las armas, idiotas, antes de que me enfade. ¿Dudáis que sea yo?

Todos los ojos estaban fijos en Esperanza. La morena asintió de forma imperceptible. Las armas automáticas apuntaron al suelo. Enzo frunció el ceño. Aquellos idiotas necesitaban que les recordasen quién estaba al mando. Ahora no. Cuando se hubiese encargado de Madeleine, se ocuparía de dejarle bien claro a los oficiales quién daba las órdenes. Se relamió. Sería una lección exquisita.

Había seis niños, tres en cada jaula de acero. La pandilla consistía en dos muchachos y cuatro chiquillas. Una mezcla estrafalaria, donde lo único que parecían tener en común era un brillo taimado y hambriento en la mirada y el odio con el que miraban a Esperanza. No parecía que Enzo asustase o repeliese a ninguno de ellos. Se preguntó si serían así de valientes... o así de estúpidos.

Tres de las niñas estaban de pie, aferradas a los barrotes de la celda de mayor tamaño. Dos pelirrojas y una rubia. Todas muy guapas, aunque no despampanantes como Esperanza. Todas muy delgadas a causa de la mala nutrición. Apenas un aperitivo, nada de primer plato.

Dos muchachos, sin duda hermanos, uno algo mayor que el otro, ocupaban la otra jaula. Los acompañaba la cuarta jovencita, negra y robusta, sin pelo. Los seis eran igual que ratas dentro de una ratonera. Enzo se rió ante la ocurrencia. Lo único que faltaba era el queso.

—Mirad quién ha venido —dijo la rubia. Era alta y delgada, dueña de unos deslumbrantes ojos azules y de un pendiente en el ombligo—. La muy puta ha vuelto. ¿Quién es el cerdo vestido de seda? Habla como si fuese el mandamás en persona. ¿Has venido a echarle un vistazo a la despensa, marrano?

—Silencio —ordenó Enzo. Sus ojos se posaron sobre la joven durante un instante. De inmediato, se hizo con el control de su mente. La niña se calló—. Detesto estas vulgaridades. Los niños tendrían que ser mudos.

—Déjala en paz —dijo uno de los muchachos de la otra jaula. Enzo no le hizo caso. Ya detestaba a los niños durante sus años como mortal. No había mejorado su opinión acerca de ellos tras un siglo de no muerte.

—¿Cuál de vosotros, mocosos malhablados, lidera esta noble banda?

—Yo misma —respondió una de las dos pelirrojas. Tenía los ojos verdes. Enzo se percató de las desvaídas marcas de aguja en sus escuálidos brazos. Una ex drogadicta. Su voluntad debía de ser fuerte. Quebrantarla resultaría entretenido—. Me llamo Allyson. Ésta es mi pandilla. ¿Quién quiere saberlo?

—Me llamo Enzo Giovanni. Vuestro anfitrión durante esta breve visita. Creo que ya conocéis a uno de mis parientes, a la señorita vestida de negro conocida como Madeleine Giovanni.

—No se puede decir que os parezcáis —repuso Allyson, desafiadora—. Madeleine es una dama, mientras que tú no eres ningún caballero. Cuando se entere de cómo nos estás tratando, no le va a hacer ninguna gracia.

Enzo sofocó una risita. Qué pequeñuelos tan ilusos y valientes, con la cabeza llena de esperanza. Aquella actitud retadora le parecía estimulante. Doblegar sus espíritus uno por uno le proporcionaría un inmenso placer. Su sangre le sabría tan dulce...

—Somos sus agentes especiales —continuó Allyson. Había perdido cierta seguridad en la voz—. Se preocupa por nosotros.

Enzo se inclinó, con los ojos clavados en los de la niña. Transcurrido un instante, ésta retrocedió, pálida y demudada.

—Sí. Eso me han contado. Por eso sois mis invitados. Quiero departir con mi estimada prima acerca de cierta misión que me gustaría que llevase a cabo. Vuestras vidas son la recompensa. Por tanto, sigue esperando que planeo seguir ocupándose del Rat Pack. De no ser así, dejaréis de resultarme útiles como rehenes. Aunque no habréis perdido toda vuestra utilidad.

—Eres un puto vampiro —dijo la chica calva de la otra jaula—. Pues vaya mierda. Hemos visto cosas peores.

—Otra mocosa recalcitrante propensa a la blasfemia —regañó Enzo, negando con la cabeza. Señaló a la adolescente con un dedo—. Siéntate. Cállate. —Volvió a concentrar su atención en la chiquilla llamada Allyson. Allí de pie ante las tres niñas enjauladas, podía oler su sangre. Podía sentir cómo se revolvía su sed—. Creo que se impone una pequeña lección.

—No —intervino Esperanza. Apoyó una mano sobre el hombro derecho del vampiro—. No les hagáis daño. Todavía no, al menos. No hagamos nada que pudiera predisponer a Madeleine en nuestra contra. Esta situación exige que nos mostremos cautos. El asesinato de cualquiera de los niños podría dar al traste con todos nuestros esfuerzos.

—No iba a matarla —dijo Enzo, pugnando por sojuzgar a la bestia interior—. Sólo iba a catar su sangre, apenas mojarme los labios.

—Están muy delgados. No importa lo poco que bebas, sería demasiado arriesgado.

—Y el ángel del Señor los truncó con su terrible espada relampagueante —recitó de repente la otra pelirroja que compartía jaula con Allyson.

Su voz era profunda, increíblemente profunda para una chiquilla de su edad. Era pequeña y delgada, pálida. Iba vestida con un vestido largo de color negro y guantes largos a juego. La espesa y enmarañada mata de cabello anaranjado le cubría el rostro casi por completo. Una inteligencia espeluznante se asomaba a sus grandes ojos castaños. Tendría unos trece o catorce años.

—Mía es la venganza, dijo el Señor —continuó la niña. Bien podría haberle puesto voz a la Parca—. Me la cobraré.

Enzo rugió y enseñó los colmillos. Por un instante, se acordó de las viejas costumbres y a punto estuvo de santiguarse.

—Niña bruja —escupió. Avanzó un paso en dirección a la celda—. Retira tu maldición.

Allyson profirió una carcajada.

—Sarah nunca miente, don Enzo Giovanni importante que te cagas. Yo diría que tu puta reunión con Madeleine no va a ser ni la mitad de civilizada de lo que esperabas. Y si no te gustan las palabrotas, pues coges y te jodes.

Enzo se volvió hacia Esperanza. La morena parecía aturdida, confusa.

—Su avatar —musitó para sí la exuberante mujer—. ¿Quién es el avatar de la niña?

—La cría es una bruja. Tenemos que quemarla y esparcir sus cenizas al viento.

—No te precipites —repuso Esperanza, con más temple—. La chiquilla no puede ver el futuro. Nadie puede. Está loca, le da por recitar parrafadas bíblicas en los momentos más insospechados. Eso es todo, nada más.

—Habría que quemarla. Sus palabras son una maldición.

—Aún no. —Esperanza cogió a Enzo del brazo, le volvió la espalda a las jaulas y anduvo unos cuantos pasos—. Cuando hayamos forjado nuestro pacto con Madeleine y ésta destruya a Pietro, los niños estarán a tu merced. Entonces podrás hacer lo que quieras con los mocosos. Yo me ocuparé de la de negro. Perecerá entre alaridos de agonía.

—¿Y las ominosas predicciones de la chiquilla?

—Delirios de una mente desbocada. —Esperanza sonaba más confiada, más segura de sí a cada palabra—. Incluso sus propios camaradas la tienen por estrafalaria. No permitas que sus desvaríos socaven tu resolución. Si quieres doblegar la voluntad de Madeleine, tendrás que ser fuerte.

—Lo seré. No tendrás que preocuparte por eso. Si nuestro plan fracasa y Madeleine se niega a colaborar, descuartizaré a la Daga con mis propias manos. Puede que sea la asesina más letal de nuestro clan, pero también yo sé cómo manejar a la muerte. Mi alianza con el Señor del Acero me ha vuelto mucho más poderoso. Madeleine cooperará o será destruida.

—Madeleine primero —dijo Esperanza, mientras caminaban cogidos del brazo hasta la puerta de salida—. Los niños después.

—De acuerdo. Puedo esperar. La expectativa hará que su sangre me sepa aún más dulce.

Tras ellos, la niña de negro volvió a hablar. Su voz profunda y antinatural resonó por todo el laboratorio:

—*¡Mene, Mene, tekel upharsim!* Se os ha juzgado y encontrado culpables. Vuestros días están contados.

Con una maldición, Enzo abrió de golpe la puerta del laboratorio secreto y se apresuró a adentrarse en el pasillo. Las ominosas palabras de la niña habían caído sobre él igual que un martillazo. Esperanza le pisaba los talones, con el rostro pálido de pavor. Mientras cerraba la colosal puerta, Enzo echó un último vistazo a los chiquillos apiñados contra los barrotes de las jaulas. Su mirada se encontró con los oscuros ojos de la niña vestida de negro, la que había hablado con la voz de la Parca. Ésta le devolvió una mirada franca, diáfana. Aquellos no eran los ojos de una lunática. Esperanza se equivocaba. Enzo sabía en lo más profundo de su ser que la cría era una vidente, hablaba del futuro. Un futuro inevitable. *Estaba condenado.*

DIECISIETE

Madeleine se despertó al anochecer. Había pasado las horas de luz diurna durmiendo en las ruinas de un templo abandonado a las afueras de la ciudad. La iglesia profanada, escenario de más de un ritual satánico en el transcurso de la última década, hacía tiempo que había perdido la potestad de ser calificado de terreno sagrado. Una pared entera se había derrumbado, enterrando gran parte del interior del edificio bajo los escombros. Había secciones del sótano a las que resultaba del todo imposible acceder desde la superficie. En aquella cámara, sin entradas, Madeleine se sentía completamente a salvo de los intrusos.

Se incorporó en silencio, sinuosa, de su lecho de tierra fría y húmeda. Presintió de inmediato que algo iba mal, aunque no tenía ni idea de qué podía ser. Se sentía inquieta, desconcertada. Con cuidado, miró alrededor, en busca de cualquier intruso. El cuarto estaba a oscuras, sin rastro de luz, pero a Madeleine no le hacía falta. Todo seguía tal y como lo había dejado. Empero, la sensación de malestar persistía.

No había elementos decorativos, ni mementos, ni baratijas de ningún tipo en la sala. Su vida antes de la no muerte había estado dedicada por entero a la venganza. Las muñecas, los juguetes, los libros de aventuras y demás cosas por el estilo nunca habían conseguido entretenerla. Prefería jugar con cuchillos, estranguladores y pistolas. El único objeto personal que conservaba era una fotografía. El retrato de un joven que sonreía tímidamente a la cámara. Se llamaba Elisha, y era la única persona a la que amaba en el mundo.

Madeleine dormía desnuda, para no mancharse la ropa. Sus gustos eran sencillos. Sólo se vestía de negro. Aunque poseía docenas de vestidos, todos ellos presentaban el mismo corte, la misma talla, el mismo estilo. Sus medias variaban ligeramente, al igual que los zapatos, si bien nadie se percataba de ello. Madeleine tenía buen gusto, pero poca imaginación. La variedad la dejaba fría. No pretendía impresionar a nadie, nunca intentaba llamar la atención. La mayoría de las personas que conocía sólo la veían una vez, y lo que pudieran opinar le importaba bien poco. El único atisbo de color que se permitía era la elaborada gargantilla de plata que le rodeaba el cuello, decorada con el blasón de los Giovanni.

Después de cepillarse varias veces la lisa melena de cabello oscuro, estaba preparada para recibir a la noche. En silencio, sin esfuerzo, se introdujo en la tierra. Como muchos no muertos, Madeleine era capaz de fundirse con el suelo. Era una de los pocos privilegiados que conocían el secreto de moverse en tal estado de fusión. Aquel era uno de los varios talentos únicos que la convertían en una asesina imparable. Ninguna pared podía mantenerla alejada. Ninguna fortaleza podía resistirse a su ataque.

Emergió de la tierra en la parte trasera de la iglesia. Su furgoneta aguardaba donde la había dejado poco antes del alba, recogida en un garaje en ruinas, cubierta por una gran lona de color marrón. Volvió a experimentar la extraña sensación de que algo iba mal, aunque seguía sin conseguir identificar el motivo. La furgoneta estaba intacta. Nadie merodeaba por aquellos parajes. La antigua iglesia abandonada poseía una siniestra reputación, bien merecida. Como miembro del clan Giovanni, poseía ciertas habilidades nigrománticas. Aquel paraje estaba embrujado. En otro momento, se habría tomado su tiempo para estudiar la historia del edificio, pero no ahora. Tenía cosas más importantes que hacer.

Tras apartar la lona de encima del coche, la dobló con cuidado y la guardó en el maletero. La conversación que había mantenido la noche anterior con Diecisiete y Sombra del Amanecer no había arrojado ninguna luz. Quería consultarle a los brujos una vez más antes de intentar enfrentarse a Ezra y a Enzo. Pero antes, debía informar de sus evoluciones al Mausoleo.

Tras subirse al asiento delantero de la furgoneta, Madeleine encendió el motor. Dejó el vehículo en punto muerto, metió la mano debajo del asiento y extrajo un resistente maletín de cuero. Lo abrió para revelar un pequeño ordenador portátil, una microimpresora y un módem. La furgoneta estaba equipada con un poderoso sistema de telefonía móvil. Tras conectar el ordenador al teléfono, Madeleine podía escribir y enviar mensajes electrónicos a Italia, así como recibir instrucciones e información de su sire. Pietro Giovanni creía a pies juntillas en los milagros de la tecnología moderna, por lo que procuraba que sus

operativos dispusieran del equipo mejor y más avanzado posible. Para el clan Giovanni, la calidad no tenía precio.

Cuando Madeleine enchufó el ordenador al móvil, la línea de fax emitió un pitido al instante, indicando que había una retransmisión anterior almacenada en la línea. Frunció el ceño. Pietro no había respondido a ninguna de sus comunicaciones previas. Por lo general, su abuelo la dejaba llevar a cabo sus operaciones sin proporcionarle ninguna instrucción. Resultaba curioso que, tras una noche sin nada que reseñar, le enviara un fax en vez de un *e-mail*.

Su expresión se oscureció aún más cuando la transmisión comenzó a descargarse. Su teléfono móvil estaba equipado con un decodificador y un sistema de identificación de llamada que mostraba el número de teléfono del que procedía el mensaje. Para esta llamada, la pantalla permanecía a oscuras.

El fax tardó apenas algunos segundos en finalizar su tarea. No se trataba de ningún mensaje, sino de una fotografía. Una fotografía grande, en blanco y negro. Madeleine se armó de paciencia y aguardó hasta que la transmisión estuviese completa antes de echar un vistazo a la imagen. Una pareja risueña, un hombre con barba acompañado de una joven, sonreía a la cámara. Entre ellos, un niño pequeño. Al fondo, Madeleine pudo ver una casa solariega que reconoció de inmediato. El hogar de Rambam. Al fijarse en la foto, descubrió que el hombre de negra barba era Ezra. La mujer debía de ser su esposa, Rebekkah, asesinada poco después de que se tomase aquella foto. El niño que abrazaban era Elisha, el nieto de Rambam, el hijo de Ezra, y su amante.

El remitente de aquella fotografía debía de ser Rambam, uno de los magos más poderosos del mundo. No tenía ni idea de cómo lo habría hecho, aunque sabía que su magia volvía posible lo imposible. Pero, ¿por qué? El artesano de la voluntad, a menudo tan enigmático y reservado, nunca hacía nada sin una buena razón. Aunque se negaba a pelear contra su propio hijo, Rambam quería que detuviesen a Ezra. Madeleine estaba segura de que la foto estaba destinada a ayudarla en su cruzada contra el mago enloquecido. Ojalá pudiese comprender lo que quería decir.

Al acordarse de la conversación de la noche anterior, cogió el fax, lo dobló en diminutos pliegues y lo guardó entre sus senos. Estaba convencida de que Diecisiete y sus amigos poseían la respuesta a aquel acertijo. Lo único que tenía que hacer era preguntar.

Redactó un rápido resumen de la situación concerniente a Ezra y a Enzo, para Pietro. Omitió casi todo lo que había descubierto gracias a los magos. Su batalla contra el clon base carecía de importancia para el clan Giovanni. Lo más importante era que Enzo y Ezra conspiraban para obtener el control de la familia mediante el asesinato de Pietro. Había que detenerlos. Si Madeleine y Montifloro fracasaban, habría que enviar a otros para finalizar el encargo.

A grandes rasgos, señaló las conexiones de Enzo con el gigante mundial energético, Pentex. A su parecer, había que vigilar de cerca a la enorme megacorporación. Un número exagerado de sus actividades parecía oponerse a los objetivos del clan Giovanni. Antes o después, Madeleine estaba segura de que las dos potencias económicas chocarían entre sí. Lo mejor sería que su familia estuviese preparada de antemano para posibles enfrentamientos. Uno de los lemas de los Giovanni era *El honor por encima de la muerte*. Otro, *No te fíes de nadie*.

Satisfecha con su informe, Madeleine lo envió vía mensajería electrónica, guardó el ordenador y cerró la furgoneta, la cual volvió a quedar cubierta por la lona. A menos que fuese absolutamente necesario, prefería desplazarse por medio de sus poderes especiales. Al volante del vehículo se sentía demasiado expuesta, vulnerable. Viajar a través de la tierra resultaba mucho más seguro.

Sin haberse desembarazado aún del presentimiento de que había ocurrido algún desastre, Madeleine volvió a hundirse en la tierra. Tardaría apenas algunos minutos en llegar al calvero donde había conferenciado la noche anterior junto a Diecisiete y sus camaradas. Quizá ellos supiesen explicarle aquella extraña sensación. Rezaba para que así fuese. Odiaba los misterios.

Cuando emergió del suelo del claro sagrado, lo primero que vio fue a Diecisiete y a Sombra del Amanecer fundidos en un abrazo apasionado. Sonrió al fijarse en que ambos empuñaban armas mortales.

La pasión no conocía fronteras. Al ser testigo de aquella muestra de afecto entre dos amantes, Madeleine se sintió embebida de tristeza. Una lágrima de sangre negra se deslizó por su mejilla. Ella amaba a Elisha con la misma intensidad. Algún día, estarían juntos. Mas no todavía. No en años venideros.

Había cadáveres diseminados por todo el calvero. Estrafalarias criaturas inhumanas, un cruce entre hombre y lagarto, dotadas de inmensas fauces y una piel reluciente como el acero. A Madeleine no le cupo duda de lo mortíferas que debían de resultar aquellas aberraciones, a todas luces creaciones de la magia. Al fijarse las heridas de tajo, abrasión y perforación que laceraban los cuerpos de los hombres lagarto, comprendió también que los magos en peligro podían resultar mucho más peligrosos que ninguna de sus creaciones. Ningún monstruo, por muy horripilante que fuese su aspecto, era capaz de igualar la rabia que habitaba en las almas de los humanos.

Al no ver indicio alguno de que Diecisiete y Sombra del Amanecer fueran a reparar en su presencia, Madeleine tosió con discreción. De repente, la pareja se había separado y esgrimía sus armas. Diecisiete esbozó una sonrisa al verla. Si bien resultaba difícil de asegurar por la falta de luz, Madeleine estaba segura de que Sombra del Amanecer se había ruborizado.

—Por favor, disculpadme. No pretendía interrumpir vuestra... celebración. He vuelto esta noche para coordinar nuestro ataque contra el mago loco, Ezra, y mi tío abuelo, Enzo. Supuse que más nos valdría ultimar nuestros planes, el tiempo es un factor fundamental. Cuanto más tardemos, mayores serán las posibilidades de que fracasemos. —Abarcó los alrededores con el gesto de una mano, señalando a los cadáveres—. Estas bestias, ¿fueron enviadas por nuestros enemigos?

—Casi, casi —repuso Diecisiete—. ¿Recuerdas que mencioné a aquella joven, Jenni Smith? Preparó esta emboscada siguiendo los dictados del clon base.

—Una decisión poco acertada por su parte —comentó Madeleine. La mención de Jenni Smith por parte del hombretón le trajo el fax a la memoria. Metió la mano dentro de su escote y sacó la foto. La desdobló y se la entregó a Diecisiete—. ¿Os suena esta mujer?

—Desde luego —contestó Diecisiete, sin dudar—. Es Jenni Smith.

—No. Es Rebbekah, la esposa de Ezra ben Maimon, poco antes de que pereciera víctima del tiroteo de unos terroristas. Esta mujer, Jenni Smith, y sus compañeras, se han apropiado de los rasgos de la fallecida para distorsionar la percepción del mago. Su pesar lo convirtió en presa fácil. Sin duda, cree que el Señor del Acero le ha devuelto a su esposa asesinada en pago por sus servicios a los Señores Oscuros.

—¿Asesinada por terroristas? —musitó Sombra del Amanecer—. Puede que ni siquiera esa verdad sea tan sencilla como parece. Estas diabólicas cambiaformas llevan siglos conspirando. Dudo que hayan dejado nada al azar. Ni siquiera un asesinato que pudiese contribuir a lograr sus aspiraciones.

—El hombre de la fotografía debe de ser Ezra. Pero, ¿quién es el niño?

—Se llama Elisha —contestó Madeleine—. Él y yo compartimos... —Dejó la frase inacabada al darse cuenta en aquel preciso instante de la causa del desasosiego que la había asaltado al despertar. El Rat Pack. Un vínculo mental la ligaba a la pandilla de chiquillos, quienes podían contactar con ella si se veían en peligro. La conexión había desaparecido, antes de que ella hubiese abierto los ojos—. Disculpadme.

Se fundió con la tierra. Viajando a una velocidad increíble, llegó al aparcamiento del Bar y Parrilla de Sam el Sucio escasos minutos después. El chillón letrero de neón rojo, con letras de tres metros de alto, permanecía intacto, así como las palabras ABIERTO TODA LA NOCHE, TODAS LAS NOCHES. El bar, un inmenso edificio de madera de dos pisos de altura, parecía igual que siempre. Madeleine sabía que no era así. El espacioso aparcamiento de grava y cemento no albergaba a ningún coche. A aquellas horas de la noche, el bar de Sam solía encontrarse abarrotado de clientes. Siempre había algún vehículo.

Miró al otro lado de la carretera, a la gasolinera veinticuatro horas. La ventanilla de cobros, de acero y cristal, con su letrero que indicaba que el dependiente estaba armado y era peligroso, se veía vacía. El cristal estaba teñido de rojo sangre.

El bar era un reputado caladero para algunos de los peores ladrones y asesinos de los alrededores de Rochester. Rara vez transcurría toda una noche sin que tuviese que acudir la policía. Por aquellos parajes

se cometían más asesinatos que en muchas ciudades. A pesar de todo, el bar siempre estaba atestado de gente. Salvo esta noche.

Madeleine podía oler la sangre sobre el cemento. La mayoría se había derramado hacía días, pero captó un rastro reciente. Por un instante, sintió una oleada de deseo... de sed. De inmediato, la apartó de su mente. Su disciplina era férrea. Se negaba a que su ansia la poseyera.

Igual que un sabueso que siguiera un olor, se movió con gracia inhumana por el cemento. El rastro conducía a la arboleda cercana. Con los ojos encendidos como ascuas, Madeleine divisó una figura solitaria encogida contra un árbol, frente al bar. Era la demente conocida como la hermana Susie.

La joven de cabello rubio vestía mallas cortas blancas de ciclista, top del mismo color y botas a juego. Bajo los senos, se apreciaba una gran cicatriz en forma de equis. Sostenía en una mano, lasca, una escopeta de cañones recortados. A escasa distancia descansaba otra sobre el suelo. Tenía los ojos cerrados, como si estuviese dormida, respiraba de forma entrecortada, su pecho apenas se movía. Había recibido casi una docena de disparos, aunque seguía con vida. Madeleine sospechaba que Susie se negaba a morir.

—Susie —dijo, acercándose a la rubia—, ¿qué ha ocurrido?

Los párpados de la mujer aletearon, la mano que sostenía el arma se crispó, como si intentase levantarla. Hasta que vio que se trataba de Madeleine.

—Asesinos a sueldo —murmuró, con voz apenas audible—. Vinieron a por los críos. Intenté detenerlos. Eran demasiados para mí. Demasiados.

—¿Mataron a los niños? —quiso saber Madeleine. Un trago de su sangre de vampiro reviviría a Susie, le daría la fuerza necesaria hasta que pudiese recibir atención médica—. ¿Quién los envió?

Susie no respondió. Madeleine, a punto de abrirse una vena, se detuvo. La hermana Susie ya no podía recibir ayuda. Había exhalado su último aliento. No podría responder a más preguntas.

—Buena forma de morir —musitó Madeleine, antes de abandonar a la fallecida y encaminarse a la entrada del club.

El establecimiento consistía en una larga sala rectangular recubierta con paneles de madera barata. El techo era bajo, con vigas expuestas que recorrían la estancia de uno a otro lado. La iluminación era tenue, casi inexistente. Dos arcaicos ventiladores giraban cansados, colgados del techo, proyectando sombras extrañas sobre el entarimado cubierto de mugre. La máquina de discos de la esquina había enmudecido. Las seis mesas redondas estaban vacías, así como los reservados de la parte posterior.

Madeleine caminó hasta el mostrador. De oro y marfil, bruñido por los años, ocupaba gran parte de la pared del fondo. Tras él podía verse un llamativo grabado que representaba a tres mujeres desnudas tendidas sobre la misma cama. Clavado sobre el mismo por medio de cuchillos largos que le atravesaban las manos, los hombros, los tobillos y el estómago, había un hombre alto y moreno, vestido con un delantal blanco cubierto de sangre. Leo, el camarero, el agente local del clan Giovanni. Tenía los ojos abiertos, fijos en el infinito; le habían cercenado la garganta de oreja a oreja.

Madeleine observó al cadáver por un momento. No había mensajes tallados en su cuerpo, ni notas guardadas en sus bolsillos para que ella las encontrara. Allí no había nada que descubrir. Leo había sido asesinado a manos de hombres que disfrutaban con su trabajo. Un grupo de homicidas reunidos al servicio de los Nefandos. Habían matado a la hermana Susie. Habían torturado a Leo hasta la muerte. Habían hecho prisioneros al Rat Pack.

Madeleine no tenía genio, tenía *paciencia*. La suprema confianza en sus propias habilidades evitaba que se enfureciese jamás. Siempre pagaba con la misma moneda. Hacía muchos años, Don Caravelli, el Capo de Capi de la Mafia, había asesinado a su padre. Ella había jurado venganza. Había tardado casi un siglo en cumplir su promesa, pero el don de la mafia había perecido a sus manos. Los que habían acabado con las vidas de Leo y la Hermana Susie estaban igual de abocados a su fin.

Dio un paso al frente y arrancó sin esfuerzo los cuchillos que laceraban la carne del camarero. Lo depositó sobre el suelo de madera. Como empleado leal al clan Giovanni, Leo se merecía un entierro digno. Al igual que la hermana Susie, que había fallecido mientras intentaba proteger al Rat Pack.

Un dolor súbito e inesperado golpeó a Madeleine entre las cejas. Se llevó las manos a la frente como si un huso al rojo le hubiera traspasado el cráneo y hubiese ido a incrustarse en su cerebro. Rugió cuando, por un instante, la agonía abrasadora se apoderó de todo su cuerpo. Luego, tan pronto como había aparecido, el fuego se extinguió.

No necesitaba que le explicaran el significado de aquel episodio. La cadena de muertes continuaba. Leo y Susie, asesinados. El Rat Pack, secuestrado. Ahora, Montifloro había perecido, reclamado por la Muerte Definitiva. Su primo y ella habían subestimado de manera imperdonable a Enzo Giovanni y a sus aliados. No volvería a cometer el mismo error.

La venganza era un plato que se servía frío. Sabía que sus enemigos confiaban en obligarla a cometer alguna estupidez. Quizá pensaban que el Rat Pack les proporcionaba rehenes con los que negociar. Se equivocaban. Ella nunca emprendía ninguna acción sin haber deliberado y meditado sobre la misma con anterioridad. Tampoco se dejaba manipular por sus emociones.

Su sire y abuelo, Pietro Giovanni, le había encomendado una misión. Enzo Giovanni había traicionado al clan. Esconderse detrás de unos chiquillos no lo salvaría. Había cometido un pecado que estaba más allá de toda redención.

Aunque el clan Giovanni ostentaba una siniestra reputación por su despiadada búsqueda del poder, por no detenerse ante nada para alcanzar sus objetivos, Madeleine se había educado dentro de una estricta tradición de honor familiar. Era una asesina que no conocía la piedad y que se adhería a su propio y rígido código de conducta.

Siempre saldaba sus deudas con creces. El respeto era para los que se lo merecían. Lo más importante, era fiel a su palabra. Había jurado proteger al Rat Pack. Liberaría a los niños, o la destruirían en el intento.

Madeleine salió del edificio, recogió el cuerpo sin vida de la hermana Susie y lo depositó adentro, junto al de Leo.

Había un teléfono detrás de la barra. Madeleine levantó el auricular y marcó un número de Manhattan que no aparecía en la guía. Cuando respondieron a la llamada, empleó cinco minutos en dar instrucciones precisas a su interlocutor. Susie y Leo recibirían un entierro digno, el bar cerraría “por renovación”, se archivarían dossiers, se falsificarían documentos, se pagarían sobornos. En los Estados Unidos, el dinero podía comprar cualquier cosa, y el clan Giovanni tenía mucho dinero.

Cuando estuvo segura de que la situación quedaba en manos capaces, cerró y trancó desde dentro todas las puertas del bar de carretera. Apagó las luces de neón y colgó el letrero de *Cerrado* en la ventana. Si todo salía según lo previsto, el establecimiento volvería a abrir pronto con otro propietario. Si no, Madeleine no se enteraría o le daría igual.

El honor por encima de la muerte. Las palabras restallaron en la cabeza de Madeleine a modo de último adiós a Leo y a Susie. En completo silencio, se disolvió hasta convertirse en una bruma oscura que desapareció por las rendijas del suelo del bar. Diez minutos más tarde, había regresado al Calvero de la Diosa. Diecisiete y Sombra del Amanecer se encontraban sentados junto al arroyo, esperándola.

—¿Malas noticias? —preguntó Diecisiete, cuando volvió a unirse a ellos.

—La hermana Susie ha muerto. Al igual que un empleado leal del clan Giovanni. Un grupo de niños desamparados a mi cuidado ha sido secuestrado por los matones de Enzo Giovanni. Sospecho que los retienen como rehenes en Químicas Everwell. Enzo y Ezra confían en que me sume a su desquiciado complot. Un terrible error por su parte.

—¿La joven murió defendiendo a los niños? —quiso saber Sombra del Amanecer.

Madeleine asintió con la cabeza.

—Kallikos actuó sabiamente cuando la dejó ir en paz —dijo Sombra.

—No vas a negociar. —No era una pregunta. Diecisiete constataba un hecho.

—Jamás. No habrá concesiones.

—¿Cuándo piensas atacar? —preguntó Sombra del Amanecer.

—Mañana por la noche.

—Te estarán esperando —comentó Diecisiete—. Serás una contra muchos. Este fax deja bien claro que estas cambiaformas renegadas han estado cooperando con Enzo y Ezra, o manipulándolos, desde la mismísima gestación de su conspiración. Salta a la vista que estas artesanas de la voluntad harán cualquier cosa con tal de garantizar el éxito de su plan maestro. Además de con Enzo, tendrás que vértelas con Ezra, el mago demente, y con varios brujos de poderes insospechados.

—No es la primera vez que las probabilidades me son adversas. Sobreviví. Mis enemigos, no. Han tendido su trampa, pero esperan que la evite. En vez de eso, caeré en ella y los cogeré por sorpresa. En ocasiones, la falta de subterfugios provoca la mayor confusión.

—No irás sola —declaró Sombra del Amanecer—. Llevo esperando este momento desde mi primer encuentro con Akrites Salonikas en los bosques del monte Kuromasa. El vidente dejó bien claro que esta batalla sería tan mía como tuya. Previó el conflicto, pero no supo determinar el resultado. Combatiremos juntas.

—Dos mejoran las apuestas —dijo Diecisiete—. Tres, aún más. Yo también voy. —Se cambió de mano la impresionante guadaña—. No eres la única que tiene cuentas que saldar con Enzo, Ezra y su patrón, el Señor del Acero.

Sombra del Amanecer sonrió a su amado, antes de lanzar una mirada de soslayo a Madeleine y, con un imperceptible movimiento de cabeza, dejar por sentado que Diecisiete no iba a acompañarlas en aquella misión de muerte. Madeleine inclinó la cabeza apenas un milímetro a modo de respuesta. Diecisiete poseía una fuerza asombrosa, pero le faltaba sutileza. La operación de la planta química requería sigilo, no fuerza bruta.

—Entonces, mañana —convino Madeleine—. Nos reuniremos aquí, en este claro, a esta hora. Si perecemos, será con honor.

—La Rueda del Drahma gira —recitó Sombra del Amanecer—. Nos hallamos ante una encrucijada de la historia. El destino nos conducirá de la mano en la oscuridad.

—Sin cuartel, sin piedad —concluyó Madeleine—. Muerte a nuestros enemigos.

DIECIOCHO

Aunque había dormido junto a Diecisiete desde que se besaran por primera vez en el Calvero de la Diosa, Sombra del Amanecer insistió, tras la despedida de Madeleine, en que debían contraer matrimonio.

—Si perezco mañana, que sea como una mujer honesta —declaró. El tono empleado dejaba bien claro que no daba lugar a peros—. No soy ninguna muchacha barata salida de las calles. El amor es algo más que pasión. Implica compromiso, incluso ante la muerte.

Diecisiete, aunque no podía decirse que sus encuentros con las mujeres desde que recuperara la memoria lo convirtiesen en un experto a la hora de comprenderlas, sabía que no valdría la pena objetar nada. Además, amaba a la guerrera espadachina y estaba dispuesto a todo con tal de hacerla feliz.

Así fue como, bien entrada la noche, se convirtieron en marido y mujer. Claudia Johnson, como una de los líderes informales de la Cábala de Casey, presidió la ceremonia. Divertida por la urgencia de su petición, los unió no obstante por el sagrado ritual de la Diosa. La ceremonia fue breve y directa al grano, dado que Claudia estaba a punto de acostarse. Las violentas discusiones acontecidas a lo largo de toda la tarde y buena parte de la noche la habían dejado exhausta. Sam Haine, mascullando lo tontas que eran las mujeres y mordisqueando un puro sin encender, hizo de testigo, al igual que Albert. Al cabo del oficio, Sam sorprendió a la pareja al insistir en que aceptaran unas monedas de veinte dólares con el águila dorada como regalo de bodas y talismán.

—Creía que estas tradiciones te parecían una cosa sin sentido —dijo Diecisiete, sonriendo, estudiando el óbolo, de casi un siglo de antigüedad—. Bobadas de brujas y paparruchas rituales, me parece que lo llamaste una vez.

—Y lo reitero, pero hay un momento y lugar para todo en este sorprendente mundo donde vivimos, hijo. Hace años que tengo esas águilas doradas en mi poder. Más de lo que te puedas imaginar a juzgar por mi lozanía. —Nadie conocía la edad real del Hombre Cambiante, pero sus niveos cabellos y el extraordinario conocimiento que había amasado acerca de asuntos relacionados con la magia dejaban bien claro que no era ningún pipiolo—. Dicen que los objetos que porte un mago durante el tiempo suficiente absorben parte de su energía. No te puedo decir si esto es verdad o es mentira, pero podría ser. A lo mejor estas monedas os traen un poco de mi buena suerte. Lo que está claro es que no os harán ningún daño. Además, en el peor de los casos, siempre servirán para pagar un par de platos calientes.

—Me siento honrada por tu regalo —dijo Sombra del Amanecer, solemne—. Lo valoraré tanto como tu amistad.

—Venga, venga —repuso Sam, falto de palabras por un instante. Por una vez, el Hombre Cambiante había bajado la guardia—. Que me aspen si ése no es el cumplido más bonito que me hayan dedicado en mi vida. Vas a conseguir que llore las pocas lágrimas que le queden dentro a este viejo cascarón. Ya está bien de parloteo. Más os vale que os escapéis corriendo a celebrar vuestra luna de miel. El día ya casi se ha terminado y, ¿quién sabe lo que nos depara el mañana?

Pasaron toda la noche haciendo el amor bajo las estrellas, en un pequeño descampado no muy lejos del claro de la Diosa. La pasión los consumió hasta que, próximo el alba, se sumergieron en las aguas del sueño, entrelazados. Diecisiete se percató, no obstante, de que Grito y Susurro se encontraban a mano. Una guerrera Garra de Dragón nunca se separaba de sus armas.

Cuando Diecisiete se despertó, descubrió que tanto las espadas como Sombra habían desaparecido. Encontró a su reciente esposa y a sus dos compañeras inseparables en medio del bosque. Moviéndose a la velocidad del rayo, la guerrera se batía en duelo con los árboles y los arbustos. Como siempre, peleaba sin proferir sonido alguno. Sombra del Amanecer prefería que sus espadas hablaran por ella.

—¿Alguna vez dejas de entrenarte?

—¿Alguna vez dejas de respirar?

—No tendría que haber preguntado. ¿Te apetece desayunar?

—Cuando esta guerra toque a su fin —dijo Sombra, de camino a la Cábala de Casey—, le prepararé a mi marido unos platos que le harán perder el sentido.

—¿Sabes cocinar?

Sombra negó con la cabeza.

—No. Me enseñaron a aprovechar lo que nos ofrece la tierra para subsistir estando de viaje, eso sí, pero nunca aprendí el arte de guisar. De todos modos, ¿cómo va a resistírsele esa tarea a una Garra de Dragón?

También en esta ocasión, Diecisiete sabía que era mejor no decir nada.

Tras la comida, Sombra se alejó de la Capilla para continuar con sus ejercicios. Sam Haine y Albert habían salido de camino a las cataratas del Niágara para ayudar a un antiguo camarada en apuros. Claudia Johnson se había enfrascado en otra acalorada discusión con los miembros rebeldes de la Cábala de Casey. Eran varios los que habían desaparecido la noche anterior. Otros amenazaban con irse ese mismo día. El discurso del Maestro de la Armonía había afectado seriamente a la unidad de la Capilla. Diecisiete, inquieto y preocupado por los acontecimientos, se vio solo.

Incapaz de relajarse, se dejó caer sobre una butaca en el salón, donde apenas horas antes habían visto en la televisión al ser que se hacía llamar Heylel Teomim, prometiendo la inmortalidad a todos los magos... a cambio de un precio. Impulsado por el recuerdo, los pensamientos de Diecisiete se volvieron hacia la auténtica identidad del clon base. ¿Sería la enigmática creación el verdadero líder de la Primera Cábala resucitado? ¿O sería un títere del Señor del Acero, aspirante a sumir a toda la Teluria en el caos? Diecisiete sospechaba que jamás averiguaría la verdad. Algunos misterios no tenían explicación.

Fue entonces cuando se acordó del último gesto de Porthos Fitz-Empress, antes de perecer en la destrucción del Reino del Horizonte conocido como Doissetep. Cuando unas fuerzas que escapaban a la comprensión habían resonado por toda la creación, el mítico artesano de la voluntad había transportado a Diecisiete y a Sombra del Amanecer, sanos y salvos, a Stonehenge. Junto a ellos había viajado una copia de la obra maestra de Porthos, el libro que había titulado *La senda frágil*. Si existía alguna pista de la verdadera identidad del clon base, debía de encontrarse en las páginas de ese volumen.

La senda frágil, subtitulada *Los testamentos de la Primera Cábala*, narraba la historia de la traición que cometiera Heylel Teomim contra las Tradiciones hacía quinientos años. Reunía las declaraciones de todos aquellos que habían sobrevivido a la catástrofe, además de la propia defensa de sus actos por parte de Heylel.

Diecisiete recordó por un momento que, no hacía mucho tiempo, el vidente otrora conocido como Akrites Salonikas se había enfrentado al sosias del clon base en el Gran Salón del Horizonte. Ambos magos se habían encontrado frente a frente ante la Mesa del Cenáculo.

—Dime, Heylel —había preguntado Kallikos—, ¿cómo se llamaba el ermitaño que pereció en un trágico accidente durante nuestros días juntos en el Primera Cábala?

—¿Ermitaño? ¿Qué ermitaño?

Kallikos no había dado muestras de sorpresa al ver que Heylel desconocía la respuesta.

Con aquel breve intercambio de palabras ardiéndole en la mente, Diecisiete cogió *La senda frágil* y comenzó a leer. Pasó varias horas a solas con el libro, concentrándose en cada detalle, en cada nimiedad, en cualquier atisbo que se pudiera leer entre líneas. Las historias estaban escritas en idioma arcaico, una de ellas incluso era un cantar, pero no costaba entenderlas. El dolor y la agonía de aquella época, de la Gran Traición, emanaban de aquellas páginas con tanta fuerza como si el autor le estuviese susurrando cada frase al oído a Diecisiete.

Cuando por fin cerró el libro, Diecisiete estaba cubierto por una película de sudor frío. *La senda frágil* estaba cargada de poderosas emociones. Al cabo de medio milenio, su historia seguía siendo vital. Ahora Diecisiete sabía por qué Porthos quería que se conservase y que la leyeran todos los magos de las Nueve Tradiciones. Hablaba de amor y de odio, de fe y de ambición, de traición y de confianza. El libro era eterno y apelaba directamente al espíritu humano. Era un mensaje que Diecisiete no podría olvidar nunca.

Preparó unos emparedados, cogió una cesta de merienda y se fue en busca de Sombra del Amanecer. La encontró en el Calvero de la Diosa, entregada al ballet de la muerte, con sus dos espadas girando tan rápido que se asemejaban a círculos de acero que la rodearan.

Durante el almuerzo, Diecisiete le contó a la espadachina lo que había descubierto.

—Porthos elogiaba a Heylel, escribió que era mucho más que humano. Cuenta que Heylel ardía como una vela, cuya luz te atraía al tiempo que la llama te hacía retroceder. En su introducción a la última confesión del traidor, Porthos dice que creía que Heylel había traicionado a las Tradiciones a fin de unir las. Cree que el líder de la Primera Cábala *sentía* que había hecho lo correcto, aunque eso condujera a la tortura y a la muerte de varios de sus mejores amigos.

—Eso es justo lo que afirmó el clon base.

—Porthos, no obstante, apuntaba que muchos magos de aquella época creían que Heylel tenía tratos con los demonios. Por eso se ganó el remoquete de *Abominación*. De depositar tu fe en demonios y diablos a hacerlo en vampiros, no media un abismo tan grande.

—Entonces, ¿sospechas que quizás esta alianza entre el clon base y los no muertos se originara en realidad con el verdadero Heylel?

—No lo sé —admitió Diecisiete—. Como de costumbre, las nuevas respuestas conducen a nuevas preguntas. El único que conoce la verdad es el clon base, y estoy seguro de que no conseguiremos sacar nada en claro de él.

—¿Había algo en el libro que apuntase a que el clon sea Heylel o el Señor del Acero?

—Puede ser. La revelación de tu mentor, Akrites Salonikas, habla de su amistad con Heylel, y del lazo que se forjó entre ellos debido a la muerte accidental de un ermitaño religioso.

—¿Un ermitaño? —repitió Sombra. Como todos los miembros de la Hermandad Akáshica, nunca olvidaba un detalle—. En la Gran Sala, Kallikos le preguntó el nombre de un ermitaño al clon base.

—Tormod de Kirkenes. Murió, su cuerpo envejeció cientos de años en un instante cuando una Tormenta Temporal se cernió sobre él. Akrites, cuya presencia había provocado el efecto de la Paradoja, se culpó a sí mismo por la muerte del anciano. Heylel consoló al vidente, evitando que perdiera la cordura y posiblemente la vida. No es algo que se olvide con facilidad.

—Sin embargo, el clon base no recordaba al ermitaño, ni su nombre. Una prueba sólida de que la creación artificial no es el auténtico Heylel Teomim.

—Estoy de acuerdo. Así y todo, el propio Kallikos parecía albergar dudas respecto al clon. Recuerda que, según el libro, Heylel sufrió el Gilgul, la aniquilación definitiva. Ningún brujo ha regresado jamás de ese castigo. Por tanto, es posible que el clon sea Heylel reencarnado con lagunas de memoria. O podría tratarse del Señor del Acero, haciéndose pasar por Teomim.

Sombra hizo una mueca.

—Estas discusiones esotéricas me producen dolor de cabeza. —Tocó las empuñaduras de sus espadas—. A mí dame frío acero y batallas encarnizadas en vez de conjeturas y posibilidades. La realidad está hecha de carne y hueso, no de rompecabezas dentro de rompecabezas dentro de más rompecabezas. ¿Contiene alguna respuesta este libro, además de meras posibilidades?

—Por desgracia, dado que el volumen versa sobre hechos acaecidos hace cinco siglos, no ofrece ninguna relación clara entre el pasado y el presente. Como tú has dicho, está lleno de puzzles dentro de puzzles, de ruedas dentro de más ruedas. Puede que las páginas del libro entrañen la respuesta, pero nada es definitivo. Como lo de los gemelos.

—¿Qué gemelos?

—Eloine, la artesana de la voluntad Verbena que perteneció a la Primera Cábala, engendró a dos criaturas que nacieron durante los primeros años que el grupo pasó sobre la Tierra. El padre era su amante, Heylel Teomim. Cuando traicionó a sus camaradas de la Orden de la Razón, Heylel le arrebató los niños a Eloine y se los entregó a sus nuevos aliados. Lo que ocurrió con los gemelos sigue siendo un misterio.

Ambos, un niño y una niña cuyos nombres jamás quedaron registrados, se desvanecieron entre las brumas de la historia. Eloine murió sin llegar a saber lo que les había sucedido.

—¿Crees que sobrevivieron y que formaron su propia cábala secreta?

—¿Quién sabe? ¿Por qué no? No sabemos nada de los aliados de Heylel, aparte de que algunos de ellos son cambiaformas y de que planean hacerse con el control de las Nueve Tradiciones y la Tecnocracia. Es posible que sean descendientes de la Abominación. Las sociedades secretas sólo existen mientras se mantienen en secreto, cuando las conocen sólo sus miembros. No existen lazos más fuertes que aquellos que forja la sangre. ¿Es la venganza lo que los impulsa? ¿O será una noble causa? Pueden cambiar muchas cosas en cinco siglos. Como dijo Madeleine Giovanni la otra noche, los conspiradores podrían ser Nefandos, aliados de los Maeljin Incarna, cambiaformas devotos de la noche eterna. O podría tratarse de un grupo exaltado de artesanos de la voluntad, infiltrados tanto en las Nueve Tradiciones como en la Tecnocracia, que persigue su propia senda hacia la Ascensión.

—Entonces, puede que no busquen hacer el mal. Quizá el clon base sea en realidad Heylel Teomim renacido, y sus sueños de Unidad, nada más que eso.

—No existe una respuesta concisa. Eso es lo que lo vuelve tan complicado. El clon base y el grupo de Jenni Smith podrían estar de parte de los ángeles. No lo sé. Sin embargo, cualquier conspiración que exija el poder en lugar de ganárselo levanta mis sospechas. No confío en la gente que se niega a dar el brazo a torcer. Cuando el fin, da igual lo retorcido o destructivo que sea, justifica los medios, a menudo suele ocurrir que esos medios se convierten en el fin en sí. El bien y el mal son dos caras de la misma moneda para cualquier fanático. No hay nada que me asuste más que alguien que sabe sin lugar a dudas que tiene razón y que es capaz de cualquier cosa con tal de conseguir su objetivo.

Sombra se puso en pie. Salvo por el gorjeo del manantial sagrado, el claro se encontraba en silencio. No se movía nada, ni siquiera la brisa.

—Esta noche, todas esas preguntas carecerán de significado. —Desenvainó a Susurro. La hoja desnuda resplandeció como el sol de la mañana. Acercó la espada a los labios y depositó un beso delicado sobre el acero—. Las únicas respuestas que importan están dentro del acero. Como le dije a Madeleine Giovanni, Kallikos predijo que en una ocasión, con un aliado oscuro a mi lado, me batiría a muerte con las fuerzas de la sangre y la locura. Esa hora se aproxima. Hace más de cinco siglos, Kallikos tuvo la visión de un futuro horrible. Juró entonces que haría todo lo posible por evitar que ocurriera. A cualquier precio. El vidente ha aguardado pacientemente a que llegase este momento, pero ni siquiera él conoce el resultado. Ni siquiera él sabe en qué desembocará el conflicto.

Sombra del Amanecer besó apasionadamente a Diecisiete. Sus ojos se clavaron en los de él.

—El destino del mundo depende de mi habilidad —declaró, con voz trémula por la emoción—. Están en juego nuestras vidas, nuestro amor y *nuestro futuro*. No fallaré. No me atrevo a pensar en el fracaso.

DIECINUEVE

Las situaciones desesperadas exigían medidas desesperadas. Hargroves se enorgullecía de no haberse dejado dominar por el pánico en toda su vida, fuesen cuales fuesen las circunstancias, pese a cualquier tipo de presión. Su situación era desesperada, un caso perdido en apariencia. Pero se negaba a rendirse ante el destino sin plantar batalla. Siempre había conseguido abrirse paso con uñas y dientes en medio de la adversidad. No pensaba detenerse ahora.

Doblar la seguridad de la planta exigía numerosos ajustes en los turnos y en la distribución del personal. Un trabajo tedioso y minucioso que Enzo depositaba por entero en sus manos. Por lo general, habría tenido los cambios completos por la mañana pero, tras las sorpresas que le había deparado la noche, hubo de bregar con el encargo hasta que el sol estuvo bien alto en el firmamento. Con Enzo dormido hasta el anochecer y Esperanza ocupándose de recados secretos, nadie vigilaba ni supervisaba a Hargroves. Tal y como ella lo había planeado.

Ningún otro empleado de Everwell aparte de Hargroves tenía acceso al sótano del antiguo edificio. Antaño, aquel nivel había servido de almacén para los ataúdes contruidos en la fábrica bajo la que estaba enterrado. Ahora Enzo lo utilizaba como refugio personal. Oculta en las entrañas de sus sinuosos pasillos se encontraba la cripta donde dormía durante las horas del día. Al final de otro pasadizo estaba la cámara que le servía de oficina. Ninguno de aquellos lugares la interesaba, sino que siguió un tercer túnel que la condujo a una estancia marcada en los apolillados mapas como “Almacén de Imperecederos”.

Las paredes aparecían recubiertas por una pátina de moho verde. El peso de las toneladas de tierra y acero presionaban desde arriba. Las luces eran débiles y el suelo de cemento se veía descascarillado y agrietado. Eran pocos los que hollaban aquel camino. Menos aún los que regresaban.

Hargroves sabía que aquella cámara era el calabozo privado de Enzo. Allí, tras una puerta de acero reforzado, guardaba su aprovisionamiento de sangre... dentro de contenedores vivos, que respiraban y pensaban. Mattias estaba muerto, seco, pero varios de sus seguidores seguían con vida. Residían en un estado que bordeaba el terror irracional, encadenados a las paredes de piedra, a la espera de que el vampiro tuviese sed.

La puerta del cuarto estaba trancada a cal y canto pero, como secretaria personal de Enzo, Hargroves tenía acceso a las llaves de todas las cerraduras del edificio. Un giro de muñeca, y estuvo dentro.

Cuatro hombres, apenas conscientes, pendían encadenados a las paredes de piedra de la celda. Igual que trozos de carne en el matadero. Los reconoció a todos. Trent, Entrecot, Kross y Simon. Como enlace entre Enzo y los Caballeros del Dolor, había tratado con todos los miembros de la banda en una u otra ocasión a lo largo de los años. Unos ojos abatidos, apáticos, se posaron sobre ella sin ninguna esperanza. Los Caballeros sabían que trabajaba para Enzo. Sin duda pensaban que su aparición se debía a alguna orden de su apresador. No vio ningún motivo para sacarlos de su error.

Aunque Enzo seguiría dormido hasta el anochecer, no sabía cuándo regresaría Esperanza. Tampoco estaba segura de que su plan fuese a tener éxito. Si fracasaba, Hargroves planeaba alejarse lo más posible de Rochester aquella misma noche. Por tanto, debía tomar una rápida decisión respecto a los pandilleros.

Tras estudiar a cada hombre durante algunos minutos, se decantó por Entrecot como el mejor de aquella cuadrilla miserable. El hombre, alto y delgado, con los ojos azules vidriosos y la piel pálida como el marfil aparentaba estar en mejores condiciones que sus compañeros. Con algo de ayuda, quizás incluso lograra caminar.

Se acercó al prisionero y le habló al oído:

—No digas ni una palabra o saldré ahora mismo por esa puerta. Si quieres huir, asiente despacio con la cabeza. Muy despacio.

Entrecot mantuvo los labios sellados. Con un gesto imperceptible, hundió la barbilla.

—Enzo ha depositado su marca sobre ti. Soy la única que sabe cómo romper el hechizo. Cuando salgamos de esta mazmorra, tendrás que obedecer todas mis órdenes. ¿Entendido? *Todas mis órdenes*. Si no, estarás de vuelta aquí antes del anochecer. Asiente de nuevo si estás de acuerdo.

Por segunda vez, Entrecot humilló la cabeza. Hargroves no se hacía ilusiones. En cuanto el pandillero recuperase su fuerza, cambiaría de chaqueta en menos de lo que canta un gallo. Eso no la preocupaba. En su plan no había cabida para que el matón embutido en cuero disfrutase de mucho tiempo libre.

—Vale. Cuando te suelte, haz acopio de fuerza y sígueme fuera de esta cámara. Si no puedes, te dejaré aquí para Enzo.

Hargroves metió la mano en el bolso y sacó la llave de los grilletes. Cuando abrió las esposas que sujetaban a Entrecot a la pared, el hombretón trastabilló, pero no se cayó.

—Ven conmigo —ordenó Hargroves. Caminó hacia la puerta de la celda. Con pasos cortos y vacilantes, Entrecot la siguió. Tropezó y estuvo a punto de perder el equilibrio, pero se negó a sucumbir. Hargroves aprobó su esfuerzo con un ademán cuando el hombre llegó hasta ella—. Espérame en el pasillo. Ni se te ocurra echar a correr. Jamás lograrías salir de este laberinto. Será un minuto.

Entrecot se escurrió fuera de la cámara. Hargroves escrutó a los otros tres prisioneros. Ninguno de ellos dijo nada. Así y todo, habían visto demasiado. Si Enzo acudía allí esa noche para alimentarse, descubriría que Entrecot había desaparecido. Un puñado de preguntas bastaría para revelar su traición, algo que no se podía permitir. Volvió a meter la mano en el bolso y extrajo una navaja automática de veinte centímetros de hoja. Con toda naturalidad, accionó el resorte.

Recorrió la hilera de hombres, degollándolos a todos de uno en uno, cortándoles las cuerdas vocales. Sólo Trent consiguió proferir un grito, un chillido estridente que se apagó casi antes de empezar. Mientras la sangre manaba de las heridas del trío, los apuñaló a todos en el corazón. Era una tarea apresurada y engorrosa, pero la llevó a cabo con su habitual eficiencia. Cuando hubo cerrado y asegurado la puerta de la celda, los grilletes sujetaban a tres cadáveres.

—Quédate cerca y no digas nada —le dijo a Entrecot—. Déjame hablar a mí. Si nos cruzamos con alguien, serás mi guardaespaldas. No te pago para que hables.

Se abrieron paso a través del laberinto de pasadizos del sótano, antes de subir las escaleras hasta la planta baja. Como secretaria privada de Enzo y ejecutora de faenas desagradables por cuenta de la empresa, Hargroves no le caía demasiado bien al resto de los empleados de Químicas Everwell. Nadie se detuvo para charlar con ella mientras se encaminaba con paso seguro hacia la salida. Entrecot y ella bien podrían haber sido una pareja de espectros invisibles, a juzgar por la atención que habían llamado.

En lugar de caminar, llamó a un taxi para ir a casa. Cuanto menos gente viese a su compañero, mejor. Mientras firmaba en la recepción de su edificio de apartamentos, lanzó una mirada furibunda al guardia de seguridad. Éste no le hizo ninguna pregunta acerca de su acompañante. Media hora después de haber entrado en el almacén del sótano, Hargroves y su sombra vestida de cuero se encontraban a salvo. Hasta ese momento, todo había ido como la seda, pero aún quedaba por delante la parte más difícil de su plan.

—Siéntate —dijo Hargroves, señalando el enorme sofá blanco de felpa. Todos los muebles del cuarto eran de color blanco, al igual que la alfombra. Las paredes eran de un negro severo. Su gusto para los colores reflejaba la forma que tenía de ver la vida—. Tranquilo. Aquí estás a salvo.

Entrecot se desplomó sobre el sofá. Su piel descolorida y sus ropas de cuero encajaban a la perfección con la decoración.

—¿Estás segura de que ese condenado monstruo no podrá encontrarme aquí?

—Estarás a salvo mientras sigas conmigo —repuso Hargroves, al tiempo que sacaba un espejo de cuerpo entero de su dormitorio. Con cuidado, lo colocó frente al sofá. El cristal de metro y medio de alto estaba enmarcado en madera marrón, una nota discordante entre tantos blancos y negros, pero a veces resultaba inevitable cierta discordancia en el estilo—. El espejo reflejará sus hechizos —declaró, en busca de una explicación plausible para sus actos. Entrecot era lo bastante estúpido como para conformarse con aquello—. Los vampiros no se reflejan en los espejos, por eso les tienen miedo.

—Claro —dijo Entrecot, repantigándose cuan largo era en el sofá—. Lógico.

—¿Hace una cerveza? —preguntó Hargroves, de camino hacia la pequeña cocina del apartamento.

—Fijo. Cojonudo.

Hargroves abrió el frigorífico y sacó una Miller Lite. Tenía por costumbre beberse una cerveza al regresar a casa del trabajo. Hoy no. Necesitaba tener las manos libres. Se estiró sobre la repisa de la cocina y extrajo el machete de carnicero del tajo de madera.

Con el enorme cuchillo oculto a la espalda, le llevó la lata a Entrecot.

—Ahí tienes. Que aproveche.

—Eres la hostia, tía. —Entrecot se sentó, abrió el envase y se lo llevó a los labios—. Por salvarme la vida y tal.

Hargroves siempre había mantenido un estricto control sobre sus emociones, sus deseos, sus pasiones. Le costaba comprender aquellos sentimientos. Se mostraba siempre lógica, aborrecía la mera idea de comportarse de forma irracional. Su cordura era inflexible, era una mujer que siempre había inhibido su pasión. Sólo bajo la mayor de las presiones perdía el control de sí misma y dejaba suelta a la bestia que acechaba en las profundidades de su cabeza. Hoy era uno de esos días.

Hargroves esperó hasta que la mitad de la lata hubo desaparecido por el gajnate del pandillero antes de hablar. Entrecot tenía los ojos cerrados y una expresión de abandono absoluto. No vio el cuchillo que lo atacó por la espalda. El primer indicio de que algo iba mal fue cuando la hoja se encajó en el costado derecho de su cuello.

La sangre salpicó el sofá blanco y ensució la alfombra. Entrecot se atragantó con la cerveza, intentó gritar, no pudo. Le manaban espumarajos sanguinolentos por la nariz y por la boca.

—Yo nunca dije nada de salvarte la vida —corrigió Hargroves y, tras levantar el brazo por encima de su cabeza, descargó la pesada hoja sobre el pecho del matón. Los huesos crujieron cuando la hoja se hundió. Entrecot se contorsionó y sacudió como si acabase de recibir una descarga eléctrica de mil voltios. Intentó incorporarse, agitó los brazos en un intento fútil por zafarse de su agresora. Hargroves era inexorable.

El machete subía y bajaba. Con el rostro enjuto descompuesto en una sonrisa siniestra, Hargroves tajaba y tajaba. No se esforzó por rematar la faena, sino que parecía que quisiera mantener a Entrecot con vida hasta que sangrase por un centenar de heridas distintas. Su cara, sus manos, sus ropas chorreaban sangre. El sofá se había teñido de escarlata, la alfombra era una mancha roja. El espejo del otro lado del cuarto aparecía salpicado de cuajarones.

Cinco minutos después de que comenzara su ataque, Hargroves soltó el machete. Entrecot estaba muerto. El pandillero parecía un enorme trozo de carne picada. Estaba irreconocible. La piel pálida había quedado reducida a tiras. Su sangre lo manchaba todo.

Hargroves se volvió hacia el espejo de cuerpo entero, alzó las manos teñidas de sangre y apoyó las palmas sobre el cristal.

—Aliara, Emperatriz de la Pasión —llamó, con voz trémula por la emoción desatada—, acepta este sacrificio, esta ofrenda, hecha en tu nombre. Siente mi ansia, aliméntate de ella. Toma forma de mi pasión. Aparece ante tu humilde sierva. Ayúdame cuando más lo necesito.

Transcurrieron algunos segundos. Hargroves permaneció paralizada en el sitio. Si Aliara no respondía a su llamada, se vería obligada a huir de la ciudad. Enzo habría ganado. Lo que más la molestaba era que la zorra de Esperanza también habría triunfado. Aquel sí que era un mal trago, uno que Hargroves no estaba dispuesta a pasar. Con todo, no era ninguna ilusa. Sin la ayuda de su patrona, la Señora Oscura, no sería rival para sus enemigos.

La risa comenzó muy queda, apenas audible. El cristal vibró bajo los dedos de Hargroves, provocando un estremecimiento que se contagió a sus brazos. El sonido continuó, creció. Chillón, estridente, antinatural. Aquel ruido no procedía de una garganta humana.

Hargroves retrocedió un paso. Abrió los ojos de par en par cuando vio que la sangre que empapaba el cristal corría en regueros carmesíes hasta el centro del espejo. Recorrió el salón con la mirada. Por todas partes, las manchas estaban desapareciendo, como absorbidas por alguna especie de aspiradora impía. El cuerpo de Entrecot se convulsionó, se estremeció, se agitó y se volcó sobre el sofá de felpa. Hargroves se mordió el labio inferior cuando el cadáver se dobló por la mitad. La risa era ya una carcajada, el sonido estremecía el suelo, conseguía que las paredes temblaran.

La sangre había desaparecido del cristal. En su lugar se veía una nube fangosa y arremolinada, gris oscuro, surcada por relámpagos verdes, amarillos, púrpuras y naranjas. Los colores dañaban los ojos de Hargroves. Probó a cerrarlos, pero los colores seguían allí.

A su espalda, un crujir de huesos. No tenía ni idea de lo que le estaba ocurriendo al cadáver, ni quería saberlo.

—Millicent —susurró la voz que se había estado riendo—. Estoy aquí. Tú me has llamado y yo te respondo. Hace años que no me dedicabas un sacrificio, que no dabas rienda suelta a la pasión oculta en lo más profundo de tu alma. Hacía mucho de aquellos pelmazos del proyecto para la construcción de viviendas.

—Te he servido bien, Aliara —dijo Hargroves, abriendo los ojos. Un rostro familiar le devolvió la mirada desde el espejo. Unos rasgos andróginos, con el cabello verde muy corto que caracoleaba enmarcando sus facciones como una serpiente, ojos verde oscuro que ardían con una luz infernal y labios tan verdes como sensuales. Aliara, Reina de la Pasión, la mentora y benefactora de Hargroves, un ser al que había obedecido fielmente durante casi toda su vida—. He llevado a cabo todo lo que me has pedido. Jamás me he quejado, siempre he estado a tu servicio, tus objetivos han sido siempre los míos. Tus ambiciones, las mías.

—Eso es cierto —convino Aliara. Aunque movía los labios detrás del cristal, su voz parecía proceder de las paredes, el suelo, el techo. La sangre humana, derramada durante un asesinato, le otorgaba más substancia de la acostumbrada—. Al contrario que Shade, tú nunca me has defraudado. ¿No le oyes gritar? Sus gañidos me divierten. El señor Shade demostró no estar a la altura de su misión y ahora tiene que pagar por su incompetencia. Todavía le quedan más de mil años para saldar su deuda.

Hargroves sintió un escalofrío. Aliara no conocía el perdón. No le iba a resultar sencillo confesar su propio fracaso.

—Ha surgido un problema con Enzo Giovanni.

—Creía que tenías engatusado al vampiro. —Los ojos verdes de Aliara destellaron—. ¿Me estás diciendo que han cambiado las circunstancias?

—Toda la situación se ha disuelto de la noche a la mañana. —Ahora que había empezado, no había vuelta atrás. Se apresuró a resumirle a Aliara todo lo acontecido desde la noche anterior. No intentó disculparse ni camuflar la verdad. Sólo ésta podría salvarla.

—Qué embrollo más interesante. Aunque no me hace ninguna gracia. Está claro que ya no nos queda ninguna opción de apoderarnos del clon base ni de sus dos marionetas. Había depositado grandes esperanzas en Enzo. Ahora, esta Esperanza, sin duda una cambiaformas, me lo ha arrebatado. Esto no me gusta.

—No todo se ha perdido —dijo Hargroves. O todo o nada. O bien Aliara accedía a colaborar en su plan, o sufriría un tormento eterno, al lado de Terrence Shade—. Creo que podemos aprovecharnos de este desastre. Con tu ayuda, puedo desbaratar los planes de tus enemigos y aumentar tu presencia sobre la Tierra. Pero sólo con tu ayuda, esta misma noche.

—¿De verdad? Nunca dejas de sorprenderme, Millicent. Tu ambición arde con más llama que la del vampiro más letal, que la del brujo más poderoso. Nadie es tan peligroso como tú. ¿Qué es lo que me estás pidiendo?

—El poder para destruir —siseó Hargroves, sabiendo que lo había conseguido—. Me enfrento a artesanos de la voluntad que alteran la realidad con un mero pensamiento y a vampiros invulnerables a las armas corrientes. Necesito ser capaz de matar con un simple toque.

—Como deseas. Acércate al espejo. Más cerca. Acerca tu rostro al mío. Más cerca.

Hargroves hizo lo que se le ordenaba. Miró a Aliara a los ojos y se estremeció ante la visión del infierno.

—Ahora —susurró la Señora Oscura—, aprieta los labios contra el espejo y bésame.

Hargroves cogió aliento y obedeció. Sus labios tocaron el frío cristal. Por espacio de un parpadeo, la superficie bajo su boca se calentó al rojo y una lengua de ofidio lamió la suya.

—Hecho —dijo Aliara. Hargroves se apartó de golpe del espejo mágico, con el corazón desbocado, hirviendo la sangre. Sus labios cosquilleaban—. Esta noche, posees el *Toque que mata*. Úsalo bien, pues sólo funcionará una vez. Un roce de tu dedo y el deseo de matar destruirán a la víctima que elijas, viva o muerta, hombre o mujer, mortal, mago, vampiro o espíritu.

—¿Incluso a un Señor Oscuro? —preguntó Hargroves. Se arrepintió de inmediato de haber abierto la boca.

Aliara soltó una carcajada.

—Los Maeljin Incarna son creaciones del espíritu, mi querida Hargroves. Por tanto, no podemos ser destruidos. Sin embargo, a fin de asumir forma física en Malfeas y cualquier otro sitio, necesitamos un cuerpo humano con vida. También necesitamos una mente mortal activa para definirnos y otorgarnos personalidad. Estos cuerpos anfitriones duran mucho, mucho tiempo, pero se los puede destruir. Un mago ambicioso, osado, codicioso y dispuesto a correr riesgos inmensos, podría llegar a convertirse en uno de los Señores Oscuros. —Aliara hizo una mueca—. Alguna vez ha ocurrido.

—¿El clon base?

—No lo sé. La verdadera identidad del clon base sigue suponiendo un misterio para mí, pero ha habido otros, artesanos de la voluntad, que han llegado a Malfeas en busca de lo inimaginable. Uno de esos magos que quiso hacerse el héroe fue Ethan Phillips, ahora conocido como el prisionero Diecisiete. Otra fue su amante, Bailarina Escarlata, la cual pretendía compartir su cuerpo, su ser, con la Emperatriz del Deseo. Conmigo.

—¿Y lo consiguió?

Aliara profirió la horripilante risa cruel que conseguía que las paredes se estremeciesen y el aire ondulase.

—Ése, Hargroves, es un secreto que más vale no revelar.

VEINTE

Sombra del Amanecer aguardaba armada de paciencia en el lugar de reunión a que llegase Madeleine Giovanni. Permanecía inmóvil, con ambas manos apoyadas en la empuñadura de Grito, su espada corta. Aunque se enfrentaba a las horas más determinantes de su vida, su mente se encontraba serena, concentrados sus pensamientos. La magia interna del *Do* fluía por su cuerpo, convirtiéndola en una con el universo. Se había preparado durante toda su existencia para los momentos que se avecindaban. El destino llamaba a su puerta.

Esa noche, Sombra se había vestido para la guerra. Sus ropas eran negras como la noche. Llevaba el cabello recogido en una trenza que le llegaba casi a la cintura. Había anudado las puntas en torno a un pasador de madera. Dentro del cilindro había dos estiletes de acero. En caso necesario, el pelo de Sombra podía convertirse en otra arma.

A pesar del calor de la noche, se cubría con unos pantalones largos y holgados y una amplia camisa de manga larga. Iba descalza, para combatir sin impedimentos. Un delgado hilo estrangulador se enroscaba en una de sus muñecas. Grito pendía de su cinto. Susurro, su katana, estaba enfundada a su espalda. Portaba estrellas arrojadas en varios bolsillos. Se había embadurnado la cara de negro, a fin de no reflejar la luz de la luna. Sombra no era una ninja pero, como Garra de Dragón, sabía apreciar el valor y la importancia de las artes asesinas.

La luna refulgía brillante, reflejando su luz en las aguas del manantial sagrado. El bosque era un remanso de paz, mudo salvo por los sonidos de caza de pequeños animales. Los inmensos árboles proyectaban sus sombras sobre el calvero, como dedos de tinieblas que atestiguaran longevas edades y egregias hazañas.

Un aleteo de movimiento invisible la alertó de la llegada de Madeleine Giovanni. Aunque la vampiro no producía sonido alguno, Sombra sintió su presencia de inmediato cuando se materializó fuera del suelo a cuatro metros de distancia. Sombra, en sintonía con las fuerzas de la naturaleza, poseía un millar de ojos.

La dama oscura de los Giovanni alzó una mano a modo de saludo. Como siempre, iba vestida de negro, con el crespón de los Giovanni colgado al cuello. A la luz argéntea, sus rasgos marfileños permanecían amortajados por las sombras. Se diría que su piel capturaba y retenía la luz. Sólo sus ojos refulgían, como dos brasas candentes.

—Siento el retraso. Hace casi un siglo que obedezco los dictados de mi sire, Pietro, y los deseos del clan Giovanni. En todo este tiempo, no he temido por mi existencia ni una sola vez. Esta noche, al abrir los ojos, de repente me di cuenta de que esta lucha bien pudiera ser la última que libre. Quizás la Daga de los Giovanni no sobreviva hasta el amanecer. Fue un instante de consciencia inesperada. Tenía que hacer una llamada, había una persona con la que tenía que hablar. Las líneas transcontinentales estaban sobrecargadas, y descubrí que lo que tenía que decir era más de lo que había sospechado en un principio.

—Lo entiendo. A veces llega un momento en el que debe decirse la verdad sin vacilación. Cuando debemos pronunciar palabras que aún no habían salido de nuestros labios.

—Exacto. —El fantasma de una sonrisa asomó a los labios carmesíes de Madeleine—. ¿A ti no te sorprende, como le ocurre a la mayoría de los mortales, que alguien como yo sea capaz de albergar tales sentimientos?

—Yo emito mis propios juicios, no acato los prejuicios de los demás. Anoche, mencionaste a un hombre llamado Elisha, el hijo de Ezra. Perdóname si especulo demasiado.

—No hace falta que te disculpes. —El rostro de Madeleine no traicionaba emoción alguna, pero hablaba despacio, como si pugnase por encontrar las palabras apropiadas—. Es un brujo de un potencial increíble. Compartimos aventuras asombrosas. No te equivocas al asumir que estamos muy... unidos.

—Una vampiro y un artesano de la voluntad. Una mezcla interesante. ¿Sabe que vas tras su padre?

—Elisha ni siquiera sabe que Ezra es su progenitor. Éste lo abandonó cuando él aún gateaba y fue su abuelo el que lo crió. El mago demente ya ha jurado que asesinará a aquel que yo más quiero... refiriéndose a Elisha. Sin duda, Ezra y Enzo piensan utilizar esa amenaza para obligarme a someterme a sus planes.

—Es una valiosa moneda de cambio.

—Elisha está fuera del alcance de Ezra. Tampoco se encuentra indefenso. Dudo que el demente pudiera hacerle ningún daño. Después de esta noche, eso habrá dejado de tener importancia. Antes de que despunte el sol, Ezra o yo habremos muerto.

—Me lo tomaría como un favor personal si me permitieras batirme con el brujo. ¿Me concederás ese honor?

—Ezra no me asusta. Mi sire me ordenó que lo destruyera.

—No pretendía ofenderte. Mi sugerencia viene motivada por motivos prácticos, no personales. Hay dos enemigos a derrotar, un vampiro y un mago. Un sabio maestro me enseñó una vez que, si conoces a tu enemigo y te conoces a ti misma, ni en un millar de batallas conocerás la derrota. En este caso, creo que el consejo se podría aplicar a la perfección. Mi formación *Do* contra la magia de Ezra, tus disciplinas vampíricas contra las de Enzo.

—Un análisis inteligente —concedió Madeleine, con una sonrisa fugaz—. No tengo nada que oponer a tu lógica. En cualquier caso, me da la impresión de esta Garra de Dragón Akáshica es tan diestra en las artes de la diplomacia como en las de la guerra.

—En los años venideros, explicarle a tu... amigo que asesinaste a su padre, con independencia de los motivos y las justificaciones, quizá te resulte más complicado de lo que crees —dijo Sombra, correspondiendo a la sonrisa de su interlocutora—. No sólo los videntes pueden predecir el futuro.

—Hablando de amigos, ¿cómo has conseguido que tu compañero no se reuniera con nosotras esta noche?

—Mi esposo —corrigió Sombra—. Contrajimos matrimonio anoche, después de que te marcharas.

—Enhorabuena —felicitó Madeleine, con una sonrisa—. ¿Conseguiste celebrarlo hasta dejarlo postrado inmóvil en la cama?

Las mejillas de Sombra se encendieron.

—Interesante concepto de batalla, pero poco práctico en este caso. Diecisiete insistía una y otra vez en acompañarnos en esta misión. Me vi obligada a condimentar su cena con una poción especial. Se sentirá furioso cuando despierte por la mañana pero, con suerte, estaré junto a él para aplacar su ira.

—El orgullo embota el buen juicio de los hombres. No aceptará tus disculpas así como así.

—Prefiero que se sienta herido en su orgullo a que pierda la vida. No pienso convertirme en esposa y viuda el mismo día.

—Tampoco es que no sepa cómo defenderse. Lo he visto pelear.

—No temo tanto por su cuerpo como por su alma. —Las manos de Sombra descansaban sobre la empuñadura de Grito, su espada corta. Cuando se sentía nerviosa, buscaba el contacto con el acero—. Diecisiete ha acudido a este claro en dos ocasiones, cada vez que lo llamaba la artesana de la voluntad que él llama Jenni Smith. Él afirma que la mujer no posee ningún influjo sobre él, pero yo lo veo de otro modo, y también Sam Haine. Mi flamante esposo es muy ingenuo y sus recuerdos siguen estando incompletos. No se da cuenta de los mortíferos poderes que esgrime esta, en apariencia, jovencita. Ni de lo vulnerable que resulta a sus urdimbres.

—Tengo entendido que el amor es más fuerte que el odio. —Madeleine se encogió de hombros—. Claro está que no soy yo la más adecuada para decir eso.

—Me parece que albergas sentimientos más fuertes de lo que estás dispuesta a admitir. —Sombra desenvainó la espada corta y se la acercó a los labios. Tras devolverla a su envoltura, desenfundó su katana, Susurro. La fuerza del acero le confirmaba que había tomado la decisión correcta—. Jenni Smith no es el único peligro que acecha a Diecisiete en Everwell. Aunque guarda silencio acerca de su pasado,

he seguido con atención todos los comentarios que ha hecho al respecto, por nimios que fuesen. Sam Haine, cuya curiosidad se podría calificar de insaciable, ha hecho lo propio. Existen circunstancias aún por esclarecer que vinculan a Diecisiete con el Señor del Acero, el Maeljin Incarna que identificaste como el patrón de Enzo y Ezra. Mi corazón me dice que mi amado, mi marido, no es malvado, pero también sé que el Señor Oscuro posee un poder tan inmenso como su astucia. Con el futuro en juego, pensé que lo mejor sería no correr ningún riesgo.

Tras besar el filo, volvió a envainarlo. Se sentía en paz con el universo. La gran rueda giraba esa noche.

—Sabia decisión. El cielo se oscurece, se aproxima la medianoche. Mi tío abuelo es sumamente impaciente, es un vicio. Sin duda se estará preguntando si no se habrá equivocado al secuestrar a los niños. Creo que ahora es el mejor momento para atacar.

—El momento perfecto llega cuando el acero toca por fin la carne —recitó Sombra, recitando un antiguo proverbio—. Kallikos y yo llegamos a la Cábala de Casey en una furgoneta que compramos en Nueva York. Está aparcada junto a la carretera. ¿Vienes?

—Encantada.

El paseo en medio de la noche, cálida y húmeda, duró sólo veinte minutos. Ni Sombra ni Madeleine hablaron demasiado, las dos luchadoras preparaban sus mentes para el reto que las aguardaba. Pese a sus distintas condiciones de mortal y vampiro, tenían muchas cosas en común.

—No hay guardias de seguridad fuera del edificio —dijo Madeleine, al aproximarse a la inmensa fábrica de productos químicos que era su destino—. Tampoco siento la presencia del personal del turno de noche. La planta se encuentra casi desierta.

—Ezra pasea entre los tanques de almacenamiento. Unos pistoleros patrullan el pasillo tanto dentro como fuera de la nave, y otro artesano de la voluntad aguarda junto al demente. Jenni Smith u otra cambiaformas. Será una batalla interesante.

—Puedo sentir a los niños en el último piso del edificio. Mi plan consiste en rescatarlos antes de presentarle mis respetos a mi pariente. Su guarida es una cámara de cemento subterránea. No sé si está solo o acompañado. Esto prometo: no desistiré hasta que Enzo haya dejado de existir.

—Lo mismo digo de Ezra. Debe ser destruido.

—Si venzo, acudiré en tu ayuda.

—Yo haré lo mismo por ti —respondió Sombra. Un relámpago hendió la noche—. Kallikos vio grandes fuerzas, poderes místicos invisibles, en conflicto esta noche. El destino sigue derroteros tortuosos. Cuidado con los desconocidos, espérate cualquier cosa.

Sombra detuvo la furgoneta al otro lado de la carretera que pasaba frente a la entrada principal de Químicas Everwell. Se volvió para mirar a la pálida mujer que la acompañaba. Sin pronunciar palabra, ambas levantaron una mano y apoyaron los dedos en los de su compañera.

—Victoria o muerte —dijo Madeleine Giovanni. Sin más sonido, se evaporó bajo el suelo del vehículo.

—Victoria —repitió Sombra, al tiempo que abría la puerta más alejada del edificio Everwell. Prefería no plantearse la muerte como una posibilidad. Con apenas un susurro de tela contra los asientos de cuero, desapareció, una entre las muchas sombras de la noche.

Dos mujeres, cada una de ellas extraordinaria a su manera, dos de las combatientes más peligrosas del mundo, contra un antiguo vampiro, un mago enloquecido, una pareja de misteriosas cambiaformas y una horda de asesinos a sueldo. La desventaja era insuperable, injusta. Madeleine y Sombra del Amanecer se enfrentaban a un número abrumador. Pero aún faltaban actores por entrar a escena. En el Tapiz de la Realidad se tejían extraños diseños y el mundo se estremecía.

VEINTIUNO

Un relámpago hendió la noche, iluminando las oscuras calles de la ciudad.

—Ya casi hemos llegado —rezongó Ernest Nelson—. Unas cuantas manzanas y veremos el viejo almacén. ¿Preparada?

—Me han atacado psicópatas Nefandos en tres ocasiones en la Tierra, además de en dos Construcciones del Universo Profundo —respondió Sharon—. Me han apaleado, estrangulado, apuñalado en el corazón, y casi me destrozan los tímpanos por culpa de un Progenitor esquirolo. Casi se me merienda un tigre gigante de dientes de sable y he visto mi coche rodeado por una horda de caníbales invisibles. Nelson, estoy preparada de puta madre para lo que sea. Ya va siendo hora de que montemos una buena.

El ciborg soltó una risotada.

—Así se habla. Te lo concedo, Reed. Cuando estábamos en el Colectivo Gris, siempre creí que tu ayudanta, esa zorra de Velma Wade, era mucho más peligrosa que tú. Me equivocaba. Casi me da pena la muy traidora, se ha hundido en la mierda hasta el cuello. Eres el diablo en persona.

—Viniendo de un fanfarrón como tú —dijo Sharon, con una sonrisa—, me lo tomaré como todo un cumplido. Gracias.

—No hay de qué. Como ya te dije hace tiempo, justo después de cargarnos a aquel tigre, formamos un equipo cojonudo.

—Parece que haya transcurrido toda una vida desde aquello. —Sharon pasó revista mental a sus armas biológicas. Se habían detenido en el puesto de control que poseía la Tecnocracia en Siracusa y habían abastecido su arsenal. Las bolsas de ácido que tenía en la boca estaban llenas, había reforzado sus uñas de acero y una docena de ampollas de gas nervioso descansaban en sus bolsillos. Portaba una escopeta recortada, cargada de balas explosivas. La adrenalina corría por sus venas. Mañana pagaría las consecuencias. Suponiendo que viviera tanto tiempo—. Me parece que hemos sorprendido a más de uno consiguiendo sobrevivir hasta ahora. Claro está que el truco consiste en permanecer con vida esta noche.

—Pues sí. —Las ametralladoras de Nelson estaban repletas, su rifle de plasma, a punto. Además, llevaba encima una nueva remesa de granadas de contusión. Al igual que Sharon, estaba repleto de energía. Se trataba de una estrategia peligrosa, pero necesaria. Esa noche no habría segundas oportunidades—. Me siento igual que uno de esos *sheriffs* en las películas del oeste. Directo al gran duelo en el OK Corral al final de la historia. El único problema es que no sabemos qué pistolas lleva el villano. Ni cuántos forajidos tiene a su servicio.

—Nunca me han gustado las pelis de vaqueros. Me parecen una pamplina romántica. Prefiero los documentales y las películas de ciencia ficción. Las de arañas y serpientes son mis preferidas.

—¿Por qué será que no me extraña? —Condujo el vehículo robado al otro lado de la carretera, aparcó y apagó el motor—. Aquí estamos. Es ese montón de ruinas, gigantesco y oscuro, de ahí enfrente.

—¿Cuál dices? —preguntó Sharon. No bromeaba. Todo el bloque se veía plagado de antiguos almacenes abandonados. A juzgar por lo que había visto de la zona de Rochester, consistía en amplios suburbios, con casas repartidas entre los campos y los bosques, y un centro urbano congestionado y decrepito, inhóspito—. Todos son iguales.

—El que está justo en el centro del bloque. Si te fijas, pone Químicas Everwell en la puerta.

—No hay luz.

—¿Qué prefieres, un comité de bienvenida y la banda del pueblo? Las paredes están recubiertas con planchas de acero, por lo que mis detectores de movimiento y calor resultan inútiles. Pero mi visión de largo alcance funciona de maravilla. No hay ni rastro de alambres ni trampas de ningún tipo. Si este tal Enzo espera invitados, no le preocupa.

—Bien. Hagámosle una visita. Le diremos que pasábamos por aquí y que se nos ocurrió dejarnos caer para saludar a nuestros buenos amigos, Velma Wade y el clon base.

—Por mí, vale. —Nelson abrió la puerta del coche.

Una cerradura electrónica de aleación de acero y titanio reforzados sellaba el almacén. Nelson empleó los taladros ocultos en sus dedos para escarbar hasta el centro del mecanismo. Sharon montó guardia mientras él trabajaba. Abrir los candados le llevó menos de un minuto.

—¿Ves algo raro? —preguntó el ciborg en voz baja, al tiempo que empujaba la puerta—. ¿A alguien?

—Ni un alma. ¿Por qué?

Nelson sacudió la cabeza.

—Por un segundo, mientras taladraba, me pareció que me estaban explorando electrónicamente. Es difícil de explicar si no perteneces a Iteración X. Tiene algo que ver con ser uno con la máquina. Esta maldita misión me crispa los nervios.

—Será eso. Ten las armas preparadas, por si acaso.

—Eso no hace falta que me lo digas. Dentro voy a empezar a subvocalizar. Ni falta que hace que nos oigan.

El interior del almacén era oscuro como la boca de un lobo. Lo único que escuchaban era el sonido de sus respectivas respiraciones. Los ojos de Nelson refulgían como las luces dentro de una malévola calabaza de Halloween. Sharon y Nelson, tras haber aprendido de sus errores, portaban sendas linternas de bolsillo. Los finos haces cortaban la oscuridad como navajas de plata. La primera mitad del edificio era una sala gigantesca, llena de prensas colosales, tanques de almacenamiento de productos químicos y miles de cajas de madera de embalaje apiladas en montones de cuatro metros de altura. Como reliquias de la era de los dinosaurios, salvo que aquellas criaturas eran de acero y no de hueso. Al otro lado de los armatostes se levantaba una pared ocupada por cuatro puertas.

—Atrás —subvocalizó Nelson. Habían empleado el mismo equipo durante sus correrías en la Construcción del Nuevo Orden Mundial en Albany—. Siento calor a unos diecisiete metros al otro lado de la segunda puerta.

—Los vampiros son no muertos —gesticuló Sharon con los labios, sin pronunciar palabra. De repente se sentía suspicaz. Algo iba mal—. No irradian calor.

—A lo mejor Enzo tiene un ayudante. Es el único sitio donde se aprecia movimiento. ¿Crees que es una trampa?

—No lo sé. Da igual. ¿Se te ocurre otro sitio adonde ir? No nos queda otra opción. Es aquí o nada.

—Vale. ¿A qué estamos esperando?

Cruzaron el almacén a paso ligero, en dirección a la segunda puerta. Un fulgor amarillo se filtraba sobre el firme de cemento desde el interior.

Rifle de plasma en ristre, Nelson le propinó una patada a la puerta, que se abrió de golpe al no estar cerrada con llave. Sharon y él irrumpieron en la cámara, larga y estrecha. Cinco metros de ancho, casi veinte de largo, de techo elevado y suelo cubierto por una alfombra gris de dudosa calidad. Un depósito. El único mueble era un gran escritorio de madera en la otra punta del cuarto. Una figura ocupaba una silla giratoria de respaldo alto, de cara a la pared. Parecía que no se hubiese percatado de su aparición, o que no le importase.

—Cabroncete confiado, ¿a que sí? —subvocalizó Nelson. Sharon y él comenzaron a avanzar sobre la alfombra gris, sin hacer ruido. Las armas de Nelson apuntaban a la silla. Tres, cinco, siete metros, seguían acercándose. Tras ellos, la puerta de madera se cerró de golpe. A Sharon se le ocurrió que acababan de caerse dentro de un ataúd y alguien había cerrado la tapa.

—¿Irradia calor? —preguntó. Los separaban menos de cuatro metros de la mesa.

—Ya te digo. También le oigo respirar. Está claro que no se trata de Enzo.

El hombre de la silla giró en redondo. Iba vestido con una guardapolvo de color negro y un sombrero de ala flexible que ocultaba sus extraños rasgos. Bajo y rechoncho, parecía un tonel. Su rostro, lo que podía verse bajo el ala del sombrero, se parecía al de una rana gigante. El sudor le cubría la piel. Tenía

unos ojos grandes y abultados, nariz chata y aplastada y una inmensa boca oval que parecía demasiado grande para su mandíbula.

—Bieeenvennnnidos —saludó—. Ossss esssstabaaaaaaa essssperaaaando. Mmmmmis aaaamigossss dddde laaaa plaaaanta mmmmeeee dijjjjerooooon queeee veeeendrrrríaaaaais.

Su ráfaga de palabras concatenadas y casi incomprensibles producía el mismo sonido que el zumbido de un ventilador eléctrico. Su voz, pese a verse amortiguada por el cuello subido de su abrigo, resonó por toda la estancia.

—Qué hijoputa —maldijo Nelson. Apretó el gatillo del rifle de plasma. Sin resultado—. Es el Aullador.

—Ssssoyyyyy eeel dooooccttttorrrr Aaaatkiiiiinssss —dijo el hombre con cara de rana—. Eeees-tuuuuuuiiiimossss aaaa ppppunnnntoooo ddddeeee cccconnnnnoccccerrrrrnooooos eeeennnn Aaaalbbbban-nny, yyyy luuuuuuuueggggo eeeeeennnn Iiiiiiiiinddddiaaaanaaaa. Esssscaaaapaaaaaaaastttteiiiiis eeeennnn aaaaaaambbbbassssssss ooocaaaasiiiiionnnnessssssss. Mmmmennnnnnnnudddoo eeeen-ggggorrrrrroooo.

Nelson tiró el rifle de plasma al suelo. Saltaron sus ametralladoras. No dispararon.

Sharon le arrojó un puñado de cápsulas de gas nervioso al Nefando. Las ampollas rebotaron sin causar efecto y rodaron por la alfombra.

—Tiene un puto campo regulador de sonido —masculló, sin molestarse en subvocalizar. Se encontraban en serios problemas—. No funciona nada.

—Exxxxaccctoooo —dijo Atkins, al tiempo que se incorporaba de su asiento. Apenas levantaba metro y medio del suelo—. Nnnnadddda ddddeeee caaaachiiiiivaaaachessss. Sssssssóllllloooo puuuurrrra tttécnnnnicaaaa fffíssssicaaaa.

—¡Verás cómo te arranco la cabeza a hostias! —gritó Ernest Nelson, al tiempo que se abalanzaba sobre el escritorio, con los poderosos brazos extendidos.

El Aullador aulló.

A aquella distancia del monstruo, Sharon incluso pudo distinguir lo que era aquel alarido. Era una sola palabra, una palabra que se repetía hasta el infinito. Una palabra que la arrojó al suelo, con las manos sobre los oídos en un intento por ahogar el sonido que le sacudía los huesos y le secaba los ojos, la nariz y la boca. Un sonido abrumador y demoledor que conseguía que cien mil agujas lacerasen su carne. Un sonido que atacaba al sistema nervioso y que la obligó a revolcarse por la alfombra igual que un pez fuera del agua.

Una palabra que golpeó a Ernest Nelson con la misma intensidad y lo volcó de bruces sobre la mesa de madera, convirtiendo su rostro en una máscara de agonía. Un martillo de sonido que ni siquiera el ciborg, cuyos ojos llameantes taladraban a su pretendida víctima, era capaz de resistir.

La palabra se perdió en un silencio roto.

La oscuridad cayó como un telón sobre los ojos de Sharon. En una pequeña parcela de su mente, sabía que se estaba muriendo, que unos pocos segundos más del grito del Aullador convertirían sus huesos en polvo y fundirían su carne en protoplasma. Ni Nelson ni ella podían hacer nada para detener al monstruo. Habían perdido. El monstruo que fuera Gilbert Atkins había vencido.

Entonces, de repente, de improviso, sin previo aviso, el sonido cesó. Deshecha, molida, incapaz de moverse, Sharon intentó enfocar sus ojos abrasados en el Aullador. El horror miraba más allá de Nelson, más allá de ella, hacia la puerta, con el ceño fruncido.

El monstruo abrió la boca y dijo algo que Sharon no consiguió escuchar. El grito del Aullador había sido más de lo que sus tímpanos podían soportar. Se había quedado sorda.

El monstruo rodeó el escritorio e, ignorando a Sharon, la dejó atrás.

El dolor sostenía a Sharon en una presa de acero, pero su cuerpo se encontraba en óptimas condiciones físicas. El Aullador se había detenido antes de provocarle daños irreversibles. Lejos de resultar

indestructible, sí que era mucho más dura de pelar que cualquier humano corriente. Sacó fuerzas de flaqueza y comenzó a alejarse a rastras de Atkins, en dirección al escritorio.

Sobre la mesa, con la sangre goteando de su nariz y oídos, Ernest Nelson también había comenzado a moverse. Despacio, con el rostro desencajado por el dolor, el ciborg estaba girándose a fin de encarar la puerta. Abrió los ojos, desorbitados, a causa del asombro. Parpadeó para sacudirse la impresión de encima cuando la vio. Se tocó las orejas. Sharon negó con la cabeza. Nelson asintió y utilizó su propia sangre para escribir una única palabra sobre la madera. *Klair*.

Aquella era una noche llena de sorpresas. En un gesto desesperado, Sharon liberó mentalmente todos los calmantes y anestésicos de su cuerpo. Segundos más tarde, quemó unos cuantos miles de calorías para embeber sus brazos y piernas de energía. Sabía que tendría que pasar una semana sumergida en un tanque de biorregeneración para reparar el daño muscular, pero ésa era la menor de sus preocupaciones, dadas las circunstancias.

Canalizó las fuerzas que le restaban en sus manos para izarse y sentarse junto a Nelson. Ahora podía ver al Aullador, así como al hombre al que se enfrentaba. Si es que el ser que había aparecido en el umbral era un hombre.

Sharon había asumido que Charles Klair murió cuando la baliza del Espacio Profundo se abrió en el Colectivo Gris. Tampoco había derramado ninguna lágrima por él. En más de una ocasión durante los meses que pasaron juntos, había sentido ganas de convertirlo en alimento para su alfombra carnívora. Ahora, no cupo en sí de júbilo al comprobar que seguía con vida.

Vio que la boca de Klair se movía. Le estaba diciendo algo al Aullador. Sharon, conocedora del odio que le profesaba Klair a todos los Subversores de la Realidad, supuso que no sería ningún cumplido.

El cuerpo del Aullador se balanceó hacia delante y atrás, a semejanza de una serpiente monstruosa que estuviese escupiéndole su veneno a una presa. Saltaba a la vista que el doctor Atkins estaba devolviéndole los halagos a Klair.

Distinto, pintó Nelson sobre la mesa, con su sangre. Sharon miró fijamente al ciborg, intentando comprender qué es lo que intentaba decirle. Sacudió la cabeza. Nelson se señaló el ojo derecho, y luego la mano, antes de indicar a Klair con un gesto.

Sharon tardó un segundo en darse cuenta de lo que el ciborg intentaba decirle. El Interventor había tenido una mano y un ojo artificiales. Partes de recambio que lo aproximaban a la máquina, como tantos otros miembros de Iteración X. Habían desaparecido. Su cuerpo estaba entero. Sin embargo, a la tenue luz, parecía relucir con un brillo artificial. Metálico.

Nelson estaba levantando los brazos, lenta pero inexorablemente, a fin de que sus ametralladoras apuntasen a la entrada. Miró a Sharon, hizo una mueca. Levantó un dedo.

Sharon no necesitó ninguna pista en esta ocasión. *Uno con la máquina*, el credo de Iteración X. Klair había dejado de ser humano. De algún modo que no alcanzaba a explicarse, se había convertido en una especie de androide... una máquina dotada de intelecto humano.

Un escalofrío se apoderó de ella. Klair siempre la había odiado con todas sus fuerzas. No pudo por más que preguntarse si habría llegado al almacén en busca del Aullador... o de ella.

Nelson debía de estar pensando algo parecido. Señaló a Sharon, luego a sí mismo. Una mano golpeó a la otra en un gesto tajante. El ciborg le había tirado a Klair la baliza del Espacio Profundo. Él mejor que nadie sabía que su jefe no era de los que olvidaban así como así.

El Interventor dio un paso al frente, acercándose al Aullador al tiempo que reforzaba los temores de Sharon. Volvió a decir algo que ella no pudo oír. Lo más probable es que le estuviese pidiendo al Nefando que se apartara si no quería atenerse a las consecuencias. Klair no se andaba con chiquitas, le gustaba ir directo al grano. Sharon se humedeció los labios. La situación no podía pintar más negra.

El Aullador aulló. El aire que la rodeaba palpitó, la mesa se estremeció. Gracias a que el monstruo les daba la espalda, el grito perdió gran parte de su efecto. La mayor parte del impacto procedió del sonido que rebotaba contra la pared detrás del Interventor. Le dolían la piel y los ojos, pero podía soportarlo.

Los brazos del Interventor se propulsaron hacia delante a una velocidad pasmosa y asieron la garganta del Aullador. Klair, que en su vida había sido un gran luchador, hacía gala ahora de una precisión extraordinaria. Nelson tenía razón. Su antiguo jefe se había vuelto uno con la máquina.

El Aullador debía de haber proferido otro alarido. Klair trastabilló de espaldas cuando toda la cámara tembló. La alfombra se ajó sobre el suelo. La puerta se disolvió en un millar de fragmentos de acero y madera. A espaldas del Interventor, el muro de escayola explotó. Una nube de polvo blanco inundó el aire, convirtiendo a las dos figuras enzarzadas en fantasmas cubiertos por un sudario.

Klair vaciló y soltó al doctor Atkins. Temblaba, parecía que le costase mantener el equilibrio. Su piel relampagueó, oleadas de color, amarillo, rojo, azul, le bañaron el rostro y las manos. Por lo demás, parecía ileso. La expresión de su semblante reflejaba una mezcla de furia y asombro.

Sharon tragó saliva, atónita ante su buena suerte. Toda la fuerza del grito del Aullador había estado apuntada a Charles Klair. Como en la vez anterior, el retroceso del ruido al rebotar en las paredes los había abofeteado a Nelson y a ella pero, aparte de eso, no habían sufrido ningún daño.

Con los brazos atenazados por los temblores, Klair volvió a levantar las manos y se lanzó sobre el Aullador. Dijo algo.

El Aullador echó el rostro hacia delante y, a escasos centímetros del de Klair, abrió su boca de sapo y gritó una vez más.

En toda su longeva vida, tras todas sus increíbles vivencias, Sharon jamás había visto algo igual. El aire que rodeaba a los dos hombres bullía de energía. La pared más alejada se derrumbó. Las cajas de embalaje del almacén quedaron reducidas a trozos de cartón. Los inmensos tanques contenedores se agrietaron. Las colosales máquinas se derrumbaron una sobre otra, igual que los juguetes desordenados de un chiquillo. Todo ello en el silencio más absoluto.

El cuerpo de Charles Klair se estiró. Sus dedos parecían trozos de caramelo caliente, derretido en hilachos. Como si estuviese hecho de goma, su rostro se alargó y sus rasgos se achataron. La carne se tensó sobre el hueso, sus dientes se apretaron en una sonrisa esquelética.

Gilbert Atkins había llevado las técnicas de los Progenitores hasta el límite. Había pervertido el sonido hasta convertirlo en un arma de increíble poder destructivo. La realidad se deformó y se encogió de dolor mientras el Aullador seguía gritando. El aire que rodeaba a Sharon tembló como si se hubiesen roto las moléculas que lo componían. De repente, en un instante, la onda de choque cesó.

Para Sharon, era como si el tiempo se hubiese detenido. Charles Klair, con el cuerpo reducido a la mitad de su tamaño, semejante a un gigantesco tambor de carne trémula, había agarrado la garganta del Aullador. El Subversor de la Realidad había enmudecido, presa del asombro.

Klair había dejado de guardar parecido alguno con un ser humano. Su piel metálica ondulaba sobre una rechoncha forma humanoide, tan ancha como alta. Hablaba con el Aullador, pero Sharon no tenía ni idea de lo que Klair podría estar diciendo. Tampoco es que le importase. El Interventor ya había hablado demasiado cuando era humano. Como máquina, había conservado esa propensión al parloteo.

Igual que el juguete que un niño hubiese deformado a su antojo, la forma de Klair fluyó hacia arriba y recuperó el aspecto, alto y calvo, del Interventor. Una cascada de brillantes colores relucía como un arco iris ininterrumpido sobre su carne metálica pero, por lo demás, no acusaba daño alguno. Apretó la presa sobre la garganta del Aullador. El rostro de éste se tornó rojo como la grana cuando los dedos de Klair le cortaron la respiración.

Las manos de Klair se extendieron hasta ocultar el rostro del Aullador casi por completo. Exprimió. Entre los dedos del Interventor manó la sangre. Era como si una pala excavadora se hubiese incrustado en el cuello del Aullador. Su cabeza estalló igual que una burbuja gigantesca, derramando un torrente de sesos y huesos astillados sobre sus hombros.

Klair separó las manos y dejó que el cadáver reventado cayese sobre la alfombra. Por un momento, observó el cuerpo tendido a sus pies. Luego alzó la vista y clavó los ojos en Sharon. Sus miradas se encontraron. El Interventor esbozó una sonrisa. No quedaba ni una chispa de humanidad en la cosa que otrora

fuese Charles Klair. Levantó las manos empapadas de sangre y avanzó un paso. Sharon no albergaba ninguna duda con respecto a sus intenciones. Ninguna en absoluto.

VEINTIDÓS

Se erguían a solas en la cima de un precipicio en el monstruoso reino conocido como Malfeas. Lejos, en el fondo, burbujeara y humeaba un pozo de lava. El cielo ardía con un fulgor carmesí, cerniéndose sobre las inmensas montañas de piedra negra y descascarillada. El aire olía a carne quemada. Unos enormes seres semejantes a murciélagos planeaban en las alturas, cabalgados por jinetes invisibles que los guiaban hacia destinos ignotos. La risa, diabólica y desquiciada, flotaba en hilachos de sonido sobre la tierra malherida.

Era alto y esbelto, dueño de unos rasgos angulosos y ojos oscuros. Vestía todo de negro, el color que mejor encajaba con su estado de ánimo. Frente a él se encontraba una mujer más baja y cimbreña de cabellos rizados de color verde y ojos esmeralda. Se cubría con una camisa verde de seda pura. Era una artesana de la voluntad de asombroso poder a la que le gustaba crear efectos con el mismo color. Él se llamaba Ethan Phillips. Ella, Bailarina Escarlata.

Habían sido amantes, almas gemelas, hasta que ella desapareció, impulsada por la única emoción mayor que su pasión. El poder. Bailarina Escarlata ansiaba el poder de los dioses. Su búsqueda la había conducido a Malfeas, el reino de los Maeljin Incarna. Él la había seguido hasta allí.

—Nunca pensé que pudiera volver a verte —dijo Ethan. Levantó una mano y acarició la mejilla de Escarlata, con delicadeza. Amaba a aquella mujer con todo su corazón. Cualquier riesgo merecía la pena con tal de salvarla—. Si nos damos prisa, podemos escapar antes de que nadie se dé cuenta.

—Estás cometiendo un terrible error —replicó su amor perdido. Una nota enigmática asomaba a su voz. Sonaba, de algún modo, distinta. Se rió, un sonido áspero y cruel.

—¿Un error? —No daba crédito a sus oídos.

—Asumes que quiero marcharme —dijo Escarlata. Sus rasgos se deformaron y distorsionaron hasta perder cualquier traza de humanidad. Sus ojos refulgieron con una llama carmesí—. Ya es demasiado tarde para mí. Y demasiado tarde para ti.

Saltó sobre Ethan, cogiéndolo por sorpresa. Sus palmas le golpearon en el pecho, empujándolo hacia atrás. Trastabilló, sus brazos aletearon con desesperación, perdió pie. Gritando por la sorpresa, cayó por el borde del acantilado, girando sin cesar hacia el pozo que le aguardaba en el fondo.

Aquella risa le acompañó durante toda la caída.

Diecisiete se despertó de golpe, con el cuerpo empapado de sudor. Se encontraba tendido en la cama que compartía con Sombra en la parte de atrás de la Capilla. Por lo general, solía levantarse vigorizado, como nuevo. No esa noche. Sentía el cuerpo magullado como si hubiese recibido un millar de heridas. Le escocían los ojos. Le latían las sienes. Los recuerdos tenían medio siglo de antigüedad, pero seguían resultando dolorosos.

—¿Una pesadilla, hijo? —Era Sam Haine. El mago de pelo cano ocupaba una silla de madera reclinada contra la puerta del cuarto. Sostenía un puro en una mano. Sentado en el suelo, con los brazos rodeando sus largas piernas, estaba Albert.

—¿Qué hora es? —preguntó Diecisiete. Sentía un sabor acíbar en la boca. La luz de las estrellas penetraba por la pequeña ventana junto a la cama—. ¿Dónde está Sombra?

—Cerca de medianoche, me parece —contestó Sam—. Tu esposa nos pidió que te echásemos un ojo mientras ella iba a la ciudad. Me sorprende que estés despierto. Nos dijo que estarías dormido hasta el amanecer.

—Debió de darme alguna droga con la cena. Recuerdo que me sentí algo aturdido después de comer y Sombra me sugirió que echase una cabezada. Me prometió que me despertaría con tiempo de sobra para reunirnos con Madeleine Giovanni.

—Lección número uno, hijo. Nunca te fíes de una mujer.

—¿Tu sistema ha purgado los efectos de la poción? —preguntó Albert.

—Desde luego. Lo que sea que haya empleado Sombra debía de ser increíblemente potente para haber durado tanto tiempo. Mi cuerpo está programado para neutralizar cualquier agente antinatural.

Se levantó de la cama, con la mirada fija en sus dos amigos, sentados frente a la puerta. Aquella era la única salida del pequeño dormitorio.

—Me voy a la ciudad, tras ella. Necesita mi ayuda.

—Según ella, no. —Sam apuntó a Diecisiete con el puro—. No quiero meterme en vuestras disputas maritales, hijo, pero creo que lo mejor será que hagas caso a tu esposa. La chica sólo mira por tu bien.

—Piensa que soy vulnerable al Señor del Acero y a sus agentes —repuso Diecisiete. Cerró los puños. No quería hacerle daño a sus amigos, pero tampoco estaba dispuesto a permitir que lo mantuvieran prisionero. Esta noche, no—. Ahora me doy cuenta. —Miró a Sam Haine, luego a Albert—. Vosotros dos pensáis lo mismo. Por eso la estáis ayudando.

—Los Señores Oscuros son endiabladamente poderosos —dijo Sam—. Sombra supuso que lo mejor para ti sería mantenerte alejado de Enzo y Ezra. A mí me parece que tiene sentido.

—No, no lo tiene. —Diecisiete levantó los puños a la altura de los hombros, con los dedos tan apretados que la sangre los teñía de rojo—. Escuchad, no quiero hacerlos daño a ninguno. Sois mis mejores y más leales amigos. Sombra también lo sabe, por eso os pidió que montarais guardia. Pero se equivoca, y vosotros también. No le tengo miedo al Señor del Acero. Él tiene miedo de mí. Y con motivo. ¿No lo entendéis? *Sé la verdad.*

—Me cuesta creer que uno de los Maeljin Incarna se sienta amenazado por nadie —dijo Sam—. Intentas dármele con queso, hijo, para que te deje marchar.

—No tengo razón alguna para mentir —se defendió Diecisiete. Miró a su alrededor y se fijó en la pequeña ventana que se abría al exterior—. Si me obligáis, puedo escaparme de esta casa derribando la pared con el hombro. No me haría gracia, pero podría hacerlo. Lo cierto es que Sombra y Madeleine van a enfrentarse a dos de nuestros enemigos más poderosos y que necesitan mi ayuda... necesitan toda nuestra ayuda. Y nosotros estamos aquí, discutiendo acerca de mi pasado.

—Bueno —dijo Sam, mordisqueando su puro—, venga, va. Tengo la furgoneta ahí afuera. Mientras conducimos camino de la ciudad, nos puedes contar todo lo referente a tu relación con el Señor del Acero. Si tiene sentido, le echaremos una mano a las señoritas. Si no, Albert y yo repartiremos las leches y tú te quedas en el coche, ¿vale?

—Me parece justo. En marcha.

Los tres se apresuraron a montar a la furgoneta de Sam. Albert se sentó al volante, con Sam como copiloto. Diecisiete era demasiado corpulento para ir en otra parte más que en el asiento de atrás. La Capilla se veía desierta. Por el camino, Diecisiete se preguntó dónde estaría todo el mundo. Ahora no tenía tiempo para preocuparse. Lo acuciaban problemas más importantes.

—La verdad es que nunca me ha gustado quedarme sentado cuando se prepara una buena —dijo Sam, en lo que podría tomarse como una disculpa—. Le dije a Sombra que se le había ido la olla, pero esa mujer se niega a atender a razones. Menudo matrimonio te espera, hijo. Ahora, cuéntenos a Albert y a mí toda la historia. Desde el principio.

—Mi nombre, mi verdadero nombre —comenzó Diecisiete, mientras la furgoneta traqueteaba a través del bosque a oscuras—, es Ethan Phillips. Creo que nací hace casi cien años. Mi vida anterior, mi Despertar, es una tabla rasa. Aquellos recuerdos se han perdido para siempre. Sé que era un Eutánatos tan poderoso como testarudo. Y que estaba enamorado de una artesana todavía más poderosa, llamada Bailarina Escarlata.

—Ese nombre me suena de algo —dijo Sam—. Desapareció justo después de la Guerra. Nadie volvió a verla. Casi todos piensan que cayó a manos de la Tecnocracia.

—Falso. Escarlata era una mujer consumida por la ambición. Daba igual lo poderosa que se volviera, siempre quería más. Me amaba, me amaba profundamente, pero la emoción no era suficiente. Quería más que la Ascensión. Soñaba con convertirse en una diosa.

—Un deseo antinatural —intervino Albert, abriendo la boca por primera vez—. Esos delirios de grandeza suponen el primer paso hacia la oscuridad.

—Eso lo descubrí más tarde. Después de su desaparición. Se evaporó sin dejar ni rastro. Siguiendo sus pasos llegué hasta el Horizonte, con la esperanza de rescatarla antes de que la pasión la consumiera. Allí descubrí que había estudiado los antiguos tomos relativos a Malfeas, el reino de los Señores Oscuros.

—Un lugar de lo más desagradable. Uno de los pocos reinos de la Umbra Profunda que no he visitado. Ni ganas que tengo.

—Sabia decisión —convino Diecisiete—. Si el infierno tiene nombre, ése es Malfeas. No obstante, resultaba obvio que Bailarina Escarlata había ido allí. Así que la seguí.

—¿Qué fue lo que la condujo a ese sitio, hijo? ¿El poder?

Diecisiete asintió.

—Creo que debéis de estar familiarizados con las leyendas. Los Maeljin Incarna son espíritus poderosos, seres incorpóreos. Carecen de forma o sustancia reales. Según ciertas narraciones místicas, los Señores Oscuros necesitan un anfitrión, un cuerpo viviente que les dé forma. Por lo general, se adueñan del primer incauto que encuentren en la Umbra Profunda y lo poseen por medio de un vínculo impío. *Por lo general.*

—Sí, hombre —dijo Sam—. Ya me acuerdo. Cómo un artesano de la voluntad podría ofrecerse motu proprio a los Maeljin Incarna y fundirse en cuerpo y alma con un Señor Oscuro. Es una idea más bien espeluznante, pero supongo que, cuando aspiras al poder sin límites, no deja de ser una opción. ¿Qué pasó? ¿Tu novia tuvo éxito?

—No lo sé. La encontré en Malfeas. Al menos, pensé que así era. Pero no era la auténtica Bailarina Escarlata, sino Aliara, la Reina del Deseo. Si se habían fundido como tú lo has descrito, o si Aliara había destruido a Escarlata y asumido su aspecto para atormentarme, nunca lo sabré. En vez de rescatar a mi amada, me convertí en prisionero del infierno. Durante cincuenta años, sufrí torturas incesantes, pasé de mano en mano entre los Señores Oscuros como si de un juguetepreciado se tratara. Mi cuerpo permaneció intacto, dado que me querían con vida, mientras le hacían cosas horribles a mi mente. Tuvieron cuidado de no volverme loco, eso habría echado a perder su pasatiempo. Estuvieron a punto de borrar la memoria. Casi destruyeron mi personalidad. Vivía, pero no podía pensar. Sufrí.

Sam se estremeció y aspiró una honda calada de su puro.

—Suma los odios y pasiones combinadas desde la prehistoria hasta nuestros días. Combínalo con toda la intolerancia, el fanatismo y la pura brutalidad que el hombre le ha infligido a sus semejantes. Agítalo bien y tendrás un Maeljin Incarna. Lo peorcito de nuestra especie, hecho realidad. Es para echarse a temblar, hijo. ¿Qué paso luego?

—Me aislé del dolor y mi mente volvió a funcionar de repente. Me encontré sin pasado, prisionero del Colectivo Gris. Los guardias me llamaban Prisionero Diecisiete, dijeron que me habían atrapado intentando colarme en la Construcción. Mi cuerpo era como lo veis ahora, transformado por numerosas técnicas experimentales que me habían practicado durante mi enajenación. Aunque no había recuperado la memoria, no tardé en planear mi huida. Por aquel entonces no lo sabía, pero uno de los planes de los Señores Oscuros se había frustrado.

—¿Eso qué significa? —inquirió Sam.

—Sólo puedo aventurarlo, pero creo que he desentrañado la verdad. Encaja muy poco a poco, pero forma una imagen bien definida. Toda la trama comenzó con la banda secreta de cambiaformas, ambiciosas y carentes por completo de moral. Trabajando entre las bambalinas de la Tecnoocracia, engatusaron a la Unión para dar luz verde al Proyecto Guerrero de la Ascensión. Estas artesanas de la voluntad renegadas, Nefandos o no, hicieron un trato con el Señor del Acero, el Duque del Odio, a fin de adueñarse de toda la creación. El plan, según nuestras conjeturas, implicaba que Ezra, Enzo y el clon base colaboraran estrechamente con las cambiaformas. El único problema estribaba en que el Señor del Acero no confiaba sin reservas en sus asociadas.

—El mal —dijo Albert, sin apartar la vista de la carretera—, por naturaleza, no confía en nadie.

—El Señor del Acero sospechaba que, cuando el clon base estuviese completo, sus aliadas intentarían traicionarlo. Por tanto, insistió en que le permitieran introducir a un agente dentro del Colectivo Gris a fin de controlar sus actividades. Ahí es donde entro yo en juego.

—¿Tú? —preguntó Sam, incrédulo—. ¿Colaborando con el Señor del Acero?

—No tanto un operativo como una ventana a Malfeas —aclaró Diecisiete. Conducían paralelos a un río, no muy lejos de la ciudad. De Sombra. De la confrontación con Enzo y Ezra—. El Señor del Acero unió su mente a la mía. Con mis recuerdos fragmentados, estoy seguro de que el Señor del Acero creyó que podría observar los acontecimientos que ocurriesen en el interior del Colectivo Gris a través de mis ojos. Probablemente le dijo a las cambiaformas que yo estaba allí para ayudarlas cuando el clon estuviese completo. No les quedaba otra opción más que cooperar. Sólo que ocurrió algo que el Señor del Acero no se esperaba.

—¿Los experimentos?

—Exacto. Nunca dejas de asombrarme, Sam. Juraría que puedes leerme la mente.

—Si pudiese, hijo, lo haría. Sigue explicándote.

—El Señor del Acero me metió en el Colectivo Gris en calidad de espía pero, para los técnicos de la Construcción, yo no era más que otro sujeto para los experimentos. Serví de conejillo de indias para un buen número de sus experimentos más peligrosos. De algún modo, no sé cómo, alguna de aquellas técnicas rompió el lazo que me unía a Malfeas y al Señor del Acero.

Sam soltó una carcajada.

—Que se joda, le está bien. Apuesto a que le había ordenado a su contacto dentro de la estación que te diera caña, para asegurarse de que no se perdía detalle de lo que ocurría dentro del laboratorio. Ni se le pasó por la cabeza que su tecnomagia pudiera liberarte.

—Así que el Señor del Acero te envió al Colectivo Gris en calidad de espía —musitó Albert—, y, al hacerlo, te dio la libertad. Qué ironía.

—La vida está llena de pequeñas sorpresas —dijo Sam—. Tu huida no cambió demasiado las cosas. El clon base vio la luz, Jenni Smith y sus amigas continuaron con su plan. Sigue sin quedar claro si el clon es de veras Heylel o sólo el Señor del Acero parapetado tras él. El resultado es el mismo. Sólo hay una cosa que me preocupa. Un detalle de vital importancia.

Diecisiete miró a Sam. Se acordó de la noche en que había conocido al mago de pelo cano, el viaje en aquella misma furgoneta. Aquella noche, Sam Haine le había preguntado su nombre a Diecisiete. Ahora, por fin, había recibido una respuesta. ¿Qué más le preocupaba?

—El Señor del Acero te teme, hijo. Ha intentado acabar contigo por medio de sus agentes en más de una ocasión. El clon base probablemente planeaba hacer lo mismo en el preciso instante en que fueses tan estúpido como para unirte a su ejército. Hay fuerzas poderosas que te quieren muerto. Destruído. Eliminado. Escapar del Señor del Acero es toda una hazaña pero, ¿por qué te quiere muerto?

Diecisiete esbozó una sonrisa. Ya habían llegado a la ciudad, se encontraban cerca de su destino. Faltaba poco para entrar en acción. Sin embargo, Sam se merecía una respuesta.

—Te olvidas de una cosa. Antes de que los técnicos del Colectivo Gris rompieran el vínculo, mi mente estaba ligada a la del Señor del Acero. Él tenía acceso a todos mis pensamientos y recuerdos pero, a cambio, *yo podía acceder a los suyos*. El Señor Oscuro no tiene miedo de mí... sino de lo quizás yo sepa.

Sam Haine silbó. Parecía asombrado.

—Los secretos de Malfeas —musitó—. Los misterios arcanos de los Maeljin Incarna. ¿Tú tienes todo eso en la cabeza, hijo?

Diecisiete se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Todavía no. Hasta ahora, los únicos recuerdos que han salido a la superficie son trozos y retazos de mi vida pasada. A lo mejor el Señor del Acero se preocupa por nada, no lo sé. Sin

embargo, si poseo algún secreto, algo que convierta a los Señores Oscuros en vulnerables, tanto mejor. No se me olvidan esos cincuenta años en el infierno.

—En fin, podrás descargar tu ira sobre sus secuaces —dijo Sam Haine. Albert maniobró la furgoneta para detenerse justo delante de la entrada principal de Químicas Everwell. Como nota curiosa, no había guardias de seguridad en la puerta—. Aquí estamos. Se acabó la cháchara. ¿Listo para la lucha, hijo?

Diecisiete abrió la puerta de la furgoneta. De pie en la acera, estiró el brazo izquierdo. Al instante, sus poderosos dedos se cerraron en torno al mango de hierro y madera de su guadaña de acero recubierta de runas.

—Listo.

VEINTITRÉS

En el Reino del Horizonte que los magos de las Nueve Traiciones conocían como Horizonte, el archimago Kallikos se agitó presa de convulsiones, sumido en una neblina provocada por las drogas. Había transcurrido más de un día desde que el clon base lanzara su ultimátum. Tiempo suficiente para que los magos, hechiceros, brujas y encantadores tomaran una decisión. La mente del vidente, libre de las limitaciones de la carne, vagaba por la Teluria, siendo testigo del caos sembrado por aquel que se hacía llamar Heylel Teomim...

En el Reino del Horizonte del Segundo Mundo de los Dine'...

Una atractiva mujer de larga melena oscura y ojos negros se encontraba sentada a la mesa de una enorme biblioteca en el centro de una casona. Por lo general, el edificio se encontraba lleno de niños acompañados de sus familias. Pero no de un tiempo a esta parte. Mae Roberts sólo quería silencio.

Era un Reino de Cuentasueños, muchos de ellos indios americanos, para aquellos que buscaban un lugar más tranquilo para vivir. Lo compartían con numerosas especies de cambiaformas y otros seres en peligro de extinción que, de otro modo, habrían perecido en la Tierra. Era un santuario, un Reino que velaba por los derechos de los oprimidos. Sin embargo, las palabras de Heylel se habían dejado sentir incluso aquí.

—A veces es hora de lamentarse y, otras, es hora de actuar —declaró el hombre dorado de pie ante Mae. El semblante del clon base era una máscara de compasión y honda preocupación. Hablaba con una cadencia apaciguadora, casi hipnótica—. La sangre de Tom Agua Clara no clama venganza, eso lo sabes. La violencia sólo engendra violencia. Piensa con tu corazón, Mae. Deja que el Gran Espíritu guíe tus actos. Únete a nosotros en esta cruzada, ayúdanos a poner fin a esta guerra sin sentido.

—Dicen que has destruido Doissetep —respondió Mae. Se cubría con un sencillo vestido de piel. Ante ella, sobre la mesa, descansaba una Magnum .357—. Águila que Ríe afirma que eres un Nefando.

—Los Primi tienen miedo de mí —dijo el clon. Hablaba con la convicción innata propia del que sabe que jamás se equivoca—. Harían cualquier cosa con tal de detener mi cruzada, dirían cualquier mentira con tal de acallar mi mensaje. Doissetep cayó porque estaba corrupta, del mismo modo que el Consejo Interior está corrompido. No escuches sus testimonios. Escucha a tu corazón. Acuérdate de tus amigos. Únete a nosotros, *por ellos*. Únete a nosotros por la paz.

Despacio, Mae asintió. Desabrochó la hebilla de la pistolera que le rodeaba la cintura y la depositó junto al arma, encima de la mesa.

—Tienes razón. Ya es hora de dejar de matar. Basta de muertes. ¿Qué quieres que haga?

—Los demás Cuentasueños te respetan. Habla con ellos. Predica mi mensaje. Diles que ha llegado el momento de exigir el cambio. Viaja a Horizonte y haz que te escuchen.

En Cero-B: Construcción de Yenosia, la Tierra Baldía de las Aspiraciones Abortadas...

Arthur se lo había pasado bien jugando a ser un Tecnomante, pero había llegado la hora de soltarse la melena. El ser de la pantalla del ordenador afirmaba querer la paz y la Unidad, pero Arthur no se dejaba engañar. Un ladrón atrapa a otro ladrón.

Abandonó su escondrijo en la parte trasera de la inmensa fábrica. No había cámaras de vigilancia en aquella zona, se había ocupado de eso hacía mucho. Aquella pequeña parcela de intimidad era lo único que necesitaba para que las cosas echaran a rodar.

—¡Fies-ta! —aulló, al tiempo que asía un bidón de productos químicos con ambas zarpas. Arthur tiró de él con violencia, con todas sus fuerzas, y arrojó el contenedor medio lleno a cuatro metros de distancia. Se estrelló contra una cadena de montaje de armas de plasma, salpicando a una docena de trabajadores. Éstos gritaron cuando el ácido sibilante devoró el género de sus vaqueros y monos de trabajo y se hincó en sus pálidas pieles. Los zánganos se desbandaron igual que un rebaño de ovejas asustadas, balando de

terror. Arthur, con una sonrisa cruel, arrancó un puñado de cables de sus enganches. La maquinaria que lo rodeaba se detuvo de inmediato.

—*¡Fies-ta!* —volvió a chillar, al tiempo que incrustaba una de sus garras en el nódulo informático apropiado en la unidad de control de la cadena de montaje. Aquello le proporcionó acceso directo al sistema de seguridad de la fábrica. Como miembro de la Unión del Acero Azul, conocía todos los códigos de acceso. En cuestión de un milisegundo, hubo cargado el programa que había desarrollado a lo largo de todo un año. Por toda la fábrica, las luces parpadearon, las máquinas rezongaron y las prensas comenzaron a zumbar. De repente, todo se quedó a oscuras. El ruido cesó.

A seis metros de distancia, algo chocó contra el suelo. Otro impacto, instantes después. Paracaidistas, lo más probable, enviados para investigar. Demasiado tarde. Sus hombres debían de seguir con vida, a Arthur le daba igual. Cuando los obreros, mano de obra esclava de la Tecnoocracia, se dieran cuenta de que todo el edificio se había quedado sin energía, ningún guardia estaría a salvo.

—*¡Fies-ta!* —rugió por tercera vez, metido de lleno en su papel. Hacía años que esperaba aquel momento. Sus garras rasgaron cables, destrozaron embalajes, arrancaron poleas del techo. Aquel juego se llamaba destrucción. Tras tantos años de comportarse como un buen chico, le apetecía pasárselo bien.

Ya escuchaba gritos que se sumaban a los suyos, a otros que se hacían eco de su llamada a la “¡Fiesta!”. Los esclavos superaban a los guardias en una proporción de varios cientos a uno. No pasaría mucho tiempo antes de que quedase erradicado cualquier vestigio de autoridad de la fábrica.

No obstante, seguía presente la Construcción Tecnomante propiamente dicha en el corazón de la fábrica. El Edificio Gris de gruesos muros de acero y un sistema de seguridad supuestamente infalible. El lugar donde debía de ocultarse Bernardine Slivey, el único en todo Cero-B donde la mujer debía de sentirse a salvo.

Arthur profirió una carcajada.

—Adrian, Juanita, Joseph, ¿tenéis línea? —subvocalizó.

—Claro que sí —respondieron los tres, de inmediato. Las tropas de asalto que había enviado Iteración X a Cero-B tras sus unidades habían sido diezmadas: ganarlos para su causa no había supuesto ningún problema. Compartían un lazo común con la máquina, y Arthur sabía cómo tejer convincentes telarañas de mentiras.

—Ya va siendo hora de que les hagamos una visita a nuestros amigos del Edificio Gris. Para dedicarles un caluroso adiós.

—¿Adiós? —Ése era Joseph, el menos avisado pero el mejor armado de los tres—. ¿Quién se va?

—Nosotros nos vamos al Reino de las Tradiciones conocido como Horizonte —contestó Arthur—. En cuanto a Bernardine y sus amigos, se van de cabeza al infierno.

En Vali Shallar, Capilla de Mu...

—Los Jabhi-yazer no permitirán que te marches —susurraba la joven de piel dorada al oído de Minoru—. No te dejarán ir a Horizonte. No confían en ti, te tienen miedo.

—Bobadas —repuso Minoru. Era un joven alto y cimbreño, cerca de cumplir los treinta, vestido de negro de la cabeza a los pies. Una espada corta pendía de su cinto—. Masaki Takada sabe que soy leal al reino. Jamás haría nada que pudiese poner en peligro los secretos de Vali Shallar.

—En cualquier caso —continuó la joven, anónima, cuyos rasgos refulgían a la tenue luz de la estancia—, los Jabhi-yazer exigen que se sellen todos los portales que conducen a Horizonte y que nadie abandone Vali Shallar sin su permiso.

Minoru frunció el ceño.

—Los Jabhi-yazer se están excediendo en sus funciones. Son los guardianes electos del Reino, no sus dueños. Los Rachar no permitirían que hiciesen tal cosa.

—Los Rachar están asustados. Temen al que se hace llamar Maestro de la Armonía. Temen su mensaje. Son viejos, y les preocupa que los jóvenes se den cuenta de que el de piel dorada pueda estar diciendo la verdad.

—¿Le tienen miedo a meras palabras? ¿Y por eso permiten que los Jabhi-yazer aislen el Reino? No puede ser.

—A lo mejor los Rachar se preocupan más por sí mismos que por el resto de Vali Shallar. Son viejos, llevan siglos dirigiendo nuestro Reino. Puede que el Maestro de la Armonía esté en lo cierto. Los ancianos prosperan mientras los jóvenes combaten y mueren.

—Tonterías. Eso no es cierto.

—¿No? ¿Cuándo fue la última vez que uno de los Rachar se enfrentó a un Tecnomante? Venga, dímelo.

—N-no lo sé. —Con aquellas palabras, sin darse cuenta, Minoru pasó a engrosar las filas del clon base. *A bordo del Machiavelli X156-C36, Qui La Machinae, nave acorazada de combate de los Ingenieros del Vacío estacionada en la Construcción del Horizonte de Alfa-T...*

El capitán Sanford Mulligan miraba fijamente la imagen congelada en su visor. Piel dorada, cara de ángel, una voz que aún resonaba en su cabeza, planteando cuestiones peliagudas. Otros se sentirían confusos, otros cederían ante la incertidumbre, pero no el capitán Mulligan. Había pasado demasiados años en la Umbra Cercana como para que le tomaran el pelo tan fácilmente.

—¿Su diagnóstico, señorita Hastings? —preguntó, volviéndose hacia su segunda al mando a bordo del acorazado.

—Subversor de la Realidad de increíble poder, capitán —dijo Hastings. Aunque contaba tan sólo treinta años de edad, dos décadas más joven que el capitán, llevaba más de diez navegando en el *Machiavelli*. Mulligan confiaba con los ojos cerrados en sus habilidades y buen juicio. Era la mejor oficial que hubiese servido a sus órdenes. A pesar de la diferencia de edad, se sentía más próximo a ella que a ninguna otra persona que lograra recordar. La única razón por la que no se habían convertido en amantes era su estricta creencia en la soledad del mando—. Este presunto Maestro de la Armonía me parece una posible creación de los Externos. Problemas de primera para la Unión.

—Supongo que el SR le provocará más quebraderos de cabeza a las Tradiciones que a nosotros —dijo Mulligan—. Horizonte es el próximo objetivo. Creo que podemos sacar partido de la situación. El Interventor Sanders de Alfa-T está de acuerdo. Me ha autorizado a adoptar las medidas oportunas.

Hastings esbozó una sonrisa.

—¿Sugiere que nos aprovechemos del caos resultante y ataquemos la sede de las Tradiciones por nuestra cuenta?

Mulligan asintió con la cabeza.

—Eso mismo. En circunstancias corrientes, sería descabellado, pero creo que éste es el momento perfecto. Ponga a la tripulación en alerta máxima, señorita Hastings, y fije el rumbo hacia Horizonte. Que todo el mundo se prepare para una batalla en toda regla.

Despacio, la inmensa aeronave de casi cien metros de eslora, equipada con tres cañones aceleradores de fuerza y dos disruptores de ectoplasma, viró sobre la Construcción de Alfa-T y se aprestó a seguir el rumbo marcado. Con la precisión de una maquinaria de relojería, sus cuarenta tripulantes, entre Tecnomantes, técnicos y marines, se dispusieron a entrar en combate.

En un centro comercial venido a menos perdido en la peor zona de la ciudad de Detroit...

—Ellos dictan las reglas y vosotros las acatáis igual que si fueseis niños pequeños —dijo el hombre de piel dorada. Miró a la docena de adolescentes reunidos a su alrededor e hizo una mueca de desdén—. ¿No vais a crecer nunca? A ver cuándo tomáis las riendas de vuestras propias vidas y dejáis de comportaros como esclavos.

—Yo no soy un puto esclavo —espetó Enos. Metro y medio de altura, delgado como un espagueti, piel de ébano. El líder del grupo—. Y éstos tampoco.

—Claro que no —contestó el hombre dorado. Sus palabras rezumaban sarcasmo—. Lo que pasa es que cooperáis por todo lo que vuestros mayores hacen por vosotros. —Extendió los brazos, abarcando el supermercado en ruinas—. Mira los regalos que os hacen.

—Que te den —masculló Enos.

—Según tú, ¿qué es lo que tendríamos que hacer? —preguntó Ta-Wanda J'mayn—. Ellos tienen todo el poder. Nosotros no valemos una mierda.

—Eso no es cierto. El número os da fuerza, mucha fuerza. El Consejo de las Nueve Tradiciones no renunciará a su poder sin presentar batalla. Si queréis lo que os corresponde, si pensáis exigir lo que es vuestro, tendréis que ir a por ello.

En el Edificio Jefferson de Seattle, cuartel general del NOM en el noroeste...

—Eres más listo que ellos —dijo la mujer de rostro dorado que miraba a Alex desde la pantalla de su ordenador—. Hace años que lo sabes. Haces todo el trabajo, no dejas escapar ninguna oportunidad, pero son ellos los que se llevan todo el mérito. Siempre ha sido así. Los que están en la cima se aprovechan del sudor de sus lacayos. Suyas son las palabras bonitas y las caras sonrientes, y a vosotros os queda la trinchera, la guerra y la muerte, mientras ellos se limitan a repartir órdenes y directivas sin ensuciarse nunca las manos.

Alex asintió con la cabeza. Jamás había visto a una mujer como aquella. Nunca había oído a nadie decir la verdad con tanto convencimiento, sin tapujos. Aquello dejaba al descubierto las mentiras, las medias verdades y los subterfugios que componían el marco donde transcurría su vida. Aun de aquel modo, siendo una mera imagen en el monitor, la mujer irradiaba convicción, la pasión que él mismo había sentido cuando acababa de ser reclutado por la Tecnocracia, la ira contra la injusticia que hacía años que no sentía.

—No van a cambiar nunca —continuó la mujer dorada—. ¿Para qué? El cambio pone en peligro su seguridad, su comodidad, su posición.

Alex sentía la frente perlada de sudor. Con cautela, paseó la mirada por su cubículo para asegurarse de que su abrigo aún cubría la cámara espía que controlaba todas sus actividades. Toda la planta se encontraba sumida en un extraño silencio. ¿Cuántos operativos estarían recibiendo el mismo mensaje? ¿Cuántos mirarían alrededor para asegurarse de que nadie los escuchaba?

—El statu quo jamás cambia por medio de negociaciones. Eso ya te lo han enseñado. Sabes cuál es la verdad. Los fuertes sobreviven, los débiles sucumben. Dentro de cinco segundos, el sistema informático de la Tecnocracia se vendrá abajo. Si aspiras a la inmortalidad, si quieres poder, cógelo ahora.

La pantalla del ordenador se apagó.

Tembloroso, Alex se puso de pie. Desenfundó su pistola.

—¡Sí! —gritó, dando rienda suelta a la rabia acumulada durante años—. ¡Sí!

Stu Allen, su supervisor, llegó a la carrera y se plantó en la puerta del habitáculo de Alex. Vio con ojos desorbitados cómo éste lo apuntaba con la automática. Gritó cuando Alex apretó tres veces el gatillo. Se desplomó, con los rasgos petrificados en un rictus de incredulidad.

—¡Sí! —La oficina al completo se convirtió en un pandemónium de alaridos, gritos y disparos—. ¡Sí!
...y supo que las llamas de la revolución ardían en un incendio incontrolado.

En cientos de Capillas y Construcciones a lo largo y ancho de la Teluria, los jóvenes se enfrentaban a los viejos. Los privados de poder retaban a quienes lo ostentaban. Kallikos vio cómo el clon base, alternando su semblante de masculino a femenino según la ocasión, a veces asumiendo un aspecto que combinaba ambos géneros, tentaba y seducía a todos los desposeídos del universo.

Muchos magos de las Tradiciones, unidos a sus Capillas sólo por un sentimiento de lealtad, desertaron. Los que repudiaban la violencia, se perdieron en la noche. Los Tecnomantes disidentes, atrapados dentro de un orden jerárquico que exigía obediencia absoluta a la máxima autoridad, lucharon, se desangraron y murieron en busca de la libertad. Algunos consiguieron escapar, la mayoría, no. La rebelión estalló en aras de la inmortalidad.

Su mente retrocedió y Kallikos abrió los ojos. Abrumado por las oleadas de anarquía que sacudían el cosmos, tardó un instante en cobrar consciencia de dónde se encontraba. Su dormitorio en el pabellón de Marianna, en Concordia. En Horizonte, donde estaba predestinado a morir.

Una silueta se recortó contra el umbral. Una mujer, joven y hermosa, cubierta tan sólo por las cintas de tela más imprescindibles, típico de quienes servían a Marianna. Largas trenzas morenas, ojos negros y labios carmesíes.

—Mi señor. —El respeto dulcoraba su voz. Se acercó a la cama. Los cascabeles que llevaba en las muñecas y los tobillos tintinearón con delicadeza—. Habéis gritado. ¿Ocurre algo malo?

—Un sueño —contestó Kallikos, al tiempo que se deslizaba fuera del lecho y se incorporaba—. Una pesadilla, a decir verdad. Más malas noticias para el Consejo de las Nueve.

—Vuestra fuerza nos da esperanzas a todos —dijo la joven. Apoyó sus manos delicadas sobre los hombros de Kallikos, se puso de puntillas y depositó un cariñoso beso sobre su mejilla. Retrocedió un paso, sonrió, la viva imagen de la gracia y la inocencia personificadas—. Pero sólo un idiota se deja engañar por un beso.

Kallikos sólo consiguió dar un paso hacia delante antes de que su cuerpo se transformase en oro. La muchacha se dio la vuelta, entre risas.

—Mi señor me dijo que jamás sospecharías de alguien tan dulce y adorable como yo. Menudo vidente estás hecho.

Kallikos, consciente pero atrapado dentro del metal, no podía hacer nada. Salvo esperar.

La joven miró al espejo que había enfrente de la cama y pronunció una sola palabra:

—Adelante.

Comenzaron a abrirse portales en una docena de lugares repartidos por Horizonte.

VEINTICUATRO

Madeleine podía sentir al Rat Pack en la planta más alta de la central química. Sus mentes se percibían desenfocadas, confusas, sin duda el resultado de alguna droga anestésica. Otro punto en contra de su tío abuelo y sus esbirros. Poco importaba uno más. Esa noche, se saldarían con creces todas las deudas.

Uno de sus poderes excepcionales la permitía localizar a cualquier vampiro poderoso que se encontrara en los alrededores. Sólo había uno, muy por debajo de ella. Sabía que sólo podía tratarse de Enzo, sentado en su sala del trono, en su santuario subterráneo. Madeleine pensaba hacerle una visita dentro de poco. Pero primero quería a los niños sanos y salvos, y lejos del peligro. Su rescate enojaría a Enzo. Tanto mejor.

Un breve estudio del piso la convenció de que la única vía de acceso a la planta superior era un ascensor solitario. Sus sentidos agudizados la informaron de que el interior estaba controlado por una cámara de vigilancia y de la existencia de una trampa con gas mostaza. Sin duda habría puertas de acero que evitasen que cualquier visita inesperada pudiera acceder a la planta.

Con gran esfuerzo, logró reprimir el impulso de echarse a reír. No hacía muchos meses, Pietro le había ordenado que se infiltrara en el Mausoleo a fin de comprobar las medidas de seguridad del edificio. Aquel esfuerzo había supuesto una maniobra interesante, si bien trivial. El reto de esa noche era un juego de niños.

El ascensor aguardaba en la primera planta del edificio. Madeleine encontró en las proximidades un trastero vacío. Se quitó la gargantilla con el crespón de los Giovanni y depositó la alhaja en la balda más elevada. A continuación, el vestido, seguido de los zapatos, hasta quedarse cubierta tan sólo por un leotardo negro ajustado. Debido a su palidez y a su esbelta figura, parecía poco más que una adolescente.

Sin hacer ruido, Madeleine se dirigió a las puertas cerradas que protegían el hueco del ascensor. A medida que avanzaba, su cuerpo pareció volverse insustancial, fantasmal. Al igual que muchos vampiros poderosos, Madeleine poseía la facultad de transformarse en una neblina vaporosa. Una minúscula apertura separaba las puertas del techo. Sin esfuerzo, se escurrió a través y se introdujo en el conducto que la llevaría hacia arriba.

Rozando apenas una de las paredes del pasaje, flotó hacia el tejado del edificio. Cuando atravesó la segunda planta, sintió presencia humana. Allí era donde Ezra había decidido plantar cara. Primero el Rat Pack, luego Enzo y, por último, Ezra. Aquella iba a ser una noche ajetreada.

Se detuvo al llegar al piso superior. De nuevo, la ínfima grieta entre el hueco del ascensor y las robustas puertas de acero le permitieron filtrarse en el pasillo. Aún en forma brumosa, vio dos ametralladoras automáticas, una a cada lado del corredor. Aquello suponía un ligero inconveniente, pero lo más importante era la enorme puerta de acero que flanqueaban. Tenía que conducir a la cámara donde permanecía cautivo el Rat Pack.

Tras obligarse a recuperar su forma corpórea, Madeleine se materializó frente a la entrada sellada. Los ojos electrónicos que controlaban las ametralladoras gemelas reaccionaron de inmediato ante su presencia. Las armas tabletearon, apuntadas al lugar que ella había ocupado hacía un instante. Pero Madeleine se movía con una velocidad y agilidad inhumanas. Esquivó la granizada de balas y llegó junto a la primera ametralladora un segundo después de que ésta hubiese comenzado a disparar. Un rápido giro de muñeca y el arma mortífera quedó inutilizada.

La segunda no le supuso más problemas que la primera. Tras lanzarse al vacío, Madeleine planeó unos nueve metros por la estancia, lejos de la rociada de proyectiles de acero. Aterrizó tras la ametralladora y se apresuró a reducirla a pedazos. La conmoción sin duda habría alertado a los guardias del interior del cuarto siguiente. No le importaba.

La puerta que conducía a la cámara interior era una plancha de acero de quince centímetros de grosor. Las paredes doblaban aquellas medidas. A juzgar por la ausencia de cerradura y manilla, resultaba

evidente que sólo podía abrirse desde dentro. Madeleine supuso que eso no iba a ocurrir. Daba igual. Ninguna compuerta envasaba al vacío.

El Rat Pack aguardaba al otro lado. Al igual que sus guardianes. Madeleine retomó su forma vaporosa, se deslizó entre la puerta y la pared y se materializó al otro lado.

Sombra entró en la planta por una ventana abierta en el primer piso. Tras buscar a conciencia cualquier posible trampa, traspuso el alféizar y tocó el suelo de madera del pasillo. A excepción del nivel superior, casi todos los suelos del edificio eran iguales. Cuatro largos vestíbulos, recubiertos de taquillas de acero, rodeaban el perímetro del edificio. Iban de una esquina de la fábrica a la otra. Este, oeste, norte y sur, las cuatro antesalas se cruzaban con grandes tramos de escaleras, donde los viejos peldaños de mármol blanco flanqueados por barandillas de metal negro conducían al siguiente nivel.

El interior del cuadrado formado por los pasillos era un gigantesco laboratorio químico, repleto de mesas de trabajo, terminales de control y enormes tanques de almacenaje. Todos los techos llegaban a los seis metros de altura. Aunque había docenas de ventiladores agitando el fétido aire por el complejo, todo el edificio olía a residuos tóxicos. Trabajar demasiados años para Químicas Everwell era un billete seguro de ida al cementerio.

Aunque el pasillo en el que se encontraba parecía desierto, las luces del techo estaban encendidas. Un tenue fulgor amarillo inundaba la estancia. La doncella guerrera, haciendo honor a su nombre, caminó en sigilo junto a las taquillas, en busca de su presa. Sobre su cabeza, el suelo se quejó cuando un pie se apoyó sobre una tabla suelta.

Sombra se detuvo en seco y se aplastó contra los compartimentos de acero. Dejó que la magia interna del *Do* guiara sus sentidos y escuchó con atención el ruido del movimiento por encima de ella. Cinco, seis, hasta siete hombres caminaban de uno a otro lado del pasillo. Pesados, corpulentos, podía oír el lejano chasquido que producían sus armas y municiones. Armados con armas pesadas automáticas y de paciencia, aguardaban su llegada. Ezra estaba dentro del laboratorio, en compañía femenina. Ésa era la pareja que interesaba a Sombra. Los demás serían un ejercicio.

Liberó a Susurro de la vaina que llevaba a la espalda. Pese a resultar tan diestra en la lucha con una espada como con dos, esa noche quería conservar libre la otra mano. Con movimientos controlados, marcando su propio paso y decidiendo su curso de acción, Sombra subió por la escalera más cercana, en la esquina sudeste.

De rodillas, miró por la ventana de la puerta que daba al pasillo principal. Vio a tres hombres, charlando y fumando. Se cubrían con chalecos a prueba de balas y gorras de cazador, y portaban rifles automáticos AK-47. Dos de ellos llevaban sendas pistolas embutidas en el elástico de los pantalones, mientras que el tercero tenía un cuchillo de caza. Sus voces, pese a no hablar en alto, se transmitían con facilidad por las habitaciones vacías. Debían de ser memos para romper el silencio.

Tres aquí implicaba que los otros cuatro estaban patrullando el resto de las habitaciones. Sombra pegó una oreja a la pared. Sus sentidos agudizados no tardaron en localizar a dos hombres en el pasillo del norte, la parte de atrás del edificio. La otra pareja vigilaba el vestíbulo al oeste. Al menos durante algunos segundos, el trío que tenía enfrente permanecería completamente aislado de sus compañeros. Esos pocos segundos eran todo lo que ella necesitaba.



Sharon, con su maltrecho cuerpo experimentando un paulatino regreso de las fuerzas, se puso de pie. Ernest Nelson, con un chirrido de maquinaria interna, se esforzó por hacer lo mismo, junto a ella. A seis metros de distancia, Charles Klair, con las manos y los brazos bañados en la sangre del Aullador, se rió. Dio un paso al frente. La creación robótica que antes fuese humana no tenía ninguna prisa. Sharon y Nelson estaban atrapados. No tenían adonde ir.

Klair les dijo algo, palabras que Sharon no pudo escuchar. Supuso que probablemente no estaba explanándose acerca de la alegría que sentía al volver a verlos. El Interventor carecía de sentido del

humor. Le había hecho la vida imposible dentro del Colectivo Gris. La mera idea de pensar que podría derrotarla ahora, después de tantos esfuerzos y penurias, la sacaba de quicio.

—Nelson y yo trabajamos para el Consejo Interno —gritó Sharon, incapaz de oírse a sí misma—. Nos han encargado que encontremos y eliminemos al clon base. No nos jodas, Klair. Sigues siendo miembro de la Tecnocracia, no puedes desobedecer una directiva del Consejo. Así que vete a tomar por culo y déjanos en paz.

Klair esbozó una sonrisa. Parecía que acababa de darse cuenta de que ni Sharon ni Nelson podían oírle. Se señaló las orejas y negó con la cabeza. Avanzó un paso más.

—Te lo advierto —gritó Sharon, a sabiendas de que intentar razonar con el Interventor era una pérdida de tiempo—. Como nos sigas tocando los cojones, el Consejo se ocupará de convertir en clips esa chatarra de cuerpo que tienes.

Klair avanzó un paso más. La sonrisa que exhibía se ensanchó. A Sharon no le cupo ninguna duda de que Klair disfrutaba haciéndoselas pasar canutas. Igual que una araña jugando con moscas. El Interventor levantó las manos ensangrentadas.

El suelo se estremeció. Sharon miró a Ernest Nelson. Casi se había olvidado del ciborg, concentrada como estaba en Klair. Estaba claro que Nelson también se había dado cuenta de que el Interventor planeaba aplastarlos igual que si fuesen cucarachas. Sus ametralladoras gemelas saltaron a la vida. Con el Aullador muerto, el campo regulador de sonido ya no podía evitar que las armas funcionasen. Una lluvia de acero se derramó sobre Klair, lanzándolo hacia atrás, trastabillando. Su piel metálica relució con distintos colores, abarcando todo el espectro como un arco iris enloquecido. Pero no sucumbió. Un centenar de ráfagas se habían incrustado en su cuerpo, pero él se negaba a caer.

Con el rostro compuesto en una máscara de fastidio, Nelson dejó de disparar. Klair parecía invulnerable al daño, una creación sobrehumana que no podía ser detenida.

—Nuestro código de acceso es Alfa-Alfa —gritó Sharon cuando vio que Klair retomaba su avance. Cada palabra de la mujer provocaba destellos en aquella piel artificial.

Klair abrió la boca para decir algo, Sharon no sabía el qué. Su cuerpo se estremeció al hablar. Los colores continuaron cambiando por todo su rostro, sobre los brazos. Pese a su aparente invulnerabilidad, algo le ocurría al Interventor.

—¡Deténte! —gritó Sharon. Los rasgos de Klair pasaron del verde al plateado, pasando por el oro. Su expresión parecía preocupada—. ¡Deténte! —volvió a gritar. Klair tenía la cara naranja. Luego roja. Luego morada. Despacio, presa de temblores, levantó un pie. Avanzó un paso más. Sus movimientos ya no eran fluidos ni suaves. Los ataques del Aullador debían de haber dañado sus circuitos. Los sonidos lo herían.

Sharon palmeó las ametralladoras de Nelson y señaló a Klair, haciendo aspavientos con las manos como si estuviese apretando un gatillo.

—¡Dispárale! —gritó, aunque sabía que el ciborg no podía escucharla—. ¡Dispárale!

Nelson apretó el gatillo. El rugir de los cañones inundó la estancia. Igual que un hombre enfrentado a un fuerte vendaval, Klair inclinó el cuerpo hacia delante y pugnó por avanzar, encogido antes las balas que lo golpeaban como martillos. Un millar de variaciones de color rodeaban su cuerpo, iluminando al Interventor como un cartel de neón. Klair abrió la boca, dijo algo. Sharon no supo el qué. Tampoco le importó.

El Interventor seguía avanzando. Una de las armas de Nelson dejó de disparar. Segundos después, la segunda.

El cuerpo de Klair había adquirido una monótona tonalidad gris uniforme. Sus manos ensangrentadas saltaron a la garganta de Sharon.

—¡Muere, hijo de la gran puta! —chilló la mujer, a pleno pulmón.

Los dedos de Klair se agarrotaron. Le temblaban las manos. Sus brazos dejaron de moverse. Igual que una ola, los temblores recorrían su cuerpo, se derramaron por su torso hasta llegar a las piernas. Todo su cuerpo se estremecía, vibraba como una especie de gigantesco gong.

—¡Muere! —gritó Sharon. Nelson estaba junto a Klair. El ciborg, con la boca abierta, chillaba a su vez.

Klair se desplomó, con la piel metálica ennegrecida. Su cuerpo sufrió un espasmo, dos, antes de quedarse inmóvil.

Nelson miró a Sharon y levantó un pulgar en señal de victoria. Rebuscó encima del escritorio hasta encontrar un bloc y un lápiz. *Qué caña*, escribió en grandes caracteres.

¿Te queda munición en el coche?, garabateó Sharon.

Nelson asintió con la cabeza y dibujó un símbolo de interrogación.

La mujer señaló al cadáver del Aullador, antes de escribir: *Dijo que los amigos que tenía en la planta le dijeron que vendríamos. Ésos son los que estamos persiguiendo.*

Nelson se encogió de hombros. *¿Por qué no?*, apuntó debajo del mensaje de la Directora. *De momento está siendo divertido.*

—Ya iba siendo hora, joder —gruñó una voz ronca y profunda.

Madeleine hizo caso omiso de quien hablaba y de las armas automáticas que la apuntaban, y echó un rápido vistazo a la cámara interior. La habitación tenía una planta cuadrada de nueve metros de lado. Constituía una prisión perfecta. En la pared más alejada, frente a la única puerta, había dos grandes jaulas de acero. Las celdas eran poco más que enormes cajas de barrotes que llegaban desde el suelo hasta el techo. Nada más que madera y barras de metal. Enzo había tratado a sus protegidos igual que a bestias salvajes. Otro punto en su contra.

Una serie de seis mesas de trabajo de laboratorio cruzaba la estancia, dificultando el movimiento en línea recta. Tras cinco de ellas se habían estacionado sendos pistoleros, armados de compactas armas automáticas. Tres de los guardias exhibían los sellos de los Nefandos tatuados en las mejillas. Partícipes, supo Madeleine a ciencia cierta, en los asesinatos de Leo y la hermana Susie. En otras circunstancias, los habría hecho sufrir por sus crímenes. Esa noche tenía prisa. Tendrían que morir sin más, en vez de agonizar.

Un sexto hombre, el único que revestía cierto peligro, a su juicio, permanecía junto a las jaulas que aprisionaban al Rat Pack. Su arma se encontraba a escasos centímetros de los barrotes de una de las jaulas, apuntando directamente a los tres adolescentes de su interior. De pie, frente al asesino, estaba Allyson. A poca distancia de ella, Sarah y Lucy.

—Sabía que vendrías, Madeleine —dijo Allyson, con voz trémula por la emoción. Sus ojos no se apartaban del hombre del rifle—. Le dije a ese hijoputa de Enzo que no nos dejarías en la estacada.

—A callar la boca, mocosa —ordenó el hombre de la voz ronca. Le dedicó una sonrisa torva a Madeleine—. Nos han pedido que te informemos de que don Enzo te espera abajo, en su despacho. Un movimiento en falso, mala hostia, y convertimos a los críos en puré de rata.

—Mi tío abuelo es un viejo chocho. Y vosotros, hombres muertos.

—Mía es la venganza —recitó Sarah, de repente. Su voz profunda resonó por toda la estancia. Por un instante, la atención del hombre que vigilaba al Rat Pack se dividió. Sus ojos apuntaron a la pequeña pelirroja que tenía al lado.

Allyson reaccionó de inmediato. Asió el cañón del rifle del hombre, lo apuntó hacia el techo y lo golpeó contra los barrotes de la celda. El arma cobró vida con un traqueteo, las balas se alojaron en el techo. Impulsados a actuar por la sorpresa, los demás guardias abrieron fuego contra el lugar donde había estado Madeleine. Se había ido.

En el preciso instante en que los dedos de Allyson tocaron el acero, Madeleine se había convertido en una centella. La asesina más mortífera del clan Giovanni tenía seis hombres que matar antes de que éstos apuntasen sus armas contra el Rat Pack. Madeleine no se lo pensó dos veces. Actuó.

Las pesadas mesas de trabajo eran demasiado corpulentas como para esquivarlas, así que saltó sobre ellas. Se propulsó por los aires y sus pies tocaron el mueble más próximo antes de que los asesinos

comenzasen a disparar. El dedo de un cadáver se tensó sobre el gatillo de su arma, su cara desapareció ante el envite de las garras de Madeleine.

Con una voltereta, saltó sobre otros dos guardias. Los dedos extendidos de su mano izquierda se hundieron en los ojos de uno de ellos, cegándolo antes de aplastarle el cráneo. Al mismo tiempo, sus piernas apresaron el cuello del tercer guardia y apretaron. Los huesos crujieron cuando ella giró el torso, a punto de arrancarle la cabeza de los hombros al mercenario.

Tres muertos, tres restantes. Habían transcurrido escasos segundos. Los dos hombres que quedaban a cubierto tras las mesas pertenecían a una elite asesina. Comenzaban a incorporarse, con sus ametralladoras escupiendo fuego.

Madeleine se lanzó de cabeza contra el más próximo de los dos. Su cuerpo se contorsionó en pleno vuelo, esquivando la ráfaga del frío acero. Una mano asió el hombro del tatuado. Madeleine lo estrujó, aplastando huesos y cartílagos. Su víctima aulló, el primer sonido que profería alguno de los combatientes. El ruido murió al instante, cuando la otra mano se hundió en la laringe y le cercenó la garganta.

Por el rabillo del ojo, vio al alborotado Rat Pack. Allyson y Sarah se habían agarrado al cañón del rifle e intentaban quitárselo a su apresador. Lucy, siguiendo un plan de ataque distinto, se había arrodillado y apretaba el rostro contra los barrotes, con los brazos tan estirados como le era posible. Tenía la bragueta del hombre asida con firmeza y la estaba retorciendo con todas sus fuerzas.

El último hombre, con el arma aullando enloquecida, se había agazapado detrás de un cuadrado formado por cuatro mesas. Ansiosa por acabar con él antes de que pudiera ocasionar algún daño, Madeleine se tiró al suelo y se arrastró hacia él igual que una serpiente. Cogió al hombre por las piernas, separó los brazos y lo partió por la mitad.

Ya sólo quedaba el guardia que intentaba zafarse de Allyson y sus compañeras. Con un gruñido triunfal, el hombre con el rostro congestionado, le quitó el arma a las pelirrojas. Madeleine se limitó a corregir la trayectoria del cañón para que éste quedase apoyado bajo la barbilla de su propietario. Apretó el gatillo.

—Nada más que un viejo chocho —repitió.

Podría haber doblado los barrotes de las jaulas, pero era mucho más fácil usar las llaves que pendían del cinturón del cadáver del guardia. En cuestión de un minuto, el Rat Pack al completo se arracimaba a su alrededor.

—Sabía que vendrías —dijo Allyson, con una sonrisa—. Le dije a esa bola de sebo de Enzo que la estaba cagando pero bien.

—Ha sido asombroso —dijo Lucy—. Absolutamente increíble.

—Se os pagará con la misma moneda —dijo Sarah, con voz sepulcral.

—Para ya, Sarah, joder —espetó Sybil—. Me estás poniendo los pelos de punta.

—Venid —terció Madeleine, dirigiéndose hacia el ascensor—. No os pongáis a discutir ahora.

Tras bajar hasta la primera planta, condujo al Rat Pack a una entrada lateral.

—¿Podréis salir de la ciudad sanos y salvos?

—Seguro —contestó Allyson—. Le haremos un puente a cualquiera de los coches que hay en el aparcamiento.

—Vale. —Madeleine le indicó a Allyson cómo llegar a la iglesia abandonada—. Allí encontraréis mi furgoneta. Esperadme hasta que amanezca. Si no regreso, coged el dinero y salid de allí. No volváis nunca.

—No podemos dejarte, Madeleine —protestó Lucy, con los ojos empapados de lágrimas—. No podemos.

—Tenéis que hacerlo. —Miró en el fondo de los ojos de cada uno de los seis adolescentes, impartiendo a todos ellos una pequeña porción de su voluntad inquebrantable—. El Rat Pack debe ser fuerte. Sólo los fuertes sobreviven. Honrad mi nombre y cumplid mis deseos.

—Lo haremos —dijo Allyson—. Te lo prometo. El Rat Pack sabe cumplir órdenes. Somos como tú, tenemos nuestro honor.

Madeleine sonrió y asintió con la cabeza.

—El honor por encima de la muerte —declaró. Después, sin terciar más palabra, se dio la vuelta y se apresuró a bajar las escaleras que conducían al sótano.



Dos de los tres guardias le daban la espalda a la escalera. El tercero, el que llevaba el cuchillo de caza enfundado en la cintura, exhibía un par de gafas de espejo plateadas bajo la gorra de cazador. A Sombra le hacía gracia aquel disfraz de macho. Los hombres fuertes de verdad y con auténtica confianza en sí mismos no necesitaban alardear.

El hombre de las gafas de espejo le dio una profunda calada a su cigarrillo. Sombra aprovechó aquel instante para incorporarse igual que un espectro. Antes de que el hombre pudiera escupir el cigarro, dos estrellas arrojadas cruzaron el vestíbulo. Una por ojo. Saltó hacia delante incluso antes de que alcanzasen su objetivo, con Susurro bajo el brazo derecho.

Los ojos del hombre de las gafas de espejo se convirtieron en dos surtidores de sangre. Sus compañeros, al percatarse de que estaban siendo atacados, comenzaron a darse la vuelta. Sombra los atrapó con un pie en el aire.

Un giro de su muñeca derecha proyectó a Susurro hacia delante y arriba, abriendo en canal a un atónito guardia, desde la pelvis hasta la frente. Cayó de espaldas, muerto, con un surco de casi quince centímetros de profundidad dividiéndolo en dos.

Su compañero no tuvo mejor suerte. Con el rifle agarrotado entre ambos brazos, atisbó un destello de acero. El dolor rugió dentro de su cabeza y un chillido se gestó en su garganta cuando vio que sus manos, aún sosteniendo el arma, rebotaban a sus pies. No profirió sonido alguno. Los decapitados no gritan.

Sin perder un solo instante, Sombra cruzó el largo vestíbulo a la carrera, impulsada por unos pies que parecían no tocar el suelo. Oyó el frufrú de pisadas que se aproximaban. Los dos guardias del oeste se acercaban a la escalera. Quería llegar antes que ellos para darles la bienvenida que se merecían.

Una vez más, ninguno de los hombres estaba preparado para enfrentarse a la muerte. Aquellos guardias de seguridad, reblandecidos tras años de amonestar a borrachos y de asustar a los vagabundos, eran incapaces de vérselas con una auténtica guerrera. Uno era un hombre alto y con barba; el otro, bajo y obeso, de ojos azules. Ambos portaban sus rifles de asalto con gesto confiado. No estaban listos para disparar y ni siquiera tuvieron la oportunidad de reaccionar.

Moviéndose con la gracia de una bailarina, Sombra pasó como una exhalación entre los dos hombres, al son de la música de sus espadas. El gordo murió, degollado. Su compañero larguirucho se desplomaba un instante después, con el cuerpo atravesado por media docena de cortes de la katana de Sombra. Habían caído cinco, quedaban dos.

Aquellos guardias de seguridad eran meras distracciones con el objetivo de conseguir que se confiase. Ezra pensaba que podría inducirla a creerse invencible. Aquellos sacrificios intencionados eran igual que las manos que se perdían a propósito al principio de una partida de póquer, con el fin de desplumar al incauto a posteriori. Sombra no se dejaba engañar tan fácilmente. La lección más importante que había aprendido de sus sabios maestros era la de la humildad. Jamás sobrestimaba sus propias habilidades, ni subestimaba las de su adversario.

La última pareja de guardias patrullaba el vestíbulo norte. A Sombra ni siquiera se le pasó por la cabeza la opción de inmovilizarlos, de desarmarlos y dejarlos atados. Un enemigo vivo constituía una amenaza en potencia. No sentía ninguna piedad por los guardias de seguridad, ya fuesen peones o no. Aquello era la guerra, y allí no había cabida para la misericordia.

Igual que un fantasma, atravesó el pasillo occidental. Cuando llegó a la escalera del noroeste, un rápido vistazo le bastó para localizar a sus dos objetivos restantes a unos quince metros de distancia. Algo más prevenidos que sus difuntos camaradas, patrullaban espalda contra espalda, con las armas preparadas para entrar en acción, estudiando ambas paredes a intervalos. Empero, sus reflejos eran lentos, indisciplinados, cuando se los comparaba con los de una Garra de Dragón.

Sombra entró en el pasillo, lanzó media docenas de estrellas arrojadas y saltó a un lado, agazapada. Las armas de fuego traquetearon a modo de respuesta cuando el guardia que se enfrentaba a ella consiguió disparar una ráfaga de ametralladora antes de que los afilados bordes de acero se hundieran en su carne. El arma continuó disparando mientras él se desplomaba, con los dedos petrificados en torno al gatillo.

Su compañero, en un gesto de insospechada astucia, se tiró al suelo de bruces de inmediato. Se apresuró a erguirse sobre su estómago a fin de poder apuntar su ametralladora contra Sombra. Aquella maniobra, no obstante, entrañaba una desventaja. Al incorporarse, por un breve instante, el guardia le expuso el torso a la guerrera.

El chaleco a prueba de balas, de cuello alto, protegía la cabeza, el pecho y el estómago del hombre. Pero se cubría las piernas con unos vaqueros corrientes. Tres certeras estrellas arrojadas se hundieron en su muslo, rodilla y tobillo, respectivamente. De forma involuntaria, el guardia se revolvió de dolor y arqueó la espalda. Dos estrellas más se hundieron en su frente. Había muerto antes de que su rostro se estrellara contra el suelo.

Con cuidado, Sombra dejó que sus sentidos se expandieran para cubrir los pasadizos vacíos. Ni un movimiento. Los muertos seguían donde habían caído. El silencio era absoluto.

La doble puerta la llamaba, prometiéndole la entrada al corazón de la planta química. Sombra la empujó con los dedos del pie. No estaban cerradas con llave. Había llegado la hora de la auténtica batalla. Ezra aguardaba en el interior. Grito y Susurro en ristre, se adentró en el infierno.

VEINTICINCO

—Buenas noches —saludó Hargroves, con voz tranquila, pese a ser consciente de que acababan de comenzar los momentos más peligrosos de su vida. Sentada con la espalda recta y enhiesta, miró a la mujer de joven apariencia que estaba de pie frente a su escritorio—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Soy Madeleine Giovanni —se presentó la joven, vestida sólo con un leotardo de color negro. Era morena de pelo, de piel blanca como la tiza y labios rojos como la sangre. Hargroves percibió un ligero parecido con Enzo. Muy ligero—. He venido a ver a mi tío abuelo, Enzo.

El plan de esa noche especificaba que los hombres del piso superior alertarían a Hargroves en cuanto llegase Madeleine, a fin de que ella pudiera avisar a Enzo. No había recibido ninguna llamada. Se preguntó si la Daga no se habría molestado en perder el tiempo con los adolescentes cautivos. Era bastante probable que Esperanza y Aliara hubiesen sobrestimado su relación con el Rat Pack.

—Creo que la está esperando. He enviado afuera a los hombres. No veo ningún motivo por el que se deban desperdiciar buenos hombres.

Con un ademán espontáneo, Hargroves se inclinó hacia delante y pulsó el botón del intercomunicador del laboratorio donde estaban prisioneros los niños. Sonó y sonó, pero no contestó nadie. Madeleine, como si pudiera leer sus pensamientos, esbozó una sonrisa. Al fijarse en la mujer de negro, Hargroves se percató de que su leotardo aparecía salpicado de sangre. Se esfumaron las escasas dudas que aún pudiese albergar con respecto a su plan.

—Informaré al señor Giovanni de su llegada.

—Gracias —repuso Madeleine, mientras Hargroves se incorporaba y se dirigía hacia la única puerta que comunicaba con el santuario de Enzo. El antiguo vampiro ya estaba allí, sentado en su trono, con Esperanza a su vera. Esperaban ser los dueños de la situación. Hargroves supuso que se iban a llevar una desagradable sorpresa.

Abrió la puerta y echó un vistazo. Las bombillas encajadas en el techo apenas hedían las tinieblas que acechaban en las esquinas de la cámara de cemento. Todo el mobiliario, a excepción del trono de Enzo, que permanecía en el centro de la sala, había sido apilado contra la pared del fondo. Enzo se puso en pie, con los ojos brillantes. Esperanza, ya erguida, sonreía con anticipación.

—Madeleine Giovanni está aquí —anunció Hargroves, procurando mantener el tono más neutral posible en la voz. Se obligó a no mirar a Esperanza a los ojos, preocupada porque la cambiaformas pudiera sentir el odio que irradiaba. Por un instante, Hargroves se preguntó cuándo había asesinado la artesana de la voluntad a la auténtica Esperanza. Aquello no era relevante, lo único que importaba era su plan. Mantuvo los ojos fijos en el suelo—. ¿Debo decirle que pase?

—¿Madeleine? —repitió Enzo, con el ceño fruncido. Parecía confuso—. ¿Aquí? ¿Ya?

—Sí, señor —confirmó Hargroves, sin añadir más información. Enzo la había abandonado por Esperanza. Que fuese esa zorra pagada de sí la que se encargase de la Daga de los Giovanni—. No hay noticias de arriba. ¿Debo decirle que pase?

—Por supuesto —contestó Esperanza, con una carcajada. Parecía despreocupada, dueña de la situación—. Qué sorpresa más inesperada, pero grata al mismo tiempo. ¿No cree usted, mi señor?

—Sí, sí —dijo Enzo, consiguiendo imprimirle a su voz parte de la arrogancia perdida—. Hazla pasar.

Hargroves se dio la vuelta e hizo señas a Madeleine para que se acercase. Aquel retraso parecía hacerle gracia a la mujer de negro.

—¿Mi tío y su consejera? —preguntó, al acercarse a la puerta.

—Esperanza —dibujó Hargroves con los labios, de espaldas a la cámara—. Es una perra de cuidado.

Madeleine no dijo nada, pero inclinó ligeramente la cabeza a modo de gracias por la advertencia.

—Madeleine, prima querida —saludó Enzo cuando la mujer de negro entró en la cámara de paredes de piedra. Se encontraba sentado igual que un rey en una silla de caoba de respaldo alto, tapizada de

terciopelo morado con pespuntos de oro. Esperanza permanecía de pie a la derecha del trono—. Cuánto tiempo.

Hargroves cerró la puerta y regresó a su mesa. Apretó un botón del intercomunicador. A primera hora de la tarde, había ocultado un transmisor microscópico entre dos piedras sueltas dentro del santuario de Enzo. Las voces del interior sonaban ahogadas, pero audibles. Se inclinó hacia delante y se concentró en cada una de las palabras que se pronunciaban. El poder oscuro ardía en la yema de sus dedos, el *Toque que Mata*. Aún no, pero pronto. Muy pronto.

—Por favor, prima, siéntate —dijo Enzo, señalando a una silla a escasa distancia de la suya. El trono se alzaba sobre una pequeña plataforma, lo que le permitía observar desde arriba a cualquiera que se sentase—. Tienes buen aspecto.

—No estoy cansada —repuso Madeleine, prefiriendo permanecer de pie. Enzo, pese a ir vestido con un traje negro, camisa blanca y corbata, parecía hinchado, grotesco. Había dejado atrás cualquier traza de humanidad—. Ni me ha cambiado la cara desde la última vez que nos vimos. Tengo el aspecto de siempre.

Sus ojos no perdían de vista a la mujer llamada Esperanza. La exuberante morena permanecía firme al lado del sillón de Enzo, con los brazos cruzados sobre el busto. Esperanza, vestida toda de blanco, poseía la extraña cualidad de conseguir que un traje de alta costura pareciese una cursilería. La advertencia de Hargroves era innecesaria. Madeleine sabía que la aliada de Enzo tenía que ser una de las cambiaformas al servicio del clon base.

La cámara seguía tal y como ella la recordaba desde su última visita en forma de niebla. Suelo agrietado, techo bajo, paredes de cemento. El trono de Enzo y unas cuantas sillas apiladas contra la pared por todo mobiliario. Un lugar inhóspito, yermo, reflejo de la mente de su tío abuelo.

Enzo se encogió de hombros.

—Como tú prefieras. Dejémonos de cháchara sin sentido. —Se inclinó hacia delante, con los ojos emitiendo un fulgor rojo como la sangre—. ¿A qué has venido a los Estados Unidos? La verdad.

—Pregúntaselo a Montifloro. Uy, se me olvidaba. La Muerte Definitiva se lo ha llevado. Tienes los labios manchados con su sangre.

—Quería traicionarme, se merecía morir. Ahora, responde a mi pregunta.

—Mi abuelo, mi sire, Pietro Giovanni, señor y regente del Mausoleo, me ha enviado a los Estados Unidos para investigar el cariz de tus operaciones dentro de Químicas Everwell. Le preocupaba la falta de comunicación. Pietro quería asegurarse de que seguías siendo leal al clan Giovanni.

—Te envió para destruirme.

—Sí, si fuese necesario. Por eso me llaman la Daga.

—Pietro Giovanni es un viejo amargado —terció Esperanza, interviniendo por vez primera desde que Madeleine entrase en la cámara de piedra—. Tanto sus ideas como sus visiones están caducas. El clan Giovanni necesita un nuevo líder.

—Mi sire acata los dictados de los suyos. Él es el señor del Mausoleo, no de nuestra familia.

—Paparruchas —dijo Enzo—. Augustus se pasa la otra vida sumido en tristes meditaciones. Los antiguos del clan obedecen a ciegas la voz de Pietro. Su palabra es la ley. Esperanza tiene razón, ha llegado la hora del cambio.

—¿El cambio se llama Enzo Giovanni? —preguntó Madeleine.

Su tío abuelo asintió.

—¿Qué mejor líder que yo? Llevo mucho tiempo sirviendo bien al clan, y poseo poderosos aliados.

—Nuestra familia no necesita aliados. Nos apañamos bastante bien sin la ayuda de nadie.

—Dejémonos de tonterías —bufó Esperanza, acercándose al trono de Enzo. Le enseñó los dientes a Madeleine—. Estás aquí porque tenemos a tus mascotas encerradas arriba. Si quieres que mañana sigan con vida, más te vale escuchar a Enzo esta noche, y hacer al pie de la letra lo que te ordene.

—¿Traicionar el honor de mi familia por una cuadrilla de chiquillos humanos? —dijo Madeleine. Soltó una carcajada de deleite ante la expresión atónita de Esperanza—. Te equivocas, yo no soy la Madre Teresa.

—Los mocosos juraron que vendrías —añadió Enzo—. Se jactaban de estar bajo tu protección.

—Exageraciones —repuso Madeleine, relajada, con los brazos a los costados. Era paciente. Una experta asesina nunca se precipitaba—. Además, tus jaulas tienen las puertas abiertas, tío abuelo. ¿De verdad pretendías detener a la Daga de los Giovanni con esa escoria? Los niños se han ido.

—Habrán muerto antes de que salga el sol —gruñó Enzo. Se inclinó hacia delante, mirando a Madeleine con ojos torvos. Sus rasgos eran bestiales, sin trazas de humanidad—. Mi maldición caerá sobre ellos.

Madeleine volvió a reír, esta vez con más ganas. Los adversarios furiosos solían cometer errores. Enzo expulsaba espumarajos de rabia por la boca.

—Pero qué truco más trillado, tío, eso de implantar el deseo de suicidarse en sus mentes. A lo mejor funcionaba hace veinte años, pero ya no. He borrado esa idea de sus cabezas. Olvídate de los niños. *Has sido juzgado y encontrado culpable*. La pena por traicionar a tu clan es la muerte.

Los ojos de Enzo se desorbitaron por la sorpresa. Se reclinó de golpe en la silla, con expresión incrédula.

—La pequeña bruja. La pequeña bruja.

—Olvídate de eso, estúpido —espetó Esperanza, señalando a Madeleine con un dedo acusatorio—. Se acabó la tregua. Mátala. ¡Ahora!

—Ya basta de sandeces —declaró Madeleine, al tiempo que intentaba asir la mano de Esperanza. Se movió con una rapidez sobrehumana para coger... nada.

Con un rugido salvaje, Enzo salió disparado de su trono y se abalanzó sobre Madeleine. Por instinto, ésta intentó enterrarse en el suelo, pero el firme se negó a ceder. Su cuerpo siguió siendo sólido. Unos brazos inmensos se cerraron en torno a su pecho, aplastándola contra el piso. Las fauces de Enzo chasquearon junto a su garganta.

Miles de horas de combate salvaron a Madeleine. Retorció los brazos, impulsó las piernas y se zafó de la presa de su tío como si de una serpiente se tratara. Al instante, volvía a encontrarse de pie y escrutaba la estancia en busca de Esperanza. La belleza morena se encontraba de pie junto al trono de Enzo, con las manos unidas en ademán de oración.

Madeleine saltó hacia delante con los dedos extendidos, listos para degollar a la mujer. A esa distancia, era imposible que fallase. Sin embargo, volvió a ocurrir, sus manos se cerraron en torno al vacío. Madeleine se estrelló contra el suelo y rodó sobre su espalda. Un segundo después, las enormes zarpas de Enzo le apresaban los tobillos.

—Ya te tengo —gruñó su tío, apretando. Madeleine pataleó y se retorció, pero las manos de Enzo estaban cerradas a cal y canto. Su fuerza era asombrosa, mucho mayor de lo que cabría esperar. Con una carcajada enloquecida, la atrajo hacia sí.

El frío cemento continuaba negándole su abrazo. Por primera vez en décadas, Madeleine se veía privada de su técnica más mortífera. No podía fundirse con la tierra. La magia había sellado el cuarto. Pero una asesina que se preciara nunca se quedaba sin recursos.

Madeleine se impulsó hasta quedar sentada. Antes de que Enzo pudiera soltarle las piernas, se propulsó hacia delante, lo agarró de la cara y tiró de él contra sus rodillas. El hombre aulló cuando su nariz se convirtió en un amasijo de huesos astillados. La vampiro aprovechó la ocasión, se liberó y volvió a incorporarse.

Enzo, tras sacudir la cabeza para apartar los fragmentos óseos y cartilagosos de sus ojos, la golpeó con la mano derecha. El bofetón sesgado la envió por los aires. Se estrelló contra la pared de piedra, levantando nubes de polvo. El impacto le rompió dos costillas. Una herida fastidiosa, pero no revestía gravedad. Había sobrevivido a otras peores. La alianza de Enzo con el Señor del Acero lo había imbuido

de un poder aterrador, de una fuerza bruta para la que Madeleine no era rival. Pero las batallas se ganaban con la cabeza, no a base de músculos.

—Estás acabada, zorra —dijo Esperanza. Seguía de pie junto al trono de Enzo, con los brazos cruzados. La mujer de oscura melena parecía satisfecha con los desnudos de Madeleine—. Los vampiros no pueden derrotar a los brujos, jamás. La vida es mucho más complicada cuando no puedes ocultarte bajo tierra, ¿verdad? Menuda Daga invencible.

Madeleine sabía que no podía enfrentarse a la magia, pero podría utilizarla en su provecho. Enzo, con el rostro reducido a pulpa, volvió a la carga. Igual que una torera profesional, Madeleine saltó sobre él con una voltereta, rozando el techo con la cabeza. Al aterrizar, sus piernas se flexionaron y ejecutó un salto mortal perfecto, aterrizando de nuevo sobre sus pies. Tras ella, Enzo embistió la pared. Toda la estancia se estremeció a causa del impacto. Su tío poseía escasas aptitudes para la lucha, pero su tremenda fuerza lo convertía en un peligroso adversario. Madeleine sabía que, si aquellas manos se cerraban en torno a su cuello, todo habría terminado para ella.

La posición tenía que ser perfecta. Madeleine trazó una línea mental entre Enzo y Esperanza, bisecada por su propio cuerpo. Cuando su tío se dio la vuelta, ella gritó y golpeó el aire con los puños, a escasos centímetros del rostro del vampiro. No pretendía conectar sino que giró en redondo y, con los brazos extendidos, se abalanzó sobre las piernas de Esperanza.

Con una carcajada triunfal, la hechicera se apartó de un salto. Tal y como había esperado, Madeleine erró su supuesto blanco y se estrelló de cabeza contra el trono tapizado de terciopelo de Enzo. El ímpetu del ataque volcó la silla. Madeleine se asió con todas sus fuerzas a los brazos del trono, en un intento por amortiguar la caída. La tapicería se le enredó en los brazos cuando cayó al suelo, dispersando trozos de caoba por toda la habitación. Desde su nuevo emplazamiento frente a la única puerta del cuarto, Esperanza volvió a señalarla.

—Termina con ella —ordenó—. Esta farsa ya ha durado demasiado.

—¡Mi trono! —rugió Enzo. Con los ojos inyectados en sangre, saltó sobre Madeleine, indefensa en medio de la cortina de terciopelo. El vampiro mantuvo la vista clavada en aquel cuello indefenso. Por eso no vio la estaca de caoba de treinta centímetros de largo que Madeleine sostenía bajo el género morado. Su cuerpo se encajó en la madera con todo el impulso de sus más de ciento cuarenta kilos de peso. Igual que un trozo de carne ensartada, Enzo se desplomó sobre el frío piso, con los ojos escarlatas desorbitados por la sorpresa.

Despacio, Madeleine se puso de pie. La estaca sobresalía unos diez centímetros de la espalda de Enzo. Costaría desencajarla. Con una sonrisa, se volvió hacia una atónita Esperanza.

—Las estacas, en contra de la tradición literaria, no son letales para mi especie —declaró, mientras se preguntaba cómo podría matar a alguien a quien no conseguía ponerle la mano encima—. Sólo paralizan a la víctima. Mi tío podría quedarse ahí clavado por tiempo indefinido. Sin embargo, eso sólo pospondría lo inevitable. Debe morir.

—Esperanza —musitó Enzo, sin apenas mover los labios—. Ayúdame. Por favor, ayúdame.

—Sí, mi querida Esperanza —dijo Madeleine, al tiempo que cogía otra astilla de caoba de buen tamaño. Serviría—. Adelante. Ayúdale.

Con un giro de muñeca, Madeleine lanzó la improvisada jabalina contra el corazón de la artesana de la voluntad. Su puntería era perfecta. Sin embargo, la madera aterrizó inofensiva sobre el cemento, a los pies de Esperanza.

—No es tan fácil —dijo ésta. Entrelazó las manos de nuevo, como si fuese a musitar una plegaria—. A mí no me engañarás igual que al idiota de tu pariente. Tenemos muchas esperanzas depositadas en Enzo. Este pequeño contratiempo no cambiará mucho las cosas, sólo retrasará su toma de control del clan Giovanni. A lo mejor esa estaca le enseña a ser algo más cauto. En realidad, no es un precio demasiado elevado a pagar por la destrucción de la Daga de los Giovanni.

—Cuesta destruirme —repuso Madeleine, al tiempo que asía el paño de terciopelo. Aquello constituía un arma improbable, pero no podía permitirse el lujo de mostrarse selectiva en aquellos momentos.

—No cuesta tanto —contestó Esperanza, antes de alzar las manos entrelazadas frente a su rostro. A su espalda, se abría la puerta—. No cuesta tanto.

Hargroves sabía que lo más importante era saber distinguir cuál era el momento apropiado. Con Enzo inmovilizado y Madeleine Giovanni amenazada, había llegado la hora de actuar.

No cuesta tanto, oyó que decía Esperanza a través del intercomunicador mientras abría la puerta de la cámara interior.

No cuesta tanto, repetía la morena cuando echó un vistazo a la estancia.

Esperanza se encontraba a menos de treinta centímetros de distancia, de espaldas a la puerta. Madeleine Giovanni, aferrada al revestimiento de terciopelo del trono de Enzo, estaba a casi cuatro metros. Junto a ella, en el suelo, con una astilla de madera sobresaliendo de él como una lanza, vio a su jefe, Enzo Giovanni.

—Ayúdame —graznó Enzo—. Ayúdame.

—¿Qué cojones? —espetó Esperanza, dándose media vuelta.

Madeleine Giovanni permaneció en silencio.

—Esa lengua —dijo Hargroves, al tiempo que le ponía un dedo encima a la cambiaformas. En lo más hondo de su ser, el odio hervía abrasándole las entrañas—. Puta.

Los resultados fueron más espectaculares de lo que hubiese creído posible. Esperanza entró en ignición, su cuerpo explotó en una llamarada de fuego blanco. La mujer gritó, sólo una vez, antes de que su carne chisporroteara y se fundiera. Aún de pie, su sangre se evaporó en una nube de vapor hirviente. Los músculos y los tejidos se tostaron, inundando la cámara con el olor de la carne chamuscada. Transcurrido un segundo, sólo quedaba un esqueleto. Después, también eso desapareció, dejando tan sólo una montón de cenizas arremolinadas entre las llamas.

Tan repentinamente como había comenzado, el incendio cesó. Hargroves se percató sin sentir emoción alguna de que el sucio piso del cuarto no mostraba evidencia alguna de la llamarada al rojo blanco. El fuego sólo había afectado a Esperanza.

—Eso es lo que pasa cuando te metes con las viejas zorras secas que sólo valen para escribir al dictado —declaró. Sus enjutas facciones compusieron una enigmática sonrisa—. Nunca se sabe si pueden tener amigos peligrosos.

—Ayúdame —susurró Enzo, incapaz de moverse ni un centímetro—. Sálvame. Te lo daré todo.

—Todo ya no es suficiente —repuso Hargroves. Miró a Madeleine Giovanni. La Daga seguía sosteniendo el trapo de terciopelo con ambas manos—. ¿Qué planeas hacer con él?

—Me gusta tu método de ejecución. Es un truco impresionante. ¿Cuesta aprenderlo?

—Es un don —dijo Hargroves, optando por no explayarse acerca del tema—. Lo siento.

Madeleine se encogió de hombros.

—Me lo imaginaba. —Miró a Enzo y luego de nuevo a Hargroves—. Con la artesana de la voluntad muerta y Enzo destruido, quedará un hueco libre en el Consejo de Administración de Pentex. Una mujer ambiciosa, sin escrúpulos y amigos peligrosos, podría optar a ese puesto.

—Es una idea —repuso Hargroves. Madeleine Giovanni no era ninguna idiota—. ¿Y eso de Enzo destruido?

—Las secretarías que yo conozco suelen utilizar abrecartas. ¿No tendrás uno en tu mesa? ¿Bonito y afilado?

—Desde luego, pero no sé si te entiendo.

—Podría beber la sangre de mi tío, pero me temo que esté mancillada. No obstante, existen otros métodos para destruirlo.

—Ayudadme —suplicó Enzo—. Por favor, por favor.

—La luz del sol mata a los no muertos. Igual que el fuego. Igual que la decapitación.

—Oh. Ahora mismo vuelvo.

Cinco espeluznantes minutos más tarde, Enzo Giovanni era un montón de polvo. Madeleine, con sus angelicales facciones desencajadas, le devolvió el abrecartas, cuya hoja no volvería a ser recta, a Hargroves.

—Quédatelo como recuerdo. Y recordatorio.

—Recordatorio —repitió Hargroves.

La mujer de negro ya había empezado a convertirse en bruma y se hundía en la tierra.

—Algún día, el clan Giovanni y Pentex se verán las caras. Acuérdate de Enzo. Si volvemos a vernos, no digas que no te lo advertí.

La Daga desapareció. Hargroves sentía una ligera aprensión pero, por lo demás, la noche no podría haber terminado de manera más satisfactoria.

Se miró los dedos. Tenía las yemas manchadas de sangre. Sangre de Enzo, poderosa. Se llevó los dedos a los labios. Sólo para probar su sabor...

VEINTISÉIS

El interior de la planta química parecía una imagen extraída del infierno. No había luces, ni falta que hacían. La habitación era un cuadrado gigantesco, de varias decenas de metros de anchura, con un techo elevado. El suelo era de un material negro semejante a la pizarra. En cada rincón se erguía una enorme prensa a vapor recubierta de hierro, máquinas monstruosas que se agazapaban igual que bestias prehistóricas. Sus bocas chirriantes trabajaban sin descanso las veinticuatro horas del día, llenando la planta con el rugido y el crujido del metal contra el metal.

Enfrente de las prensas se veía un laberinto de mesas de laboratorio de acero, cubiertas por centenares de botellas llenas de compuestos indefinidos. Se estremecían con cada aullido del vapor. Los muebles se mantenían fijos en el suelo de pizarra gracias a unas gigantescas abrazaderas.

De una docena de pequeños tanques emanaban los gases nocivos que producían las extrañas mezclas refulgentes de químicos tóxicos que burbujeaban y humeaban. Las cicatrices que presentaba el suelo bajo ellos sugerían que los contenedores de metro y veinte de altura se habían volcado en más de una ocasión. Sombra estaba segura de que, cualquiera que fuese su contenido, debía de tratarse de la muerte hecha líquido.

Un cuarteto de inmensos tanques dominaba el centro de la estancia. Definían las esquinas de un cuadrado de seis metros de lado. Cada bidón de acero alcanzaba los tres metros de altura, con una boca de tres metros de diámetro. Aunque Sombra no podía ver su interior, los contenidos expulsaban los mismos gases nocivos que los tanques de menor tamaño. De ellos dimanaba una tétrica luz blanca que bañaba el interior de la planta con un fulgor espeluznante. El suelo estaba surcado por inmensas tuberías que conectaban los cuatro tanques entre sí. En todos ellos había lo mismo. Residuos químicos preparados por los científicos de Químicas Everwell con el propósito de contaminar el medio ambiente circundante. Veneno al por mayor.

En medio del cuadrado que formaban los tanques, donde se cruzaban las diagonales invisibles, se erguían dos figuras, bañadas por la fantasmagórica luz blanca que proyectaban los bidones. Una de ellas se correspondía con la de un hombre de baja estatura, desmañado, con la cabellera gris desgreñada y una barba desaseada. Sus ojos eran negros como el carbón. Se cubría con harapos y con una camisa blanca salpicada de sangre. Observaba a Sombra con expresión ausente, su rostro era una tabla rasa que delataba una locura total y absoluta. Supo sin necesidad de preguntar que había encontrado al mago demente, a Ezra ben Maimon. El artesano de la voluntad al servicio del Señor del Acero. El hombre que había venido a matar.

Junto a él, con una mano apoyada en su hombro, había una muchacha baja y cimbreña que Sombra reconoció de inmediato. Jenni Smith. Sombra había visto a la joven en tres ocasiones anteriores, siempre en el Calvero de la Diosa. Siempre había estado en presencia de Diecisiete. Esbelta y de frágil aspecto, no aparentaba haber superado la veintena. Jenni tenía el pelo largo y rubio, los ojos de un azul marino y una tez sonrosada, sana y vital. En medio de aquellos tanques de residuos químicos llenos con algunos de los contaminantes más peligrosos del mundo, ella se erguía descalza y cubierta por un vestido azul estampado con flores. Era el duplicado exacto de la chica que aparecía en el fax que había recibido Madeleine Giovanni. Jenni Smith se estaba haciendo pasar por Rebbekah, la difunta esposa de Ezra.

Había más gente, guardias como los que había matado en los vestíbulos. Los presentía, acechando en la sombra, repartidos por toda la estancia. Esperaban órdenes. Los ignoró por el momento. Cuando llegase su hora, todos ellos morirían.

Hacía mucho calor en el interior de la planta, un bochorno increíble. Sin embargo, la temperatura no parecía molestar ni a Ezra ni a Jenni. Sombra, cuya formación la había enseñado a hacer caso omiso de los elementos, se negó a permitir que el calor la afectase.

Grito y Susurro en ristre, dio un paso al frente en dirección al orate y a su compañera. Como si hubiese escuchado el roce de su piel desnuda contra la pizarra, Ezra esbozó una sonrisa. Jenni Smith le susurró algo al oído. El mago asintió y levantó las manos por encima de la cabeza.

—*Fladsstrum*—aulló, con la piel de su rostro crepitando igual que una vieja hoja de papel reseca. Las sílabas sin sentido flotaron en el aire, cobrando forma y substancia a medida que su eco resonaba por toda la cripta. La atmósfera se deformó y ennegreció. Un millar de ojos rojos restallaron frente a Sombra. Bocas invisibles laceraron su carne, le rasgaron la piel. La sangre manó de mil heridas distintas. Patidifusa y atónita, atacó con ambas espadas, sin encontrar blanco alguno. Aquel tipo de magia escapaba a su comprensión.

—*Xrandrum al r'maty zorn*.

Ezra mantenía los brazos en alto, elevados hacia el techo, en una parodia de oración. Junto a él, Jenni Smith se reía con un sonido obsceno e inhumano.

El aire alrededor de la pierna de Sombra se convirtió en gelatina. No podía moverse. Era como si la atmósfera hubiese cobrado vida y la estuviese reteniendo.

Sobre la cabeza de Ezra, se estaba formando un nubarrón, una sombra ominosa. Continuó gritando palabras en aquella lengua desconocida y el vientre de la nube se hinchó de relámpagos eléctricos semejantes a pequeñas saetas.

—¡Esa mujer no es tu esposa!—gritó Sombra, intentando hacerse oír por encima del creciente estruendo—. Tu amada, Rebbekah, está muerta. Falleció en un atentado terrorista hace años. Pregúntale a tu padre. O a tu hijo. Ellos te dirán la verdad.

Ezra la miró fijamente por un instante. No daba muestras de haber escuchado lo que le había dicho. Su mente había desaparecido bajo las aguas de una oscuridad más allá del espacio y el tiempo. Esbozó una sonrisa, revelando una dentadura mellada y amarillenta. Jenni Smith también enseñó los dientes y levantó una mano, una señal.

La nube estaba solidificándose encima de Ezra. Era negra, más negra que la noche más oscura. Los relámpagos de energía restallaban con una intensidad cegadora. Un hilacho de penumbra bajó para lamer el rostro del brujo enajenado. Fue como si una corriente eléctrica palpitase por sus venas. Se le erizó el cabello. Brillaron sus ojos. Se le desenchajó la mandíbula para dar rienda suelta a un torrente de palabras sin sentido.

—*¡Yattagama mty ond mty Cthuchuch!*

El mago extendió los dedos como si de las garras de alguna enorme bestia marina se tratase y un embudo de negrura absoluta brotó para cruzar la estancia y envolver a Sombra.

¡Odio! Latía en sus venas, rugía en su cabeza, ahogaba todos sus sentidos. Odio hacia Ezra, odio hacia Jenni, odio hacia sus enemigos, un odio ciego y abrumador hacia toda la cámara, hacia todos los que se oponían a ella. Un odio exacerbado hacia aquellos seres que habían herido a su amado, odio hacia aquellos que ansiaban alterar la realidad. En un instante, el odio la desgarró por dentro y la inundó hasta la mismísima esencia de su ser.

A su espalda, se movieron los hombres. Tres atacantes, atrapados en la misma nube de malevolencia desatada que rugía en sus venas. Sombra se giró, apenas capaz de moverse envuelta por aquel aire pegajoso, y alzó sus espadas cuando el trío cargó sobre ella, con los rostros desenchajados convertidos en máscaras de furia.

En condiciones normales, aquella pelea habría durado tan sólo un instante. Pero el odio nublabla el juicio de Sombra y pervertía sus habilidades. Las pasiones que había mantenido soterradas durante tantos años, suprimidas a fuerza de años de entrenamiento, entraron en una erupción de violencia ciega. Su katana se hundió en el cuello del atacante más cercano pero, en lugar de liberarla y parar los golpes del segundo, tajó otra vez, y otra, y otra más, tan consumida por el odio que no podía pensar en otra cosa que no fuese su propia sed de destrucción.

Un cuchillo se hundió bajo su costillar, a través de carne y músculo. Gritó, rompiendo el código de silencio que había respetado durante todos sus años como Garra de Dragón. El odio la volvió insensible al dolor, al contacto del acero en sus entrañas. Su espada corta saltó hacia arriba y se hundió en la entrepierna de su atacante. Con un gruñido de furia demencial, lo destripó con un giro de muñeca. Mientras el hombre caía, extrayendo su arma por la fuerza de su propio peso, Sombra lo degolló.

El tercer hombre blandió un machete junto a su cara. Sombra apartó la cabeza hacia la izquierda. La pesada hoja la golpeó en el hombro y le rompió el hueso. Por un instante, a punto estuvo de soltar su katana. Luego, aún presa de aquella rabia sobrecogedora, descargó el filo con todas sus fuerzas contra el costado del hombre. Éste profirió un alarido cuando la espada se hundió hasta la mitad de su cuerpo. Con las entrañas derramándose sobre el suelo, se desplomó en un charco de vísceras.

Malherida, Sombra se dio la vuelta. Ezra se reía a carcajadas, un rugido desequilibrado que rebotaba por toda la cámara igual que una salva de balas perdidas. La risa de un semidiós enloquecido. Sobre su cabeza, el nubarrón palpitaba como si estuviese dotado de vida. Unas líneas rojas surcaban la negrura.

Odio. El Duque del Acero era el señor del odio. Sombra se desplomó de rodillas, presa de un intenso dolor provocado por sus heridas. La agonía le despejó la mente. La sangre nanobit de su sistema ya estaba trabajando, sanándola, recomponiéndola. Tenía que hacer lo mismo con su cabeza. Necesitaba controlar el odio, canalizarlo contra su enemigo. De no ser así, estaría condenada.

—*Grttomas mérw xrttyr* —gritó Ezra.

Otra oleada de oscuridad se abatió sobre su mente. Odio hacia todo lo que conocía y amaba. Odio hacia Diecisiete. Odio hacia Sam Haine. Un odio ilógico, irracional. Odio hacia sus hermanos en la Hermandad Akáshica. Odio, colérico igual que un incendio incontrolado, hacia las Nueve Tradiciones. Odio hacia toda la humanidad. Un odio que la aplastaba bajo su peso abrumador, triturando su espíritu. Pulverizando su voluntad de vivir.

Un odio que la obligaba a levantar su espada corta hacia su garganta. Un odio que la instaba a clavársela. Odio hacia sí misma. Odio hacia todo lo vivo. La hoja tembló en sus manos. La bajó.

—*¡Khashtan zzzr ms'rtr!* —gritó Ezra, con el semblante ennegrecido y los ojos rojos como la sangre. Mas sus palabras no podían doblegar la voluntad de Sombra. Ni siquiera el odio del Duque del Acero conseguiría obligar a la doncella guerrera a cobrarse su propia vida.

Sacando fuerzas de flaqueza, Sombra se incorporó muy despacio. Sus heridas aún no habían sanado del todo. Se sentía debilitada, apenas capaz de moverse, pero se resistía a darse por vencida. Mataría a Ezra... o moriría en el intento.

Ernest Nelson propinó un puntapié a uno de los tres cadáveres. Enterradas en el cráneo del hombre, en medio de las lentes de sus gafas de sol, se veía un par de estrellas arrojadas de metal. Buen trabajo. Quienquiera que hubiese acabado con la vida de aquel tipo poseía un talento extraordinario.

A su lado, Sharon Reed levantó las manos, con las palmas abiertas, antes de señalar a los otros dos fiambres. Uno estaba casi partido por la mitad, mientras que al otro le habían cercenado las manos y decapitado. Apuntó a las armas intactas.

Nelson levantó un dedo, indicando que aquello era obra de un solo asesino. Nunca se había enfrentado a un Hermano Akáshico de las Tradiciones, pero había visto documentales de ellos en acción. Adeptos duros de pelar y sin remordimientos, capaces de las técnicas más increíbles.

Sharon se encogió de hombros. Extrajo el bloc que portaba cada uno de ellos y garabateó una palabra. *¿Adónde?*

Nelson señaló a la planta química tras las taquillas de acero. Hizo un molinete con las manos, en un intento por representar movimiento. Sus sensores indicaban que había gente allí dentro, además de descargas de energía. Se le daba fatal jugar a las películas. Sacó el cuaderno del bolsillo de su abrigo y escribió su propio mensaje.

¿Estrategia?

La respuesta de Sharon fue clara y concisa. *Capturar a Ezra y a Velma. Matarlos si es necesario. Ayudar a quien busque lo mismo que nosotros.*

Nelson asintió. Por mucho que odiara a las Tradiciones, al menos sus miembros eran humanos. Estúpidos equivocados, pero no eran Nefandos. Sería mejor que se uniesen contra un enemigo común. Todas sus armas estaban cargadas al máximo; Reed portaba ampollas de veneno suficientes para exterminar a casi toda la población de Rochester. Estaban listos para la guerra.

Nelson, con todos los sistemas a punto, abrió de una patada la puerta de acero que conducía a la planta central, arrancándola de sus goznes. Ninguno de los ocupantes de la estancia pareció percatarse. Arrastró de inmediato a Sharon al suelo, detrás de una mesa de trabajo metálica cercana.

La cripta era inmensa. No había luz, pero un espeluznante fulgor proporcionaba iluminación suficiente. El suelo que pisaban era negro, parecido a la pizarra. Unas gigantescas presas a vapor aullaban en los rincones, inundando la planta de ruidos. Un laberinto de mesas metálicas de laboratorio conducía hasta el centro. Por todas partes vibraban contenedores de productos químicos llenos de desechos. Hacía un calor abrasador.

En medio de la estancia se erguían cuatro grandes bidones. Cualquiera que fuese el material tóxico que bullía en su interior, era lo que proporcionaba aquella luz espectral. Entre los tanques se veían dos figuras, de espaldas a ellos. Una de ellas pertenecía a un individuo de pelo gris que palpitaba con energía. Un ser distorsionado y tumefacto que apenas guardaba semejanza alguna con un hombre. Una inmensa nube negra flotaba sobre su cabeza, con vetas de luz roja parpadeando en su vientre: los Externos estaban implicados en aquella batalla. Nelson pensaba que nada podría ser peor que enfrentarse al Aullador. Al parecer, se equivocaba.

Junto al hombre de pelo cano había una joven, baja y delgada, delicada, de larga melena rubia. Una visión angelical, con su vestido azul. Velma Wade. La zorra que había traicionado al Colectivo Gris y apuñalado a Sharon Reed por la espalda.

Al otro lado de la pareja, Nelson podía ver una figura solitaria de rodillas sobre el suelo. Sostenía una espada frente a sí. Parpadeó, creyendo que sus ojos le estaban jugando una mala pasada. El espadachín Akáshico era una mujer.

De repente, una oleada de furia sacudió al ciborg. Se estremeció cuando un centenar de señales de aviso explotaron dentro de sus circuitos. Los productos químicos estaban inundando su sistema, llevando sus emociones a niveles inestables. Se apresuró a dar la orden mental que liberaría en su organismo una dosis masiva de tranquilizantes e intentó aplacar su ira. Meneó la cabeza, aterrado. ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

A su lado, Sharon Reed sufrió un espasmo, su cuerpo se estremeció como si acabase de sufrir una descarga eléctrica. Su rostro se tornó rojo como la grana, sus labios se plegaron sobre sus dientes hasta componer la sonrisa de una osamenta descarnada. Abrió la boca y gritó algo. Una única palabra. Velma se dio la vuelta, los vio, lanzó una carcajada.

Nelson maldijo para sus adentros. La muy gilipollas. Tenía que controlarse. La cogió de un brazo y la obligó a mirarlo a la cara. Con los ojos encendidos, Sharon lo abofeteó. Se liberó y echó a correr hacia el centro del cuarto. Hacia Velma.

El odio se adueñó de los sentidos de Nelson. Perdió el control. Todo el resentimiento y el odio almacenado contra Reed durante el tiempo que compartieron en el Colectivo Gris entró en ebullición. Sus ametralladoras saltaron. Con un movimiento fluido, apuntó a la Directora de Investigaciones y apretó los gatillos. No ocurrió nada. Anuladores de movimiento, al igual que en el cuartel general del Aullador. Las armas eran inservibles.

Otra ronda de tranquilizantes penetró en su sistema, apaciguándolo. ¡Maldita sea, había intentado asesinar a Reed! Aquella nube negra le estaba jodiendo el cerebro.

Sharon ya casi había alcanzado a Velma, pero ésta había dejado de ser frágil y dulce. En cuestión de segundos, la cambiaformas se había transformado hasta convertirse en algo mucho más horroroso, en una

pesadilla que Nelson recordaba desde aquella noche en Washington. Reed se enfrentaba a la batalla de su vida.

Los sistemas de alarma internos explotaron dentro de la cabeza de Nelson. Hombres, una docena de ellos, a la carga. Armados con cuchillos, hachas y trozos de tuberías de plomo. Una pandilla de desgraciados, pero requerían su atención inmediata. Inútiles las armas de fuego, el ciborg cogió una de las mesas de trabajo y la arrancó del suelo. Tras rendirse a la rabia que aullaba en su interior, levantó la mesa por encima de su cabeza.

Sombra sentía como si tuviese las piernas hundidas en melaza. El aire congelado la había rodeado. No podía avanzar. Tenía que concentrarse con todas sus fuerzas para mantener aquel odio irracional a raya. Tanteó en busca de las estrellas arrojadas que llevaba en el cinturón. Extrajo varias y las arrojó en dirección a Ezra.

El acero alcanzó al mago en el pecho y se quedó allí, sobresaliendo igual que agujas en un acerico. El maníaco no pareció darse cuenta, ni preocuparse, pese a gotear sangre. Se encontraba más allá del dolor. Imbuido con la esencia del Señor del Acero, sólo existía para odiar.

Encima de la cabeza del orate, el nubarrón seguía creciendo, con su color que no era sino la ausencia de toda luz. El poder pateaba en su vientre como una criatura de pies aserrados. A Sombra, con los ojos fijos en aquella oscuridad, la nube parecía que estuviese cobrando forma, la de un rostro inhumano oculto por una máscara de metal. La del Señor del Acero.

Un dedo de luz negra saltó de la nube y se arremolinó en el espacio entre las manos de Ezra. Los dedos del artesano de la voluntad demente chisporrotearon con energía. Una bola de fuego de treinta centímetros de circunferencia flotaba entre sus palmas abiertas. Una bola de llamas negras. Una esfera de odio concentrado.

Con una carcajada, el brujo la lanzó contra Sombra. Al instante, Susurro estuvo en manos de la mujer. Si aquella bola llegaba a tocarla, estaría muerta.

Concentrada al máximo en el fragmento de energía oscura que se cernía sobre ella, Sombra apenas reparó en los dos desconocidos que habían entrado en la planta química por la puerta de enfrente. No obstante, los miembros de la Hermandad Akáshica estaban entrenados para fijarse en el todo, no en las partes. Otros se habían sumado a la refriega.

Blandió a Susurro en el momento preciso y destrozó la bola de fuego en diminutos fragmentos. Las astillas de oscuridad le hirieron las mejillas, llenando su mente por un instante con un odio irracional y primario. La emoción la sacudió y la obligó a adelantar la espada. El aire chasqueó, como si hubiese cedido. Si el aire la aprisionaba, ¿tendría substancia? ¿Podría abrirse paso a través?

Con Susurro en la mano izquierda, desenvainó a Grito. Con un juego de muñeca, Sombra le dio la vuelta a la espada y la hundió en el aire, directamente enfrente de ella.

Era como atravesar con la hoja a una babosa invisible. El afilado acero se hundió hasta la empuñadura, abriendo el sitio suficiente para que pudiese avanzar un paso. Luego, como cera fundida, el aire rellenó la herida, reformando la red. Impertérrita, Sombra descargó otra estocada y avanzó un paso más. Cortar y adelante, cortar y adelante.

Una mujer cargaba contra los dos artesanos de la voluntad desde la otra punta de la habitación. Jenni Smith, al lado del brujo, pareció fundirse y disolverse. Su lugar quedó ocupado por una criatura encabritada de pesadilla, un horror ajeno a este mundo.

De más de dos metros de altura, con un cuerpo escarlata del tamaño de un balón de playa, dotado de una docena de finos apéndices de un metro de largo que hacían las veces de brazos y piernas. Cada tentáculo terminaba en una mano en forma de zarpa con cuatro garras. Media docenas de tallos rematados por ojos surgían de lo alto de su cabeza. En el centro de su cuerpo chasqueaba una boca gigantesca llena de colmillos, entre los que asomaba una lengua de color negro.

La mujer, gritando algo que Sombra no pudo oír, se lanzó de cabeza contra la criatura. Una locura pero, inmersos en aquella atmósfera de odio, tampoco inesperado.

Diecisiete, guadaña en ristre, irrumpió por la puerta principal de Químicas Everwell. Sus compañeros lo seguían a corta distancia. El vestíbulo de la entrada estaba desierto. No había ni rastro de Madeleine Giovanni ni de Sombra.

—¿Dónde es...? —comenzó a preguntarle a Sam Haine, cuando el techo y las paredes se estremecieron. De arriba les llegó el estrépito del acero al chocar contra el acero.

—Comienza el espectáculo —gritó Sam Haine. Diecisiete destrozó la puerta que conducía a las escaleras y se apresuró a subir los peldaños.

Aunque los padres de Sharon habían sido ateos y ella había crecido para convertirse en una estricta escéptica de Dios y el diablo, mientras corría supo que, si existía el infierno, aquella noche ella se encontraba en el umbral. Le daba igual. Tenía a Velma Wade al alcance de la mano.

Sólo que ya no era Velma. La cambiaformas se transformó, se disolvió y se fundió hasta convertirse en algo mucho peor. En uno de los Externos. A Sharon no le importaba nada. El odio la había poseído con tal intensidad que no había forma de dar marcha atrás, no podía detenerse. Con un alarido salvaje, se abalanzó sobre las fauces del monstruo.

Media docena de tentáculos la abofetearon, le hirieron los brazos. Gritando con una rabia animal, Sharon dirigió toda su energía, toda la fuerza de su cuerpo, al torso y extremidades superiores. La negra lengua de la criatura se enroscó en su cuello e intentó atraerla hacia los enormes dientes amarillos. Justo lo que quería Sharon.

Levantó las manos, llenas de ampollas de veneno. Toxina suficiente para acabar con miles de vidas. La lengua negra se tensó, los tentáculos flagelaron la espalda de Sharon. El odio, el odio latente y abrumador le proporcionó la fuerza extra que necesitaba. Escupió. La rociada de ácido cayó sobre la lengua de la cosa. La carne alienígena siseó y se chamuscó. Igual que una enorme cinta elástica, la lengua negra se retrajo con un chasquido. La boca de la criatura se cerró de golpe en el preciso instante en que Sharon le metía más de una docena de ampollas por el gajnate. Explotaron cinco segundos después.

Una oleada de veneno inundó el cuerpo del monstruo. Los tentáculos se alzaron por los aires, soltando a Sharon. El ser gritó, su voz alcanzó tonos supersónicos. Se hinchó hasta alcanzar el doble de su tamaño y trastabilló por el centro de la estancia.

Ezra, con el rostro enloquecido perlado de sudor, se giró y vio por vez primera a la criatura que había reemplazado a su falsa esposa. Abrió la boca, pero no consiguió emitir ningún sonido. Con los tentáculos girando como aspas descontroladas, el monstruo tropezó con uno de los enormes tanques de vertidos, volcando el contenedor. Los gases tóxicos inundaron la cámara cuando un torrente de ácido se derramó sobre el suelo de pizarra.

Con un último estremecimiento, la cambiaformas se desplomó. Muerta.

Desesperada, Sharon pugnó por incorporarse. Tras ella, el maníaco aullaba de agonía. Una gigantesca mano invisible la levantó por los aires y la envió volando al otro lado del laboratorio. No tuvo tiempo de pensar ni de prepararse para el impacto. Chocó contra la pared y todo se volvió de color negro.

—¡No! —gritó Ezra, al ver cómo el ser que había sido Jenni Smith se desplomaba—. ¡No! —volvió a gritar cuando, con el gesto de un dedo, envió a la mujer de pelo negro al otro lado del cuarto.

Una ola de ácido cubrió los pies de Sombra, hasta las rodillas. El dolor era intenso, insoportable. Por un instante, creyó que sus extremidades se disolverían. El torrente pasó de largo y ella se derrumbó, incapaces los músculos y huesos expuestos de soportar su peso. La pizarra del suelo le quemó las manos pero, comparado con el ataque que habían sufrido sus piernas, apenas se dio cuenta. Su consciencia parpadeó, pero se negaba a rendirse a la oscuridad.

Más de seis metros separaban a Sombra del mago demente. El semblante de Ezra se había descompuesto en una expresión que no era ni remotamente humana. Sombra supo que el final se encontraba cerca.

Ezra separó aún más las manos y entonó un cántico en un idioma desconocido. Sobre su cabeza, el negro nubarrón rugió como si estuviese cargado de truenos. En su interior, dos ojos carmesíes ardían con

el fuego del infierno. Igual que un tornado, las tinieblas comenzaron a girar, cada vez más rápido, imbuyendo de poder el hueco entre los dedos del brujo. Todo el edificio había comenzado a temblar.

Sombra del Amanecer se preparó para morir.



Diecisiete cruzó como una exhalación por la desvencijada puerta de acero que conducía al interior de la planta química. Tras él venían Albert y Sam Haine. No lejos de ellos vieron a un ciborg, rodeado por media docena de cuerpos aplastados, que sostenía una mesa de trabajo de acero entre sus enormes manos. El hombre máquina, su rostro compuesto en una máscara de cólera, miraba como hipnotizado al centro de la cripta.

Una inmensa nube negra giraba y rugía igual que un ciclón. Una nube llena de centelleantes relámpagos aserrados de energía mística. Una nube con dos ojos rojos como soles que refulgían con odio. Una nube *viva*, la manifestación definitiva del Señor del Acero en la Tierra.

Bajo la nube de tormenta, con las manos alzadas en una pavorosa invocación, se erguía un anciano de barba gris, gritando palabras apenas audibles debido a la furia de la tempestad. Sólo podía ser Ezra.

—*¡Yabbonothomath!* —gritó el maníaco, con las manos levantadas por encima de la cabeza, como si pretendiera abarcar toda la nube negra—. *¡Grrn aldon Azazanothonath!*

ODIO. Como una ola, bañó a Diecisiete, ocupó todos sus pensamientos, lo ensordecía. El odio vivo y latiente del Señor del Acero, el Duque del Odio. El nubarrón era el odio encarnado. Llenaba la estancia, desgarraba las mentes de todos los que se encontraban en su interior. Destruía cualquier pensamiento racional. Como una plaga, igual que una enfermedad virulenta y asoladora, ardía como un incendio incontrolado arrasándolo todo a su paso.

Diecisiete cerró los puños presa de la ira, sus dedos se tensaron de rabia. Sentía el mango de la guadaña en sus manos, dejó que el poder de las runas talladas en la madera fluyera en su interior. En aquel instante, canalizó y dirigió el odio.

Había soportado aquel odio, había vivido sumido en la locura, durante cincuenta años. Diecisiete había sobrevivido a Malfeas. Había sobrevivido al Duque de Acero. Cincuenta años de un dolor inimaginable. Empero, había conseguido escapar con vida y sabía cómo detener la locura.

Levantó su guadaña, abrió los ojos y dio un paso al frente. Luego, otro. Y otro.

Ezra era la clave. El orate le proporcionaba al Señor Oscuro un ancla en la Tierra gracias a su odio abrumador, a su rabia contra toda la vida. Combatir al artesano de la voluntad con odio sólo conseguiría fortalecer al Señor del Acero. Pero había otra forma.

—Señor del Acero —dijo Diecisiete, con su guadaña en alto por encima de la cabeza. Hablaba con voz serena, sin gritar, pero sus palabras hendían el caos como un cuchillo—. Ezra. Te traigo la paz. Te traigo la *buena muerte*.

Con los ojos fijos en el mago de la barba gris, Diecisiete continuó avanzando. En lo alto, el ciclón redujo su intensidad. Los enormes ojos carmesíes se fijaron en él y vacilaron. La nube, la encarnación del poder del Señor del Acero, se detuvo. Los dedos de Diecisiete se tensaron en torno a la guadaña. La hoja, extrayendo magia de él, cantó.

Compasión. Renacimiento. Redención. Aquellas eran las ideas que derrotaban al odio. La fe firme y resoluta en que, en el gran ciclo de la creación, la muerte no era el final, sino un nuevo comienzo.

Ezra gritó, con las manos en alto, como si le rogase a su amo que le diera más poder. Diecisiete blandió su guadaña. La hoja se hundió. La buena muerte.

El odio explotó en la habitación igual que una bomba atómica. Un odio que lo consumía todo, odio hacia toda la existencia, inundó la enorme cripta con una obscuridad absoluta. La pura esencia del Duque de Acero, liberada en el instante de la muerte de Ezra, amenazaba con desmoronar las paredes, con extenderse igual que una marea negra por toda la ciudad y provocar una oleada de muerte y destrucción que reduciría la metrópolis a un infierno vacío y sin vida.

Un hombre lanzó un grito. Gritó con más que mortal agonía. Gritó de nuevo cuando la negrura pareció concentrarse, condensarse en un punto y fluir hacia una forma solitaria. Un solo hombre permanecía en pie, con los brazos extendidos, absorbiendo todo aquel odio, toda la ira, toda la rabia del Duque de Acero. El chamán, Albert.

Por un instante, se quedó así, con el rostro demudado, una máscara de horror, el cuerpo a rebosar de toda la malignidad liberada por la muerte de Ezra, absorbida en su mente gracias al hechizo más poderoso de la magia Verbena. Su carne se ampolló como si la consumiese el fuego. Las llamas del odio.

Aquello era más de lo que podía soportar ningún hombre, y menos alguien tan noble y puro como Albert. Con un alarido de dolor, emprendió la carrera hacia los tanques de ácido y trepó por la escalera que conducía a lo alto. A la única escapatoria posible.

—¡No! —gritó Sam Haine—. ¡Albert, no!

Sólo recibió silencio por respuesta.

VEINTISIETE

En su cámara secreta, no muy lejos del edificio de Químicas Everwell, Velma Wade tecleó la orden de autodestrucción en su ordenador. Segundos más tarde, la pantalla se apagó. Algunos segundos después, toda la unidad se fundió en una llamarada silenciosa. Siempre cauta al máximo, no pensaba dejar ninguna pista para posibles curiosos.

Su misión en la Tierra había fracasado. Tanto Enzo como Ezra habían sido destruidos, junto a Resha y Jenni. Aquello suponía un severo revés para su plan, aunque no definitivo. Había más miembros importantes del clan Giovanni con ambiciones. Todos los miembros del Consejo de Administración de Pentex ansiaban más poder. Volver a artesanos de la voluntad poderosos y testarudos hacia el lado oscuro resultaba sencillo.

Habían perdido la Tierra por el momento, pero la auténtica batalla, la más importante, aún estaba por comenzar.

Velma se puso de pie. Movi6 los dedos para tejer un código secreto en el aire. Se abrió un portal que conectaba la Tierra con el reino de la Umbra Profunda conocido como Armonía. Lo atravesó y el pórtico se cerró instantes después. La guerra en la Tierra había terminado. La batalla final, la guerra en el cielo, estaba a punto de comenzar.

VEINTIOCHO

Con el cuerpo trémulo por la emoción, Diecisiete caminó con paso vacilante hasta el lugar donde Sombra del Amanecer yacía de bruces. Al acercarse, ella se incorporó con esfuerzo con los codos apoyados en el suelo. La ropa de la doncella del acero había quedado reducida a harapos, devorada por el ácido. La mitad inferior de sus pantalones había desaparecido. A pesar de eso, no se apreciaban daños en su fisonomía. El milagro de su sangre nanobit. Mas resultaba imposible eliminar las oscuras líneas de desesperación que le surcaban el rostro. Las mismas líneas, supuso Diecisiete, que surcaban el suyo.

—Siento mucho haberte dejado atrás —se disculpó Sombra cuando su esposo se arrodilló junto a ella—. Fue una estupidez por mi parte.

—Disculpas aceptadas —respondió Diecisiete, mientras la ayudaba a incorporarse hasta quedar sentada. Le rodeó el talle con los brazos y la atrajo hacia sí. Permanecieron inmóviles durante un minuto, dejando que la vida entrase de nuevo en ellos, gota a gota. Aceptando la cruda realidad de la muerte de Albert.

—Oye —dijo una voz áspera que a Diecisiete le pareció vagamente conocida—. Tregua, tregua, ¿de acuerdo? Todos luchamos contra el mismo enemigo, ¿no? Ha sido un día duro para todos.

Diecisiete se dio la vuelta. A unos cuatro metros de distancia se erguía una imponente figura, mitad hombre, mitad máquina. Sus rasgos toscos y brutales contrastaban con sus ojos, iluminados por una chispa de increíble agudeza e inteligencia. El ciborg sostenía en brazos el cuerpo maltrecho y ensangrentado de una mujer esbelta de pelo corto y castaño.

—El ciborg X344 —musitó Diecisiete, incapaz de contener su asombro—. Y la Directora de Investigaciones Sharon Reed. Me imaginaba que ambos habríais muerto cuando el Colectivo Gris fue destruido.

El hombre máquina negó con la cabeza.

—Déjalo. No puedo oírte. Me han destrozado los tímpanos. ¿Por qué no le echa alguien un vistazo a la Directora Reed? Mis sistemas no detectan ningún signo vital, pero es dura de pelar. Muy dura. No termino de crearme que haya muerto.

—Déjame ver —dijo Sam Haine. Por primera vez desde que Diecisiete conociera al mago de pelo cano, Sam parecía viejo. Anciano. Tenía el cuerpo encorvado, y las mejillas húmedas a causa del llanto.

El antiguo magus apoyó una mano en la sien de Sharon Reed, con el ceño fruncido por la concentración. Al cabo de un rato, meneó la cabeza.

—Lo siento. Ni siquiera mis poderes pueden ayudarla. Está completamente destrozada por dentro. Se ha ido.

Aunque el ciborg no podía escuchar ni una palabra de lo que decía Sam, la expresión del anciano de pelo cano hablaba por sí sola. Con delicadeza, depositó el cuerpo de Reed en el suelo. Se sentó a su lado y enterró el rostro entre las manos.

Sam apoyó las manos con cuidado a ambos lados de la cabeza del ciborg. Permaneció así por un momento, moviendo los labios en silenciosa plegaria.

—No hay mucho que pueda hacer —declaró al fin—. Pero eso tendría que ayudar un poco. ¿Me oyes ahora?

El hombre máquina levantó la cabeza y miró a Sam.

—Sí. Te oigo. Como si estuvieses gritando dentro de un túnel. Bueno, por lo menos he recuperado el oído. Aunque no sé si eso tiene importancia ahora.

Diecisiete se puso de pie y ayudó a Sombra a incorporarse. El cuerpo de Ezra yacía en las proximidades. Al pie de un tanque de ácido volcado, divisó los restos de Jenni Smith.

—Supongo que hemos vencido —dijo Sam Haine, con voz cascada por la emoción—. Aunque nadie lo diría.

—¿Qué ha pasado con Enzo Giovanni? —quiso saber Sombra del Amanecer—. Él también debe ser destruido.

—Dicho y hecho —respondió Madeleine Giovanni, emergiendo entre las sombras detrás de uno de los tanques—. Mi tío abuelo ha pagado por su traición.

Diecisiete, cuyos sentidos superaban la escala de lo humano, estaría dispuesto a jurar que la mujer no estaba allí hacía un instante. Miró de soslayo a Sombra, cuya percepción era igual de aguda. La espadachina se encogió de hombros, como si se resignara a admitir que la Daga de los Giovanni no estaba sujeta a las leyes de la naturaleza.

La vampiro se fijó en el cadáver de Ezra ben Maimon.

—Pietro se sentirá satisfecho. Se han cumplido sus designios.

Unas pisadas despertaron ecos en el suelo de pizarra. Sombra giró en redondo, algo más lenta de lo habitual en ella, pero con ambas espadas en alto. Las ametralladoras de X344 anunciaron con un chasquido que estaban listas para entrar en acción. La guadaña de Diecisiete se elevó.

Una mujer de mediana edad, vestida con sobriedad, se acercaba a ellos con gesto solemne. Su larga melena le llegaba a la cintura. Sus rasgos guardaban un parecido asombroso con los del difunto brujo. Diecisiete estaba dispuesto a jurar que ella tampoco estaba allí hacía un instante.

—Judith —dijo Madeleine.

La desconocida esbozó una sonrisa.

—Hola, querida. Elisha te envía saludos. Te echa de menos.

—Y yo a él.

—Joder, ahora hasta los Subversores de la Realidad tienen sentimientos —masculló X344, tan bajo que probablemente sólo Diecisiete pudo escucharlo—. Este mundo se vuelve más extraño a cada día que pasa.

—Me llamo Judith ben Maimon —anunció la mujer, que se había detenido ante el cadáver del mago enloquecido. Se agachó y levantó el cadáver en vilo—. Os pido disculpas a todos y a cada uno de vosotros por el dolor y el sufrimiento que mi hermano haya podido ocasionaros. Me llevo este trozo de barro para enterrarlo junto a la esposa que amó de veras.

Dicho lo cual, desapareció, como si jamás hubiese estado allí.

—Una artesana de la voluntad de gran poder —dijo Sam Haine, tras un largo silencio—. Tus amistades son de lo más interesantes, Madeleine.

—Para mí se acabaron las peleas —intervino X344—. Me hacen falta algunas reparaciones, y me hacen falta ya. ¿Que vais detrás del clon base? Genial. Reed programó una secuencia de autodestrucción en su ADN. Por desgracia, nunca me la confió, así que me imagino que tendréis que cargároslo a la antigua usanza. A hostias, hasta que no quede nada. —El ciborg levantó el cuerpo de la Directora de Investigaciones—. Por mi parte, me voy al taller. Quiero que Reed tenga el entierro que se merece. Tengo que admitir que la echaré de menos. Formábamos un buen equipo. Un equipo cojonudo. —Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta—. Buena suerte —dijo, al trasponer el umbral—. Os hará falta.

—Aquí ya no queda nada por hacer —declaró Sombra del Amanecer—. Debemos viajar al Horizonte. Kallikos nos está esperando.

VEINTINUEVE

Inmóvil en su prisión de oro, Kallikos observa con su ojo interior una batalla que presencié en una visión por vez primera hace quinientos años.

Miles de disidentes, rebeldes y aspirantes a conquistadores irrumpen en el Reino por docenas de puertas traseras dimensionales. Muchos son jóvenes, pero no todos. Los artesanos de la voluntad son independientes por naturaleza, a menudo arrogantes, y están convencidos de que su perspectiva del universo es la correcta. Todos saben sin lugar a dudas que pueden cambiar el mundo. Jóvenes o viejos, todos quieren hacerlo a su manera.

Algunos llegan sólo para protestar. La mayoría acude para desafiar al orden establecido. Un número reducido, pero significativo, ha venido a destruir.

La mayoría pertenece a las Nueve Tradiciones y entra en Horizonte por puertas secretas unidas a sus Capillas. Otros, miembros de la Tecnocracia, atraviesan pasadizos secretos que establecieron sus espías a lo largo de los siglos. Algunos se abren paso desde la Umbral Profunda, procedentes de Reinos sumidos en la raíz de la oscuridad.

Reina el caos. Enormes incendios arden descontrolados y amenazan con arrasar Concordia. En las calles y en los cielos, hombres y mujeres combaten y mueren...

—*¡Fiesta!* —aulló Arthur, al tiempo que incrustaba una zarpa metálica en la cabeza de un hombre y le rompía el cráneo como si fuese una cáscara de huevo—. *¡Fiesta!* —rugió de nuevo cuando su otra garra apresaba el hombro de otro y trituraba músculo y hueso por igual, empapando el acero de sangre.

No se lo había pasado mejor en su vida. Una turba de idiotas lo rodeaba, rebeldes con causa que luchaban por la justicia. Perseguían un mañana mejor. Arthur sólo buscaba la destrucción.

Perdido en alguna parte de aquel torrente de humanidad debía de estar el resto de la plantilla de Cerob. Posiblemente muertos. Las armas y los sistemas de supervivencia de la Tecnocracia se negaban a funcionar correctamente en un Reino de las Tradiciones. Los seres como Joseph, más máquina que hombre, se encontraban atrapados en sus inmensos corpachones metálicos. Sus carcasas artificiales se convertían en sus ataúdes.

Aquel no era el caso de Arthur, un Merodeador que no profesaba lealtad alguna a las Tradiciones ni a la Tecnocracia. La mitad de sus sistemas se habían apagado, no funcionaban. Su fuerza se debilitaba, se agotaba deprisa. Pero sus garras seguían intactas.

—*¡Fiesta!* —volvió a gritar, atacando a dos rebeldes más, destrozando huesos con cada golpe. Había esperado aquel momento durante toda su vida. Aquella era la madre de todas las fiestas.

—Escuchadme —chilló Marianna de Balador. La plena fuerza de su voluntad retenía a la docena de jóvenes hombres y mujeres ante ella, inmóviles—. ¿Esto es lo que queréis? —Abarcó con un gesto las inmensas hogueras que crepitaban por toda la ciudad—. ¿Éste es el cambio que perseguís?

—No... así, no —respondió uno de los aludidos. Respondía al nombre de Enos—. Pero a veces hay que derruir lo viejo para empezar de nuevo. De eso va toda esta puta revolución. Vamos a coger lo que nos pertenece por derecho.

—¿A coger? —repitió Marianna, con un dejo de virulencia—. ¿O a robar? Lo que está claro es que no os la vais a ganar.

—Queremos justicia —intervino una atractiva muchacha al lado de Enos—. Tal y como prometió el tío de oro.

Marianna lanzó una carcajada.

—¿El Hombre de Oro? Es un monstruo que pretende gobernar toda la creación, convertiros a vosotros y a mí, a toda la humanidad, en sus esclavos. ¿Eso es lo que queréis? ¿Lo que queréis de verdad?

—Mentira —repuso Enos—. ¡Eso es una puta mentira!

—Ah, ¿sí? —Lágrimas de frustración asomaron a los ojos de Marianna. Concordia ardía mientras ella malgastaba su tiempo discutiendo con críos. Con un aleteo de su mano, deshizo el hechizo—. Idos. Dejadme. Descubrid la verdad por vosotros mismos. Saquead y destruid. A ver si lo que conseguís es un mundo mejor y más justo.

—Espera —gritó la muchacha—. Danos una oportunidad. Danos una puta oportunidad. Dinos lo que está ocurriendo, qué está pasando en realidad. Dinos la verdad. Eso es lo que queremos. La verdad.

Marianna les habló del ser que se hacía llamar Heylel Teomim y de su inconmensurable soberbia. Se preguntó si quizá, sólo quizá, seguiría existiendo una pequeña y remota esperanza.



En las alturas, enormes bestias aladas como hace siglos que no se ven en la Tierra batían sus gigantes alas y escupían fuego. Sus escamas de ébano, oro y plata refulgían a la luz de las llamas. Los dragones surcaban los cielos de Concordia. Al igual que otras construcciones, obra del hombre.

Transportes aéreos de la Tecocracia batallan contra enjambres de grifos. Una Aeronave del Horizonte, bajo el control de un misterioso grupo rebelde, dispara sus Cañones de Éter contra cualquier dragón que se ponga a tiro, en un intento por enfurecer a las bestias para que asolen la ciudad, atacando con su aliento de fuego y sus mortíferas garras.

Una segunda Aeronave, leal a las Tradiciones, se enfrenta a la anterior. Sus artilleros disparan toda una andanada de torpedos de Entropía, pero sólo unos pocos dan en el blanco. El daño provocado es pequeño. El capitán de la Aeronave, Henrick Jameson, veterano de un centenar de conflictos aéreos, sopesa la posibilidad de lanzar su único Arpón Temporal. El arma, aún sin probar, se ha mantenido en reserva para cuando se diera el caso de una emergencia catastrófica. Jameson no puede sino pensar que está siendo testigo de ese momento.

—Los registros de la sección Trescientos Doce —gritó el anciano calvo llamado Nicodemus Mulhouse—. Luego los de la Mil Cuatrocientos Doce. A las cajas con ellos, ¡deprisa! ¡Las llamas se aproximan!

A su alrededor, jóvenes hombres y mujeres, en su mayoría descendientes del Maese Archivista, se apresuran a acatar las órdenes del anciano. Las enormes cajas eran creaciones de magia poderosa y habían sido construidas para resistir incendios, inundaciones y hechizos. Pero nadie sabía si conseguirían sobrevivir a la destrucción del Reino. Tampoco había suficientes para almacenar todos los documentos importantes que albergaban los grandes Archivos de Horizonte. Ni por asomo.

—Todo lo de la sección Mil Diez —gritó Nicodemus, retorciéndose las manos nudosas—. No se pueden perder. Luego los pergaminos Mi-Go. Son sagrados. Deprisa, haraganes, deprisa.

No había suficientes cajas para almacenar todos los libros y documentos contenidos en la mayor librería jamás reunida. Ni tiempo suficiente. Nicodemus tenía que elegir y seleccionar, escogiendo aquellos que revestían mayor importancia. Por meditadas que fuesen sus decisiones, el anciano sabía que los remordimientos lo atormentarían por toda la eternidad.

Las llamas se acercaban cada vez más.



Unas pisadas atronadoras estremecieron toda la plaza cuando una monstruosidad de acero apareció ante la vista de todos. Los rebeldes, entre alaridos de pánico, no tuvieron ninguna oportunidad. Los que intentaron plantar cara y abrir fuego, perecieron. Los demás salieron en estampida en busca de refugio. O se rindieron.

La máquina de guerra con forma de hombre y setenta y cinco metros de altura, era uno de los mayores logros de los Hijos del Éter. Su operador, Doc Binder, se encontraba sentado en una carlinga transparente sita entre los gigantescos hombros de la máquina. Dos cañones caloríficos, uno en cada brazo, reducían a cenizas a cualquiera lo bastante iluso como para resistirse. El robot gigante, creado mediante principios supracientíficos que imposibilitaban su aparición en la Tierra, funcionaba con la precisión de un mecanismo de relojería en el Horizonte.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Dante, señalando a la cosa que se encontraba a ciento cincuenta metros de distancia.

Eso era un monstruo redondo como un gigantesco balón de playa, de color escarlata, que mantenía el equilibrio sobre cuatro tentáculos negros mientras otros cuatro intentaban exprimir la vida de sendas víctimas. Sus enormes fauces amarillentas chasquearon a causa de la anticipación a medida que arrastraba a una de sus víctimas, sin prisa pero sin pausa, cada vez más cerca de su inmensa boca.

—A mí no me mires —repuso Rachel, su compañera y pupila. Quinceañera, enjuta como un florete, la joven no se amilanaba así como así—. ¿Una de esas cosas que salía en las pelis viejas de miedo?

Dante, veinteañero, un Adepto Virtual de asombroso poder, se encogió de hombros.

—Pues, no sé. A mí me da que lo más probable es que se trate de una incursión de Merodeadores. Echemos un vistazo.

Cogió el maletín de cuero que llevaba colgado al hombro y lo abrió para revelar el ordenador portátil de su interior. Sostuvo el teclado con una mano mientras con la otra aporreaba media docena de teclas, con los ojos fijos en la pantalla a la espera de resultados.

—De la Umbra Profunda, sin duda —declaró.

—Más vale que hagamos algo, y pronto —dijo Rachel—. Ese bicho le va a hincar el diente a la chavala de un momento a otro. Los otros tres se están poniendo azules.

—Listo. —Dante apretó la tecla de *enter*. Y listo.

La criatura se desvaneció. Había pasado a ocupar su lugar una mujer baja y fornida de cabello castaño oscuro y expresión atónita. Tenía los brazos y las piernas separados y enhiestos, como protuberancias que sobresalieran de su cuerpo.

Las cuatro víctimas de su ataque se recuperaron con una velocidad asombrosa. Artesanos de la voluntad todos ellos, sus gritos de rabia dejaban bien claro que no les había hecho gracia el ataque de la cambiaformas. Podía olerse la sangre en el aire.

—Vamos —urgió Dante—. Te apuesto lo que quieras a que hay más de esas cosas sueltas por toda Concordia. Veamos si podemos generar un programa que las evapore a todas.

—No será tan difícil —dijo Rachel. A sus quince años, jamás le daba la espalda a un desafío—. Fijas una subrutina y buscas patrones similares. Pan comido. Dame cinco minutos.

—Hazlo. El Maestro de la Armonía se cree que es el dueño y señor del reino informático. Ya es hora de que el muy capullo se dé cuenta de que los que mandan son los *hackers*.

Mucho más abajo, el colosal puente de tierra que conectaba los continentes seguía desmoronándose. En el puente de mando del *Machiavelli XI56-C36*, el capitán Mulligan esbozó una sonrisa. El Interventor Saunders se sentiría satisfecho. Al igual que el Consejo Tecnomante en pleno.

Las dragas de Cardinal del acorazado emitieron un zumbido. Gracias al hábil manejo de Hastings, las máquinas estaban trabajando a plena potencia. Su asalto al Horizonte se estaba desarrollando con mayor facilidad de la que nadie podía haberse imaginado. Con todos los ojos vueltos hacia Concordia, los tripulantes del *Qui La Maquinae* tenían el terreno despejado para atacar los pilares del Reino. Mulligan ensanchó su sonrisa. No buscaba la gloria. Le interesaban los resultados.

—¿Qué tal resisten los tanques, señorita Hastings? —le preguntó a su segunda al mando.

—La vibración es minúscula, capitán —repuso la joven—. Nada de lo que preocuparse.

Como si pretendiera desmentir sus palabras, el puente de la nave comenzó a temblar. La sonrisa desapareció del rostro de Mulligan al instante.

—Cesen la actividad —gritó—. Comienza a producirse un efecto retroactivo. ¡Paren las dragas! ¡Deprisa! Paren...

El resto de la frase se perdió en la explosión que destruyó la nave.



Pese a permanecer paralizado dentro del metal, a la espera de la llegada de Sombra del Amanecer, Kallikos llora por dentro.

TREINTA

Una hora más tarde, los tres (Diecisiete, Sombra y Sam Haine) llegaban al Calvero de la Diosa. Sombra del Amanecer había insistido en que debían dirigirse a la fuente sagrada en lugar de la Capilla de la Cábala de Casey. Pese a que no les había ofrecido ninguna explicación para ello, Diecisiete se percató de que Sam Haine mostraba una expresión de incomodidad.

Madeleine Giovanni se había ido. Su despedida había sido breve y concisa.

—Los niños esperan que les dirija una última palabra —había dicho la dama de negro—. Después, mi misión habrá finalizado. Ciertos acontecimientos requieren mi presencia en Europa. Pietro ya tiene planes para mi regreso.

—Es un consuelo saber que ni siquiera los no muertos descansan —había comentado Sam Haine.

Madeleine había esbozado una sonrisa.

—No es descanso lo que persigo. Tengo mis propios sueños. Algún día, espero cumplirlos. Yo también soy ambiciosa, al igual que Enzo, pero tengo mucha más paciencia. Hasta entonces, seguiré cumpliendo con mi deber. La Daga de los Giovanni está en deuda con vosotros. Si alguna vez me necesitáis, sólo tenéis que llamarme. Ahora debo marcharme. Os deseo que tengáis éxito en vuestra última batalla.

En un parpadeo, hubo desaparecido. Un atisbo de bruma marcaba su partida.

—Una mujer de lo más peligrosa —había dicho Sam Haine—. Me da que conseguiré lo que se proponga. Aunque para eso deba acabar con todo el clan Giovanni.

Ahora se encontraban de pie bajo las estrellas, rodeados por los imponentes árboles del claro, esperando a que Sombra del Amanecer dijese algo. Preguntándose qué sería lo que le había contado Kallikos, el mago otrora conocido como Akrites Salonikas.

—Mi mentor —comenzó la espadachina, en voz baja, apenas un susurro— me explicó hace mucho que era incapaz de prever el resultado de la batalla que hemos librado esta noche. Presentía que la victoria sobre Enzo y Ezra era crucial para dismantelar el plan del clon de adueñarse de este mundo. Pero, aun cuando consiguiésemos derrotar a nuestros enemigos, seguía sin estar seguro de lo que ocurriría con el complot de Heylel. Si el clon base logra apoderarse de las Nueve Tradiciones, y después de la Tecnocracia, nuestro triunfo no significará nada. Sólo la destrucción de la Abominación garantizaría la seguridad de la realidad. La batalla del Horizonte es la que importa, y Kallikos desconoce cuál será su resultado.

—¿No tiene ni idea? ¿O es que no se atreve a decirlo?

—No lo sé, Sam. En cualquier caso, lo que haya de ser ocurrirá en breve. Eso es todo lo que me dijo. Debemos estar allí. No estoy segura del papel que representamos en este enfrentamiento decisivo, pero sé que tenemos que estar junto a él.

—¿Eso te dijo? —preguntó Diecisiete.

—No. Eso lo sé. Kallikos me dijo que nuestra lucha habría terminado después de enfrentarnos a Ezra y a Enzo. Esta última batalla ha de librarla él solo. Sin embargo, en mi corazón siento que debemos estar allí.

—Con eso me basta —dijo Diecisiete—. El único problema consiste en averiguar cómo vamos a viajar al Horizonte sin tener que regresar al portal de Kansas. Se nos acaba el tiempo.

Sombra guardó silencio. Se limitó a mirar a Sam Haine, como si esperase a que él dijera algo.

El Hombre Cambiante meneó la cabeza.

—Ya soy demasiado viejo para toda esta mierda. —Exhaló un suspiro—. En fin, no queda tiempo para lamentaciones. Quién sabe, a lo mejor no falta tanto para que vuelva a ver a Albert. De momento, el deber me llama. Ese puñetero de Kallikos ha pensado en todo.

—En todo, no —dijo Sombra, contrita. Sam asintió y se enjuagó una lágrima.

—¿De qué estáis hablando? ¿Qué revelación viene ahora?

—La de los Verbena es la Tradición más antigua, hijo —contestó Sam Haine, recuperando la firmeza en su voz—. Somos los primeros magos. Toda la magia proviene de nuestras enseñanzas.

Diecisiete sabía que era mejor no interrumpir. También sabía que todas y cada una de las Tradiciones se consideraban a sí mismas la primera y más importante.

—Uno de nuestros secretos mejor guardados es el de las Sendas de los Wyck. La reservamos en caso de emergencia. Esta noche parece que se da el caso.

—¿Las Sendas de los Wyck? —repitió Diecisiete.

—Caminos místicos que conectan la Tierra con el mundo de los espíritus. Podemos viajar desde aquí al Horizonte en una hora si atravesamos las Sendas. Sin embargo, no resulta sencillo.

—Nada lo es. Nunca.

—Eso es verdad, hijo. Los Wyck fueron los primeros magos, y los más poderosos. Sus Sendas no resultan agradables, afectan a la mente humana de forma extraña. Nada apreciable a simple vista. Las cosas te dan mala espina, la luz te parece inadecuada. Una estancia prolongada en las Sendas podría enloquecer incluso al mago más veterano.

—No puedo abandonar a Kallikos —dijo Sombra—. Correré el riesgo.

—Adonde ella vaya, iré yo.

—Me lo suponía. Tendré que vendaros los ojos, a lo mejor eso ayuda. Yo iré primero. Sombra, segunda. Diecisiete, tú cubres la retaguardia.

—Me parece bien. ¿Cuándo empezamos?

—Ahora.

—¿Se puede acceder a las Sendas desde aquí?

—Desde luego. Éste es el Calvero de la Diosa, hijo, un lugar sagrado para los Verbena. Si nos metemos en el agua, entraremos en la Senda. Este Kallikos lo tenía todo planeado, desde el principio. Es un manipulador taimado. —Sam se volvió hacia Sombra—. ¿Tu mentor te pidió que trajeras cintas para la cabeza? ¿O tengo que arrancarme las mangas de la camisa?

—Tengo varios pañuelos —contestó Sombra. Extrajo las tiras de tela de colores de un bolsillo secreto—. Tendrían que bastar.

—Este puñetero Kallikos no deja de sorprenderme —masculló Sam, mientras cubría los ojos de Sombra y Diecisiete—. Ojalá hubiese planeado cómo derrotar al clon base.

—Eso —dijo Sombra— es un misterio incluso para mí.

—Ya. Tengo la desagradable impresión de que también lo es para Kallikos. ¿Preparados?

Diecisiete sintió que Sombra le cogía de la mano.

—Sí —respondieron al unísono.

—Venga, en marcha. Diecisiete, agarra a Sombra y no la sueltes. Sombra, permíteme el placer de acariciar tus encantadores dedos. No aprietes demasiado. Después de la pelea de esta noche, me siento frágil y viejo.

Sam caminó hasta llegar al centro del manantial sagrado. Todos perdieron las ganas de hablar.

Las Sendas eran tan sobrecogedoras e inquietantes como había prometido Sam. Aun con los ojos cerrados con fuerza y el paño sobre el rostro, Diecisiete podía sentir el fulgor que iluminaba las Sendas. Era como si el propio aire estuviese iluminado.

Al principio, se sintieron como si estuviesen en el fondo del mar, inmersos en un líquido que pudiesen respirar pero que se oponía a todos sus movimientos. Luego, tras un período de tiempo indeterminado, emergieron de las profundidades a algo que crujía bajo sus pies. El suelo era extraño. Se escuchaban sonidos apagados, como si alguien, o algo, hablase a lo lejos. Pero las palabras eran ininteligibles.

Caminaron en silencio. Los dedos de Sombra apretando los suyos eran un ancla con la realidad, el sólido lecho de humanidad que preservaba su cordura.

Cuánto tiempo duró su viaje, Diecisiete no lo supo. Segundos, minutos, horas, el tiempo carecía de significado en las Sendas. Era un viaje sin distancia, sin duración. En aquel lugar, todos los poderes

especiales de Diecisiete, la agudeza de sus sentidos, resultaban inútiles. Lo único que importaba era seguir adelante. Y no soltarse.

De improviso, Sam se detuvo. Diecisiete sintió la garganta seca de repente.

—¿Qué ocurre?

—Nada, hijo —contestó Sam Haine, al tiempo que quitaba la venda que le cubría los ojos a Diecisiete—. Hemos llegado. Se terminó el paseo. No se lo contéis a nadie, ¿vale? Los Verbena se toman muy en serio esto de mantener sus secretos en secreto.

—Ya está olvidado —dijo Diecisiete. Sombra, a su lado, asintió—. ¿Dónde estamos, exactamente?

—En un laberinto rocoso bajo los salones del Consejo. No debería llevarnos más de veinte minutos el salir a la superficie.

El suelo se estremeció. Los guijarros saltaron por los aires como pelotas de goma.

—Eso no ha sido un terremoto —dijo Sam—. Suena como si le estuviesen propinando una buena azo-taina a la ciudad ahí arriba. La maldita guerra ya ha comenzado.

—Debemos apresurarnos —urgió Sombra—. Presiento que se acerca la hora. Debemos reunirnos con Kallikos. Nos estará esperando a la Mesa del Cenáculo.

TREINTA Y UNO

Emergieron en una ciudad en llamas. Las rubicundas mejillas de Sam palidieron.

—Por todos los demonios. Primero Albert. Ahora esto. Horizonte, devastado por las llamas. Ese clon base tendrá...

—¡Fiesta! —rugió un hombre bajo y robusto de rizos oscuros y garras de acero goteantes de sangre. Se abalanzó sobre ellos, chasqueando sus inmensas zarpas—. *¡Fies-ta!*

Con la guadaña en una mano, Diecisiete apartó a Sam Haine. Una maniobra innecesaria. Moviéndose a la velocidad del pensamiento, las espadas de Sombra del Amanecer centellearon a la luz del Horizonte. La cabeza de su atacante, con los ojos desorbitados por la sorpresa, cayó al suelo. Tras algunos pasos más, su cuerpo teñido de escarlata hizo lo propio.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Sam, desenfundando un cuchillo de caza—. Este sitio está a disposición de cualquiera. Puede que Kallikos planee ocuparse del clon base por su cuenta, pero apuesto lo que sea a que Heylel se ha traído a algunos amigos, y a que éstos no piensan jugar según las reglas.

—Estoy preparado —dijo Diecisiete, blandiendo su guadaña—. No deberíamos tardar en llegar a la cámara del consejo.

Por un instante, Sombra cerró los ojos con fuerza.

—Aún no —declaró—. Siento que Kallikos nos espera en otro sitio. Por favor, seguidme. Tenemos que darnos prisa.

Espada en ristre, Sombra comenzó a caminar por la acera, seguida de Sam y Diecisiete. Todo era fuego a su alrededor. Había cuerpos tendidos por todas partes, tanto humanos como inhumanos. Las calles de Concordia estaban teñidas de sangre.

De vez en cuando veían a alguien, pero siempre de lejos, corriendo en dirección contraria. Nadie se atrevía a acercarse a su partida. La visión de las espadas de Sombra y el canto de la guadaña de Diecisiete ponía en fuga a los combatientes. Podían oírse, distantes, los bombardeos de los cañones. A intervalos, el suelo se estremecía igual que ante las pisadas de un gigante.

Frente a ellos, una hermosa mujer que Diecisiete reconoció de inmediato lloraba de pie en medio de la calle. Marianna de Balador, la representante del Culto del Éxtasis en el Consejo de las Nueve Tradiciones Místicas. Amiga y confidente del archimago que ellos conocían como Kallikos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sombra del Amanecer cuando Marianna los miró con los ojos cuajados de lágrimas, desesperados.

—Kallikos —sollozó—. Llegáis demasiado tarde. Lo... lo han convertido en oro.

Sombra asintió.

—Tal y como predijo su visión. Aunque nunca supo pronosticar cuándo ocurriría.

—¿Lo... lo sabías?

—Desde luego —contestó Sombra. Pese a lo sombrío de su expresión, sonrió—. Por eso estoy aquí. Condúceme ante él, rápido.

—En verdad ahora soy el Maestro de la Armonía —gritó el clon que se hacía llamar Heylel Teomim. La figura dorada estiró el brazo y tocó la Mesa del Cenáculo y el cristal gigante que la cubría. Al instante, ambos objetos se convirtieron en oro—. Así pongo fin al pasado —declaró, entre risas. Lenguas de fuego saltaron de sus manos y engulleron ambos objetos. En cuestión de segundos, quedaron reducidos a un charco burbujeante de metal líquido.

—El final de una era —dijo Velma, vigilando la entrada principal a la cámara. No todos sus enemigos habían sido destruidos. Pese a la suprema indiferencia del clon, ella no estaba tan segura de que la batalla del Horizonte se hubiese ganado—. Estos alerta —les dijo al resto de sus hermanas que vigilaban la puerta—. Cuidado con la espadachina y su amante, el gigante de la guadaña.

—Te preocupas por nada —recriminó el clon, dejándose caer en el enigmático Décimo Trono—. La Guerra ha terminado. Somos los vencedores.

Velma asintió, sin decir nada. Había cadáveres diseminados por toda la superficie de la sala de juntas, como juguetes rotos. Un buen número de archimagos y sus guardias, así como varias docenas de sus mejores guerreros, habían perecido en la lucha por el control de la estancia. Al igual que una pequeña horda de bestias míticas entre las que se contaban salamandras, espíritus del fuego, kozars y koals. Indrani Taktsang, el Eutánatos miembro del Consejo de los Nueve, había encontrado la muerte. Al igual que los representantes del Consejo de la Hermandad Akáshica y los Cuentasueños. Aquella había sido una noche satisfactoria, pero Velma presentía que aún no había terminado.

Los sellos impresos sobre los asientos del Consejo resplandecieron de improviso. Rodeado de cadáveres, el ser que afirmaba llamarse Heylel Teomim comenzó a brillar.



Con cuidado, Sombra del Amanecer rodeó el cuello de Kallikos con la cadena del talismán, antes de apresurarse a regresar junto a sus compañeros.

El medallón que descansaba sobre el pecho del vidente irradiaba color en forma de espiral. Paulatina-mente, pero con firmeza, la estatua de oro reversionó a la forma viviente del archimago.

—Kallikos me dio ese talismán el día en que nos conocimos —explicó Sombra del Amanecer—. Había previsto esta metamorfosis y había preparado dos amuletos; el que él llevaba puesto, para preservar su mente, y el que estaba en mi poder, para devolverlo a la vida.

—Y sin conocer las circunstancias exactas —musitó Sam Haine—, eligió a alguien que le pareció que poseía las habilidades necesarias para sobrevivir y dar con él por muy peligrosa que fuese la situación.

Sombra asintió con la cabeza.

—Me advirtió que juntos ascenderíamos la escalera que conduce al cielo, y recorreríamos el camino al infierno.

—Bueno, ahí dio en el clavo. —El anciano de pelo cano se acercó a Kallikos y tendió una mano—. Diría que casi parece haber recuperado la normalidad.

—No —graznó el vidente, levantando las manos a la altura del pecho. El aire que rodeaba a Kallikos ondulaba, como si del suelo emanasen olas de calor que ascendieran hasta el techo. Todo el cuarto se veía recorrido por unas pequeñas pero intensas vibraciones—. Mantente alejado. El hechizo del talismán ha invocado fuerzas poderosas. Estoy en el seno de una Tormenta Temporal. Puedo controlarla, pero no sé por cuánto tiempo.

—El Horizonte se quema —informó Marianna.

—Lo sé. Aunque la batalla aún no se ha decidido. Conducidme a los Salones del Consejo. Deprisa.

El clon base gritó cuando el décimo trono se iluminó, cargado de energía. Se apartó de la silla de un salto, con el cuerpo dorado humeante. Pese a su invulnerabilidad, el clon aún podía sentir el dolor. Se quedó en medio del sembrado de cadáveres, regenerando su carne abrasada.

Se oyeron gritos procedentes de la entrada al salón. Sobresaltada, Velma miró hacia arriba y maldijo al ver a sus hermanas adoptando la forma de combate, asumiendo el aspecto de los monstruosos habitantes de la Umbra Profunda con los que se habían encontrado a lo largo de los siglos.

Tres intrusos se enfrentaban a su banda. El prisionero Diecisiete, armado con una guadaña; una joven que blandía dos espadas, la cual Velma supuso que sería Sombra del Amanecer; y un anciano de níveos cabellos. Sam Haine, el Hombre Cambiante, el cual, en un parpadeo, pasó de ser un hombre entrado en años a un enorme oso de Alaska.

Detrás del trío apareció Marianna de Balador. Las manos de la archimaga trazaron unos complejos diseños. Incluso a aquella distancia, Velma pudo escuchar sus cánticos.

Tres contra una docena. Sus hermanas disfrutaban de la ventaja del número, pero no se podía hablar de probabilidades cuando se enfrentaban los brujos.

Centellearon las hojas. Sus hermanas profirieron alaridos de rabia y dolor. Arracimadas en lo alto de la escalera que conducía a la planta de la cámara, disponían de un espacio reducido para maniobrar. Los tentáculos y las garras no suponían rival para el frío acero.

Cinco de sus guardias cayeron casi de inmediato, muertas o agonizantes. El oso de Alaska, con una grave herida abierta en el pecho, cayó de rodillas y se transformó en un malherido anciano de pelo cano. Antes de que sus hermanas pudieran descuartizarlo, un joven de tez morena, con un maletín de cuero colgado al hombro, se materializó de la nada, agarró al Hombre Cambiante, y ambos se desvanecieron.

El cántico de Marianna aumentó en intensidad, retumbó como el trueno por toda la cámara. Las palabras golpearon a sus hermanas. Incluso a quince metros de distancia, Velma podía sentir la fuerza del hechizo. Se trataba de un encantamiento de flujo emocional de increíble poder. Demasiado fuerte para que las cambiaformas pudieran resistirlo.

Igual que llamas sobre una vela, sus hermanas se tambalearon, cambiaron, se transformaron, de una identidad a otra, hacia delante y atrás, incapaces de retener la misma forma durante más de algunos segundos. Paralizadas, incapaces de moverse, se convirtieron en prisioneras de su propio talento. Con los cuerpos rehaciéndose y reformándose con cada aliento, eran incapaces de defenderse. Cayeron una a una bajo la guadaña o las espadas, hasta perecer todas ellas. Todas muertas, dejando a Velma sola con el clon base mientras el archimago, Akrites Salonikas, descendía por la escalera sin tocar los peldaños.

—¡Dijiste que había muerto! —gritó el clon, señalando a Velma con un dedo acusatorio—. ¡Me dijiste que se había convertido en oro!

—Él... —comenzó Velma, antes de enmudecer. Las estatuas de oro no hablaban.



Observaron desde lo alto de la escalera cómo Kallikos se enfrentaba al ser artificial que se hacía llamar Heylel Teomim.

—Te lo volveré a preguntar —dijo Kallikos. La Tormenta Temporal se arremolinaba a su alrededor, oleadas de energía temporal bañaban su cuerpo—, ¿cómo se llamaba el ermitaño?

—¡Ermitaño! —gritó el hombre de oro—. ¿Qué ermitaño?

Kallikos asintió. A Diecisiete le pareció que el archimago sonreía, como si aquella fuese la respuesta que esperaba.

—Se llamaba Tormod de Kirkenes. —Antes de que el clon base pudiera moverse, Kallikos cubrió los tres pasos de distancia que los separaban y asió una de las manos de Heylel—. Vuelve.

Igual que un torbellino, el campo de energía latente los envolvió, uniéndolos en un abrazo irrompible. A su alrededor, al aire relucía como una película de finísimo cristal. Permanecieron con las manos entrelazadas en un último gesto de despedida. Diecisiete jamás podría olvidar aquella imagen.

—¿Qué ha hecho? —le preguntó a Marianna. Junto a él, Sombra del Amanecer permanecía rígida, con las espadas cruzadas ante el pecho en señal de muda pleitesía a su mentor—. ¿Qué está ocurriendo?

—Está haciendo lo que es necesario —contestó Marianna—. Lleva quinientos años preparándose para este instante... a sabiendas de que tendría que sacrificar su vida para salvar al mundo. Con la esperanza de que podría, de algún modo, alterar la realidad, cambiar su destino, pero con la certeza de que, si todo lo demás fallaba, ésta sería la única respuesta.

—Pero, ¿qué está ocurriendo?

—Magia del tiempo. Kallikos está lanzando el mayor hechizo de su vida. Atrapado en una Tormenta Temporal, ha revertido la entropía. Tanto él como el clon son inmortales. Nunca envejecerán. Kallikos ha cambiado el curso del tiempo. Están rejuveneciendo.

Era cierto. Los rasgos del clon permanecían intactos, puesto que su cuerpo y su rostro eran completamente artificiales, pero Kallikos estaba experimentando una serie de asombrosas transformaciones. Su cabello crecía, se volvía más corto, crecía de nuevo. Su piel se oscurecía, palidecía. De forma gradual, tras unos segundos interminables, sus rasgos adquirieron un aspecto más joven. Y más joven aún.

—El clon base está hecho de plástico y primium —continuó Marianna—. Su sangre está llena de máquinas nanobit. Los componentes del clon base son el resultado de siglos de progresos tecnológicos. Sin duda estarán combatiendo los cambios. Kallikos es de carne y hueso, un humano. Tiene casi mil años de edad. La dirección inversa del flujo temporal tarda más en afectarle, pero los afecta, a ambos. Lo importante estriba en saber qué durará más, el hombre o la máquina.

Kallikos era ya un adolescente, alto y cimbreño, de tez lisa. Los rasgos del clon base permanecían inalterados. Diecisiete tensó los músculos, listo para el combate. Si Kallikos se desvanecía en la nada, si regresaba a un tiempo anterior a su existencia, el hechizo se rompería y el ser que afirmaba ser Heylel Teomim habría vencido.

En el momento en el que Kallikos comenzaba a encogerse, a regresar a los primeros estadios de su infancia, el lustre dorado del clon base se tornó bronceado de repente. La impertérrita expresión de aquel rostro perfecto e inhumano se quebró. Sus rasgos marcados y bien perfilados se hundieron, igual que la arena que se desciende en un reloj de arena. El manto negro ceñido a aquel cuerpo perfectamente construido se arrugó y cayó al suelo. Una figura se agitó por un instante, antes de desvanecerse en una bruma dorada.

Kallikos era ahora un chiquillo, sentado, aferrado a un puñado de arena. Luego fue un bebé, tendido en el suelo, con las manos entrelazadas, escapándose entre sus dedos regordetes pequeñas motas de oro.

Luego, nada.

La cortina cristalina de aire se rompió, los fragmentos de atmósfera solidificada se convirtieron en niebla. Diecisiete se adelantó, seguido de Sombra y Marianna.

—Polvo al polvo —musitó Diecisiete.

Los tres caminaron al centro del demolido Salón del Consejo. La luz del sol se filtraba por los agujeros del techo. En el exterior, el estrépito de la batalla se había apagado. Con el clon base derrotado, Diecisiete supo a ciencia cierta que Horizonte no sucumbiría.

—El Consejo de las Nueve ha sido diezmado. ¿Lo continuaréis? ¿O empezaréis desde cero?

—El sueño sigue vivo —contestó Marianna—. Sólo le hace falta recuperarse... y cambiar. Me parece que sé por dónde empezar. Conozco a unas cuantas personas a las que debería pedirles que se unieran al Consejo.

Diecisiete abrazó a Sombra del Amanecer y la atrajo hacia sí. Le daba igual lo que ocurriese a continuación. Lo que importaba era que habían vencido, que el clon base había sido destruido.

La Guerra del Horizonte había tocado a su fin.

EPÍLOGO

En chillones caracteres rojos de neón, el letrero anunciaba el BAR Y PARRILLA DE LEO. El bar en sí, un enorme y desvencijado edificio de madera, de dos pisos de altura, se levantaba a escasas decenas de metros de la autovía, a tiro de piedra de la autopista de peaje del estado de Nueva York. Aparte de él, el único edificio a la vista era una gasolinera construida al otro lado de la calle. Un cartel en la ventanilla advertía que el encargado iba “armado y peligroso”.

Pese a las altas horas de la noche, el aparcamiento se veía atestado. Media docena de camiones articulados se mezclaban con auténticos armatostes, motocicletas y coches de lujo. La parroquia de Leo era de lo más ecléctica.

El hombretón abrió la puerta de su destartado Cadillac y echó pie a tierra. Llevaba horas conduciendo. Sentaba bien estirar las piernas. Tan bien como le sentaría encontrarse con una vieja amiga.

De constitución fuerte, espaldas anchas y bien por encima del metro ochenta de altura, el desconocido se movía con una agilidad sorprendente para alguien de su tamaño. Caminó a buen paso hacia la entrada del club. Su rostro, perfectamente rasurado, de ojos negros e inteligentes, parecía reflejar la luz de un modo extraño, consiguiendo que sus rasgos se encontrasen siempre en penumbra.

El interior del establecimiento estaba más limpio de lo que se había esperado. El local parecía recién pintado y amueblado. La barra, larga, de roble con borde de oro, estaba bien surtida. Las botellas se alineaban frente a un enorme espejo. Una docena de mesas se repartían por su superficie. Había tres reservados en la parte de atrás. No había ni un alfiler. La máquina tocadiscos bramaba un rechinador *blues* tras otro. Todo el mundo parecía estar pasándose en grande.

Al acercarse al mostrador, el desconocido vio de reojo a un anciano con una espectacular melena cana, al igual que el bigote, charlando animadamente con un joven de tez morena que llevaba un maletín para ordenadores portátiles colgado del hombro. El muchacho asentía con gesto paciente mientras su compañero no cesaba de hacer aspavientos con los brazos.

—¿Qué va a ser, caballero? —preguntó la camarera.

El desconocido se dio la vuelta. Tras la barra vio a una atractiva jovencita de lacios mechones pelirrojos y ojos verdes. Pese a estar en invierno, vestía una blusa fina de manga corta.

—Miller Light. ¿No eres un poco joven para trabajar en la barra?

—Soy lo bastante mayor —repuso la muchacha, mientras servía la cerveza—. Eso hace dos pavos. ¿Nuevo en la ciudad?

—Ya he estado aquí antes, hace tiempo. Esta noche he venido para ver a una vieja amiga. Tendría que andar por aquí esta noche. A lo mejor la conoces. Madeleine Giovanni.

—Puede que sí, y puede que no —contestó la pelirroja. De repente, ya no parecía tan dicharachera. El hombre era capaz de sentir su suspicacia—. ¿Qué quieres de Madeleine?

—¿Quién eres tú para preguntar?

—Soy Allyson. Regento este garito.

El desconocido sofocó una risita.

—No busco problemas. Por desgracia, ellos ya se ocupan de buscarme a mí. Ha surgido algo que exige mi atención inmediata, y también la de Madeleine Giovanni. Por eso vamos a vernos esta noche.

—Bueno, dijo algo acerca de reunirse con un amigo especial. Me imaginé que sería con Diecisiete y Sombra, de vuelta de su viaje a Japón. Supongo que se referiría a ti. ¿Cómo te llamas? Le diré que has venido.

—Ella ya sabe que estoy aquí —repuso el desconocido, con una sonrisa—. Llegará de un momento a otro. Gracias, Allyson. Encantado de conocerte. Me llamo Dire McCann.

Palabras finales del autor

Una obra tan extensa como *La Guerra del Horizonte* requiere la ayuda de muchas personas. Me gustaría dar las gracias a algunas de ellas, merecedoras de mención especial.

A Phil Brucato, por toda su ayuda, consejo y paciencia mientras yo me dedicaba a trastear con su mundo.

A Lori Perkins, mi agente, la que me sigue encontrando trabajo.

A los muchos lectores repartidos por el mundo que me envían cartas y comentarios por correo electrónico acerca de mis libros. Gracias a todos por leer. Vuestro entusiasmo consigue que siga escribiendo. Gracias especiales a Greg y a Lea Silhol, por su continuo apoyo y su amistad.

A los internautas, no dejéis de pasaros por mi página web para saludar, www.sff.net/people/r.weinberg

He conocido días difíciles durante la redacción de estas tres novelas, por lo que me gustaría darle las gracias a mi familia y a mis amigos por ayudarme a superar las decepciones y los desastres.

Por último, gracias a toda la gente de White Wolf por publicar este libro, la séptima de mis novelas ambientadas en el Mundo de Tinieblas.

En cuanto a la verdad acerca del clon base, las cambiaformas y Bailarina Escarlata, lo dejo a vuestra elección. Yo me sé las respuestas, pero no pienso compartirlas.

Por el momento, mis planes no incluyen el escribir más novelas ambientadas en el Mundo de Tinieblas, aunque la historia de Madeleine Giovanni aún no ha concluido. ¿Quién sabe lo que nos depara el futuro? Como bien dice Sombra del Amanecer: *la única verdad es que no existen verdades absolutas.*

Robert Weinberg

Febrero 1998

Nota para los lectores de Mago

En respuesta a todas vuestras cartas y preguntas relacionadas con esta serie, nos gustaría aclarar la verdad de los hechos. Algunos de los acontecimientos descritos en **Camino al infierno** y **El guerrero de la Ascensión** sí que tuvieron lugar dentro de la continuidad del **Mundo de Tinieblas**. Por ejemplo, la destrucción de Doissetep. Todos los magos del Reino de Cal Ladiem perecieron. Sao Cristavao ya no ocupa su asiento a la Mesa del Cenáculo (ni ése ni ningún otro).

No obstante, este libro no pretende ser ningún canon. Las líneas temporales de **Mago** y **La Guerra del Horizonte** se separan cuando desaparece Doissetep; lo que depende de vosotros es decidir la magnitud de tal divergencia. Podéis dejar que el clon base siembre el caos dentro de vuestra propia crónica... o no. Que los Adeptos y los aprendices se rebelen contra sus mayores... o no. Dejad que arda Concordia, si eso es lo que queréis. Dentro de un año, más o menos, colocaremos todas las piezas en el lugar oficial que les corresponde y empezaremos a escribir a partir de ahí. Mientras tanto, a pasarlo bien jugando con los pedazos.